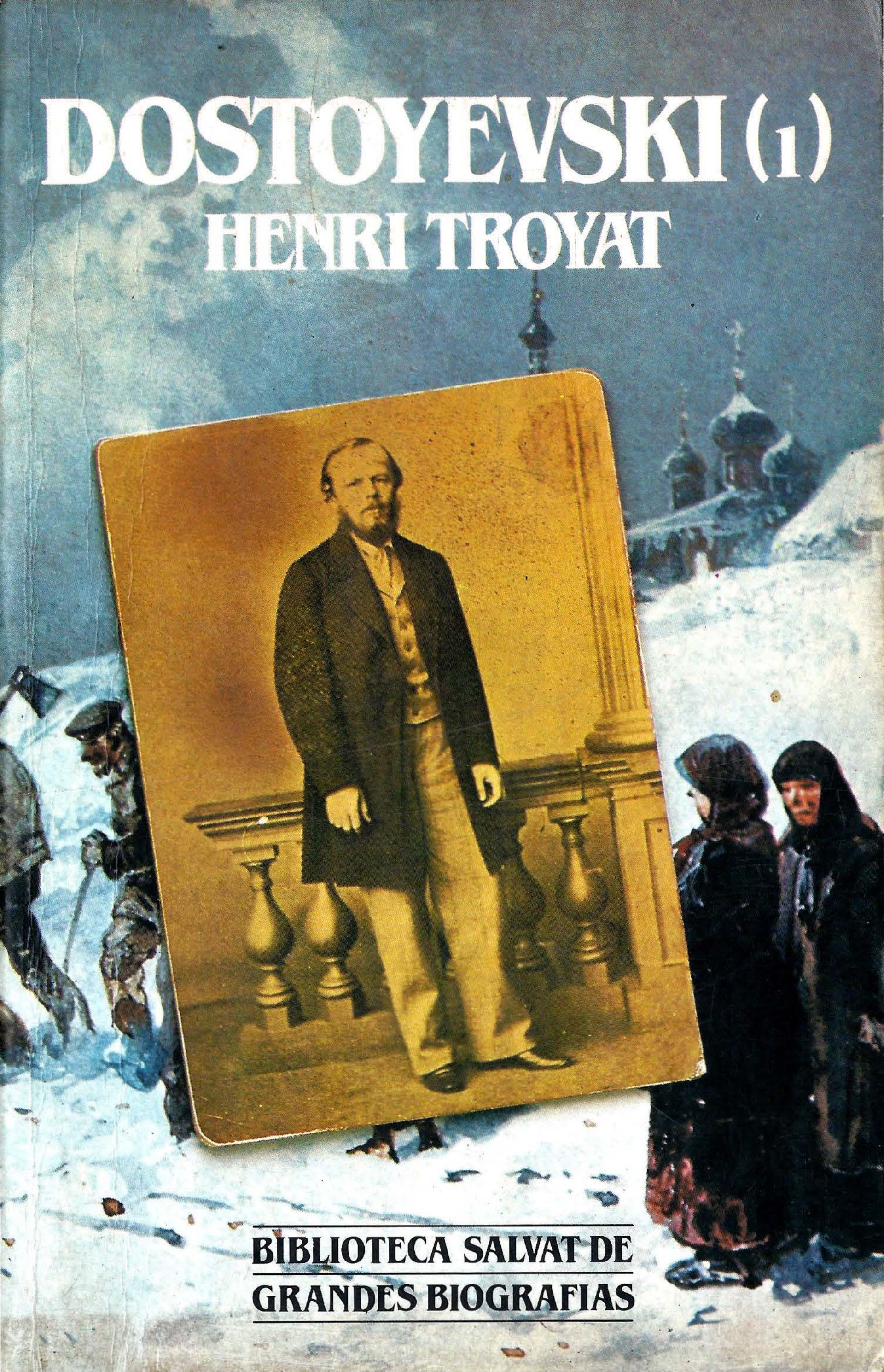


DOSTOYEVSKI (1)

HENRI TROYAT

BIBLIOTECA SALVAT DE GRANDES BIOGRAFIAS



DOSTOYEVSKI

(Volumen primero)

BIBLIOTECA SALVAT DE
GRANDES BIOGRAFIAS

DOSTOYEVSKI

(Volumen primero)

HENRI TROYAT

Prólogo

JOAQUIN MARCO

SALVAT

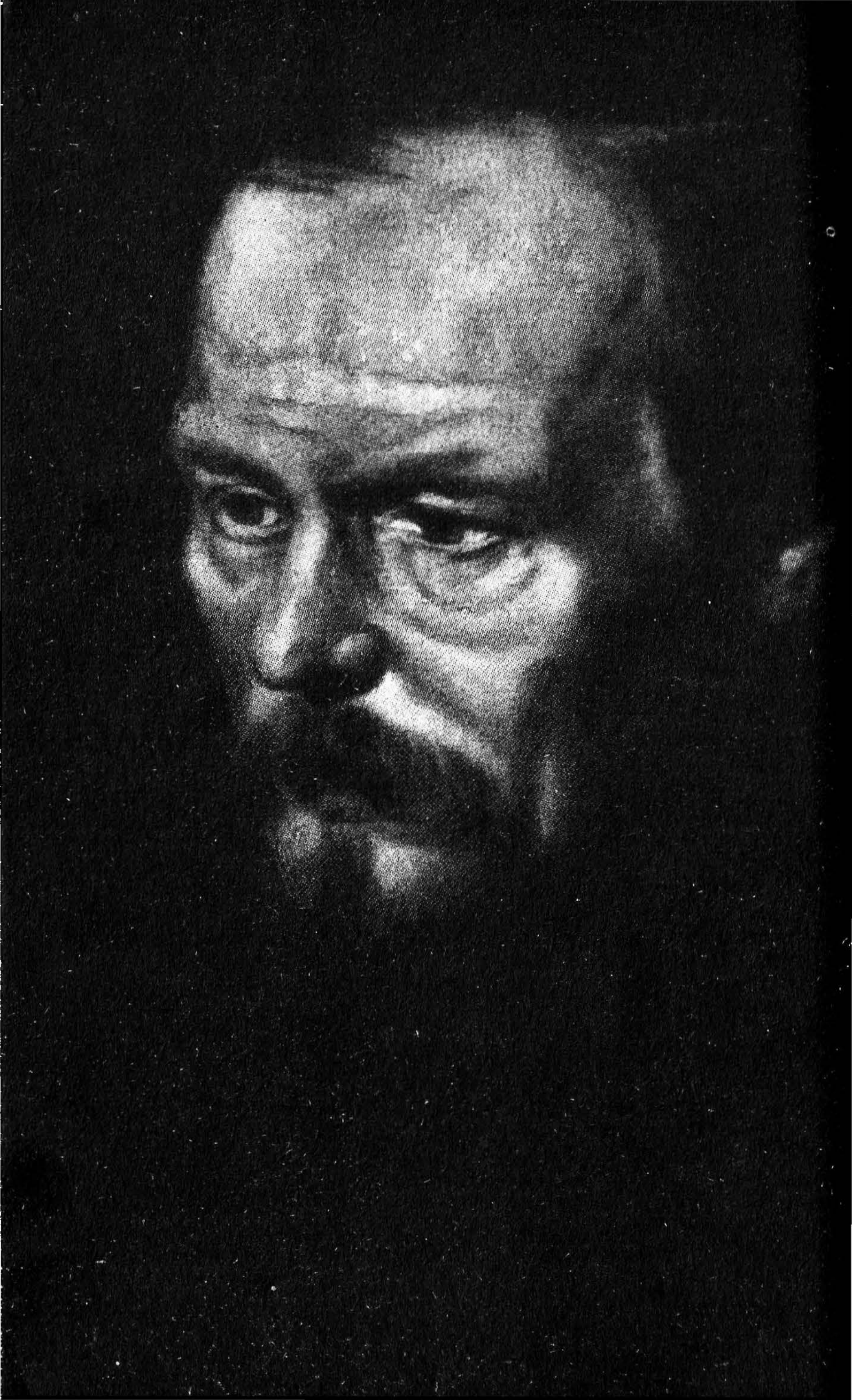
Versión de la obra original francesa: *Dostoïevski*, publicada por Arthème Fayard, París.

Traducción del francés a cargo de Irene Andresco, cedida por Ediciones Destino.

Las ilustraciones cuya fuente no se indica proceden del Archivo Salvat.

ISBN: 84-345-8145-0 (obra completa).
ISBN: 84-345-8174-4
Depósito legal: NA-131-1985(1)
Publicado por Salvat Editores, S.A., Mallorca 41-49 - Barcelona.
Impreso por Gráficas Estella. Estella (Navarra), 1985.
Printed in Spain

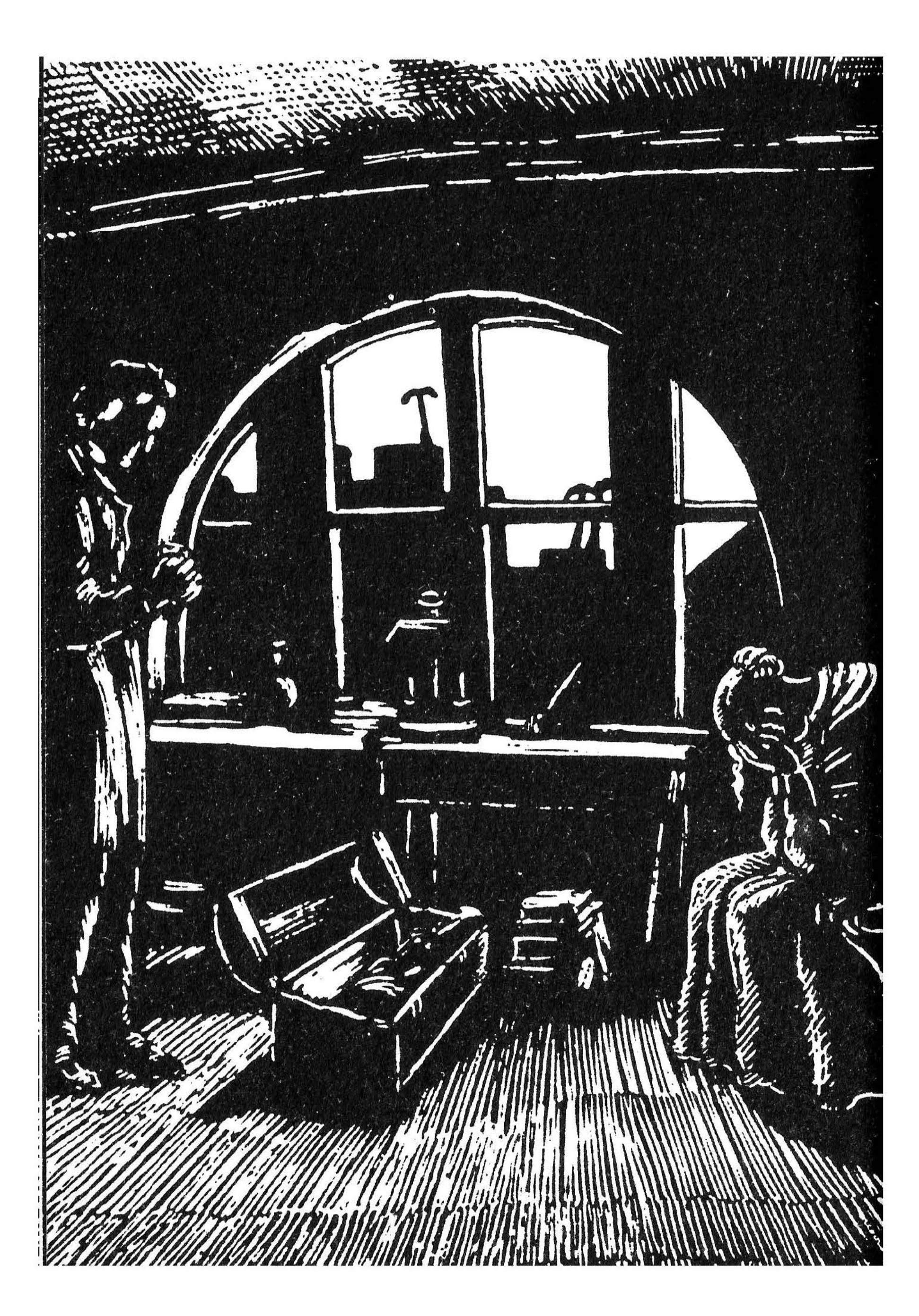
Indice



Fiodor Dostoyevski (1821-1881)

Fiodor Mijailovich Dostoyevski nació en Moscú en 1821. Obligado por su padre, cursó los estudios de ingeniero militar en San Petersburgo, pero un año después de acabada la carrera abandonó su profesión para consagrarse a la literatura. Su primera novela, *Pobres gentes* (1846), le hizo famoso y le granjeó la admiración de los círculos literarios más avanzados. Atraído por el socialismo utópico, frecuentó el círculo de Petrasevski, por lo que en 1849 fue detenido por la policía y estuvo a punto de ser ejecutado, llegándole el indulto cuando se encontraba ya en el patíbulo. Se le conmutó la pena capital por la de cuatro años de trabajos forzados en el presidio de Omsk, seguidos de servicio como soldado raso durante un tiempo indefinido. En su destierro de Semipalatinsk contrajo matrimonio, en 1857, con María Dimitrievna Isaieva. Cuatro años después, en San Petersburgo, fundó con su hermano Mijaíl la revista *El Tiempo,* que sería prohibida en 1863. Un año más tarde hacían un nuevo intento con *La Epoca,* desde cuyas páginas Dostoyevski expuso y defendió su nuevo credo: el pueblo ruso ha conservado el espíritu del cristianismo, y hermanado con la nobleza y la gente culta bajo la égida del zar, se salvará a sí mismo y salvará Europa. En 1864 fallecen su hermano Mijaíl y su mujer, y la revista desaparece debido a las dificultades económicas. En 1867, tras un amor desdichado con Paulina Suslova, que había comenzado antes de la muerte de su mujer, contrajo segundas nupcias con Anna Grigorievna Snitkina. Después de realizar varios viajes por Europa, fundó en 1874 una nueva revista, *Diario de un escritor*, en la que siguió defendiendo sus ideas panrusas ortodoxas. El reconocimiento público hacia su obra le llegó demasiado tarde, en los últimos años de su vida. Su muerte, acaecida en 1881, despertó una multitudinaria manifestación de duelo.

◀ *Retrato de Fiodor Dostoyevski*



Prólogo

Un escritor entre dos tiempos

por ***Joaquín Marco***

La figura del escritor ruso Fiodor Dostoyevski sigue manteniendo todavía hoy su valor contradictorio. Da la impresión de que ningún lector puede permanecer ajeno e indiferente al mundo creado por Dostoyevski. Arrastra adhesiones incondicionales o desprecios absolutos. La novela rusa decimonónica parece falsamente dividida entre Tolstoi y Dostoyevski. Frente al aliento épico y a la capacidad estructural del autor de Guerra y paz —la novela de valor más universal tras El Quijote— Dostoyevski levanta su legión de "demonios" que avanzan la complejidad anímica del hombre de nuestro siglo. Para Octavio Paz «Dostoyevski es nuestro gran contemporáneo» (Hombres en su siglo, Barcelona, 1984, p. 17); sin embargo, es también un novelista anclado en el siglo XIX. Juan López Morillas advierte acertadamente que «los años de prisión y destierro habían hecho del escritor un rezagado en literatura y estética. Evidentemente no "estaba al día"... era, en parte al menos, vástago del Romanticismo... De esta fusión surgió lo que la crítica de hoy califica de realismo romántico» (prólogo a F. Dostoyevski, Tres novelas cortas, Barcelona, Laia, 1976, p. 10). Lo más parecido a una novela de Dostoyevski es la narración de la propia vida del escritor.

¿Qué significa, pues, la obra de Dostoyevski? ¿Es verdaderamente un autor contemporáneo o es un representante del realismo romántico? Para Octavio Paz el máximo valor que puede otorgarse a un escritor es seguramente el de la contemporaneidad. Como novelista, Dostoyevski se inició en el Romanticismo. El autor predilecto de su juventud fue Pushkin. Gracias a Pushkin, en su madurez, consigue un éxito popular en Moscú al considerar la obra del máximo romántico ruso como un intérprete del alma rusa. La joven protagonista de Noches blancas confiesa sus preferencias literarias a un desconocido inquilino que la había enviado algunas novelas: «¿Qué, ha leído los libros? Yo contesté que sí. ¿Y cuáles —volvió a preguntar— le han gustado más? Yo respondí: Ivanhoe y Pushkin son los que más me han gustado.» La formación literaria de esta joven coincidirá con la del propio Dostoyevski porque su preparación fue claramente autodidacta. Próximo a las inquietudes de Gogol, Dostoyevski vivió momentos cruciales de la historia de Rusia. Conoció personalmente en los campos de trabajo a algunos de los supervivientes decembristas. La estructura de la sociedad rusa había mantenido un régimen claramente feudal. Los siervos no fue-

◀ *Ilustración de M. Debuzhinski para la novela* Noches blancas.

ron emancipados hasta 1861. Aquel feroz sistema opresivo zarista —del que el escritor fue una víctima más— del reinado de Nicolás, en el que apenas se produjeron unos tímidos intentos liberalizadores, fue un excelente caldo de cultivo para los desesperados y los nihilistas.

Los héroes de las novelas de Dostoyevski son esencialmente románticos y vienen a reflejar aspectos de la personalidad del autor. Como Flaubert, Dostoyevski devora sus experiencias vitales. El mundo de Siberia y de los condenados constituye el material de sus Recuerdos de la casa de los muertos *(1861) cuya publicación coincide con la apertura liberal. Tras el éxito limitado de su primera novela* Pobres gentes *(1846), quince años más tarde la joven promesa ha pasado a ser un símbolo de los sufrimientos de los intelectuales de su generación. Pero Dostoyevski escapa fácilmente a un posible encasillamiento en la nómina de los escritores liberales. Poco a poco sus planteamientos ideológicos abandonan el socialismo utópico hacia el que se sintió atraído en su juventud para penetrar en las raíces del eslavismo mesiánico. Al tornarse conservador, al bucear en el nihilismo del ambiente, se conforta en un Cristo a la medida de los "humillados". Su populismo mira hacia el futuro.*

Psicología, símbolo, ideología

Vida y obra se confunden en Dostoyevski, tanto como vida y sueño, como profundidad y oscuridad, como capacidad creadora y enfermedad. Dostoyevski parece un tránsfuga del pasado que se resiste a vivir en su presente. Sus condiciones de vida pueden justificar alguna de sus contradictorias características. A su alrededor contempla, desde joven, el infortunio: la temprana desaparición de su madre, el asesinato de su padre a manos de los siervos, la traumática experiencia de su detención, falso fusilamiento, condena en Siberia y destierro en Semipalatinsk; todo parece conjugarse para convertir al joven idealista en un observador de la vida individual del hombre como tragedia. No parece muy clara la fecha del comienzo de sus ataques epilépticos, que irán incrementándose y le convertirán en un enfermo crónico. Este hombre envejecido prematuramente por el sufrimiento, víctima de una sociedad de grandes contrastes, se confesará a lo largo de su producción. Se sentirá atraído por el éxito y los salones literarios, donde los triunfadores se llamaron Bielinski (un crítico-dictador que le apoyará en sus comienzos) o Iván Turguenieu, ese hombre refinado al que odiará por representar la Rusia europeizante y liberal. Sus ideas literarias reflejan el papel otorgado a la inspiración: «La fuerza de la inspiración es siempre más intensa que los medios de expresión (a Victor Hugo, por ejemplo, le ocurría esto. También en Pushkin se encuentran huellas de esta dualidad). Esto es lo que me pierde...», escribirá. Dostoyevski compuso sus obras irregularmente, movido, a la vez, por la intuición y la necesidad de supervivencia. Sus apremios económicos, especialmente antes de su segundo matrimonio, revelan la dramática circunstancia en la que se desarrolló su madurez literaria.

Los esquemas argumentales del novelista no quedan tan alejados de los folletines. Dostoyevski sintió una gran atracción por Balzac, a quien tradujo en sus comienzos. Pero, como Balzac, el esquema folletinesco queda superado por el análisis de los personajes. Los seres que pueblan los relatos dostoyevskianos crecen hacia dentro. Su mundo se divide con claridad entre los "humillados" y los opresores, aunque los límites que separan a unos de otros nunca se establecen con claridad. Por el contrario, los rasgos de bondad, el amor que salva incluso a los asesinos, aparecen en las descripciones de los bajos fondos. El propio novelista confesó que su íntimo conocimiento del hombre mejoró en sus años de cautiverio. En las profundidades de Siberia conoció aquello que conforma la verdadera esencia del hombre, al tiempo que aprendía a amar a una Rusia multirracial, bien distinta de la Europa civilizada que descubrirá en sus viajes y a la que despreciará con profunda injusticia: «Europa está minada y quizá mañana se derrumbe sin dejar rastro por los siglos de los siglos.» Dostoyevski no sólo es un paneslavista; es también un iluminado, inspirado por las absurdas ideas de un racismo que empezaba ya a airearse en su tiempo. Su antisemitismo anticipa uno de los dramáticos rasgos que caracterizarán las ideologías totalitarias en nuestro siglo.

Pero el novelista va más allá de lo meramente descriptivo. En sus Recuerdos de la casa de los muertos, *que empezó a publicar en abril de 1861 en la revista* El Tiempo, *donde antes había aparecido* Humillados y ofendidos, *Dostoyevski describe su propia experiencia. Pero incluso en estas páginas figuran elementos simbólicos. Uno de los prisioneros recoge un águila herida «de la casta de las estepas». Durante tres meses dos prisioneros la cuidan hasta que recobra sus fuerzas. Un día deciden ponerla en libertad.*

«—Que reviente, pero no en el presidio —decían los unos.

»—Es un pájaro libre, arisco; no lo acostumbrarás al presidio —asintieron otros.

»—Señal de que no es como nosotros —saltó alguno...

»—¡Suéltala, Mikitka!

»—A ella, es decir, al diablo, en un cofre no guardes. Dale la libertad, la verdadera libre libertad.»

Los personajes de Dostoyevski buscan también esa «verdadera libre libertad». No tratan únicamente de escapar a su condición de condenados. Porque «cada uno de nosotros es culpable ante todos, por todos y por todo».

La conciencia del pecado, el sentido de culpabilidad, atormentará a sus seres de ficción. Raskolnikov ejemplificará la condición humana. El Mal no será una consecuencia de fuerzas exteriores, un resultado social, el determinismo de los naturalistas; sino que se engendrará y vivirá en el alma de los personajes, constituirá el reverso de una medalla de conocida efigie. La literatura de Dostoyevski puede definirse por sus raíces cristianas: «Se pretende que el pueblo ruso no conoce el Evangelio y que incluso ignora los mandamientos de nuestra fe. Sí, verdaderamente es así, pero conoce a Cristo y lo llevará en su corazón eter-

namente.» Sus personajes-símbolo vivirán la agonía de una moral compleja. Cuando actúan desde la bondad, como el príncipe Miskin en El idiota, *parecen comprender los últimos significados de la vida. El personaje del príncipe, elaborado a base de rasgos de su propia personalidad, es un directo heredero del Quijote cervantino. Bien conocida es la influencia de Cervantes sobre Dostoyevski, como sobre una gran parte de la literatura rusa moderna. Pero en las novelas de Dostoyevski el "caballero andante" lucha contra molinos de viento interiores. A través del análisis y hasta casi anticipándose al psicoanálisis, Dostoyevski bucea en almas atormentadas por cuestiones morales. La profundidad de su análisis puede ponerse en cuestión, tras la lectura de Kafka o de Joyce. Pero Dostoyevski intuyó los caminos, abrió paso a la idea. Concibió la novela a partir de una "idea moral" y construyó los personajes y armó la trama con posterioridad. Su novela, por tal razón, es metafísica antes que acción. Los diálogos, que usó abundantemente, son exposiciones dialécticas. Escapó del costumbrismo inicial abriéndose paso con imaginación en un mundo que frecuentará posteriormente Máximo Gorki con el estilete social. A Dostoyevski no le interesaban los "bajos fondos", los "infrahombres" como resultado de la injusticia; buscaba en ellos los signos de la naturaleza humana. La desesperación de sus personajes es abstracta. La belleza de las almas reside en su capacidad y vocación por el sufrimiento.*

Pese a sus ribetes nihilistas, el pensamiento de Dostoyevski tenía que conducirle inevitablemente a posiciones conservadoras. Se mostró, en la madurez, ajeno a las veleidades progresistas y sus personajes aparecen indiferentes al mundo que les rodea. No sufren modificaciones sustanciales en el desarrollo de la acción. Incluso la pasión por el juego —que vivió tan dramáticamente el autor— se convierte en El jugador *en abstracción. Las figuras femeninas que aparecen en las narraciones de Dostoyevski están idealizadas. Sus valores positivos son sentimientos maternales. Comprenden la desgracia, participan de esa comunidad del infortunio que caracteriza la humana naturaleza o, como Dulcineas, son el espejo falso donde se contemplan los enamorados. En* Memorias del subsuelo *el novelista —que prefiere narrar en primera persona— apunta: «De todo cuanto dije, comprendió lo que una mujer comprende antes que nada si ama sinceramente, a saber: que también yo era desgraciado.»*

Si los novelistas del realismo tomaban sus «apuntes del natural», si su objetivo era iluminar la realidad que les rodeaba, Dostoyevski hace pasar a sus personajes por el filtro de su experiencia. Pero el del novelista está tejido de sutiles hilos literarios. Dostoyevski aplica al mundo que transmite sus obsesiones, su imaginación. Los personajes son, a menudo, pura literatura; es decir fantasía, símbolo, idea, contraste. Ya sus primeros críticos detectaron en sus novelas la falta de verosimilitud. Aquello no tenía nada que ver con la realidad. Pero a través de la biografía de Dostoyevski percibiremos que, en ocasiones, la realidad supera con creces a la fantasía. ¿Qué pretende Dostoyevski con su obra? ¿Buscar la popularidad, el dinero, o simplemente sus narraciones son

la perentoria necesidad de liberar las fuerzas oscuras que pueblan su atormentada imaginación? Dostoyevski fue un novelista de producción irregular. Buena parte de su obra, como la de Balzac, Dickens o Pérez Galdós, fue escrita para conseguir algo de dinero. Incluso en las páginas escritas con precipitación se hallan momentos de grandeza. En otras ocasiones, sin embargo, frente a Crimen y castigo, Los hermanos Karamazov *o* El idiota, *el novelista alcanza la plenitud del conjunto.*

En Los poseídos *Dostoyevski escribirá una novela de anticipación social. El nihilismo aparece aquí reflejado con los oscuros tintes que la realidad le conferirá años después. Pero el novelista había intuido el peligro del mundo uniformado, de la desaparición del individualismo: «Para empezar se rebajará el nivel de la educación, de las ciencias y de los talentos... Habrá que desterrar o condenar a muerte. ¡Arrancar la lengua a Cicerón, sacar los ojos a Copérnico, lapidar a Shakespeare!; he aqui el chigalievismo." Los conspiradores se mueven también impulsados por el terror; enemigos del orden establecido, lo sustituirán por otro no menos cruel. Los revolucionarios pretenden organizar una sociedad al margen de Dios. Pero no pueden dejar de sentir dramáticamente su necesidad.* Los poseídos *intentarán alejar al pueblo ruso de su destino. Porque, como colectividad, los rusos de Dostoyevski poseen una concepción mesiánica. Turguenieu, a quien en su juventud tanto había admirado, personificará, en la figura de Karmasinov, el ruso europeizado, el infiel a las esencias populares que Dostoyevski, como buen romántico, pretendía haber descubierto.*

Dostoyevski en España

La primera de sus obras traducidas en España fue Recuerdos de la casa de los muertos *(hacia 1889) publicada posteriormente con el título de* La novela del presidio. *La edición corrió a cargo de* La España Moderna, *revista y editorial que abrió paso a los valores literarios y universidades de la época en el último cuarto de siglo. La novela de Dostoyevski permitía al lector español el directo conocimiento de la incógnita Rusia, de la represión zarista; pero hasta 1900 no se tradujo* El espíritu subterráneo (Memorias del subsuelo). *Su traductor, Francisco F. Villegas publicó también en 1901* Crimen y castigo, *novela que dos años más tarde tradujo Eusebio Heras para la editorial Maucci, tan significativa del espíritu modernista. En la misma editorial, en 1902, aparecieron en un solo volumen* El jugador *y* Noches blancas. Humillados y ofendidos *no fue traducida hasta 1917 y* El príncipe idiota *(con este título) hasta 1920,* Los hermanos Karamazov (Los sensuales) *apareció todavía más tardíamente, hacia 1923, el mismo año que* Pobre gente, *y* Los poseídos *en 1924. La suerte de Dostoyevski en castellano fue tardía. Desde que empezó a circular se convirtió en el autor preferido de las corrientes ácratas por su exaltación del individualismo. Pero R. Cansinos Assens, a quien tanto debe la literatura "nueva", a quien J. L. Borges considera como maestro e iniciador, emprendió la traducción de unas* Obras Completas *que fueron publicadas en 1935, en dos volúme-*

nes, acompañadas de un sugestivo prólogo. La Vida de Dostoyevski, obra de su hija Amada, fue también traducida en 1927. Más recientemente, la obra de Dostoyevski ha sido traducida por el eslavista A. Vidal y por el profesor Juan López-Morillas utilizando las más recientes aportaciones de la crítica textual.

En Europa, mientras que en la Unión Soviética Dostoyevski ha sido recelosamente difundido por las autoridades culturales, su suerte en la Europa Occidental, contra lo que opinaba el novelista, ha sido paradójicamente mejor. Las versiones alemanas sirvieron como punto de arranque del conocimiento de su obra, generosamente propagadas después en francés. Su papel ideológico ha ejercido, sin embargo, menor influencia que el profundo estudio del alma de sus personajes que han venido siendo considerados como los testigos más significativos del mundo contemporáneo.

Nota del autor

¡Cuántos hombres ilustres cuyas vidas no están a la altura de sus obras! Ante estos honrados destinos, el biógrafo descubre dentro de sí unos impulsos malsanos de novelista. Completa, interpreta, inventa... Piensa más en su arte que en la verdad, más en sí mismo que en su héroe. En vez de ponerse al servicio de un gran hombre, se sirve de él.

Pero respecto a Dostoyevski se peca más fácilmente por timidez que por audacia. Su vida abunda de tal modo en desesperaciones espectaculares y en alegrías milagrosas, que antes se vería uno tentado a amortiguarla que a «novelarla». Parece como si este escritor genial hubiera organizado su existencia al estilo de sus novelas, como si la hubiera convertido en la más apasionante de ellas. Su verdad se nos hace más inverosímil que la más inverosímil de las leyendas. Sólo con relatarla escrupulosamente se despierta ya la desconfianza del lector medio. A este lector medio me gustaría tirarle de la manga y hacer que se acercase a los informes policíacos anotados al margen por el emperador en persona, que examinase las cartas de amor, tan insensatas, o los cuadernos de notas en los que vemos la referencia a ataques epilépticos junto a unos croquis de catedrales góticas y a proyectos de nebulosas novelas.

En este libro no hay ni un solo detalle que no se halle contrastado con los documentos que he consultado. Si escribo que Dostoyevski se situó junto a su ventana para admirar la noche blanca en el cielo de San Petersburgo, es porque, efectivamente, en aquella fecha se había observado que cubría a esta ciudad una «noche blanca». Si afirmo que la calesa que conducía a Dostoyevski y a su amigo pasó ante un incendio entre Semipalatinsk y Zmiev, es porque, en efecto, las Memorias del barón Vrangel atestiguan que aquel día quemaron los campesinos unos montones de cizaña al borde de la carretera siberiana. Si afirmo que el general que leyó la sentencia contra los conspiradores, en la plaza Semenovski, tenía una pronunciación deficiente, es porque, efectivamente, este personaje era conocido por su tartamudez.

Sí, la verdad es que no me he permitido la menor inexactitud literaria. Me hubiera molestado demasiado ponerme a adornar con fáciles fantasías una realidad tan terrible, tan bella, tan generosa como esta que se me presentaba a través de los recuerdos y las cartas de los contemporáneos.

No existe —ni siquiera en Rusia— una biografía completa y definitiva de Dostoyevski. Esta mía no pretende innovar. Su único mérito es el de haber sido escrita con absoluta sinceridad y gran amor.

En estas palabras preliminares me considero en el deber de agradecer al especialista dostoyevskiano, señor Bem, el haberme prestado su ayuda en algunas dificultades biográficas, y expresar mi reconocimiento a la señora Falz-Fein, que tan amablemente me ha proporcionado datos inéditos sobre los descendientes del gran escritor, y al personal de la biblioteca rusa Turgueniev, cuya comprensión y espíritu servicial me han permitido reunir los elementos indispensables para mi trabajo.

Primera parte

1. La familia

Hacía frío. La nieve bloqueaba las ventanas. Unos cuervos volaban sobre la blanca llanura como jirones de luto que el viento se hubiera llevado. María mandó encender las estufas y rogó a su marido que fuera a bañarse. Este la obedeció, quizá por amor hacia ella o quizá porque experimentase la urgente necesidad de lavarse.

Este prurito de higiene había de serle fatal: al salir de la cabaña de tablones destinada a las abluciones señoriales, apareció ante él Yan Tura —individuo a sueldo de María— y le hirió de un disparo. La víctima lanzó un aullido atroz y se precipitó hacia la casa. La esposa había ordenado que cerraran las puertas a cal y canto. Mientras que el desgraciado las aporreaba, le alcanzó su agresor y acabó con él de un sablazo. «Llevadlo al diablo», dijo María a los que llevaban el cadáver. Tendieron al muerto en unas parihuelas y lo cubrieron con un trapo viejo. «Cerca de la entrada había unos charcos de sangre que eran lamidos por los perros y los cerdos.»

Amenazado a su vez, Cristóbal, su hijo adoptivo, se refugió en casa de un vecino e hizo incoar un proceso que terminó en la condena a muerte de la arpía. Esta, entre tanto, había contraído segundas nupcias.

Esta historia, que pudo haber constituido el episodio central de una novela de Dostoyevski, es la auténtica aventura de María Dostoyevski —antepasada del escritor— en el año 1606. Pero hacía ya un siglo que había aparecido por primera vez el apellido de los Dostoyevski en las crónicas lituanas.

En efecto, el 6 de octubre de 1506, el príncipe de Pinsk favorece al boyardo Daniel Ivanovich Irtichevich con la donación de varios pueblos, entre ellos el de Dostoyevo. Los descendientes del boyardo Irtichevich toman el apellido Dostoyevski. Un Fiodor Dostoyevski fue familiar del famoso príncipe Kurbski, cuya vida ha cantado la poesía rusa y que, huyendo de la cólera de Iván el Terrible, se refugió en Lituania, desde donde le dirigió unas misivas admirables por su tono agresivo y por su dignidad. Hacia la misma época, un Rafael Ivanovich Dostoyevski fue acusado de estafa y de malversar fondos del Estado. Otros Dostoyevski fueron jueces, sacerdotes, capitanes... Un Akindi Dostoyevski estuvo en olor de santidad en la Laura (monasterio) de Kiev. Un Stepan Dostoyevski consiguió escaparse de las prisiones turcas en 1624 y colgó unas cadenas de plata ante el icono de la Virgen en Lvov. Un Shasni Dostoyevski y su hijo participaron en el asesinato de un *starosta* militar en

1634. Un Felipe Dostoyevski hubo de responder, en 1649, por las sangrientas incursiones y los saqueos que realizara en tierras de sus vecinos. Ladrones, asesinos, magistrados, visionarios, picapleitos... He aquí la ascendencia de Dostoyevski, linaje en que el bien y el mal se alían a través de las capas de muchas generaciones y que parece prefigurar la obra del escritor.

Sin embargo, a partir de mediados del siglo XVIII, se establece en Ucrania una rama de la familia que resiste tenazmente a las influencias católicas polacas, pasando sus representantes a las filas del clero ortodoxo. Monjes o sacerdotes, apenas nos es conocida su existencia. Caídos de su antiguo esplendor, privados de sus dominios y dedicados exclusivamente al servicio de Dios, parecen haberse consagrado a una modesta probidad y a pasar inadvertidos. La virtud les apartó de la historia.

El padre de Mijaíl Andreievich Dostoyevski fue sacerdote, como lo fueron sus abuelos, y no concebía que la imaginación de su hijo se viera solicitada por otras vocaciones. Causó un verdadero escándalo el que este joven, que entonces tenía quince años, pretendiera consagrarse a la medicina. Pero su madre le apoyaba en secreto, y, así, pudo marcharse de su casa y establecerse en Moscú.

No conocía a nadie en esta ciudad. Tenía poco dinero y aún menos experiencia. Sin embargo, se puso a estudiar con tenaz energía y logró ingresar en la Escuela Médico-quirúrgica. Curó heridos de la campaña de 1812 y obtuvo por fin el grado de comandante en el ejército.

Se sucedieron los regimientos, las guarniciones y los grados en la vida de Mijaíl, y el 24 de marzo de 1821 fue nombrado médico titular del hospital de los pobres. Esta carrera estuvo jalonada por mediocres distinciones honoríficas —después de haber comenzado por un gesto de rebeldía— y se prolongó en la beatífica tranquilidad de un cargo administrativo. Las mezquinas recompensas a sus esfuerzos fueron una cruz de San Vladimiro (de cuarta clase), una cruz de Santa Ana (de tercera), luego otra de segunda, y un *chin* modesto de asesor. Mientras tanto, el comandante se hizo inscribir en el libro de la nobleza hereditaria de Moscú.

En 1819, Mijaíl Andreievich se había casado con María Fiodorovna Niechaieva —hija de un comerciante—, que aportaba al matrimonio una dote estimable, un sincero amor y un buen sentido doméstico a toda prueba.

Era tierna, sensible, de carácter dulce y apagado; su rostro juvenil era bello, aunque las facciones reflejaban cierto cansancio. Un retrato al pastel, de Popov, la representaba vestida y peinada según la moda de 1820. Unas crenchas de sedoso cabello encuadraban su pequeño rostro, de grandes ojos soñadores y labios que no sonríen. El mismo pintor había realizado el retrato de Mijaíl Dostoyevski. Un semblante tosco, de campesino, con las cejas levantadas hacia las sienes, la boca dura y la barbilla saliente. Hasta la mitad de la mejilla le caían unas patillas cuidadosamente afeitadas. El cuello de su uniforme de gala, un cuello tieso y bordado en oro, le subía hasta la mandíbula. Tenía una mirada fija y helada, como de pájaro.

A Mijaíl Andreievich le habían agriado el carácter sus comienzos penosos y su mediocre éxito. Se mostraba duro para consigo mismo y para con los demás. Pero le faltaba grandeza hasta en su severidad. Era gruñón, suspicaz, chismoso, y un auténtico déspota en su casa. Lo importante para él era que se emplease el tiempo según el orden establecido, que se respetasen escrupulosamente las preeminencias familiares, que se llevara una vida de disciplina doméstica y de beatería. Después de Dios, él era el dueño y señor. Sin embargo, este jefezuelo padecía un sentimentalismo excesivo. A veces le inundaban bruscos accesos de tristeza y entonces se confiaba a su mujer: «Un aburrimiento mortal. Ya no sé dónde meterme. ¡Sólo Dios sabe las ideas que me obsesionan en pleno día y en sueños!»

La buena mujer se asustaba de verle tan apesadumbrado y él gozaba con refinamiento ante aquel cándido espanto.

«Se me encoge el corazón —le escribe su mujer durante una breve separación— cuando me figuro que estás tan triste. Te lo suplico, ángel mío, mi dios, cuídate; hazlo al menos por amor a mí. Recuerda que al estar alejada de ti, te deifico y te amo, mi único amigo, más que a mi propia vida.»

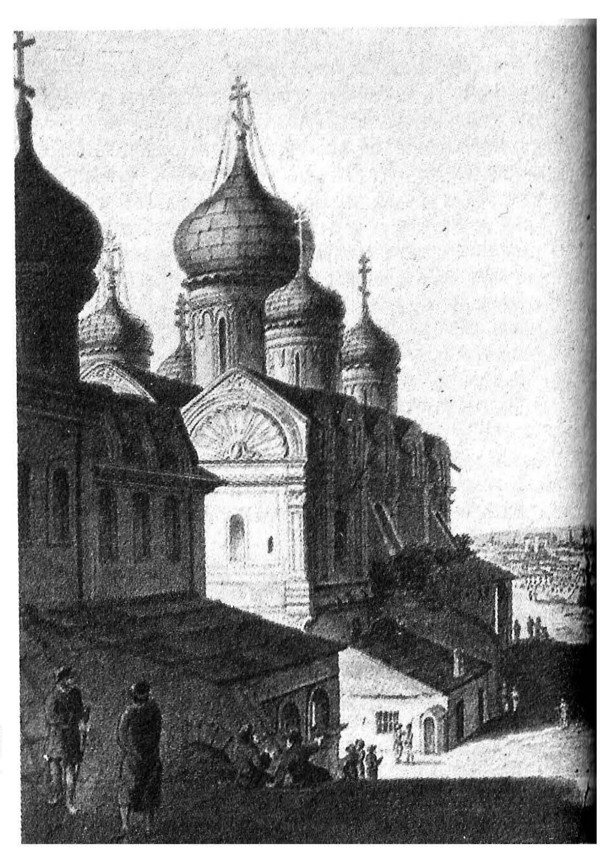
Así intentaba la infeliz devolver a aquel tiranuelo un poco de su insoportable suficiencia. El se dejaba mimar, enternecido, gruñón y relajado. Pero en cuanto pasaba el arrebato, volvía a subirse a su irrisorio pedestal.

En realidad, este individuo no era malo en el fondo. *Ni siquiera* era malo. Amaba a su mujer por la adoración que suscitaba en ella. No infligía castigos corporales a sus hijos, aunque éstos los habrían preferido a aquellas terribles cóleras «blancas». Mientras vivió María Fiodorovna, se contuvo valerosamente y no bebía, y cuando se entregó por completo a la bebida, tuvo por lo menos la honrosa disculpa de su viudez y su desesperación. En cuanto a su proverbial avaricia, ciertos biógrafos han intentado justificarla por la mediocridad de sus recursos y la lentitud con que ascendía. Su sueldo de cien rublos era, desde luego, poca cosa; pero la dote de su mujer, lo que le pagaba su clientela particular y la probable ayuda que le prestaron algunos parientes muy ricos —como los Kumanin—, todo ello le permitía ir defendiéndose con facilidad. Parece exagerado hablar de miseria refiriéndose a Mijaíl Andreievich, ya que el Estado le proporcionaba alojamiento, disponía de siete criados del Hospital y poseía cuatro caballos.

Incluso llegó a comprar, en 1831, una finca a unos ciento cincuenta kilómetros de Moscú, en la provincia de Tula. Incluía las aldeas de Darovoie y Cheremachny, que tenían entre las dos más de cien «almas» (siervos).

No obstante, el nuevo gentilhombre rural no deja de quejarse a su mujer en las cartas que le dirige cuando ésta se encuentra en el campo con sus hijos.

«Lo he recibido todo, excepto dos frascos de licor que, según me dice Grigori, se han roto. Me digo, mi bien amada, si no será que en vez de romperse solos los hayan vaciado para romperlos después...»



Vista parcial de Moscú, ciudad natal de Fiodor Dostoyevski. Biblioteca Nacional, París.

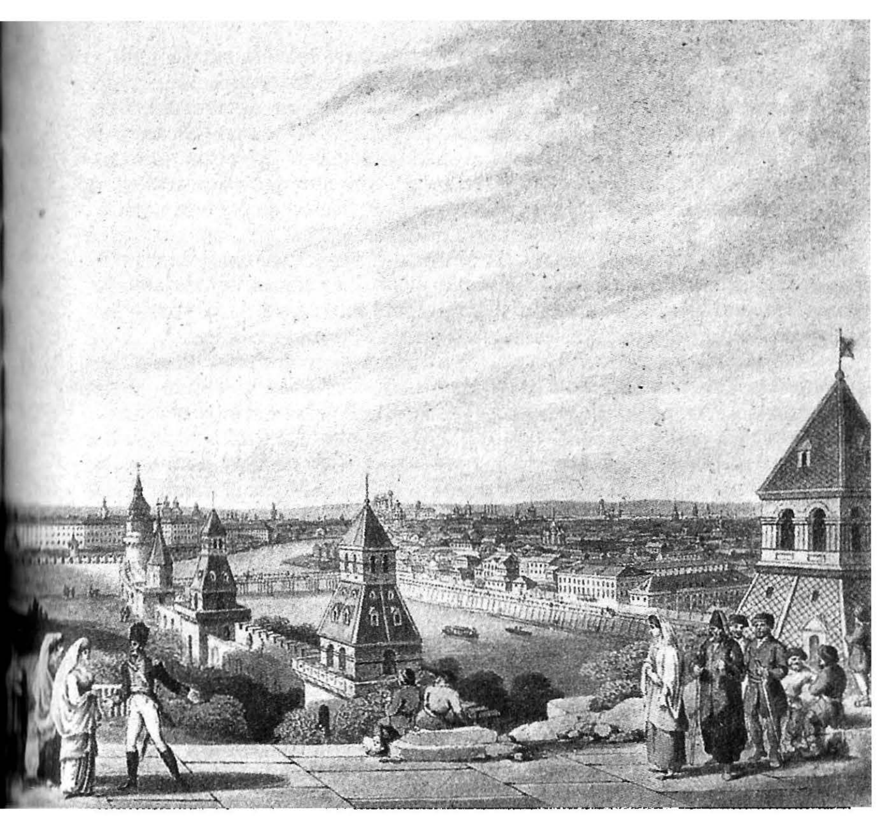
Además, esto otro: «Todo marcha bien en casa, aunque Vasilisa haya despertado mis sospechas en varias ocasiones; pero ya no le quito los ojos de encima. Escríbeme, mi bien amada, diciéndome cuántas botellas y cuántos frascos de licor te quedan en la alacena.»

En otras cartas ruega a su esposa que le envíe una relación detallada de la vajilla de plata, sin omitir las piezas desparejadas.

«Me escribes que debo de tener *seis cucharas soperas* y sólo veo cinco. También me dices que hay una cuchara rota *en el cuarto de los trastos*. No la he encontrado. ¿No te habrás confundido?»

Insta a su mujer para que le mande urgentemente una lista exacta de sus vestidos y tocados. Así, en su correspondencia, ambos esposos alternan estas mezquindades de usurero con los desbordamientos líricos de la pasión conyugal.

En Moscú los Dostoyevski vivían en un pabellón del Hospital María, el hospital de los pobres. La fachada del hospital —majestuosamente adornada por unas columnas dóricas y protegida su entrada por una fila de pilastras coronadas por leones— daba a la Bojedomka o «calle



de las Casas de Dios». En efecto, en los alrededores de la Bojedomka no había sino establecimientos benéficos y de enseñanza: orfelinatos, asilos de mendigos, y los Institutos de Alejandro y Santa Catalina para muchachas de la nobleza. Era una zona en la que se refugiaba la sordidez administrativa; un barrio de humilde fealdad y de pobreza socorrida, donde reinaban la miseria y el aburrimiento.

La casa de los Dostoyevski era un hotelito de un solo piso, edificado en un estilo similar al Imperio y rodeado de un jardín. Tras la verja de aquel jardín comenzaba el parque interior del Hospital María, con sus pabellones cuarteleros, sus imponentes tilos y su iglesia particular. Un mundo misterioso y digno de compasión, cuya entrada estaba vedada a los niños.

Los Dostoyevski disponían de dos habitaciones y un vestíbulo. Una pared improvisada, de madera, dividía en dos el vestíbulo. En el nuevo cuarto conseguido con este tabique se instaló el dormitorio de los pequeños Dostoyevski. Carecía de ventanas, y sus paredes estaban estucadas en gris oscuro. Más allá, había una espaciosa habitación pintada

en amarillo canario. Luego, el salón azul cobalto. Más tarde fue añadida otra estancia a esta vivienda. El mobiliario era sencillo y práctico. En el salón, dos mesas de juego, una mesa de comedor y una docena de sillas tapizadas de cuero verde. En la habitación grande, las camas de los padres, un lavabo y dos inmensos cofres atestados de ropa blanca.

Los techos eran altos; los muebles, de dimensiones respetables, y los asientos, rellenos de crin, conservaban —como si fuesen de cera— la huella de los que se habían sentado en ellos.

En esta vivienda pasó toda su infancia el segundo hijo del comandante. Había nacido el 30 de octubre de 1821. Le bautizaron el día 4 de noviembre, en la iglesia de Pedro y Pablo del Hospital de los Pobres. Le pusieron Fiodor, que era el nombre de su abuelo materno.

Sucedíanse los días con sana monotonía. Un programa riguroso de actividades y la casi absoluta carencia de distracciones anulaban hasta la noción del tiempo en aquella familia, que, a fin de cuentas, se consideraba feliz.

Se levantaban a las seis de la mañana. A las ocho, el padre salía de casa para efectuar el habitual recorrido del pabellón que estaba a su cargo. La servidumbre aprovechaba su ausencia para arreglar las habitaciones y encender las estufas. Regresaba a las nueve y volvía a salir en seguida para visitar a sus enfermos de la ciudad. La familia almorzaba a mediodía. Después de almorzar, el médico se encerraba en el salón y dormitaba, durante una hora y media o dos, en el viejo canapé de cuero. En los días estivales, uno de los niños tenía obligación de instalarse junto a Mijaíl Andreievich y espantarle las moscas que se le posaban en la cara, valiéndose para ello de una varita de tilo. Si alguno de los insectos burlaba la vigilancia del centinela y despertaba al durmiente posándosele en la nariz, estallaba un griterío imponente, como para quitarle a uno el apetito durante el resto del día. «¡Desventurado el que dejara pasar una mosca!», escribía Andrei Dostoyevski en sus *Recuerdos*. Además, toda la tribu se dedicaba a proteger esta siesta patriarcal. En la habitación contigua, la familia, reunida alrededor de la mesa redonda, hablaba en voz baja, ponía sordina a sus risas y se sobresaltaba al menor gruñido del dormitante amo.

El murmullo clandestino de aquellas reuniones caracterizó la infancia de Dostoyevski. A María Fiodorovna le encantaba contar mil extraños recuerdos de sus progenitores. Su padre había huido de Moscú cuando entraron los franceses en la ciudad. Al vadear el río, el coche donde viajaban se hundió en el agua. Consecuencia de esto fue el no poder despegar unos de otros los billetes empaquetados en una de las maletas. La voz de María Fiodorovna era suave; y sus ojos, tiernos y misteriosos. Daba gusto vivir cuando el comandante dormía.

Pero, por interesantes que les parecieran los relatos de su madre, los niños preferían los cuentos de hadas de la *ñaña* Aliona Frolovna.

Esta Aliona Frolovna ocupaba un puesto importante en la casa. Era una mujer enorme, inflada de grasa superflua, y cuyo vientre —como solía decir Andrei Dostoyevski— lindaba exactamente con las rodillas. Vestía muy decentemente y llevaba siempre un gorrito de tul blanco. Su

apetito era ilimitado. Sin embargo, este respetable mastodonte adelgazaba, lo cual divertía mucho al médico.

«Me escribes que la mujer de los cuarenta y cinco *puds* ha perdido peso, y que, por otra parte, os ha costado mucho trabajo descargar y cargar el equipaje; de ello deduzco que no hay mal que por bien no venga, pues me imagino que la *ñaña* ha perdido por lo menos veinte *puds*. De manera que esta disminución de peso será muy apreciada por los caballos y por el coche.»

Mijaíl Andreievich se divertía a costa de las manías de Aliona, que las tenía muy curiosas. Por ejemplo, aseguraba que Dios exigía de todo cristiano que comiese un bocado de pan entre cada dos bocados de carne, pescado o legumbre. Sólo las gachas debían, según ella, tragarse sin «acompañamiento». «Masca primero un pedazo de pan, niño, y luego te puedes meter en la boca el alimento. ¡Eso es comer como Dios manda!»

Su única debilidad era tomar rapé. A fechas fijas venía a verla un vendedor de tabaco; un tipo sucio y repugnante. El comandante afirmaba que eran novios. «¡Que el Cielo le perdone a usted! ¡El Señor es mi único novio y no un vendedor cualquiera de tabaco!», se indignaba la desgraciada.

A veces, por la noche, prorrumpía en bestiales aullidos. Los niños se despertaban helados de espanto. El comandante saltaba de la cama y sacudía a Aliona hasta que volvía en sí. «Te advierto que si continúas berreando mandaré que te sangren tres libras por lo menos.»

Y la verdad es que la sangraban casi a diario, sin el menor resultado.

El médico le aconsejaba que comiese un poco menos en la cena. Pero ella argüía que si se acostaba con el estómago vacío soñaba con gitanos, lo cual era muy desagradable. Cansado ya, Mijaíl Andreievich la dejaba hacer su voluntad. En realidad, Aliona era la única capaz de enfrentarse con aquel césar doméstico. Más de una vez protegió a los niños contra la cólera de éste. Ella era «ciudadana de Moscú» y se enorgullecía de ello. Tuteaba a los pequeñuelos. No decía *barin* para dirigirse a su amo, sino que lo llamaba por su nombre —Mijaíl Andreievich—, como si no fuera una criada. En fin, estaban en su poder las llaves de la bodega y de la despensa, lo que suponía una innegable distinción honorífica.

La familia Dostoyevski tomaba el té a las cuatro, y la tarde transcurría plácidamente en torno a la mesa redonda iluminada por dos velas de sebo, ya que las de cera se reservaban para las comidas «de aniversario». Estas reuniones incluían obligatoriamente una sesión de lectura en voz alta. El padre, la madre, y luego los niños, leían por turno la *Historia de Rusia*, de Karamzin; las *Odas*, de Derjavin; los *Poemas*, de Jukovski; la novela *La pobre Lisa* o unos versos de Pushkin. Mijaíl Andreievich Dostoyevski era bastante culto para su posición. Y exigía —hay que decirlo en honor suyo— que sus hijos se educaran en las letras y las artes.

Cenaban a las nueve en punto. En cuanto se levantaban de la mesa, los niños besaban a sus padres, se arrodillaban ante los iconos para rezar sus oraciones y se encerraban en el dormitorio sin ventanas —ne-



Mijaíl Andreievich Dostoyevski, padre del escritor.

gro, silencioso—, en el cual los muebles, que de pronto se volvían amenazadores, les tendían las trampas de sus reclinatorios ariscos, de sus asientos animados, de sus literas mágicas... A Fiodor le asustaba la oscuridad, y su hermano Mijaíl no era mucho más valiente que él. Pero no tardaban en dormirse con la mirada fija en la llamita del icono, que palpitaba sobre la pared como un ala.

No eran frecuentes las distracciones en casa de los Dostoyevski. Dos veces al año, las nodrizas de los niños (María Fiodorovna sólo había amamantado a su hijo Mijaíl) llegaban de sus lejanas aldeas para visitar a sus críos. «Ahí está Lukeria», anunciaba Aliona Frolovna a su ama. Y Lukeria entraba en el salón, con la cabeza emperejilada de cintas, y calzados los pies con sandalias de corteza. Al trasponer el umbral, se persignaba, saludaba ceremoniosamente y distribuía a los niños las galletas campesinas que traía envueltas en un pañuelo de vivos colores. Luego, volvía a la cocina.

Pero, ya de noche, se deslizaba hasta el dormitorio, donde la esperaban los chicos. Sentábase junto a ellos, y, en una oscuridad propicia para los milagros, les contaba a media voz las aventuras del zarevich Juan o de Barba Azul, o del Pájaro de Fuego, o quizá las de Aliocha Popovich. Hablaba la antigua lengua de los campesinos, sabrosa y lenta, arrastrando las sílabas en «o». Los niños la escuchaban, con vaga aprensión, aunque encantados: «El boyardo se había parado en el cruce de los caminos...» Cuando se quedaban solos, discutían acaloradamente



La madre, María Fiodorovna Netchaieva.

comparando los méritos de sus nodrizas. ¿Cuál de ellas sabía más historias, la de Varienka o la de Fiodor?

Los padres de Fiodor Dostoyevski recibían a poca gente. El comandante era bastante huraño y no le gustaba acostarse tarde. La familia vivía replegada sobre sí misma, ateniéndose a los deseos de su jefe. Sólo llevó a los niños al teatro dos o tres veces, como cosa extraordinaria. Después de la representación de *Yako* o *El mono del Brasil,* Fiodor se pasó varias semanas procurando imitar al actor que interpretaba el papel de mono. Y *Los bandidos,* de Schiller, en la interpretación de Machalov, le hicieron «perder el sueño». En cuanto a los paseos, eran patriarcales y aburridos como correspondía a semejante familia. Los días veraniegos, todos los miembros de ésta se dirigían hacia el prado María, cercano al hospital. Al pasar ante el centinela del Instituto Alejandro, dejaban caer una moneda a los pies del buen hombre, que la recogía subrepticiamente. Mientras caminaban, el padre sostenía con sus niños conversaciones elevadas y provechosas: aritmética, geometría... Estaba prohibido correr por el césped, porque un chico bien educado no podía rebajarse —según decía Mijaíl Andreievich— a corretear como un insensato. Les estaba prohibido hablar con «niños desconocidos». Asimismo, quedaban proscritas las inocentes distracciones de jugar a los caballos, a la pelota y a la *lapta,* que eran juegos propios del vulgo.

Los domingos y días festivos iban a la iglesia a las vísperas. Las tardes de asueto podían jugar a los reyes. Y, para el cumpleaños del pa-

dre, los chiquillos escribían unas felicitaciones en francés sobre un papel de lujo al que ataban luego un lacito de seda. Más adelante llegaron a recitarle poesías que aprendían de memoria para aquella ocasión: Pushkin, Jukovski y —cosa inexplicable— ¡unos fragmentos de *La Henriada!*

Fiodor Mijailovich Dostoyevski crecía en medio de este pequeño clan, lamentablemente protegido de cualquier contacto con el mundo exterior, privado de amigos, de experiencia y de libertad. Esta juventud de invernadero, este desarrollo artificial de la sensibilidad habrían de marcarle para toda su vida. «Ninguno de nosotros está acostumbrado a la vida», dice uno de sus héroes. Tampoco Dostoyevski lo estuvo nunca.

Sin embargo, no debe deducirse de lo expuesto que Fiodor Mijailovich fuera un niño «bueno» y triste. Su ingenuidad vulnerable no le impedía ser travieso, irascible, enredador y hasta autoritario a veces. Si jugaba a las cartas con sus padres, hacía trampas —lo que desconcertaba atrozmente al comandante—. Los paseos en coche le exultaban hasta producirle un preocupante estado febril. La menor diversión le sacaba de sus casillas. Una vez vio a un corredor en una barraca de feria, y se puso a trotar por el jardín con un pañuelo entre los dientes y los codos pegados al cuerpo, hasta agotarse. «No me extrañan, querido, las fechorías de Fiodor, pues de él se puede esperar eso y mucho más», escribe María Fiodorovna a su marido. Y el comandante regaña a su hijo con palabras realmente proféticas: «¡Ah, Fedia, tranquilízate; si no, acabarás mal!... Terminarás llevando la gorra roja.» Esta gorra roja —que usaban los soldados rasos— tuvo que llevarla, en efecto, Fiodor Mijailovich cuando se vio obligado a su condena de trabajos forzados.

Una verja separaba el jardincito de los Dostoyevski del extenso parque del hospital. A pesar de la prohibición del médico, Fiodor gustaba de charlar con los enfermos que tomaban el aire vestidos con batas de paño color crudo y tocados con gorros de algodón. Aquella humanidad sufriente y desagradable no le causaba repugnancia. Al contrario, le atraía y le suscitaba una gran ternura. Sí, el pequeño burgués solitario buscaba la compañía de aquellos vencidos, tímidos y miserables, desechos de un mundo que le era totalmente desconocido. ¿Qué dramas vulgares, qué anodinas desventuras les habían arrojado a aquel rincón? Y ¿a qué podía deberse el que no le fueran extraños, pese a la diferencia de edad y de posición social? Cuando el comandante sorprendía a Fiodor conversando con un asilado, le reñía con acritud. El primogénito, Mijaíl, era un chico tranquilo; quizás un poco soñador, pero muy débil. El más pequeño, Andrei, no le daba disgusto alguno. Pero ¡aquel Fiodor! «¡Este niño es de fuego!», decían sus padres. Y, para apaciguar la morbosa turbulencia del rapaz, el médico le explicaba detalladamente lo pobres que eran, cuán difícil habría de serles «labrarse un porvenir»; por lo tanto, debían moderar sus ambiciones. Un cuadro tan negro del futuro aterraba a los niños. Es indudable que estos sombríos sermones de Mijaíl Andreievich desarrollaron en el espíritu de su hijo el miedo a la sociedad, una excesiva susceptibilidad y las dudas fulgurantes que padeció hasta su muerte. «Tomadme como ejemplo», solía decir el médico a sus hijos. ¡Si hubiese sabido cómo temía su hijo Fiodor parecérsele!

Fue sobradamente generoso como reacción contra la avaricia paterna; y si prodigó tan amplia indulgencia, ¿no fue porque detestaba la severidad del padre? Así se probaba a sí mismo que nada tenía en común con él. Parece haber experimentado, respecto a él, sentimientos confusos y contradictorios. Le temía; a veces, hasta le detestaba. Le producía algo así como una repugnancia física. «¿Quién de nosotros no ha deseado la muerte de su padre?», exclama Iván Karamazov. Pero, otras veces, sentíase apiadado de él. Le indignaba haberse alejado tanto de su padre: «¡Cómo le compadezco! ¡Qué carácter tan extraño tiene!», escribía a su hermano Mijaíl. Y la muerte del médico le apenó más, precisamente por no estar seguro de haberle querido.

Darovoie

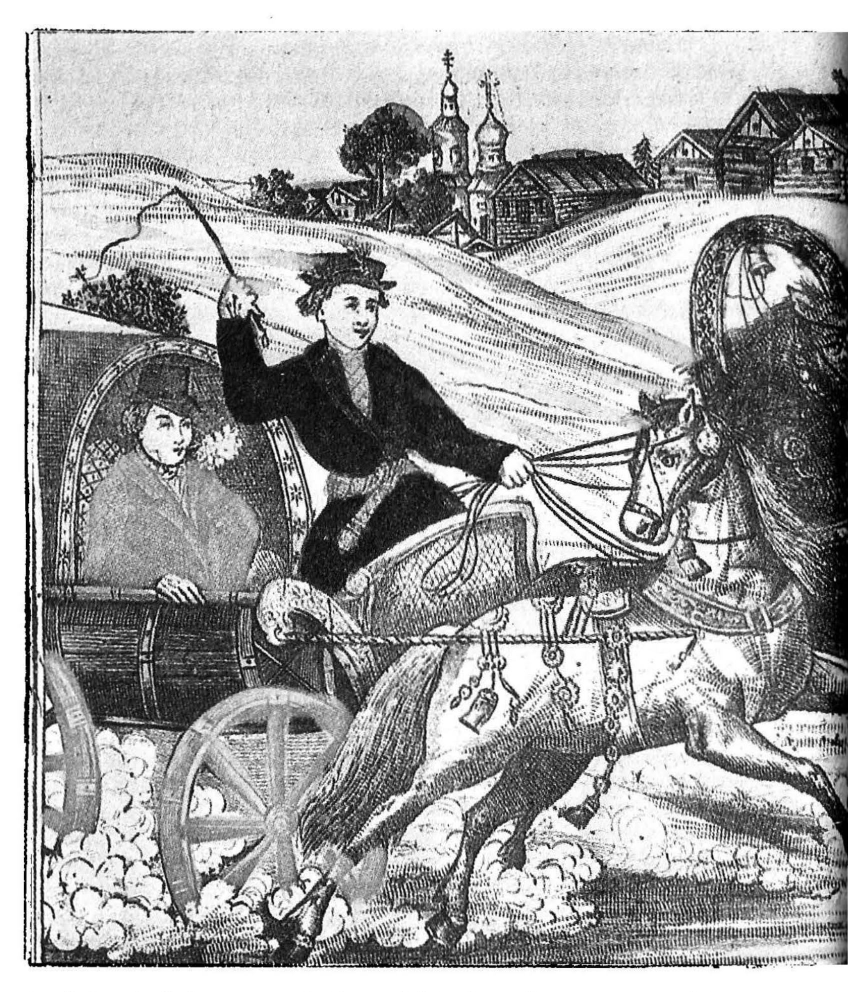
En 1831, la adquisición del dominio de Darovoie alteró algo la existencia gris de la familia. En los primeros días de la primavera, María Fiodorovna se trasladaba al campo acompañada por sus hijos. El comandante, retenido en la ciudad por sus obligaciones, no iba a reunirse con ellos hasta julio, y no prolongaba sus estancias más de cuarenta y ocho horas.

El viaje, que duraba dos o tres días, era un encanto. El siervo Simón Chiroky llevaba a la aldea los caballos de labranza de la finca. Cargaban la vieja berlina con las maletas y los bultos. Fedia se instalaba en el pescante, junto al cochero. Y el vehículo atravesaba la ciudad, con los caballos al trote corto, lanzándose luego por los caminos de rodadas secas y encostradas.

Campos de centeno, un abedul de plateadas y temblonas hojas, una *isba* con el techo cubierto de rastrojos y su tosca escalinata de madera, la silueta de un chiquillo en camisa, descalzo, y gritando cualquier cosa mientras levanta un brazo... Los hitos del camino van desfilando. Pasan ráfagas de olor a polvo, a estiércol, a paño apolillado.., unas veces a la derecha, otras a la izquierda del coche. Las herraduras producen un ruido de lengua que golpea con precisión sobre el paladar. Chirrían las ruedas, y los cascabeles tintinean. Fedia suplica a Simón que le deje las riendas. ¿Se hace así?

En la primera parada, salta del pescante, corre de un lado a otro, inspeccionando el terreno; se humedece los zapatos en la hierba y vuelve a montar, ebrio de aire libre, maravillado... Restalla el látigo. Otra vez se pone en marcha la berlina...

La casa de Darovoie era un pequeño pabellón de modesto aspecto, con tres habitaciones, paredes formadas por maderos encalados y techumbre de paja. Unos tilos centenarios daban sombra a la casita. Más allá de sus troncos, extendíase una pequeña pradera hasta el bosque de abedules surcado de barrancos. El bosque presentaba un aspecto siniestro en cuanto anochecía. Se decía que estaba infestado de lobos y víboras, lo cual excitaba sobremanera la imaginación de los niños. A Fiodor, sobre todo, le encantaba aventurarse por la maleza burlando



la vigilancia de los suyos. A ello se debía el que llamasen a aquel terreno «el bosque de Fedia».

La finca incluía también un huerto. Más tarde, los padres de Dostoyevski hicieron excavar un estanque cerca de la casa. Mijaíl Andreievich mandó de Moscú un barril de peces vivos que fueron arrojados al estanque. Luego, un sacerdote dio una vuelta alrededor, seguido por una procesión que llevaba iconos y estandartes.

Hoy, el oquedal está ya talado y en el fondo desecado del estanque han plantado coles. Una casa nueva, limpita y anónima, ha sustituido al pabellón de los Dostoyevski. Pero Darovoie y Cheremachny han conservado su secular aspecto: aldeas minúsculas de unos veinte «techos


Snark International

Desde 1831, Fiodor se trasladaba con su madre y sus hermanos a Darovoie, donde pasaban el verano. Para el pequeño era ésta la época más feliz del año.

de rastrojos», lavados por la lluvia y requemados por el sol. Unos *mujiks* ignorantes, perezosos y miserables, famosos por su habilidad para robar caballos. Una existencia primitiva, anclada en el pasado.

María Fiodorovna Dostoyevski pasaba todo el verano en Darovoie. Se ocupaba del corral, del huerto, del cultivo del trigo, la avena, las patatas y el lino. Escribía a su marido frecuentemente contándole las incidencias en la finca:

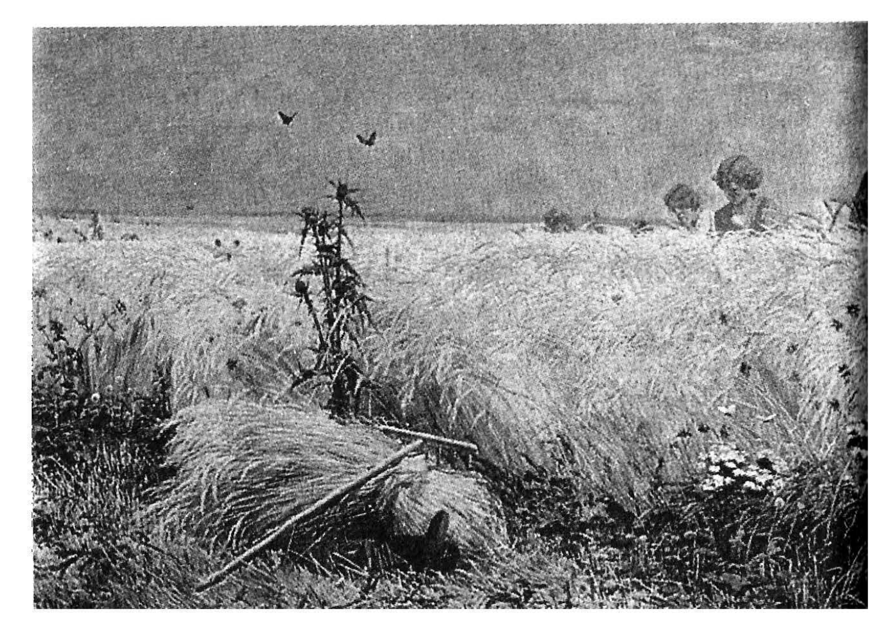
«Los siervos gozan todos ellos de buena salud, excepto los de la familia de Fiodor, que han estado al borde de la muerte; pero ahora, a Dios gracias, están mejor. Sólo tres de ellos no se han reintegrado aún al trabajo. El ganado, gracias a Dios, se encuentra bien.»

Y en otra carta:

«Dios me ha concedido un siervo y una sierva. Nikita ha tenido un hijo, Igor; y Fiedote, una hija: Lukeria. La cerda ha parido cinco cochinillos, la pata empolla tranquilamente sus huevos, y, en cuanto a las gansas, no nos dan por ahora nada...»

Mientras que la madre atiende a la casa y vigila con idéntica atención la salud de sus campesinos y la de sus animales, los hermanos Dostoyevski disfrutan ansiosamente de su libertad recién adquirida. Organizan numerosos juegos en este pequeño dominio, tan modesto, pero que a ellos les parece un milagroso país de continuos festejos. ¡Y qué juegos! En primer lugar, el «juego de los salvajes», inventado por Fedia. Los chicos construyen una choza bajo los tilos, se desnudan, se pintarrajean el cuerpo y se ponen unos sombreros adornados con hojas y con plumas de ganso. Luego, armados con arcos y flechas, simulan un ataque contra el bosque de abedules, en el que se atrincheran los chicos y las niñas de la aldea vecina. Los prisioneros son conducidos a la choza y no se les suelta hasta que pagan un respetable rescate. Otro juego, inventado también por Fedia, era el de Robinsón. Más tarde los niños empezaron a usar el estanque para sus juegos, bañándose en él.

Los siervos querían mucho a estos jóvenes «ciudadanos». Y sobre todo, a Fiodor, que se pasaba los días enteros en el campo, viendo trabajar a los *mujiks*, sucios, de pequeña estatura, ojos pueriles y pesadas manos cubiertas de callos. Los asediaba a preguntas. Les pedía que le dejaran conducir el caballo uncido al arado, o que le permitieran manejar la hoz. Un día, en la siega, vio a una campesina que, habiéndose roto



su cántaro, se lamentaba de la sed que pasaba su hijo, a punto de sufrir una insolación. Sin pensarlo dos veces Fiodor recorrió a pie una *versta* y media sólo para traerle de la aldea un poco de agua.

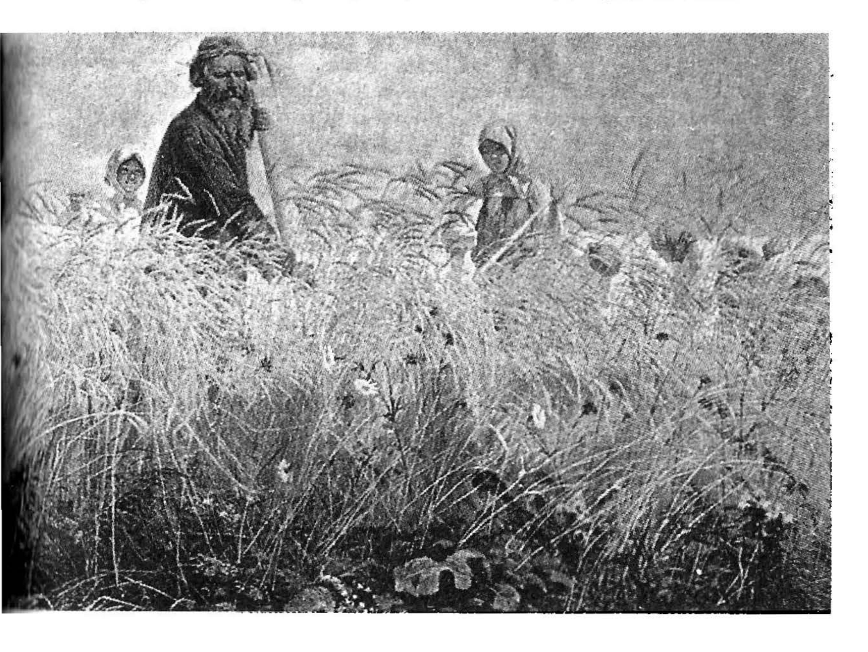
Aquellos humildes campesinos —trabajadores ignorantes— le atraían por la misma razón que los enfermos del Hospital María. Se sentía en un plano de igualdad con ellos. Junto a aquella gente se le esfumaba todo su amor propio y la timidez que pudiera tener frente a otras personas. Descubría con arrobo a este pueblo ruso, sencillo, rudo, al que guardará toda su vida un amor apasionado. A ellos volvía cada vez que necesitaba renovar su fe en la santa misión de Rusia. No a los funcionarios galoneados ni a la refinada aristocracia, sino a aquellos hombres de rostros encostrados, espaldas arqueadas y ojos tiernos que miran sin comprender.

Incluso cuando sufría su condena en Siberia —en desesperada soledad—, buscaba su primer consuelo en el recuerdo de aquellos desventurados.

«Recordé el mes de agosto que pasaba en el campo. Hacía un tiempo seco y diáfano, pero un poco frío, a causa del viento. Terminaba el verano y en seguida tendría que regresar a Moscú para aburrirme durante todo el invierno estudiando francés, de modo que me angustiaba la perspectiva de marcharme del campo...»

Se interna en el soto. Corta, a derecha e izquierda, unas varas de avellano para fustigar a las ranas. A su alrededor, se extiende el bosque

Dostoyevski sintió un gran afecto por los humildes campesinos rusos.



silencioso. Los lagartos, rojizos y salpicados de manchas negras, pasan como centellas por entre las gruesas piedras del sendero. De las hojas más bajas penden los saltamontes. El aire huele a setas, a troncos descortezados, a hierba podrida. De repente, un grito terrible: «¡Un lobo!»

El niño huye, dando alaridos, por entre la espesura y llega a un claro donde labra un *mujik*.

«Era nuestro campesino Mariei... Un hombre como de cincuenta años, robusto, bastante corpulento, con una barba pelirroja en la que se apreciaban algunos cabellos grises. Yo le conocía, aunque nunca le había dirigido la palabra. Al oír mi grito, había parado a su mula y se dio cuenta de mi pánico cuando me vio aferrarme con una mano a su arado y con la otra a su manga. "¡Un lobo!", repetí jadeante.

»Levantó la cabeza e, involuntariamente, miró a su alrededor. Estuvo a punto de creerme.

»—¿Dónde está el lobo?

»—Han gritado... Alguien ha gritado por ahí: "¡Un lobo!" —balbucía.

»—Vamos, muchacho, vamos; no hay tal lobo. Lo has soñado. ¿Qué puede buscar por aquí un lobo?

»Pero, sin dejar de temblar, me agarré aún con más fuerza a su blusa, y me figuro que debía de estar muy pálido.

»—¡Ay, qué miedo has pasado! —dijo, meneando la cabeza—. Vamos, niñito, vamos... Sé valiente.

»Extendió la mano y me acarició la mejilla:

»—Anda, pequeño, ya pasó. Que Cristo sea contigo. Persígnate.

»Pero no me persigné. Tenía los labios atrozmente contraídos en las comisuras. Mariei se dio cuenta y me puso uno de sus dedos, tan ásperos, en mis labios convulsos...

»Y he aquí que, de pronto, recordé la escena veinte años más tarde, hallándome en Siberia. La recordé en sus menores detalles. Volví a ver la cariñosa sonrisa maternal del pobre campesino, siervo nuestro. Me acordé de su señal de la cruz, de su cabeceo. "¡Qué miedo has pasado, pequeño!" Y, sobre todo, aquel dedo basto, recubierto de tierra, con el cual rozó mi boca suavemente, casi con timidez.

»De pronto, alejándome de mi camastro y echando una ojeada en torno mío, comprendí que podría considerar a todos aquellos desgraciados de un modo nuevo, y que, bruscamente, como por encanto, se habían esfumado en mi corazón el odio y la cólera.»

A cada nueva prueba, a cada nuevo asalto de las dudas religiosas, se precipitará hacia el campesino, implorará su inmutable presencia, su fuerza primitiva y tranquila, y el campesino le responderá: «Vamos, muchacho, vamos; no hay tal lobo... No dejaré que te coja el lobo... Que Cristo sea contigo.»

El campesino Mariei vivió, efectivamente, en Darovoie. Era un *mujik*, muy entendido en caballos, a quien María Fiodorovna estimaba mucho, hasta el punto de perdonarle sus palabrotas. También fue en Darovoie donde conoció Dostoyevski a la joven Smierdiashaia de *Los hermanos Karamazov*. Se llamaba Agafia Timofieivna, y la consideraban idiota. Se paseaba en camisa durante todo el año y dormía en el cemen-

terio. El pueblo de Cheremachny también aparece en dicha novela. En cuanto a Aliona Frolovna, Dostoyevski la ha inmortalizado en *Los poseídos*.

¡Magnífica Aliona Frolovna! Bien se merecía esta recompensa. Un día, en Moscú —Dostoyevski tenía entonces nueve años—, se abrió la puerta del salón y apareció Grigori. Venía de la aldea. «El intendente, en vez de presentarse, como siempre, bien vestido a la moda alemana, traía una blusa vieja y botas de paño.

»—¿Qué pasa? —exclamó mi padre, aterrado.

»—Se ha incendiado la finca —respondió Grigori con voz ronca.»

El incendio había destruido las *isbas*, las cosechas y el ganado. El tío Arjip había perecido en las llamas. En un principio pensaron que la ruina era total. Toda la familia cayó de rodillas. María Fiodorovna sollozaba. Entonces, la *ñaña* Aliona Frolovna se acercó a ella y la tocó en un hombro: «Si necesita usted dinero, utilice el mío.» Había ahorrado quinientos rublos. Afortunadamente, los daños pudieron ser reparados sin recurrir a la criada. Pero este recuerdo, como el de Mariei, acompañó a Dostoyevski durante toda su vida.

«No juzguéis al pueblo ruso por las infamias que comete con tanta frecuencia —escribe Fiodor—, sino por su constante aspiración, desde el fondo de su ignorancia, por lo grande y sagrado... Emana de él una luz que nos ilumina el sendero.»

2. Los años de estudiante

La instrucción de los niños Dostoyevski empezó cuando todavía eran muy pequeños. María Fiodorovna se encargó personalmente de inculcar a su hijo Fiodor los rudimentos del abecedario. Se lo enseñó al estilo antiguo, dando a cada letra su nombre eslavo: «az, buqui, vede...» El pequeño Fiodor, que por entonces tenía cuatro años, perdía la cabeza con aquel despliegue de extrañas sílabas.

Sus primeras lecturas fueron las *Ciento cuatro historias del Antiguo y del Nuevo Testamento.* Las detestables litografías del librito representaban la creación del mundo, Adán y Eva en el Paraíso, el diluvio...

En 1870, Dostoyevski —que ya tenía cuarenta y nueve años— descubrió un volumen idéntico al que había utilizado en su infancia, y lo guardó en su biblioteca como una reliquia de extraordinario valor.

Cuando los niños supieron ya leer los relatos de *El Antiguo y el Nuevo Testamento,* Mijaíl Andreievich contrato a un diácono erudito para que les enseñara Historia Sagrada. Era profesor del Instituto Catalina y su elocuencia encantaba a toda la familia. María Fiodorovna abandonaba frecuentemente sus tareas domésticas para oírle contar a los pequeños —sentados alrededor de la mesa de juegos, con los puños en las mejillas y la mirada febril— el nacimiento, pasión y muerte de Cristo.

Otro profesor vino al poco tiempo a completar la educación de los jóvenes Dostoyevski, enseñándoles algunas nociones de lengua francesa. Era francés de origen y se llamaba Souchard, pero había solicitado autorización del emperador para invertir y rusificar su apellido, convirtiéndolo en Drachusov. Más adelante habían de acudir los niños a casa de este mismo Drachusov —alias Souchard— como mediopensionistas.

Drachusov, hombrecillo regordete e ignorante, que pronunciaba la «egue» [r] de su país, se encargaba de las lecciones de francés; sus dos hijos daban matemáticas y estudios eslavos, mientras que su mujer se ocupaba de todo lo demás.

Pero en aquel modesto establecimiento de enseñanza, nadie sabía latín. Tuvo que suplir esta deficiencia el padre de Dostoyevski. A última hora de la tarde, reunía a su prole, y comenzaba el atroz suplicio.

Mijaíl Andreievich era un profesor terrible. Sus instintos de dómine se revelaban en presencia de sus alumnos. No sólo les prohibía sentarse durante la lección, que duraba más de una hora, sino que si alguno de ellos cedía al cansancio y se apoyaba en un mueble, le caía encima un terrible sofión lanzado con voz de trueno. Y allí se quedaban, inmóviles, transidos de pánico, anquilosados por el cansancio, declinando y conjugando sin cesar:

—*Mensa, mensae...; amo, amas, amat...*

A la menor equivocación, llovían los gritos y menudeaban los puñetazos sobre la mesa, se cerraba violentamente la gramática de Bantichev, los papeles salían volando y oíase un portazo mientras se alejaban unos pasos pesados. Pero debe reconocerse que Mijaíl Andreievich no ponía de rodillas a sus discípulos ni los castigaba a ponerse de espaldas en un rincón.

Los padres de Dostoyevski no consintieron nunca en mandar sus hijos al instituto, donde eran reglamentarios los castigos corporales. Esto hacía que muchas familias enviaran a sus hijos a academias privadas. Los hermanos Mijaíl y Fiodor Dostoyevski fueron a parar, en 1834, a la de Chermak, que era seria y cara.

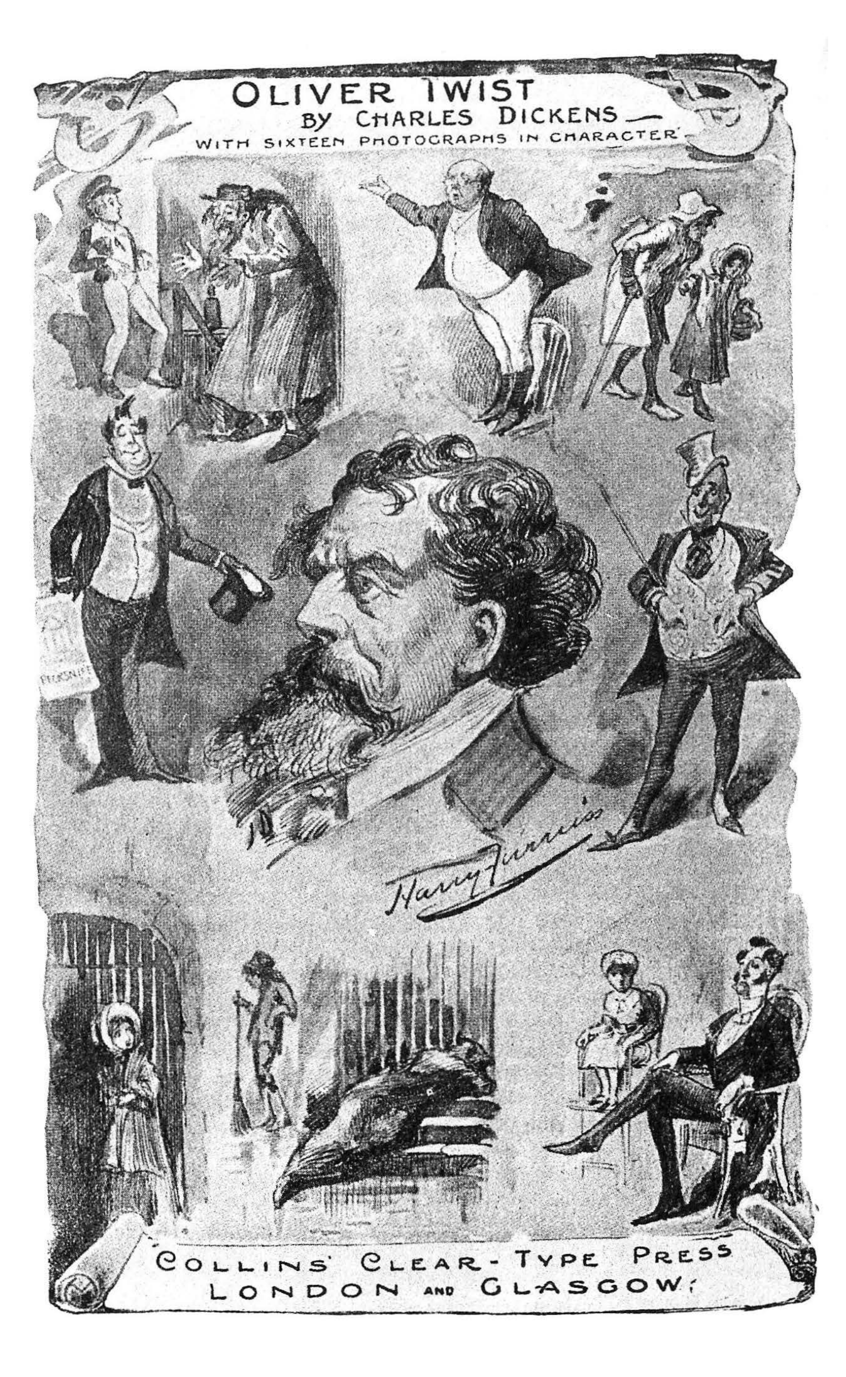
Chermak era una buena persona; meticuloso, honrado y medianamente instruido, había tenido la habilidad de rodearse de eficaces ayudantes. El ambiente del colegio era patriarcal y bonachón. Los internos comían en la misma mesa que la tribu Chermak. La señora Chermak curaba los rasguños que se hacían los alumnos. Cuando alguno de los pensionistas se portaba bien, Chermak le llamaba a su despacho y le entregaba con gran prosopopeya un pequeño bombón. Y los muchachos de las clases superiores aceptaban esta recompensa con la misma ceremonia y satisfacción que los pequeñuelos de las clases elementales.

Mijaíl y Fiodor volvían a casa los sábados. Ese día les preparaban una comida magnífica con sus platos favoritos. Pero, antes de probar bocado, emprendían impacientes el relato detallado de su nueva existencia: las notas obtenidas, los deberes que habían de preparar, las diabluras de sus compañeros... El comandante, que no habría tolerado ni una descortesía para con él, se divertía, en cambio, con la evocación de estas travesuras escolares. ¿Le parecía, quizá, al escucharlas que constituían un desquite suyo frente al mundo? ¿Despreciaría en su fuero interno a aquellos universitarios demasiado débiles para imponer respeto a la chiquillería?

—¡Ah, pirandoncetes! ¡Demonios de criaturas! —rezongaba con evidente satisfacción.

Después de almorzar, los niños se sumían en la lectura de libros. Leían febrilmente cuanto caía en sus manos. Su alimento intelectual se limitó primero a las publicaciones mensuales del *Gabinete de Lectura,* cuadernillos cuya portada variaba a cada entrega. A Fiodor le apasionaban igualmente *Waverley, Quentin Durward* o los relatos de viajes. Soñaba con viajes a Venecia y a Constantinopla; se dejaba influir por la molicie oriental, por audaces conquistas o por los grandes sacrificios novelescos. Walter Scott, Dickens, George Sand o Victor Hugo se mezclaban en confuso montón y se digerían mejor o peor entre dos clases de aritmética o de gramática.

Mijaíl llevaba su perversidad hasta el extremo de versificar a escondidas. Los dos se aprendían de memoria los poemas de Pushkin y de Jukovski. En cuanto los sabían, se los recitaban a su madre, la cual —delgadísima y minada por la tuberculosis— hacía de árbitro, sonriendo, en la discusión sobre cuál de ambos poetas era el mejor.


OLIVER TWIST
BY CHARLES DICKENS
WITH SIXTEEN PHOTOGRAPHS IN CHARACTER
Harry Furniss
COLLINS' CLEAR-TYPE PRESS
LONDON AND GLASGOW

Pushkin era entonces un contemporáneo, un «joven», y su fama no igualaba a la de Jukovski. Así, no es de extrañar que María Fiodorovna se declarase partidaria del segundo. Y Fiodor se indignaba de que se intentase comparar *El conde de Habsburgo* con la admirable y cruel *Muerte de Oleg*.

Un día, el hijo de uno de los pocos amigos de la familia, Vania Umnov, enseñó a Fiodor una sátira literaria titulada *El manicomio*, de Voiekov. Fiodor la recitó luego a su padre, quien la juzgó inconveniente, «porque ridiculizaba a escritores de fama y, sobre todo, a Jukovski».

Este Vania Umnov era el único muchacho de su edad que podían recibir en casa Fiodor y Mijaíl Dostoyevski. Por otra parte, el padre no era el único responsable de la soledad en que vivían sus hijos. A Fiodor le habría gustado mucho trabar amistades entre los alumnos de Chermak; pero su excesivo amor propio, su agria desconfianza y la enfermiza timidez que le caracterizaba, alejaban de él a sus condiscípulos. Ardía en deseos de sacrificarse por el primer llegado, de confiarse a él, pero desde el primer contacto se metía en su concha. Le tenía miedo a la vida. ¿Qué podía haber de común entre aquellos chicos alegres y sencillos y él, cuya existencia se veía ensombrecida por una melancolía cuidadosamente fomentada? ¿Qué afinidades iban a establecerse entre sus aspiraciones románticas, su confuso afán de gloria, sus devociones literarias y los juegos toscos de sus compañeros? Las bromas chabacanas de aquella gente lo sublevaban. ¿Lograría curar su arisca timidez si tratase a una jovencita? Pero el médico vigilaba celosamente la conducta de sus hijos. Hasta la edad de dieciséis años, no les daban en casa dinero para sus pequeños gastos. Es más, el regreso a la Academia Chermak lo efectuaban cada semana en el coche del hospicio, para que no se vieran tentados a darse una vuelta por la ciudad. En cuanto a los domingos y días festivos, Mijaíl Andreievich había decidido que Fiodor y Mijaíl los pasarían en la sana ocupación de hacer trabajar a sus hermanos menores Andrei y Nicolai, así como a sus hermanitas.

La primera desgracia

La enfermedad de María Fiodorovna se iba agravando con el tiempo. Desde el invierno de 1836, la infortunada se metió en la cama para no volver a levantarse más. A pesar de ello, en el mes de mayo del mismo año, su marido, torturado por una de sus ridículas desconfianzas, la acusó aún de haberle engañado.

«Amigo mío —le escribe ella—, me pregunto si no estarás de nuevo desgarrado por esas dudas sobre mi fidelidad que son tan terribles para mí como para ti. Si es así, te juro, amigo mío, por Dios, por el cielo, por la tierra, que no he traicionado ni traicionaré jamás el sagrado juramento que te hice ante el altar.»

◀ *Grabado con los personajes de* Oliver Twist, *de Dickens.*

Fue preciso nada menos que el agotamiento de la pobre mujer para calmar los celos de su esposo.

La debilidad de María Fiodorovna era tal que no podía ya peinarse. Y, como le parecía «inconveniente» que la peinaran manos extrañas, mandó que la cortaran el pelo casi al rape. En el pabellón del Hospital María, se sucedían con ritmo acelerado las visitas fúnebres de parientes y conocidos. Numerosos médicos se apresuraron a acudir en ayuda de su colega. Pero el mal era incurable. La madre de Dostoyevski murió el 27 de febrero de 1837, después de haber bendecido a sus hijos y a su marido, y haber dado sus últimos consejos a todos los de la casa. Tenía treinta y siete años.

Esta pérdida conmovió terriblemente a la familia. Fiodor y Mijaíl estaban aterrados. El comandante, loco de pena, se golpeaba la cabeza contra las paredes. Mandó que le hicieran a su mujer un mausoleo de mármol, con esta frase de Karamzin grabada en uno de los lados: «Reposad, cenizas queridas, hasta el alegre despertar.»

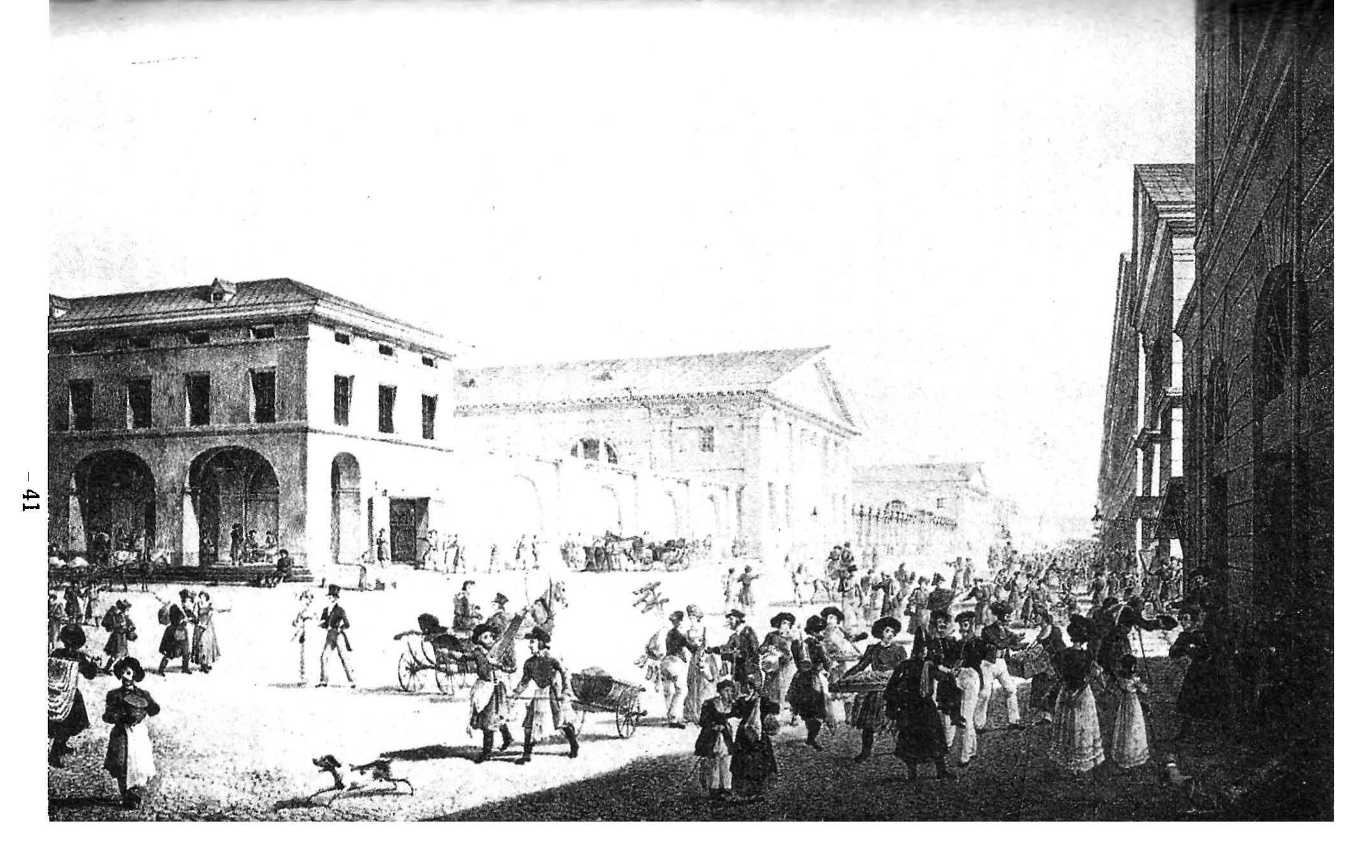
Un mes antes, el poeta Pushkin fue muerto en duelo por el barón de Antés. La noticia de este acontecimiento sólo llegó a los jóvenes Dostoyevski después de la muerte de María Fiodorovna. Esto les afectó profundamente. Fiodor aseguraba que hubiese llevado luto por el poeta si no lo llevara ya por su propia madre. Este sentimiento no es excesivo si se piensa con qué desconsolada estupefacción se acogió en todo el país la noticia de la desgracia. El público letrado se daba cuenta confusamente de que el fin de Pushkin anunciaba una época nueva y temible. No era solamente un hombre de talento que se extinguía en plena fuerza; con él desaparecían una idea y un estado de cosas. «¡Dios mío! Rusia sin Pushkin, qué extraño resulta... ¡Mi vida, mi gozo supremo, han muerto con él! El gran poeta ya no existe» —escribe Gogol.

Lermontov, entonces corneta de los húsares de la guardia, compuso la *Muerte del Poeta,* que le valió el destierro al Cáucaso. Cada poeta contribuye con sus versos:

El poeta ya no existe. Se ha cumplido el destino.
El Parnaso nacional está desierto:
Pushkin ha muerto...

Estos versos malos de autor desconocido alimentan la desesperación de Fiodor y de Mijaíl Dostoyevski.

La vida en la casa se hace inaguantable. El viudo trabaja con desagrado y ya no piensa más que en encerrarse en su propiedad de Darovoie. Decide enviar a sus hijos mayores a la Escuela Militar de Ingenieros, en San Petersburgo. El proyecto le parece excelente, porque al final de sus estudios los alumnos diplomados pueden llegar a ser oficiales en un regimiento de la guardia imperial, o pueden ser ingenieros, a elección suya. Pero la marcha a la capital se retrasa por una brusca enfermedad de Fiodor. Padece una extinción de la voz. Los más variados remedios son ineficaces. Un especialista aconseja que intenten el viaje con buen tiempo. El experimento da buen resultado. Sin embargo, durante



San Petersburgo, a mediados del siglo XIX. *Museo Pushkin, Leningrado.*

toda la vida, Dostoyevski hablará en ese registro muy bajo, extraño, «artificial», que molesta a sus interlocutores.

La separación fue solemne. Iván Barchev, el capellán del hospital, rezó las oraciones de los viajeros. La familia reducida se sentó, según costumbre, alrededor de la mesa; después se levantó y se persignó; finalmente, el padre y sus hijos subieron al coche de alquiler que les estaba esperando.

El viaje duró cerca de una semana. Los caballos avanzaban al paso. Era preciso esperar tres horas en cada cambio de postas. Comían en las posadas de pueblo. Iban a visitar las cuadras donde los criados ponían los arneses a las caballerías de relevo. Luego, volvían a emprender la marcha con paso de entierro, por una carretera lisa, entre campos llanos, salpicados aquí y allá por negros bosques y pálidos pantanos. El paisaje uniforme cansaba la atención. El comandante estaba taciturno. Los chicos se embriagaban con mil confusas esperanzas. Una nueva vida empezaba para ellos. Iban a servir a «lo bello y lo grande», según la fórmula que les era tan grata. Desde luego, aprenderían matemáticas, ya que era preciso, pero la poesía iluminaría su existencia secreta.

Mijaíl garrapateaba versos a razón de tres poemas cada veinticuatro horas. Fiodor combina con astucia de alquimista novelas de capa y espada, cuyo fondo lo forman los palacios de Venecia. Se recitan con voz emocionada las últimas obras de Pushkin. En cuanto lleguen a San Petersburgo, irán en peregrinación al lugar del duelo. Después, visitarán la antigua morada de Pushkin y la habitación donde exhaló el último suspiro. Luego...

Pero un vil incidente cortó el curso de sus ensueños. En una parada de la provincia de Tver, los Dostoyevski estaban esperando que les cambiasen los caballos, cuando vieron una *troika*, lanzada a toda velocidad, que se paró ante ellos. Un correo ministerial descendió de la *troika*. Tricornio de plumas, levita de estrechos faldones, rostro rubicundo como un embutido en malas condiciones. Se tragó un vaso de *vodka* mientras le traían otros caballos. Luego, volvió a subir al vehículo. Y, en cuanto partió el coche, el correo se irguió cuan alto era y asestó una lluvia de golpes sobre la nuca del cochero. El desgraciado se inclinó hacia delante, y se puso a azotar a los caballos con todas sus fuerzas. Cuanto más le pegaban, más pegaba él... «Esta repugnante imagen ha quedado grabada para toda la vida en mi memoria», anota Dostoyevski en el *Diario de un escritor*. Ve en la escena del correo la explicación de ese rebajamiento animal que algunos reprochan al campesino ruso. Que dejen de mandar, de gritar, de pegar, y el campesino enderezará el espinazo y volverá a ser el hombre suave y reflexivo que no habría debido dejar de ser.

En *Crimen y castigo*, Raskolnikov sueña que un viejo caballo sucumbe bajo los golpes del bruto Mikolka: «La yegua vacila bajo el choque, se desploma; trata de volver a tirar, pero con un nuevo trancazo sobre las espaldas cae al suelo, como si le hubieran partido las cuatro extremidades.»



Aleksandr Pushkin, maestro reconocido de Dostoyevski. Su muerte en 1837, como consecuencia de un duelo, afectó profundamente al joven Fiodor.

En el *Diario de un escritor,* Dostoyevski habla de un poema de Nekrasov, *Los ojos dulces:* un *mujik* fustiga con el látigo los ojos de su caballo: «No puedes tirar, pero seguirás tirando. Muérete, pero tira.»

Dostoyevski está obsesionado por la idea del sufrimiento. Todo crimen se explica y se redime por el sufrimiento. Este constituye nuestra gran disculpa para vivir. Su padre, que está sentado junto a ellos, ha sido terriblemente probado por el destino, y esta tristeza justifica la severidad que emplea con sus hijos. Cada cual arroja sobre el vecino el peso de su desesperación, de su odio, de su miedo. Nada comienza en nosotros. Nada termina en nosotros. Nos hallamos cogidos en la misma red nerviosa, y basta que uno de nosotros haga un gesto para que todos los que se encuentren cerca noten un doloroso tirón.

«Fiodor Mijailovich recordaba gustosamente su infancia dichosa y apacible», asegura Anna Grigorievna Dostoyevski. Pero el doctor Yanovski, que fue amigo de Fiodor Mijailovich, le contesta:

«Fiodor Mijailovich ha experimentado precisamente en su infancia esos sentimientos sombríos y penosos que no se borran con el tiempo, y que despiertan en un hombre la propensión a las enfermedades nerviosas y, por consiguiente, a la epilepsia, a la hipocondría, a la desconfianza...»

Se hace tarde. El comandante bosteza. A ambos lados de la carretera, el número cada vez mayor de pantanos señala la proximidad de San Petersburgo.

El Castillo de los Ingenieros

Las piadosas visitas a la casa de Pushkin, los exaltados paseos a orillas del Neva, la conquista «de lo bello y de lo grande» fueron aplazados por la prudente voluntad del comandante.

En cuanto llegó a San Petersburgo, dejó internos a Fiodor y a Mijaíl en casa de Coronad Filipovich Kostomarov.

Este oficial de nombre atronador se encargaba de preparar a los muchachos para el examen de ingreso en la Escuela. Tenía una estatura impresionante. Sus grandes bigotes negros y su fría mirada aterrorizaron a los recién llegados. Pero, después de las primeras palabras, se adivinaba la exquisita dulzura y la amabilidad femenina que se ocultaban bajo este aspecto de soldado veterano.

El médico, completamente tranquilizado sobre la suerte de sus hijos, regresó a Moscú.

En cuanto a los dos hermanos, un poco emocionados por la soledad estudiosa que se abría ante ellos, se pusieron a trabajar con ahínco.

«Nuestros asuntos siguen su camino —escribe Mijaíl a su padre—. Tan pronto estudiamos geometría y álgebra como trazamos planos de fortificación, reductos y bastiones, o dibujamos a pluma perfiles de montañas. Coronad Filipovich está muy contento de nosotros. Nos trata con una amabilidad excepcional: nos ha comprado instrumentos por valor de treinta rublos y colores por valor de doce rublos.»

Y también:

«Nuestro instructor espera más de nosotros que de los otros ocho alumnos que estudian el curso.»

Por fin llega el día del examen. Admiten a Fiodor y declaran inepto a Mijaíl por razones de salud. La dirección le envía a seguir unos cursos a Revel, donde la Escuela posee un anexo.

La alegría de llevar un uniforme y de ser tratado de «conductor» no pudo vencer la desesperación que experimentaba Fiodor con la idea de esta separación. Una ardiente amistad unía a los dos hermanos. ¿Quién podía sustituir a ese atento confidente, a ese afectuoso compañero que era Mijaíl para Fiodor, el poeta exaltado que le comprendía a medias palabras y cuyos más secretos pensamientos adivinaba él?

Pero frente a su padre, finge un entusiasmo caritativo.

«¡Por fin me han admitido en la Escuela de Ingenieros, por fin me he puesto el uniforme y he entrado al servicio del Estado!»

Pero más tarde escribiría: «Me mandaron junto con mi hermano Mijaíl, de dieciséis años, a San Petersburgo, a la Escuela de Ingenieros, y de esta manera estropearon nuestro porvenir. Para mí, aquello fue un error.»

Y esto es lo que sentía entonces.

El «Castillo de los Ingenieros» —así solían llamar a la Escuela— había sido edificado por el emperador Pablo I para su uso personal. Se hallaba situado en el barrio más hermoso de la ciudad, en la confluencia de los ríos Moika y Fontanka, y separado del Jardín de Verano por un puente levadizo que terminaba en una torre maciza. En esta morada fue

donde murió asesinado el monarca, el 11 de marzo de 1801, a medianoche, por orden de su confidente, el conde Pahlen, gobernador militar de San Petersburgo, y con la aprobación tácita de su hijo Alejandro.

«Plugo al Señor llamar a sí a nuestro padre bienamado, el emperador Pablo Petróvich, muerto repentinamente a consecuencia de un ataque de apoplejía.»

Este fue el manifiesto que publicó Alejandro al día siguiente del regicidio.

En 1819 dieron otro destino al castillo, cambiaron los muebles, lo restauraron y lo dedicaron a Escuela de Ingenieros. Las salas eran espaciosas, altas, claras y las paredes estaban enjalbegadas.

En lo que antes fueran habitaciones imperiales, instalaron un dormitorio, un refectorio y clases para 126 alumnos. Los jóvenes alumnos de la Escuela tenían de catorce a diecinueve años. Formaban una corporación de tradiciones fuertemente establecidas: culto a la honradez, respeto hacia los «veteranos», protección al débil, desprecio del peligro... y una gran afición al baile.

El juramento que prestaban al ingresar en el Castillo de los Ingenieros confería a los «conductores» la sensación de su responsabilidad.

El programa de los estudios era severo: álgebra, geometría, balística, física, arquitectura, fortificaciones, topografía y geografía; y también, naturalmente, literatura, historia, ejercicios militares... Se aplican dibujando planos impecables, cuidando los matices del colorido y la nitidez del dibujo.

Hablan de situaciones del porvenir, brillantes relaciones, coches, fiestas y desfiles. Se fomentan los levantamientos contra los «veteranos». Luego, por orden de un «conductor en jefe», los enemigos se abrazan y se juran una amistad viril y el olvido de las ofensas.

La disciplina es muy rígida. Se trata de endurecer y aguerrir a los jóvenes. Para esto, todos los medios son buenos; pero, sobre todo, los vergajos.

«Hubo casos en el regimiento de la nobleza en que, por un simple error en los ejercicios, azotaron a los alumnos hasta el punto de tener que llevárselos del picadero en una sábana, medio muertos», leemos en los Recuerdos del Instituto de Puentes y Caminos (citado por Serge Perky). En este mundillo ingenuo, brutal y bullicioso, es donde penetra Dostoyevski de pronto, después del aislamiento de su vida familiar.

Fiodor Mijailovich era en aquella época un chico rechoncho, de rostro redondo, nariz chata y tez pálida y manchada de pecas. Sus cabellos castaño claro estaban cortados muy cortos. Su frente, ancha y despejada, coronaba dos ojos grises, profundamente hundidos en las órbitas y de una fijeza molesta. La expresión de su rostro era, generalmente, triste, absorta, inquieta. No sabía llevar el uniforme. Lo apodaron Focio, en memoria del heresiarca exaltado que fundó la Iglesia ortodoxa.

El primer contacto de Dostoyevski con sus camaradas fue penoso.

«¡Qué aspecto de necios tenían! —anota Dostoyevski en las *Memorias del subsuelo*—. En nuestra escuela, la expresión de las fisonomías degeneraba hasta el embrutecimiento. Niños que habían ingresado



Nicolai Vasilievich Gogol (1809-1852).

hermosos y sanos se convertían en monstruos al cabo de algunos años. A los dieciséis años, los miraba con triste asombro. Me asombraba la mezquindad de sus reflexiones, de sus juegos, de sus conversaciones y de sus ocupaciones. Sólo respetaban el éxito. Todo lo que era justo, pero humillado y perseguido, provocaba sus crueles e infames burlas. Para ellos, el título sustituía a la inteligencia. A los dieciséis años, hablaban ya de pequeños puestos lucrativos. Eran viciosos hasta dar repugnancia.»

Odia Dostoyevski a estos animales jóvenes porque son tan simples, tan sanos, apenas sufren y se regocijan por tan poco... Aún más que en la pensión Chermak, prueba la sublime amargura de su aislamiento.

«La vida es repugnante aquí —le escribe a su hermano Mijaíl—; ¡sólo es bello lo que se ha liberado del materialismo y de la felicidad te-

rrenas!» Pero era precisamente este «materialismo», esta «felicidad terrena» lo que le recordaban las conversaciones de sus condiscípulos: «llegar, ascender en la graduación, prepararse para una carrera»... ¿Pensaba él en su carrera?...

«Me parece que el mundo ha tomado un sentido negativo y que de una elevada y bella espiritualidad ha salido una sátira. ¡Es horrible!... ¡Qué cobarde es el hombre!... ¡Hamlet!... ¡Hamlet!...»

Como un Hamlet no maduro aún, sombrío, desesperado y solitario, ronda por los pasillos con un libro en la mano; evita la proximidad de los maestros, corta en seco las conversaciones con los compañeros. Sin embargo, no se niega a trabajar. Al contrario, se aplica en el trabajo. No protesta cuando el profesor Plaksin les enseña que Gogol es un autor desprovisto de talento, que se complace en el cinismo y en lo sucio. Lo acepta todo. Se doblega a todo. Lleva su «cruz».

«Un ser que se acostumbra a todo; ésta es, me parece, la mejor definición que se pueda dar del hombre», escribirá en los *Recuerdos de la casa de los muertos.*

Y, en efecto, poco a poco se acostumbra a la nueva vida de la Escuela. Organiza su aislamiento. «Prefería mantenerse apartado —escribe uno de sus compañeros—. ¿Era desgraciado o se figuraba que lo era? ¿Cómo saberlo? El manejo de las armas, los movimientos de conjunto, las costumbres militares de los tiempos antiguos, bastas pero francas, no le gustaron jamás. Su orgullo enfermizo, su delicadeza moral y su debilidad física lo confinaban en la soledad.»

Durante los recreos, ruidosos y breves, se refugiaba en el quicio de una ventana que daba sobre el Fontanka. Abría un libro. Leía. Se despegaba de este universo de minúsculas preocupaciones y de repugnantes intereses escolares. Los alumnos volvían al patio, formaban en hilera, pasaban delante de él para ir al refectorio y, finalmente, regresaban con un rumor de voces y de risas. Fiodor Mijailovich no oía ni veía nada. No recogía sus libros hasta oír el repique del tambor que tocaba a retreta. Pero con frecuencia, en plena noche, según lo refiere el vigilante general Seveliev, se podía ver a Dostoyevski, sentado ante su mesita de trabajo, en la «habitación redonda». Estaba descalzo. Una manta le envolvía los hombros. Escribía a la luz de un cabo de vela metido en una palmatoria de hoja de lata.

Se han encontrado los juicios sobre Dostoyevski emitidos por la dirección de la Escuela:

«—¿Es aplicado el alumno?

»—Muy aplicado.

»—¿Cuáles son sus capacidades?

»—Buenas.»

Nada más. En aquella misma época, es fácil creer que preparaba su primera novela, *Pobres gentes.*

La extraña personalidad de este «conductor», que despreciaba el manejo de las armas, los juegos, el baile y las horas sagradas del refectorio, no podía dejar de intrigar a sus compañeros. Algunos alumnos se acercaron a él y rápidamente fueron seducidos por su entusiasmo lírico.



Marginado del ambiente mezquino de la Escuela de Ingenieros, que detestaba, Dostoyevski buscó refugio en la literatura. Ante un reducido grupo de compañeros que compartían sus mismas aficiones, leía apasionadamente a Gogol, Scott, Dickens... En la imagen el escritor británico Walter Scott (1771-1832).

Se formó —acontecimiento desconocido en la Escuela— un círculo de cuatro o cinco muchachos que hablaban de poesía e incluso de ideales.

Fiodor dominaba a sus condiscípulos y guiaba sus lecturas. Algunos le debieron la revelación de *El capote*, de Gogol, de las novelas de Dickens y de las obras de Walter Scott.

Pretextando algún malestar, estos conspiradores «de lo bello y de lo grande» se reunían en el dormitorio, y Dostoyevski declamaba versos o prosa, con su voz de pecho, sorda, jadeante. Luego, se interrumpía para comentar el trozo. A la menor objeción, alzaba la voz y los argumentos llovían como palos. A menudo, los muchachos de la sala de al lado veían al contradictor que pasaba delante de ellos a toda velocidad. Y Dostoyevski corría tras él, con un libro en la mano, para tratar de convencerlo.

«Cuando habíamos terminado nuestros deberes y estábamos charlando sencillamente —escribe uno de sus condiscípulos—, Fiodor Mijailovich Dostoyevski entraba en la habitación y se ganaba en seguida nuestra atención por su palabra inspirada. A medianoche, estábamos medio muertos de cansancio, pero Dostoyevski, apostado en la puerta, seguía hablando con una especie de fervor nervioso.»

Mientras tanto, el entusiasmo lírico de Dostoyevski le evadía de sus obligaciones militares. Un día en que estaba de servicio junto al gran duque Mijaíl Pavlovich, se le olvidó preceder su informe de la fórmula: «A su Alteza Imperial».

«¡Qué imbéciles me envían!» —exclamó el gran duque.

El periodo más difícil del año es, para Dostoyevski, el de las maniobras de Krasnoie Sielo o de Petergof. Y aún se le hace más penoso por estar desprovisto de recursos económicos. Si hace un calor tórrido, no puede calmar su sed. Si llueve, no posee suficiente dinero para pagarse un vaso de té caliente y ropa de repuesto. El padre de Dostoyevski, retirado en el campo, se entrega a la bebida y a la desesperación con la misma falta de voluntad. No quiere ver a nadie. No quiere oír hablar de nada.

«Envíeme algo lo más pronto posible —le escribe Fiodor—. ¡Me sacará usted de un infierno! ¡Oh!, ¡es horrible hallarse en la necesidad!...»

Y también:

«Mi querido y buen padre, no crea usted que su hijo al reclamarle un socorro pecuniario le pide algo superfluo... Tengo una cabeza. Y brazos. Si dependiera de mí mismo, no solicitaría un *copeck*, me acostumbraría a la miseria... Pero, querido papá, recuerde que en este momento "estoy sirviendo" en la verdadera acepción de la palabra. Debo, por las buenas o por las malas, conformarme con las reglas de la sociedad en que vivo... Actualmente, la vida de campamento sale por lo menos por 40 rublos cada alumno. (Escribo todo esto porque me dirijo a mi padre.) No incluyo en esta cantidad el té y el azúcar. Sin embargo, son cosas indispensables. Cuando se está empapado por la lluvia, bajo una tienda de lona, o cuando se vuelve cansado de los ejercicios y no se tiene té, puede uno caer malo. Esto me ocurrió ya el año pasado en las maniobras. Sin embargo, tomando en consideración la estrechez en que vive

usted, me pasaré sin té. Le pediré solamente lo indispensable: con qué comprar dos pares de botas ordinarias.»

El padre de Dostoyevski posee tierras, una renta fija y una suma considerable de dinero ahorrada para la dote de sus hijas. No gasta casi nada viviendo en el campo. No puede creer que las reclamaciones de su hijo carecen de fundamento. Sin embargo, las respuestas del viejo avaro son obras maestras de mezquina tacañería, de indignación temblorosa y de benevolencia hipócrita:

«Amigo mío, no olvides que es censurable, y hasta criminal, murmurar contra un padre que te envía cuanto le permiten sus recursos. Recuerda lo que os escribí a los dos, hace tres años, acerca de la cosecha de trigo, que ha sido malísima. El año pasado te informé ya del mal estado de nuestros cultivos... Después de esto, ¿vas a rebelarte contra tu padre porque te envía poco dinero? Yo mismo no tengo nada que ponerme sobre los hombros. Hace ya cuatro años que no me he hecho ningún traje, y el viejo lo tengo completamente raído. No poseo ni un *copeck* mío. Pero esperaré. Te envío treinta y cinco rublos en asignados, lo que vienen a ser 43 rublos con 75 *copecks,* según la cotización de Moscú. Gástalos con prudencia, pues, te lo repito, no tendré posibilidad de enviarte más en mucho tiempo.»

Fiodor se desespera.

«Te quejas de tu pobreza, hermano mío —le escribe a Mijaíl, el 9 de agosto de 1838—. Pero tampoco yo soy rico. ¿Me creerás si te digo que durante todas las maniobras no he llevado ni un *copeck* en el bolsillo? Por el camino me puse malo de frío (llovía sin cesar y no íbamos cubiertos), y también de hambre, pues no tenía para pagar un sorbo de té caliente... No sé si se disiparán alguna vez mis melancólicas ideas...»

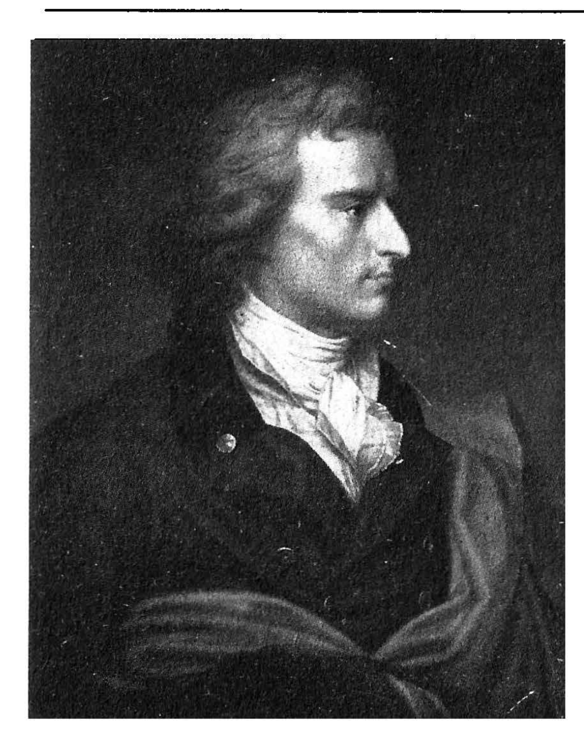
Y en la posdata:

«Tengo un proyecto: volverme loco.»

El 31 de octubre del mismo año, vuelve a escribir: «Es triste vivir sin esperanzas, hermano mío. Miro ante mí y me espanta el porvenir. Me hallo sumergido en una atmósfera helada, polar, en la que no brilla ningún rayo de sol. Hace mucho tiempo que no he sentido los saltos de la inspiración; por el contrario, he experimentado con frecuencia los sentimientos que tenía Chillon, en su celda, después de la muerte de sus hermanos...»

Estas lamentaciones retóricas van entrecortadas por alusiones a sus últimas lecturas: «Te jactas de haber leído mucho. Pero no te figures que te envidio. En San Petersburgo he leído por lo menos tanto como tú.»

Y, en realidad, ha leído toda la obra de Hoffmam, en ruso y en alemán, y casi toda la de Balzac («Balzac es grande...», escribe). El *Fausto* de Goethe y sus pequeños poemas, y todo Victor Hugo, excepto *Hernani* y *Cromwell.* Victor Hugo es «puramente angélico». Pero los franceses no lo estiman en su verdadero valor. En cuanto a Nisard, que se mete a criticar al autor de *Odas y Baladas,* «miente, aunque es un hombre ingenioso».



Retrato de Friedrich Schiller (1759-1805), por F. J. von Kugelgen. Goethemuseum, Frankfurt.

Schiller produce una impresión capital sobre Dostoyevski: «Había aprendido a Schiller de memoria, hablaba de Schiller, soñaba con Schiller...»

¡Y Racine!

«Pretendes que Racine no es poético. Pero ¿has leído *Ifigenia?* ¿Puedes decir que no es sublime? ¿Y *Fedra?* Hermano, ¡serás el último de los hombres si sostienes que no se hallan en él la naturalidad y la poesía más elevadas! ¿Y Corneille? ¿Has leído el *Cid?* Léelo, miserable, léelo y cae de rodillas ante Corneille. ¡Le has ofendido!...»

El destinatario de estas cartas es tan exaltado, por lo menos, como su corresponsal. Mijaíl lee versos y los escribe hasta perder la cabeza. «¡Ah, papá! —escribe al comandante—. Alégrate como yo; creo que no me faltan dones poéticos. Ya he escrito bastantes poemitas... Ahora estoy empezando un drama.»

La carta comienza con esta afirmación, que sofocó al médico: «¡Que me quiten todo, que me dejen desnudo, pero que me dejen a Schiller, y olvidaré el mundo!»

Los poemas de Mijaíl entusiasman a su hermano:

«He leído tus versos. Has hecho que se me llenaran los ojos de lágrimas y han mecido mi alma durante algún tiempo.»

Y, en apoyo de su opinión, cita las palabras del joven amigo de ambos, Chidlovski.

Este Chidlovski era un chico extraño.

«Se le mira —escribe Fiodor— y parece un mártir. Se ha secado. Sus mejillas se han hundido, sus ojos están secos y ardientes...»

Los Dostoyevski se encontraron con él el día que llegaron a San Petersburgo. Trabaron amistad con él en la posada donde habían parado, y, cuando Fiodor y Mijaíl supieron que este joven —que acababa de solicitar un empleo en el Ministerio de Hacienda— era un poeta y pensaba publicar sus versos, el entusiasmo de ambos no tuvo límites. Hasta el comandante se sintió seducido por este efebo elocuente, culto y tenebroso, muy al estilo byroniano, de moda entonces. Chidlovski llevó a visitar la capital a sus jóvenes amigos, y fueron juntos en peregrinación a la catedral de Kazán. Más tarde, viajando entre San Petersburgo y Revel, servirá de correo entre los dos hermanos.

«Conocer a Chidlovski —asegura Dostoyevski— me valió numerosas horas que se cuentan entre las más bellas de mi existencia... ¡Oh!, qué alma tan sincera y pura. ¡Las lágrimas acuden a mis ojos cuando remuevo estos recuerdos!»

En realidad, a Fiodor y a Mijaíl les subyuga este funcionario-poeta, que escribe: «Sí, soy un volcán. El fuego es mi elemento», y además está convencido de ello.

Chidlovski está enamorado de una tal María, que se casa con otro.

«Sin este amor —anota Dostoyevski— no sería el sacerdote justo, puro y elevado de la poesía.»

Pero no es sólo eso. Las dudas religiosas obsesionan al poeta. Chidlovski se cree elegido y maldito sucesivamente. Oscila entre la blasfemia y la fe. Por la noche, trabaja en una historia de la Iglesia rusa. Pero no puede soportar el clima de San Petersburgo. Se retira al campo, a casa de su madre. En esta soledad, le invade una auténtica fiebre mística, y va a buscar remedio a sus inquietudes en la severa austeridad de un convento. De nada le sirve. Poco después, desesperado de recobrar la paz de su alma, emprende una peregrinación a la Laura de Kiev. Cierto *staretz* taumaturgo le aconseja —como más tarde Zósim a Aliocha Karamazov— que busque su salvación en el mundo. Chidlovski regresa a su finca. Pero no se quita el hábito de novicio. A menudo, se va por las carreteras, se detiene en una posada, predica el Evangelio a campesinos que lo escuchan descubiertos... Muere en 1872.

No cabe duda de que este carácter desgarrado entre la humildad cristiana de un Aliocha y la negación satánica de un Iván Karamazov haya perseguido a Fiodor Mijailovich Dostoyevski a través de toda su obra. Una criatura «de fuego y de hielo». Como la mayoría de sus héroes. Como él mismo.

El fracaso en un examen retrasa a Fiodor: «No me han admitido en la clase superior —escribe a su hermano— ¡Oh! ¡Horror!... ¡Un año más, tener que trabajar un año más!»

Nuestra Señora de Kazan, catedral de San Petersburgo. ▶



Acusa a un profesor de álgebra de haberle suspendido injustamente. Este profesor le odia. Todo el mundo le odia. «Quisiera aplastar al universo.»

Envía a su padre sus notas con todo detalle, en donde se deduce que una sombría malevolencia ha determinado la decisión del tribunal:

«¡Oh, Dios mío!... ¿Con qué he podido enojarte? ¿Por qué no me dispensas tus beneficios, que habrían alegrado al más cariñoso de los padres? ¡Oh! ¡Cuántas lágrimas he vertido!... Alumnos que contestaron peor que yo han sido admitidos por las influencias que tenían.»

Su desconsuelo es tan grande que se pone malo y tiene que quedarse en cama durante varios días. Los libros y las cartas de su hermano son sus únicos consuelos. Espera estas cartas con impaciencia de enamorado, vacila antes de abrirlas y exaspera su placer paseándolas con él durante horas.

Pero a veces, después de abrir el sobre, ¡qué decepción! Mijaíl ya no es el mismo. Mijaíl habla de trajes, le pregunta a Fiodor si tiene bigote, alude a una muchacha que no es una transparente creación de su genio poético, sino que existe, se llama Emilia von Ditmer y vive en Revel. Mijaíl piensa casarse. Naturalmente, esta decisión no le impide escribir. Garrapatea en el lirismo como un desesperado. En cuanto desayuna, fraterniza con lo sublime. Sin embargo, este poeta enamorado de una persona de carne y hueso (y que ni siquiera tiene la disculpa de un amor desgraciado, como Chidlovski) es imperdonable.

Fiodor no se despertará hasta mucho más tarde para la vida sentimental auténtica. ¡Y de qué manera tan miserable!... Mientras, trata de comprender y de juzgar sanamente a los demás. ¡Qué perdido se encuentra de pronto! ¡Qué desgraciado es!

«¡Estoy solo y ellos están todos juntos!», dice en las *Memorias del subsuelo.*

Mientras tanto, se está preparando un terrible acontecimiento, que llevará al colmo su desesperación.

La muerte del padre

Después de haber llevado a Mijaíl y a Fiodor a San Petersburgo, el viejo Dostoyevski colocó a sus dos hijos menores en la escuela de Chermak, y se estableció en Darovoie para ocuparse de sus tierras. Se llevó con él a sus dos hijas menores, Viera y Alexandra.

La soledad de Darovoie era terrible. El comandante se entregó a la bebida, hasta el extremo de sentir vértigos y alucinaciones. La *ñaña* Aliona Frolovna cuenta que a veces hablaba en voz alta con el fantasma de su mujer. Formulaba las preguntas y las contestaciones, cambiando de registro y empleando las expresiones familiares de la difunta. Por la noche, se precipitaba de improviso en la habitación de sus hijas Viera y Alexandra, y buscaba bajo las camas para cerciorarse de que no habían ocultado algún amante. Luego, las dejaba y rondaba de una habitación a otra, lamentándose de su vida estropeada, de su luto injusto, del abu-

Tras enviudar, el padre de Dostoyevski quedó sumido en la más profunda soledad en su retiro de Darovoie. Allí descargaba su amargura sobre los siervos, que acabarían vengándose cruelmente de él.



Hachette

rrimiento de vivir. A fin de engañar su melancolía, tomó como querida a una de sus sirvientas, Catalina. También pensó casarse con una rica propietaria de los alrededores, Alexandra Lagvienov. Pero no pudo decidirse a solicitarla.

Las cosechas eran medianas. Los cuidados del comandante resultaban impotentes para prevenir el desastre. Tan pronto como se trataba de desembolsar algún dinero para mejorar el rendimiento de la finca, Mijaíl Andreievich enloquecía, vacilaba y, finalmente, renunciaba a hacer el gasto. Había llegado a caer en una avaricia monstruosa. Su hija Varvara heredó esta enfermedad. Después de la muerte de su marido, y a pesar de la considerable fortuna que había amasado, despidió a sus criados, se negó a calentar su piso y se alimentaba, por economía, exclusivamente de pan y leche. Cuando se enteró de la muerte de su padre, dijo: «Un perro debe tener una muerte de perro.»

En 1893, unos ladrones la asesinaron y la quemaron.

Mijaíl Andreievich había sido siempre pedante y cruel. En Darovoie, con la ociosidad y la desesperación, sus defectos se desarrollaron libremente.

Los campesinos le sirvieron para desahogar contra ellos su triste humor.

Un día, el *mujik* Fedot, que no lo había visto venir, no le saludó. «Irás a las cuadras a que te azoten», ordenó el comandante.

Y el castigo se ejecutó en el acto.

En invierno, los siervos no sabían qué actitud tomar. ¿Le saludaban? «¡Canallas! —aullaba el comandante—, os quitáis la gorra a propósito para coger frío y no trabajar más.» ¿No le saludaban? Los azotes eran inevitables.

En 1839, los campesinos urdieron un complot para matar al «amo malo».

Cierta mañana de junio, el comandante citó a todos los *mujiks* para acarrear el estiércol. Tres de ellos, que habitaban en la aldea de Cheremachny, no acudieron al aviso.

«¿Por qué?», pregunta Mijaíl Andreievich.

«Están todos enfermos», contesta el *starosta*.

El comandante echa espuma y enarbola su bastón herrado:

«¡Los voy a curar con esto!»

El cochero también había sido ganado para la causa. Pero, por miedo, estuvo a punto de confesar.

«¡No vaya usted, *barin!* —exclamó—. Podría ocurrirle algo.»

El viejo Dostoyevski golpea con un pie en el suelo.

«¿No quieres que los cure? Engancha los caballos y ¡a toda velocidad!»

El cochero se encoge de hombros y prepara el coche.

En cuanto llega a Cheremachny, el médico ve a sus tres «enfermos» divirtiéndose en la calle.

«¿Por qué no estáis trabajando?»

«Estamos cansados», dice uno.

El comandante le golpea con su bastón. Los campesinos huyen a

un patio desierto. Cuando el señor entra allí persiguiéndolos, uno de aquéllos, Vasili Nikitkin, un muchacho enorme, con cara de animal, le coge los brazos por detrás. Los otros no se mueven, paralizados por el miedo.

«¡Bueno! ¿Qué? ¿Lo hemos jurado o no?», exclama Vasili.

A esta llamada, los *mujiks* se arrojan sobre el infortunado, le atan y le echan al suelo.

No le golpean, por temor a las huellas. Le separan los dientes con un cuchillo, le vierten alcohol por el gaznate, a pesar de sus estremecimientos y estertores. Luego, le amordazan para ahogarlo. Pero el comandante resiste mucho. Entonces, uno de los miserables le aprieta las partes genitales. El cuerpo del atormentado se retuerce, se pone rígido y luego se relaja. «Ya tiene su merecido.»

Suben al moribundo al coche. El cochero, lívido de espanto, fustiga a los caballos y el coche corre a través de los campos tranquilos.

Sin embargo, una preocupación por las conveniencias religiosas atormenta a los asesinos. No se deja morir a un cristiano, por muy odioso que sea, sin que se haya confesado. ¿Qué hacer?

Los tres compinches depositan al comandante al pie de una encina, y se van a buscar al *pope* al pueblo vecino.

Cuando el sacerdote llega al lugar, Mijaíl Andreievich respira aún, pero ya no puede hablar. El sacerdote acepta la muda confesión y recoge el último suspiro del viejo Dostoyevski. «¿Qué le has hecho?», pregunta después al cochero. Y éste le contesta: «Es una congestión.»

La investigación no reveló nada. Y los parientes hasta se esforzaron por ahogar el escándalo, pues si los jueces hubieran reconocido el asesinato del comandante, casi todos los campesinos de Cheremachny hubieran resultado complicados en el acta de acusación y enviados a Siberia. Semejante medida hubiera arruinado a la familia sin aportarle la menor satisfacción moral.

Fiodor Mijailovich se enteró de esta muerte cuando se hallaba en la Escuela de Ingenieros. Un mes antes le había enviado a su padre una carta irritada en la que le reclamaba dinero. Aún la víspera, quizá, había maldecido la avaricia y la incomprensión del comandante. En el preciso momento en que el viejo Dostoyevski, con el cuerpo torturado y los ojos desorbitados por el horror, exhalaba el último suspiro, su hijo se rebelaba contra él y le reprochaba su egoísmo senil. El crimen de los *mujiks* recaía sobre Fiodor Mijailovich. Este asumía, en cierto modo, un crimen que no había cometido, como si una responsabilidad, inteligible sólo para él, hubiera reabsorbido las responsabilidades inmediatas de los demás. Era culpable más allá de las leyes humanas. Esta revelación le deslumbraba con la crueldad de una evidencia. Una terrible sacudida le conmovió, le crispó y le arrojó al suelo, echando espuma y jadeando. ¿Su primer ataque epiléptico? Quizá. De todos modos, nunca mencionó este acontecimiento en su correspondencia.

Pero la conmoción fue demasiado fuerte para no dejar señales. En sus libros es donde se debe buscar la confesión de su choque moral. Y en primer lugar, en *Los hermanos Karamazov*. Smerdiakov ha matado

al viejo Karamazov, pero es menos culpable de ese asesinato que el hijo mayor, Iván, que lo soñó sin cometerlo:

«El asesino principal es usted y no yo, aunque yo haya matado», dice Smerdiakov. «¿Deseaba yo hasta ese punto la muerte de mi padre?», pregunta Iván Karamazov.

Y, en *Los poseídos*, es Piotr Stepanovich quien hace que maten a la mujer de Stavroguin, y Stavroguin el que acepta la responsabilidad de este acto que ha deseado siempre secretamente.

«No he matado —dice, sin embargo—, incluso me oponía a este proyecto.»

Pero basta una aprobación tácita, un imperceptible retroceso del afecto, y ya somos cómplices. Este extraño poder del pensamiento sobre la materia, esta supeditación de la materia al pensamiento, obsesionan a Dostoyevski.

Las leyes fijas de la naturaleza, las hábiles deducciones de las ciencias naturales y las frías construcciones de las matemáticas se superponen para formar «un muro de piedra».

«Naturalmente, no romperé este muro con mi frente; pero no me resignaré únicamente porque sea "un muro de piedra".»

No se resignará. Intentará pasar más allá. Y, una vez franqueado el muro, caerá en el dominio ilógico que es la verdadera patria de sus héroes.

Tras este cadáver torturado de Mijaíl Andreievich, penetra Fiodor Mijailovich en esta región extraña que no es la realidad y que no es la nada, en esa zona donde los considerados inocentes por las leyes terrenas resultan culpables según otras leyes inexpresables, donde los actos no dependen ya de su autor, donde los sentimientos ocupan el lugar de las pruebas, donde se evaporan las ideas, donde nada es seguro, nada tiene reglas fijas ni se establece de antemano. Y, con cada nuevo golpe del destino, Dostoyevski se alejará más de las evidencias para aproximarse al misterio.

«Hay cosas tales que teme uno revelárselas a sí mismo...»

3. La vocación

De examen en examen, Dostoyevski ha sido promovido a alférez. Primero alquiló un piso con su camarada Totleben; luego otro inmenso, que le cuesta 1.200 rublos en asignados, y que sólo tiene una habitación amueblada. Pero es que la cara del propietario le ha parecido simpática. Y eso basta. Asimismo, su ordenanza Simón es un hombre demasiado honrado para que le riña.

«Que me robe —dice—; no es esto lo que me arruinará.»

De hecho, está siempre falto de dinero, aunque su sueldo, junto con los envíos de su cuñado Karepin —que es el tutor de la familia— le aseguran una renta de cinco mil rublos anuales.

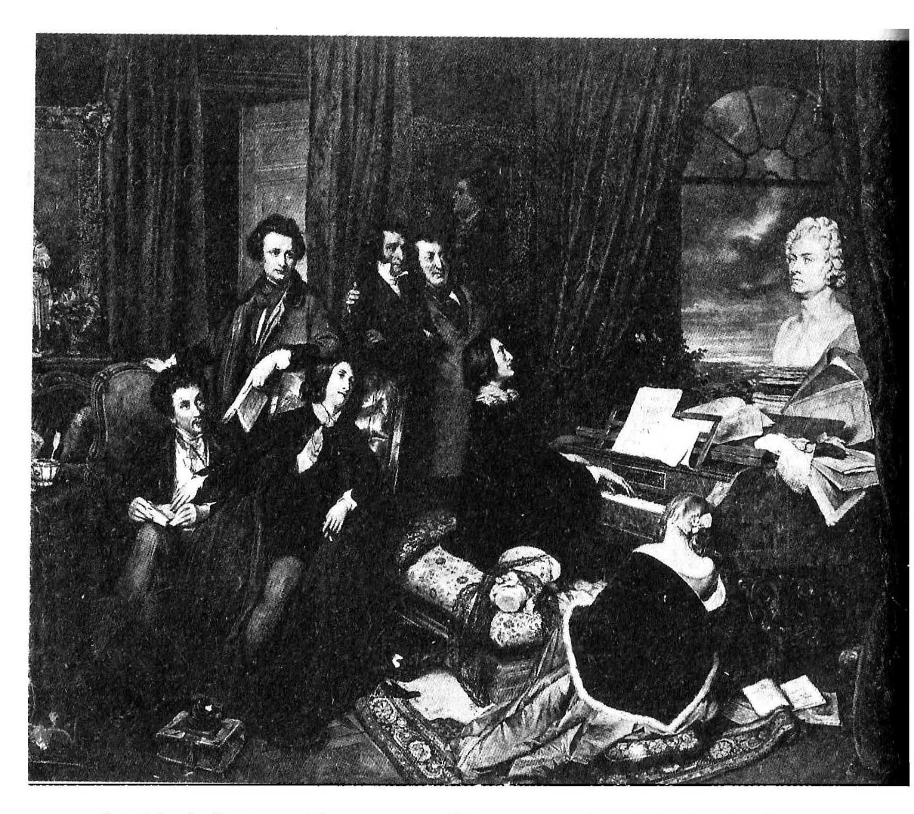
Su existencia, en aquella época, es singularmente agitada y vacía. Todas las mañanas va a los cursos para oficiales de la Escuela. Las noches las dedica a salir. Se apasiona con los espectáculos del teatro Alejandro, con los *ballets*, los recitales de Ole-Bull y de Liszt. Pero, por la tarde, se encierra en su habitación y trabaja sumergido en el humo espeso y azul de los cigarrillos. Su tez es cadavérica. Tiene hinchadas las glándulas del cuello. Tose. Habla mal, con voz ronca, rasposa. El doctor Riesenkampf, un amigo de los dos hermanos, le visita algunas veces y le trae medicamentos que Dostoyevski se niega a tomar.

En 1840, Mijaíl llega a San Petersburgo para examinarse. Se queda hasta febrero de 1841. La víspera de su partida organiza una reunión de amigos durante la cual Fiodor Mijailovich lee los dos dramas que ha escrito: *María Estuardo* y *Boris Godunov*. Los manuscritos de estas obras se perdieron. Pero, según dicen los testigos, el autor utilizó abundantemente a Schiller y a Pushkin.

Por fin, Mijaíl regresa a Revel, donde se casará —contra la voluntad de su tutor— con la joven Emilia von Ditmer, de la que ha hablado tan a menudo en sus cartas. Algunos meses más tarde, Dostoyevski tiene que recoger a su hermano Andrei, que va a continuar sus estudios en San Petersburgo. Fiodor Mijailovich no quiere a este chico blando y meticuloso. «Tiene un carácter tan neutro, que todo el mundo se aparta de él», le escribe a Mijaíl.

Afortunadamente, en el mes de diciembre de 1842, Andrei ingresa en la Escuela de Arquitectura y Fiodor Mijailovich recupera su amada soledad.

El dinero vuela. Dostoyevski gasta cantidades enormes en el billar y, complacientemente, se deja robar por los criados. Hace un viaje a Revel. Será el padrino del primer hijo de Mijaíl. A Mijaíl y su mujer les es-



La vida de Dostoyevski era, en sus últimos meses de estudiante, singularmente agitada y vacía. Sólo le apasionaba el teatro, el ballet y los conciertos. En la imagen, Concierto de Franz Liszt, *por Josef Danhaauser.*

panta la mala cara de Fiodor y ver que carece de lo necesario. Le compran ropa y trajes. Ruegan al doctor Riesenkampf que comparta el alojamiento de Dostoyevski, con el fin de que vigile sus gastos. Riesenkampf acepta.

Pero esta compañía no sirve para equilibrar el presupuesto de Fiodor Mijailovich. En efecto, en cuanto se presenta un cliente de aspecto pobre, Dostoyevski se lo lleva a un rincón, le interroga sobre los detalles de su vida íntima y le entrega una cantidad de dinero como recompensa a su franqueza.

«Se encuentra continuamente en la pobreza —escribe Riesenkampf a Mijaíl—, mientras quienes le rodean viven bien. Le saquean despiadadamente.»

Un buen día, Dostoyevski entra en las habitaciones del médico con paso seguro y con la frente alta. Parece feliz y bastante orgulloso de sí mismo: «He recibido mil rublos de Moscú.»

Al día siguiente, vuelve a aparecer, cabizbajo, y le pregunta a su amigo si puede prestarle cinco rublos. Ha perdido parte de aquella cantidad jugando al billar y se ha dejado robar el resto por un sastre que ha citado en su casa, sin haber tenido antes la precaución de guardar su dinero bajo llave.

Al cabo de algún tiempo, sin haberse desanimado lo más mínimo, traba amistad con un fracasado de origen alemán y de profesión dudosa. Le invita a cenar y a tomar el té. Le interroga, y toma notas. Todo mediante pago, naturalmente. El prudente Riesenkampf está desesperado. Pero un nuevo envío de 1.000 rublos saca a Fiodor de apuros. ¡Ay! Con la alegría de esta noticia, Dostoyevski ha encargado una comida en casa de Dominico. Después de comer, ha querido jugar una partida de dominó con un equívoco personaje del establecimiento. Al final, había jugado veinticinco partidas y perdió todo el dinero hasta el último *copeck*. Estas pérdidas se liquidan mediante empréstitos con intereses usurarios, limitando los menús a pan y leche, y negándose heroicamente a frecuentar los teatros.

Mientras tanto, Fiodor Mijailovich ha sufrido ya sus últimos exámenes, y le han inscrito en el cuadro del servicio activo, agregándole a las oficinas de dibujo, en Ingenieros.

Nos hallamos en el mes de agosto de 1843. Un mes antes, el 17 de julio de 1843, Balzac llegaba a San Petersburgo para reunirse con madame Hanska, a la que no había visto desde hacía siete años.

La presencia en la capital de un escritor a quien consideraba, desde mucho tiempo antes, como maestro suyo, exaltó el entusiasmo de Dostoyevski por el autor de *La comedia humana*. Acto seguido, se decidió a traducir la novela *Eugenia Grandet*.

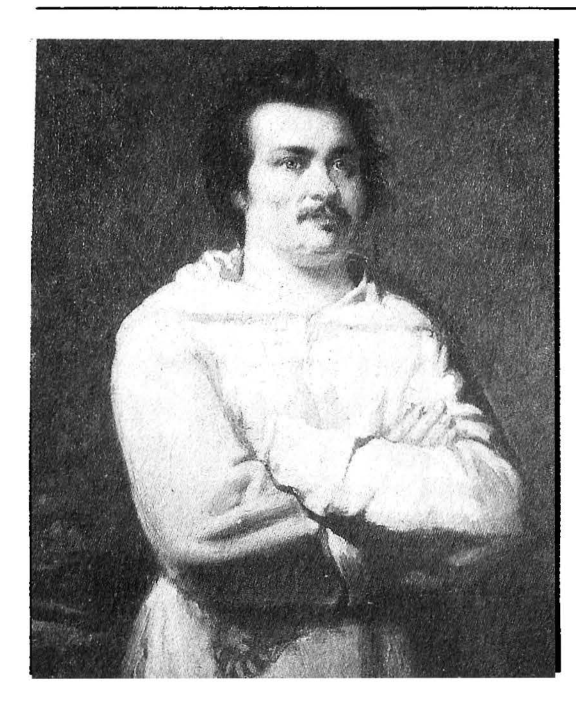
«He traducido *Eugenia Grandet*, de Balzac —escribe a su hermano—. (¡Oh! ¡Qué maravilla, qué maravilla!...) Y mi traducción es incomparable. Me pagarán por ella por lo menos 350 rublos en asignados. Pero, en nombre de los ángeles celestes, envíame 35 rublos (el precio de la copia). Te juro por el Olimpo y por el judío Yánkel (personaje de un drama que he terminado) y ¿por qué más?, aunque sea por mi bigote (espero que terminará algún día por crecer), que la mitad de lo que cobre por *Eugenia* te pertenecerá. *Dixi*.»

En esto, el doctor Riesenkampf abandona San Petersburgo sin haberle inculcado a Dostoyevski los «principios de la economía alemana». ¡Qué importa! Una gran noticia consuela a Dostoyevski de esta partida: *Eugenia Grandet* se publicará en *El Repertorio y el Panteón*. Pero el redactor-jefe ha suprimido un tercio de la obra.

«¡Es una traición!», gime Dostoyevski.

En realidad, él mismo había traicionado a Balzac al traducirlo.

Con peligrosa pasión se había apoderado de *Eugenia Grandet*. No había sabido limitarse a una fiel adaptación. Había inflado los sentimientos, enardecido los epítetos y bañado en una extraña atmósfera la humilde historia de esta provinciana. Los sufrimientos de Eugenia Grandet se convierten bajo su pluma en «profundos y terribles tormentos». Su rostro, que, según Balzac, «estaba rodeado de un resplandor como una



Honoré de Balzac (1799-1859). Retrato por Maxime Dastugne. Museo del Louvre, París.

San Petersburgo. ▶ Paseo junto al palacio, *por A. Ladurmer. Biblioteca del castillo de Peterhof.*

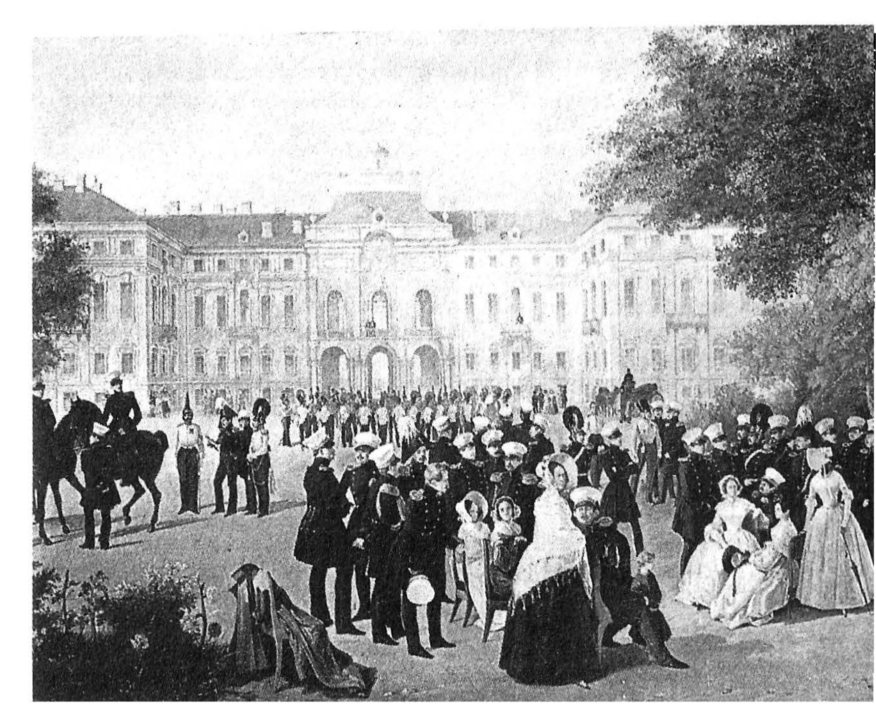
flor abierta», se corona en Dostoyevski de «una aureola celeste»... ¿No es mejor así? Dostoyevski está contento. Aconseja a su hermano que traduzca *Don Carlos,* de Schiller. Mijaíl se decide.

«He recibido el *Don Carlos* —le escribe Fiodor— y me apresuro a contestarte. La traducción es buena, en algunos trozos es incluso magnífica, pero algunas líneas son menos afortunadas: esto proviene de tu trabajo apresurado. Me he tomado la libertad de corregir algunas expresiones, y de arreglar algunos versos... Voy a llevar el *Don Carlos* a esos imbéciles del *Repertorio* para que abran la boca de admiración, a menos que lo lleve a los *Anales de la Patria*... Pero estate tranquilo, no lo entregaré por un bocado de pan.»

Un gran proyecto le atormenta. Piensa publicar las obras completas de Schiller en tres entregas: «En lo que concierne al editor, ya veremos más adelante; pero está claro que vale más que lo edite por mi cuenta.»

Febrilmente, acumula cifras sobre las cuartillas: tanto para el papel, tanto para las cubiertas, tanto para la impresión, tanto para el cosido... Todo está previsto. Todo está calculado. Y, sin embargo, fracasa la empresa. ¿De quién es la culpa? Pues de su labor de funcionario, ¡caramba!, que «le aburre como un plato de patatas».

El 30 de septiembre de 1844 escribe a su hermano Mijaíl: «Me encuentro en una situación infernal. Voy a explicártelo. Acabo de dimitir



porque... porque, te lo juro, no podía continuar en mi empleo. La vida es una carga cuando se pierde lo mejor del tiempo en trabajos tan estúpidos... En fin, he aquí lo más grave: han querido mandarme con una misión; pero dime, te lo ruego, ¿cómo hubiera podido pasarme sin mi San Petersburgo?...»

Sin embargo, está acribillado de deudas y no sabe exactamente cómo se ganará la vida.

«He escrito a los de casa que tenía 1.500 rublos de deudas, pues conozco su costumbre de no enviar más de un tercio de lo que pido. Si estos cochinos moscovitas tardan en "explicarse", estoy perdido.»

Lo ha adivinado con exactitud:

«He recibido de Moscú 500 rublos —escribe algunos meses más tarde—. Pero ya no basta esa cantidad para cubrir los anticipos.» Se halla en una situación desesperada. Se agita, jadea, planea proyectos de traducciones y de adaptaciones:

«Dices que la salvación está en mi drama. Pero la *mise en scène* requiere tiempo. ¡Y pagos!»

Aceptaría renunciar a su herencia mediante la entrega inmediata de 500 rublos. Aceptaría entregarse al diablo por algunos céntimos. Otra vez, la leche, el pan, el té, la casa helada y la soledad.

Un día, se encuentra en la esquina de una calle con su antiguo compañero de colegio, Grigorovich. Los dos amigos caen uno en brazos del

otro. Dostoyevski le cuenta su dimisión, sus trabajos vagos y sus esperanzas. Grigorovich, en cambio, puede jactarse de haber realizado sus deseos: escribe, publica, cobra. Este chico guapo y elegante, con andares de bailarín y palabra fácil, deslumbra a Dostoyevski. Y Grigorovich queda seducido por la exaltación huraña de su compañero. Uno es espiritual, ligero, parlanchín. El otro es taciturno, ardiente, atormentado. Y, sin embargo, se entienden maravillosamente desde las primeras palabras. Grigorovich se lleva a Dostoyevski a su casa y le lee *El tocador de organillo,* que acaba de terminar. Entusiasmo. Felicitaciones. Juramentos. Proyectos. En lo sucesivo, ya no pueden pasarse el uno sin el otro. Alquilan juntos un piso que habitarán en común. Pero los recursos de los dos amigos se agotan desde principios de mes. Se alimentan de pan y de café de cebada.

Dostoyevski trabaja noche y día en una obra de la que no quiere decir nada. Grigorovich ve amontonarse sobre la mesa las cuartillas ennegrecidas por una letra minúscula, enroscada, «bastante parecida a la de Alexandre Dumas, padre».

De vez en cuando, Fiodor Mijailovich, agotado, deja de escribir, bebe un vaso de té, abre un libro: George Sand, las *Memorias del Diablo,* de Frédéric Soullié... Grigorovich le suplica que haga un poco de ejercicio. Consiente en salir. Pero el aire libre, la luz y los ruidos de la calle se le hacen insoportables. Se marea. Se pone pálido. Se apoya en el brazo de su amigo, que se ve obligado a llevarlo en un coche a casa.

Una hermosa mañana, paseando, se encuentran con un entierro. Detrás viene el coro. Más lejos, el coche fúnebre al paso lento de los caballos. El ataúd está abierto. Se ve el rostro del muerto, color de manzana gris. Una corona de papel blanco, adornada con las inscripciones de ritual, le baja por la frente. Aprieta un pequeño icono de madera entre sus manos. Dostoyevski siente un escalofrío, se vuelve, intenta escaparse. Pero, a los primeros pasos, se derrumba sacudido por un ataque nervioso. Los transeúntes le rodean. Ayudan a Grigorovich a transportarle a una lechería vecina. Y, a duras penas, consiguen reanimarle.

Los días siguientes, Dostoyevski está triste, abatido, fuera del mundo. Apenas habla. Come poco. No quiere escribir.

Luego, vuelve a ponerse a trabajar. ¿En qué trabaja? Solamente su hermano Mijaíl está en el secreto. Fiodor Mijailovich escribe a Revel: «Tengo una esperanza. Estoy terminando una novela de las dimensiones de *Eugenia Grandet.* Es bastante original. Ya la estoy copiando...»

El 24 de marzo de 1845, vuelve a escribirle. «Estoy muy contento de mi novela. Es una obra severa y limpia. Reconozco que contiene algunos defectos de importancia...»

Una meticulosa preocupación de lo perfecto le impide publicarla ya:

«En febrero, he vuelto a empezar a limpiar, pulir, intercalar, suprimir. Hacia mediados de marzo, había terminado y estaba satisfecho... Me he jurado, por difícil que sea mi situación, no escribir nunca de encargo. El encargo lo aplasta y aniquila todo. Quiero que cada una de mis obras sea estricta y bella. Mira a Pushkin y a Gogol; ambos han dejado una producción restringida y ambos tendrán un gran monumento.»

Le reprocha a su hermano que no apruebe su afán de corregir: «La suerte de las primeras obras es que las retoquen hasta lo infinito. Pushkin hacía innumerables correcciones en sus más pequeñas poesías. Gogol pule sus relatos durante más de dos años.»

Una vez que el libro está terminado, se trata de publicarlo. Pero, «en una revista no hay sólo un dictador. Hay veinte. Imprimir por cuenta propia equivale a abrir uno su brecha...»

Pide consejo a algunos amigos experimentados, y éstos le desaconsejan que edite por su cuenta.

«¿Quién anunciará el libro al público? El librero no lo hará tratándose de un escritor desconocido.»

Dostoyevski, cansado, se resigna a ofrecer su libro a los *Anales de la Patria*. Pero está desanimado de antemano. Rechazarán su manuscrito. Le abrumarán con críticas. No le comprenderán. ¿Cómo le iban a comprender? «Si no coloco mi novela —escribe— quizás me arroje al Neva. ¿Qué hacer? No sobreviviré a la muerte de mi idea fija.»

Esta «idea fija», que él no menciona nunca en sus cartas, se titulará *Pobres gentes*, y será su primera novela.

¿Cómo conciliar las admiraciones literarias de Dostoyevski, su enérgico amor por el lirismo, «por lo bello y lo grande», por lo sonoro y patético, con la modesta historia de *Pobres gentes*?

Por un lado, Schiller («Me pongo malo sólo con oír pronunciar el nombre de Schiller»), Victor Hugo («¡Nadie es comparable a él!»), Corneille («¡Sólo los ángeles ultrajados pueden hablar así!»), Racine («Ha plagiado a Homero, ¡pero qué admirablemente!»), George Sand («Cuando la leí por primera vez, recuerdo que tuve fiebre toda la noche»), Walter Scott («¿Cómo ha podido escribir en unas semanas obras tan magníficas como *Manering*, por ejemplo?»), Shakespeare, Pushkin, Lamartine, Byron, con su cortejo de nobles amores, crímenes espectaculares, lamentaciones elegíacas, y, por otro lado, el pobre escribiente Dievuchkin, metido en su uniforme viejo, alojado en una buhardilla, y reconfortado por la única ternura de una muchachita que vive en la misma manzana de casas.

Por un lado, la orquesta de las tormentas pasionales y, por el otro, la solitaria flauta del afecto.

¿Por qué misteriosa alquimia han podido estas aportaciones románticas y clásicas suministrar la materia grisácea y suave de *Pobres gentes?* ¿Por qué extraña operación los generosos bandidos y las princesas lunáticas se han achicado hasta las dimensiones de estos ciudadanos minúsculos? ¿Gracias a qué asombrosa maquinaria se han cambiado los decorados venecianos en callejuelas oscuras, buhardillas y pocilgas?

Indudablemente, Dostoyevski admiraba también a Balzac y a Gogol, maestros de un realismo nuevo. Pero ¿los prefería al ejército de los «sublimes caballeros»? No parece que haya sido así. ¿No había sentido la necesidad de exaltar la aventura de Eugenia Grandet cuando se encargó de traducirla? ¿No terminó su adaptación de Balzac con una solemne invocación en que comparaba a la hija de Saumur con una estatua de la antigua Grecia? Los caracteres de Balzac le parecían pálidos

PANTHÉON CHARIVARIQUE.

THÉATRE FRANCAIS

ACADÉMIE FRANCAISE

comparados con sus propias concepciones. ¡Y he aquí que los crea aún más pálidos! ¿Habría cambiado Dostoyevski en algunos meses sus aspiraciones artísticas? ¿Habría experimentado el choque de una revelación literaria o sentimental?

Figurémonos al adolescente educado en el Castillo de los Ingenieros. Se embriagaba de versos y novelas: es «Pericles o Mario, o un cristiano de la época de Nerón, o un paladín en un torneo, o el Eduardo del *Monasterio* de Walter Scott». Se entusiasma con la amistad del poeta Chidloski. («Sí, soy un volcán; el fuego es mi elemento.») Llora con las elegías de su hermano. No conoce nada de la vida. Los muros de la Escuela, como antaño los del Hospital María, le encierran en un sueño de gracia y de luz, del cual no piensa despertar. Pero luego se abren las puertas.

Y he aquí San Petersburgo, con sus calles ruidosas, sus palacios demasiado nuevos, sus edificios administrativos repletos de escribientes, y, en cuanto se sale del barrio elegante, sus grandes bloques de viviendas donde se alberga la miserable humanidad de los pequeños funcionarios, de los usureros, de los fabricantes caseros, de las prostitutas y de los estudiantes. Tugurios sucios, que huelen a tabaco, a trapo quemado, a agua de fregar. Callejones sin salida alumbrados por un farol colocado sobre un poste con cabrios de color. Tiendas mal puestas, en que unas arpías de boca grande esperan al cliente, con un vaso de té en la mano.

De los muros de esta ciudad, edificada sobre pantanos, chorrea un agua viscosa. Una niebla lechosa aplasta los tejados. La blanda nieve resbala y chirría bajo los talones. Los transeúntes se apresuran. Van malhumorados, atareados. Están pensando en su oficina, en su anticipo, en su negocio. Dostoyevski se mueve entre ellos como un sonámbulo. Los primeros tiempos anda todo envuelto en sueños. Pero, poco a poco, se despierta en esta nueva existencia. Abre los ojos. Fue a orillas del Neva —cuenta Dostoyevski en sus *Espejismos de San Petersburgo, en verso y en prosa*— donde tuvo lugar la revelación.

Un frío de -20 °C. Era casi de noche. Los ollares de los caballos de los coches despedían un vaho espeso. El río estaba helado bajo una masa blanca y brillante como el azúcar. A su derecha, el palacio del Almirantazgo elevaba su aguja hacia un cielo helado, malva y amarillo. Coágulos de nieve dura se adherían a las columnas del Senado y del Sínodo.

«Un pensamiento extraño bullía en mí... Me pareció que en aquel minuto comprendía algo que ya había presentido sin haberlo experimentado; me pareció que acababa de despertarme a un mundo nuevo, ajeno a mí, y del que no había tenido conocimiento hasta entonces sino por relatos oscuros, por misteriosas señales. Creo que en aquel momento empezó mi verdadera existencia.»

¿Y cuál es este mundo al que se despierta?

◀ *Caricatura de Victor Hugo, aparecida en* Le Charivari. *Museo Victor Hugo, París.*



«Eran extrañas y extravagantes figuras, completamente prosaicas, que no tenían nada de Don Carlos ni de Posa, que eran "por las buenas" consejeros honorarios, pero unos consejeros honorarios de una especie fantástica.»

Sí, todos estos *chinouniks* de nariz helada, todas estas muchachas con manguito raído, tenían quizá sentimientos que no desmerecían en nada de los sentimientos de los héroes principescos. Los burócratas, las chiquillas enfermas, los viejos maniáticos, los borrachos, todos vivían de su secreto, de su pasión, de su abnegación o de su crimen.

«Honor y gloria al joven poeta cuya musa ama a los inquilinos de las buhardillas y de los sótanos, y dice a los habitantes de los palacios dorados: También son hombres, también son hermanos vuestros», escribió al crítico Bielinski.

Hombres y hermanos, Dostoyevski lo comprende en una especie de estremecimiento bienaventurado. Se hunden los decorados orientales, las siluetas de la gran historia caen para siempre en el vacío. Sólo quedan las pobres gentes, los humillados, los ofendidos.

«En cualquier rincón oscuro, un corazón de consejero puro y noble, cándido y consagrado a sus jefes, y, con él, una jovencita, ultrajada y triste. Su historia me desgarraba el alma.»

Dostoyevski había hallado su camino.

Pobres gentes

«Entra, Grigorovich, instálate. He terminado de copiar mi libro. Quiero leértelo.»

Archiv für Kunst und Geschichte



Como un nuevo Dante, Dostoyevski nos toma de la mano para conducirnos a través de los infiernos y los paraísos que llenan el alma de los personajes de Pobres gentes: *anhelos, tristezas, pequeñas alegrías, tragedias desgarradoras, entregas sublimes, ocultos bajo la insignificancia de unas vidas vulgares.*

Dostoyevski está sentado en el sofá. Ante él, en una mesita, un cuaderno abierto de papel para cartas, de gran formato: el manuscrito de *Pobres gentes.*

A Grigorovich le devoraba la curiosidad. Siempre ha admirado a Dostoyevski y lamentaba que su compañero, tan culto, tan inteligente y tan sensible, no hubiera escrito más que ensayos dramáticos sin trascendencia. «¿Cómo puede ser, me decía, que yo haya escrito y editado algunas obritas y que me considere ya, en cierto modo, como un hombre de letras, mientras Dostoyevski no ha producido aún absolutamente nada en este sentido?» (*Recuerdos,* de Grigorovich).

Más adelante, Grigorovich nos cuenta cómo fue esta lectura de *Pobres gentes.* Indudablemente, también él esperaba que la nueva obra sería un sucedáneo de *María Estuardo* y de *Boris Godunov.* Pero, después de las primeras frases, comprendió su error.

«Es una historia sencilla —escribe Dostoyevski en *Humillados y ofendidos*— que refleja la realidad cotidiana. Y el héroe no es un gran hombre ni un personaje histórico, al estilo de Roslaviev o de Yuri Miloslavski. Es un modesto funcionario, rigor de las desdichas, incluso un poco tonto, a cuyo uniforme de diario le faltan botones.»

La novela está escrita en forma de cartas.

Dos personajes: Dievuchkin, oscuro *chinovnik,* de cierta edad, ignorante, pobre, bueno hasta la abnegación, hasta el sacrificio.

Frente a su habitación vive una joven, Varienka, que tiene un lejano parentesco con él; pero no quiere recibirle en su habitación, ni ir a la de él, por temor a los cotilleos.

Por eso se escriben.

Ella es desgraciada. El es desgraciado y la rodea de un afecto paternal, torpe, delicado, encantador. Ella trata de proseguir la educación de su viejo amigo. Pues Varienka es culta. Ha leído, ha reflexionado. Habla de sus sufrimientos con apacible inteligencia. Cuenta su vida: su infancia resignada, su repentino amor por un estudiante tuberculoso y la muerte del estudiante, su tristeza frente a la vida...

Esta correspondencia es un festín para Dievuchkin. Ya no está solo. Existe para alguien. Trabaja y se priva para alguien. Con temblorosa alegría vende sus trajes, acepta trabajos de copia a domicilio, pide dinero prestado para comprar bombones y flores a su joven amiga. Pero le acecha la miseria. Su uniforme está raído. Sus zapatos, sin suelas. Y Varienka está enferma. Y los vecinos sospechan que Dievuchkin mantiene relaciones equívocas con ella.

«Es la unión de un diablo con una niña», dice la patrona. Un burócrata, que vive en el mismo edificio, compara a Dievuchkin con Lovelace. En la oficina, el conserje le trata sin miramientos.

«¿Sabe usted qué es lo que me mata, Varienka? No es el dinero, sino todos estos jaleos, todos estos cuchicheos, estas sonrisitas, estas conversaciones picantes...»

¿Y cómo podrían respetarle si tiene las botas gastadas y el uniforme agujereado en los codos?

«¡Si alguno de mis jefes notase cuánto deja que desear mi vestimenta!... ¡Es una desgracia, Varienka, una desgracia, una verdadera desgracia!...»

Y he aquí que, precisamente, le convoca «Su Excelencia» para reprocharle un error de copia. Mientras Dievuchkin se halla cuadrado ante él, un botón de su traje se desprende y rueda a los pies del general. ¡Se acabó la buena fama! Le amonestarán y le despedirán en el acto. Pero «Su Excelencia», apiadándose de su lamentable aspecto, se interesa por él y le da 100 rublos para reponer su guardarropa.

«Le juro que esos 100 rublos tienen menos valor para mí que el apretón de mano con el cual me ha querido honrar Su Excelencia; a mí, que soy indigno de ello, que soy una insignificancia, un borracho...»

Pues, mientras tanto, se había dado a la bebida, para llegar al *fondo* de su angustia. Ahora es «acaudalado». Puede enderezar el espinazo.

Pero su alegría es de corta duración. Un señor bastante rico y algo vicioso pide a Varienka en matrimonio. Esta acepta, porque le han dejado agotada la enfermedad y las privaciones. Y entonces comienza el verdadero suplicio de Dievuchkin.

Varienka, tan pausada, tan seria, se exalta ante la idea de todas las compras que necesita hacer para preparar su equipo. La frivolidad y una febril inconsciencia imprimen el tono a sus últimas cartas. Su futuro marido le da dinero para comprar trajes y joyas. Y Varienka, con una ingenua crueldad, encarga a Dievuchkin de estas compras.

«Los monogramas de los pañuelos deben bordarse con bastidor, con bastidor, ¿lo oye usted? Con bastidor y no con puntos llanos... Encárguele, por el amor de Dios, que ponga unos lacitos de cordoncillo en la capita, y que adorne el cuello con encaje o con un ancho falbalá.»

Dievuchkin, abrumado por la desesperación, pierde la cabeza en este bosque de trapos, botones y presillas. Sin embargo, con una lamentable buena voluntad, corre a derecha y a izquierda, visita a sombrereras, joyeros y peleteros.

«En vuestra carta se trataba de falbalás. ¡Pues bien! Ella también ha hablado de falbalás. Sólo que, *matuchka,* se me ha olvidado lo que me dijo de los falbalás...»

Por fin, el matrimonio tiene lugar. Y, en su carta de adiós, Dievuchkin, que no se permitió hasta entonces una queja, da rienda suelta a su desesperación. Sus frases no tienen pies ni cabeza. Quiere explicar de prisa, de prisa, cuánto amaba a su querida Varienka, y qué atroz vacío creará en torno a él la marcha de la joven. El libro termina con un grito:

«¡No es posible que esta carta sea la última!... ¿Cómo iba a cesar así, de pronto, nuestra correspondencia?... Mas no, yo le escribiré y usted me escribirá también... Varienka, mi estilo se va formando. ¡Ah!, ¡a qué hablar de estilo!... Mire, en este momento no sé lo que escribo, no lo sé en absoluto, no sé nada, no releo lo que escribo, y no corrijo mi estilo... Mi bienamada, querida mía, *matuchka...*»

Indudablemente, *Pobres gentes* se ha inspirado en *El capote,* de Gogol. Este grotesco consejero honorario, educado en la veneración de sus jefes y el amor por las «copias», este ciudadano gris de San Petersburgo, del que se burlan sus colegas, embrutecido por las privaciones y que lo acepta todo, que se resigna a todo con dulzura evangélica, es el hermano menor del pobre Akaky Akakievich, cuya figura inmortalizó Gogol. Pero el héroe de Gogol era sencillamente quejicoso y grotesco. Llamaba la atención por su perfecta nulidad. El Makar Dievuchkin de Dostoyevski es admirable en algunos aspectos. Su caridad, su abnegación y la discreción que conserva en la desgracia son de una rara elevación moral. Lo ridículo no le mata, sino que exalta sus cualidades. Su mediocridad se detiene en las fronteras del corazón. Sufre, y esto le salva de la caricatura.

Alrededor de él vegetan comparsas, de los cuales el más notable es el padre del estudiante tísico Pokrovski. Este viejo —borracho, embustero y abyecto— siente una temerosa ternura por su hijo, cuya instrucción e independencia respeta. También a él lo rescatan de sus vicios el afecto y la humildad.

«A primera vista podía creerse que se avergonzaba de su persona, tantos eran los esfuerzos que hacía por empequeñecerse... El único vestigio de sentimientos que conservaba era un inmenso amor por su hijo...»

Otra muestra de estas *Pobres gentes* es el inquilino Gorchov. Está implicado en un proceso en el que se juega su honor, su porvenir y su fortuna. El tribunal sentencia. Le absuelven. Después del juicio, no puede quedarse quieto. Aborda a la gente con extrañas palabras: «Mi honor..., el honor..., la buena fama..., mis hijos...»

Y, aquella misma noche, se muere de emoción, de alegría.

Desde esta primera novela aparecen los temas secundarios de Dostoyevski. El rebaño de los comparsas está completo. El padre vencido a quien los hijos consideran con una mezcla de piedad y de desprecio, lo volvemos a encontrar en el Marmeladov de *Crimen y castigo;* en el viejo Karamazov de *Los hermanos Karamazov,* en el general Ivolguin, «desgraciado cesante», de *El idiota.* Los buenos borrachos aparecen con frecuencia en todos sus libros. ¿No había querido dar a *Crimen y castigo* el título de *Los buenos borrachos?* El viejo que, pendiente del resultado de un proceso, se emborracha de orgullo en lo más hondo de su humillación, lo reconocemos en el Ijmieniev de *Humillados y ofendidos.* Los ricachones viciosos que miran de reojo a las muchachas «ultrajadas por la vida» son Lujin, el Svidrigailov de *Crimen y castigo...*

Todos, casi todos, acuden a esta primera llamada. Pero sus caracteres apenas si están esbozados, y el autor vuelve a probarlos, como el acuarelista sus colores al pie de una página en blanco.

Más tarde, se armará de valor. Verá con más profundidad. Y sus pinceladas serán más amplias. De esta paleta cuidadosamente preparada que es *Pobres gentes,* saldrán los cuadros de la gran época. De estos vacilantes acordes nacerá la milagrosa sinfonía de *Los hermanos Karamazov.*

Pero, para la realización de estas obras mayores, es preciso esperar a que Dostoyevski conciba los temas esenciales de su arte. Pues Dievuchkin y Varienka se limitan aún a ellos mismos. Les falta un cielo por encima de la cabeza y una sombra a los pies. Sufren, pero sus tormentos son morales, sociales, materiales, terrestres. Ignoran las angustias metafísicas. Viven en el mundo del «dos por dos, cuatro». Falta un personaje en el reparto: Dios. Será necesaria la prueba del cadalso y de Siberia para que surja de pronto, al fondo, el universo dostoyevskiano.

Sea como sea, Grigorovich se siente trastornado por *Pobres gentes.* Varias veces expresa a gritos su admiración y quiere levantarse para estrechar las manos de Fiodor Mijailovich. Pero éste, impasible, prosigue la lectura con su voz apagada, que hace daño. Después de la última frase del libro, Grigorovich, llorando, se arroja en brazos del autor y le suplica que le confíe su manuscrito. Se lo someterá al poeta Nekrasov, que piensa editar una revista. Lo recomendará entusiásticamente. Está seguro del éxito.

¡Extraño muchacho este Nekrasov! Su padre, un antiguo militar avaro y severo, le destinaba al regimiento de la nobleza. Nekrasov rompe con él para seguir los cursos libres de la Universidad. Su familia le corta su asignación. El joven arrastra en San Petersburgo una existencia miserable. Roba pan en los restaurantes. Duerme en asilos de noche. Pero su ambición es ilimitada. Con loable ahínco, escribe pequeños artículos, cuentos, piezas en verso, que los periódicos le retribuyen miserablemente.

Una de sus poesías, *En camino,* entusiasma a Bielinski. El célebre crítico anima al principiante, le aconseja, le guía en los medios literarios. A partir de entonces la ascensión de Nekrasov es rápida. Este poeta de

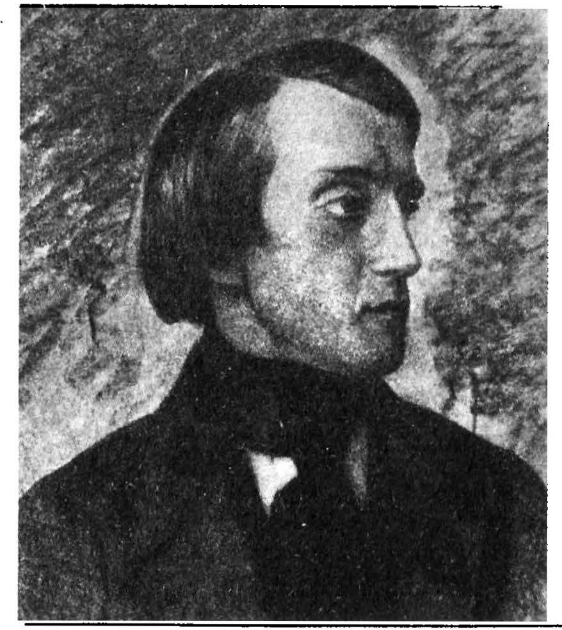
los humildes tiene un espíritu práctico notablemente desarrollado.
«Nekrasov llegará lejos —dice de él un viejo periodista—. No es como nosotros... Amasará un capitalito.»

Y, en efecto, este mismo Nekrasov que escribe:

Fui llamado a celebrar tus dolores,
pueblo de asombrosa resignación,
y a aclarar con luz de consciencia
el camino por donde te guía Dios,

el Nekrasov que ve en su musa una muchacha sierva a la que azotan hasta hacerle sangre, el que se enternece por los bateleros del Volga, que llora pensando en la nariz colorada de los *mujiks*, que denuncia las pequeñas y las grandes miserias de Rusia, ese mismo Nekrasov se mete como puede en el mundo, frecuenta los salones, se une con el escritor Panaiev, se instala en su casa, le quita a su mujer —con la que vivirá durante quince años— y consigue que el marido burlado comandite una revista de la que serán codirectores. El lirismo proletario y el sentido de los negocios no se destruyen en él, sino que se complementan armoniosamente. Un vividor, decían sus enemigos. Un inconsciente, contestaban sus amigos.

Cuando Grigorovich le lleva *Pobres gentes,* Nekrasov se muestra escéptico. Está ocupado, distraído. Termina por condescender a oír unas diez páginas:



Visarion Bielinski, el crítico literario que, vivamente interesado por la obra de Dostoyevski, abrió al escritor las puertas de los salones de San Petersburgo.

«Al cabo de diez páginas se podrá apreciar lo que vale.»
Grigorovich comienza la lectura.

Diez, veinte, treinta páginas desfilan sin interrupción. Pero la escena del entierro del estudiante tísico arranca a Nekrasov palabrotas con las que expresa su admiración. Cuando llega a la carta de despedida, Grigorovich no puede contener los sollozos. Sorbe sus lágrimas y mira de reojo a Nekrasov. El rostro del poeta también está bañado de lágrimas. Pues este arribista es aún demasiado joven para no enternecerse y no tener fácil el llanto.

Grigorovich no cabe en sí de gozo.

—Hay que ir a casa de Dostoyevski y anunciarle la buena nueva.

—Pero es de noche. Estará durmiendo.

—¿Qué importa que duerma? Le despertaremos. ¡La noticia le sentará mejor que el sueño!

Dostoyevski no dormía.

Había pasado la noche en casa de un compañero, leyendo *Las almas muertas* y discutiéndolas por centésima vez. Había regresado a las cuatro de la madrugada, tras una de esas noches blancas de San Petersburgo, claras y tibias como un día de primavera.

Una vez en su habitación, no se había resuelto a acostar. Había abierto la ventana. Se había sentado frente a ese cielo puro, liso, inmenso, del que irradiaba un resplandor lechoso.

Las casas duermen. Hay pocos transeúntes. Fiodor Mijailovich no está ya seguro de vivir en un mundo real. Se encuentra entre dos vidas. Espera el sol, que saldrá ya pronto.

Un campanillazo le sobresalta. Dostoyevski abre.

En el umbral, Grigorovich con un desconocido. Dostoyevski, ligeramente asustado, palidece. Pero los visitantes le abrazan, lanzan exclamaciones y le dan apretones de mano. Han leído el libro. Les arrebata la admiración.

«¡Es genial!..., ¡genial!...»

Dostoyevski, estupefacto, radiante, se pone a tono lo mejor que puede.

Durante media hora, se habla de poesía, de verdad, de política y de teatro. A cada momento se cita a Gogol. Se invoca la autoridad de Bielinski.

«¡Hoy mismo le llevaré su manuscrito —exclama Nekrasov— y ya verá usted! ¡Ah! ¡qué hombre, qué hombre!... ¡Ya lo conocerá usted!... Ahora, acuéstese, acuéstese, nos vamos. Vendrá usted mañana.»

Finalmente, le dejan. Pero Dostoyevski ya no está en condiciones de dormir:

«¿Cómo habría podido dormir después de esta visita?» —anota en el *Diario de un escritor*—. ¡Qué entusiasmo! ¡Qué triunfo! Pero lo más valioso para mí era su atención. Recuerdo claramente mis pensamientos: hay quien tiene éxito, quien recibe felicitaciones, calurosas acogidas, alabanzas; pero ellos han venido con las lágrimas en los ojos, a las cuatro de la madrugada, ¡porque era más importante que el sueño! ¡Ah! ¡Qué hermoso es esto...!»

Hasta que empezó a clarear el día, Grigorovich, echado sobre un sofá, oía a Dostoyevski deambular en la habitación vecina.

Al día siguiente, cumpliendo su promesa, Nekrasov se presentaba en casa de Bielinski, declarando solemnemente:

«Nos ha nacido un nuevo Gogol.»

«Entre ustedes —contestó severamente el crítico— los Gogol crecen como las setas.»

Sin embargo, consiente en quedarse con el manuscrito. Promete leerlo. Y esto ya supone un éxito notable, pues, en aquella época, Bielinski es el gran crítico incorruptible a quien se escucha y se teme. Este hombre débil, que vive en un piso modesto, que tose, escupe sangre y sabe que está condenado a una muerte próxima, tiene arrebatos e iras que sacuden la opinión pública. Aplaude y denigra sucesivamente, en un juego de rápidas medias vueltas. Es, como dice Dostoyevski, «el hombre más apresurado de Rusia».

Sí, sin duda el hombre más apresurado, el más exaltado: *Visarión, el arrebatado*. Termina apresuradamente su instrucción, se apasiona por teorías que no ha tenido tiempo de asimilar, las abandona, las vuelve a encontrar, sufre con toda su alma. Al comienzo de su carrera, se entregó de lleno al idealismo. El arte por el arte, la contemplación íntima, el despego soberano frente al mundo. Pero, poco a poco, esta atmósfera enrarecida se le hace pesada. No puede bastarle la literatura. No puede bastarle su propia persona.

«El arte me ha asfixiado —escribe a un amigo—. Me ha permitido vivir dentro de mí mismo y pensar que, para un hombre, no había más existencia que la vida interior. Pero he salido de mí (allí me sentía estrecho, aunque estuviese abrigado), he salido hacia un nuevo universo, el del sufrimiento.»

Vuelve a ponerse en contacto con la realidad, con las masas. Se dedica intensamente a los problemas sociales. El destino del pueblo ruso es inicuo, intolerable. El deber del escritor es denunciar las miserias del campesino. Un libro sólo vale realmente si encubre una reivindicación humanitaria. Un talento sólo tiene valor si es útil.

En torno a él se crea el partido del Occidente, opuesto al de los eslavófilos. En lo sucesivo, no le importarán más que los socialistas franceses, y sólo invocará los progresos de la ciencia. Pushkin, incluso, al que antes admiraba sin reservas, le parece un versificador de salón. ¿No había escrito el poeta: «Tu olla te es más querida porque te sirve para cocer tu comida»?

«¡Claro —exclamaba Bielinski, con relámpagos en los ojos, y corriendo de un extremo a otro de la habitación—, claro, me es más querida! Porque no sólo cuezo en ella mi comida, sino también la de mi familia y la de las pobres gentes, y antes de extasiarme con las sublimes bellezas del arte, mi derecho y mi deber son alimentar a los míos y alimentarme yo, despreciando a todos los refinados y a todos los botarates!» *(Recuerdos*, de Turgueniev).

Unicamente su apego a Gogol parecía inquebrantable. Pero, cuando publicó su *Correspondencia,* Bielinski rabió de indignación. En este

autor a quien «adoraba», porque sus libros descubrían las taras de la sociedad contemporánea, adivina a un místico atrasado, a un eslavófilo encostrado, a un bárbaro. El crítico redactó una misiva interminable y llena de odio que, por un extraño camino, iba a serle fatal a Dostoyevski.

«Sí, le he querido a usted —escribe Bielinski a Gogol— como sólo un hombre unido por la sangre a su país puede amar la esperanza de este país, su honor, su gloria; le he querido por considerarle uno de los grandes jefes de su conciencia interior, de su desarrollo y de su marcha hacia adelante. No puede hacerse la menor idea de la indignación que ha suscitado en mí su libro... No ha notado usted que Rusia no ve su salvación ni en el misticismo, ni en el pietismo, sino en el progreso de la civilización, en la maduración de esta dignidad humana que durante siglos fue arrastrada por el fango y el estiércol... Mire a sus pies, está usted al borde del abismo...»

Pero, en 1845, Gogol no ha publicado aún su *Correspondencia* y Bielinski le rodea de un culto celoso, de una pasión maternal.

«¡Un nuevo Gogol nos ha nacido!» ¡Se burlaban de él!

Al día siguiente, cuando el cronista Annenkov va a visitar a Bielinski, le ve, desde el patio, de pie delante de su ventana, con un gran cuaderno en la mano. En cuanto vio a Annenkov, Bielinski le gritó:

«Entre de prisa... Le voy a dar una noticia... Mire este manuscrito, no puedo apartarme de él... Es el libro de un joven talento: no sé qué cara tiene el autor, ni cuáles son sus ideas, pero la novela abre unos abismos tales sobre la vida y los caracteres del pueblo ruso, como nadie se atrevió nunca a soñar. Es el primer ensayo, entre nosotros, de una novela social, pero tal como la puede tratar un artista, es decir, con la absoluta inconsciencia del resultado que se va a obtener» (Annenkov).

Y Bielinski, con voz inflada, sonora, nerviosa, lee algunas páginas de *Pobres gentes.*

Por la noche, le toca a Nekrasov ir a buscar noticias. Bielinski le acoge con estas sencillas palabras:

«Tráigalo, tráigalo pronto...»

Tres días después de haberle leído el manuscrito a Grigorovich, Dostoyevski fue presentado al más exaltado cronista de Rusia.

Turgueniev ha dejado un rápido retrato de este crítico:

«Vi a un hombre de estatura mediana, algo grueso, de rostro irregular pero original, y cuyos cabellos rubios colgaban en desorden sobre su frente. La expresión de su rostro era inquieta, como les ocurre con frecuencia a las personas tímidas y solitarias. Se puso a hablarme, luego sufrió un acceso de tos, nos rogó que nos sentáramos y también él se sentó en el diván, dejando correr sus miradas por el entarimado y enrollando tabaco entre sus manos minúsculas y delicadas.»

Así lo vería también, indudablemente, Dostoyevski. Sombrío, grave, tímido. Pero, rápidamente, Bielinski se acalora.

«—¿Se da usted cuenta —me repetía en el tono grandilocuente al que se había acostumbrado—, se da usted cuenta de lo que ha escrito?

»Tenía la costumbre de alzar la voz en cuanto experimentaba un sentimiento intenso.

»—Por ser usted, por naturaleza, un artista de una sensibilidad extrema, ha podido escribir una obra semejante; pero ¿ha medido usted toda la amplitud de la terrible verdad que nos ha descrito? No es posible que la haya comprendido a los veinte años. Después de todo, ¡su desgraciado funcionario cumplió su deber con tanta abnegación!... Ha llegado a tal punto que no se atreve a sentir por sí mismo la menor estimación, y se siente tan rebajado que termina por considerar toda queja como una impiedad. ¡Ni siquiera se atreve a reconocerse el derecho a la desgracia!... La verdad le ha sido revelada como a un artista; usted la ha recibido como un don, sepa apreciar este don, séale fiel y será usted un gran escritor.»

Dostoyevski está aturdido, embriagado. La cabeza le da vueltas. Querría abrazar a quien fuera, manifestarle su agradecimiento, jurarle una eterna amistad. Cuando vuelve a encontrarse en la calle, apenas si puede andar. Se detiene en la esquina. Mira «el cielo, el día claro, los transeúntes». Pero ya no tiene nada que ver con ellos. Acaba de alzarse de pronto hasta otro mundo, desde donde los considera como a hormigas.

«¿Será posible que yo sea tan grande? —me decía a mí mismo, con una exaltación tímida—. ¡Oh! no se rían ustedes: después nunca he vuelto a considerarme un gran hombre; pero entonces, ¿hubiera sido posible resistir a la tentación? «¡Oh! Me haré digno de esas alabanzas. Pero ¡qué hombres, qué hombres!... Mereceré su estima, trataré de llegar a ser tan excelente como ellos, seré fiel... Venceremos. ¡Oh! ¡Ir con ellos, estar junto a ellos!...»

En realidad, no había de continuar «junto a ellos» durante mucho tiempo.

Ciertamente, *Pobres gentes* había seducido a Bielinski, pero éste había interpretado el libro a su manera. Sólo lo había visto como una sencilla ilustración de sus ideas sociales. «El asunto es sencillo —le explicaba a Annenkov—: se ha encontrado a unos imbéciles que creen que amar al género humano constituye no sólo un deber sino también un placer para cada individuo. No comprenden nada cuando la rueda de la vida, con todo su inexorable funcionamiento, aplasta y pulveriza tranquilamente sus miembros y sus huesos. Eso es todo. ¡Pero qué drama!, ¡qué personajes!...»

No ha notado el lado positivo de los personajes. No le ha llegado su discreta resignación, ni su bondad activa. No ha adivinado que Makar Dievuchkin era algo más que una simple víctima, precisamente porque había aceptado serlo. Ha visto en *Pobres gentes* un pretexto de rebeldía cívica, y no un llamamiento a la compasión humana. Se ha indignado profundamente contra los verdugos, pero se le ha olvidado admirar a los mártires.

No importa; por el momento, el crítico y el autor están «locos» el uno con el otro. Bielinski cuenta a todo el que quiere oírlo su reciente descubrimiento. Esto se convierte en una obsesión.

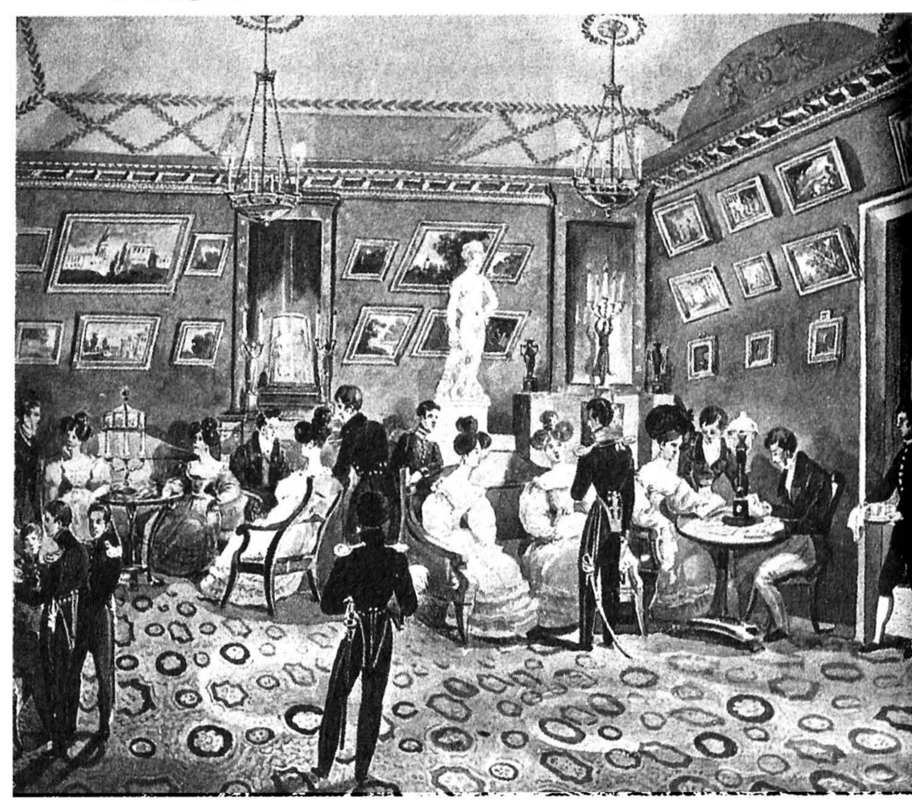
«Han descubierto a una nueva estrella, un tal Dostoyevski a quien colocan casi por encima de Gogol», escribe Aksakov humorísticamente.

Los salones

Aún no se ha publicado *Pobres gentes*, pero, gracias a Bielinski, una curiosa simpatía acoge al joven autor en los medios literarios. Se organizan lecturas de su obra. Se le invita a los salones. Dostoyevski pierde la cabeza, se encarga una chistera en casa de Zimmermann —el sombrerero de moda—, se preocupa de su ropa interior, se cree un Rastignac y encuentra encantador a todo el mundo. Bielinski es un segundo padre para él:

«Debo decirte —escribe Fiodor Mijailovich a su hermano— que Bielinski me ha dado una lección hace dos semanas sobre cómo se puede vivir de la pluma... Voy con mucha frecuencia a casa de Bielinski. No puede estar mejor dispuesto hacia mí, y ve en mí la prueba y la justificación de sus propias ideas frente al público... Una buena mitad de San

Velada romántica en uno de los muchos salones de San Petersburgo. Museo de Leningrado.



Petersburgo habla ya de *Pobres gentes*... Grigorovich me resulta valiosísimo. El mismo me lo dice: *"Je suis votre claqueurchauffeur."*»

Esta carta está fechada el 8 de octubre de 1845.

El 16 de noviembre de 1845, *Pobres gentes* no se ha publicado aún, y sin embargo la embriaguez de Dostoyevski aumenta hasta la aberración.

«Jamás, hermano mío, alcanzará mi gloria mayor altura que ahora. Por todas partes suscito un respeto increíble y una sorprendente curiosidad. He conocido a muchísimas personas y de las más encopetadas. El príncipe Odoyevski me ha rogado que le honre con una visita, y el conde Sologub se arranca los cabellos, desesperado. Panaiev le había contado que existía un escritor de talento que iba a eclipsarlos a todos. Sologub ha corrido a casa de Kraievski, para preguntarle: "¿Quién es Dostoyevski?, ¿dónde encontraré a Dostoyevski?" Kraievski, que no guarda miramientos a nadie y que le dice la verdad a todo el mundo, le contestó que Dostoyevski no le haría el honor de visitarle. Y así es en realidad. Ese pequeño aristócrata habla ahora enfáticamente y cree que me deslumbrará por la magnanimidad de su complacencia. Todo el mundo me considera como una maravilla. Ya no puedo abrir la boca sin que repitan en todos los rincones: "Dostoyevski ha dicho esto... Dostoyevski quiere hacer tal cosa..." En fin, hermanito, no me alcanzaría el papel si quisiera contarte todos mis éxitos literarios...»

Finalmente, una gran noticia: Dostoyevski se ha encontrado con Turgueniev.

«Turgueniev está enamorado de mí. ¡Qué hombre, hermano mío! Yo mismo estuve a punto de enamorarme de él. Poeta de talento, aristócrata, guapo, rico, inteligente, culto, de veinticinco años... Creo que la naturaleza no le ha negado nada. Además, un carácter extremadamente recto, admirable, formado en la buena escuela... Estoy repleto de ideas, y basta que hable de ello con alguien, como Turgueniev por ejemplo, para que al día siguiente todo San Petersburgo sepa que Dostoyevski escribe esto o aquello...»

Se deleita con su fama, se pavonea delante del espejo como un chiquillo endomingado. Es dichoso, con candidez y fatuidad insoportables. Y esto es muy natural. Pensamos en su soledad, en sus dudas tan recientes. No hace mucho aún era un desconocido, escribía en la niebla, con la sensación de que nadie sabría apreciar nunca su obra. Y he aquí que de la noche a la mañana los desconocidos le leen, le comprenden, le admiran, le halagan y buscan su compañía. No hay peor vanidoso que quien se ha negado a sí mismo durante mucho tiempo el derecho a serlo.

Por lo demás, su jactancia es puramente epistolar. En cuanto ya no está solo frente al papel, vuelve a su primitiva timidez. Teme no ser digno del personaje que le hacen representar. Tiene la sensación de hacer burdas trampas, y le parece que cada cual nota sus manejos y se burla de él.

El conde Sologub va a verle después de la lectura de *Pobres gentes*. Se encuentra con un joven pálido, de aspecto enfermizo.

«Iba vestido —escribe— con una levita casera bastante usada, con unas mangas tan cortas que parecían cortadas para otro. Cuando dije mi nombre y, con algunas palabras escogidas, le expresé los sentimientos de profunda sorpresa que me había causado la lectura de su libro, pareció turbado, azarado y me acercó la única butaca, vieja y bamboleante, de la habitación. Permanecí veinte minutos en su casa y le invité a cenar conmigo. Dostoyevski se quedó aterrado. Sólo dos meses más tarde se decidió, de pronto, a aparecer en mi establo.» *(Recuerdos).*

Aterrado, ésta es la palabra: Dostoyevski está exaltado y aterrado a la vez. Todo es demasiado hermoso, demasiado fácil. Dostoyevski está deslumbrado, cegado. Abraza a sus enemigos. No concibe que no se le pueda amar, porque él ama a todo el mundo.

«Estas buenas gentes ya no saben cómo quererme; desde el primero hasta el último, todos se han enamorado de mí...»

Sin embargo, en el salón musical del conde de Vielogorski, adonde ha ido con Bielinski, tiene la sensación muy clara «de que lo muestran como un espectáculo». Cuando, en aquel mismo salón, Bielinski rompe un vaso por descuido, Fiodor Mijailovich oye detrás de sí a la condesa Sologub que murmura: «Si sólo fueran torpes y salvajes; pero, ¡ay!, ni siquiera son inteligentes.»

Finalmente se entera de que ciertos colegas le reprochan haber exigido un «marco especial» para el texto de su novela.

Algunos años más tarde, hallándose Dostoyevski en Siberia, Turgueniev prevenía a Leontiev contra el amor propio excesivo que padecen algunos principiantes.

«Como ese pobre Dostoyevski. Cuando entregó su novela a Bielinski para que la editara, el desdichado perdió la cabeza hasta el punto de decir: "Habría que rodear mi texto con una orlita".»

Este asunto no se aclaró nunca. En 1880, un año antes de su muerte, Dostoyevski, indignado, protestó en *El Tiempo Nuevo* contra esta leyenda.

Sin embargo, Annenkov pretende haber visto pruebas orladas, y el mismo Grigorovich no se atreve a desmentir este aserto. Pero el libro apareció sin ornamento de ninguna clase.

De todos modos, es posible que Dostoyevski, embriagado por las alabanzas, pidiera en efecto al crítico que presentara su obra bajo una nueva forma tipográfica. Ninguna fanfarronada suya debe extrañar en aquella época. Tiene los nervios agotados. No sabe lo que hace ni lo que quiere.

«Hemos estado a punto de hacer perder la cabeza a uno de estos pequeños ídolos del día —escribe Panaiev en sus *Recuerdos*—. Terminó por divagar. No tardamos en "desarmarle" y en olvidarle completamente. ¡Pobre! Le hemos aniquilado. Le hemos ridiculizado.»

En el transcurso de una recepción, arrastran a Dostoyevski para presentarle a una joven beldad mundana, la Seniavana. Dostoyevski se halla frente a una muchacha bonita, de labios infantiles, bucles rubios,

Fiodor Dostoyevski en 1874. ▶



ojos tranquilos y fríos. Inmediatamente, le suelta un cumplido vulgar sobre su obra. Pero Dostoyevski palidece, vacila y pierde el conocimiento. Se lo llevan a la habitación de al lado y lo rocían con agua de colonia.

Algún tiempo después, Turgueniev («Turgueniev está enamorado de mí») y Nekrasov («el delicioso poeta de los humildes») compusieron un poema satírico en el cual relatan aquella inocente anécdota:

«Caballero de la triste figura,
Dostoyevski, amable fanfarrón,
en la nariz de la literatura
rojeas como un nuevo grano.

Pronto el sultán de Turquía
te enviará a sus visires;
pero cuando, en una mundana recepción
en un ambiente principesco,
—¡oh! mito y problema del día—
caíste como una estrella fugaz,
y arrugaste tu nariz
ante una rubia beldad.
Contemplaste este ser encantador,
con inmovilidad tan trágica,
que a poco si te mueres,
truncado en la flor de la edad...»

Y el poema prosigue en el mismo tono.

Los dos cofrades, ayudados por Annenkov, hacen circular infames anécdotas sobre Dostoyevski.

¿No se entera o finge no enterarse? De todos modos, Dostoyevski sigue frecuentándolos.

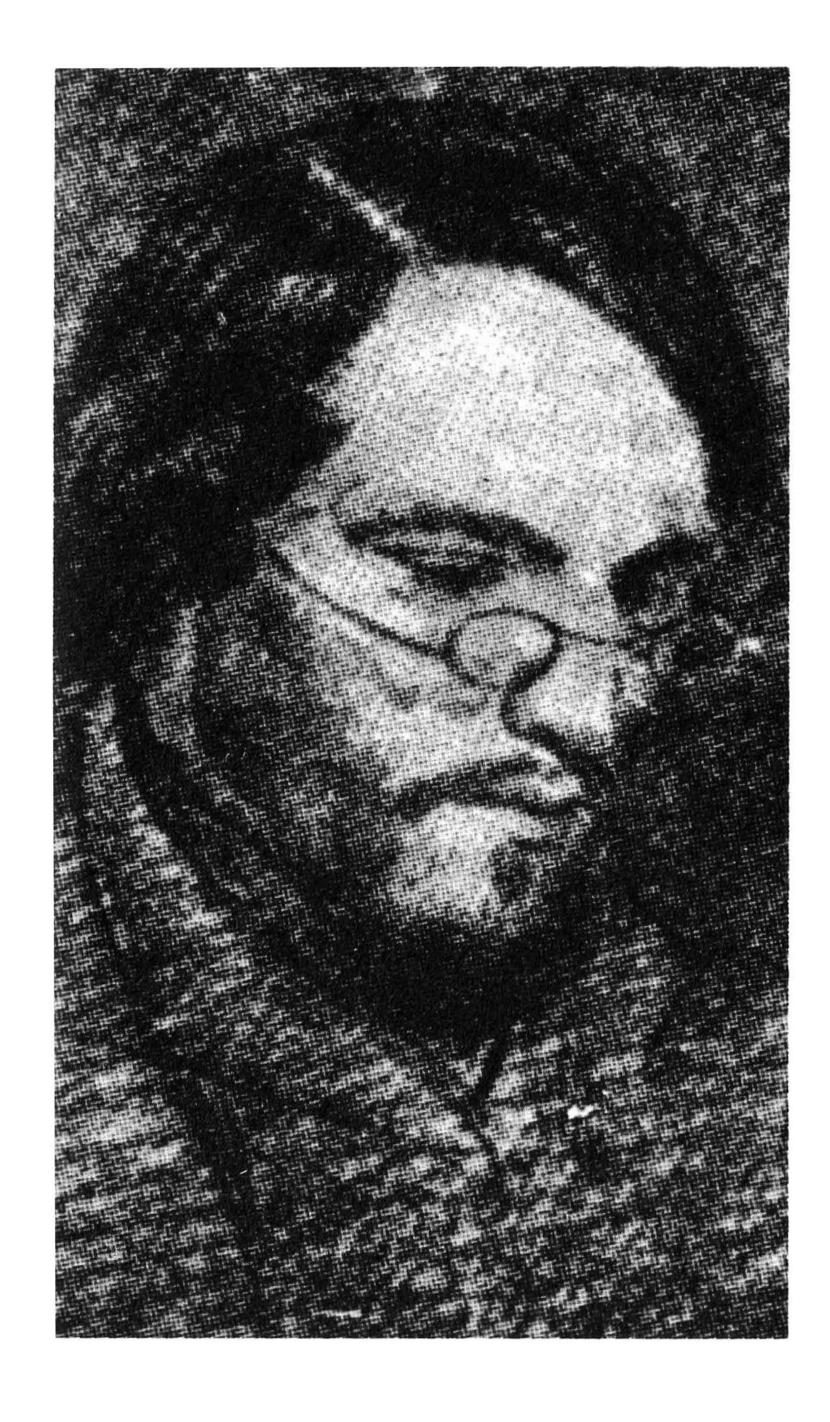
Le invitan los Panaiev. Dostoyevski se prepara, se acicala y se perfuma como si fuera a una cita. Entra por fin en el gran salón lleno de luces y de espejos. La señora Panaieva lo juzga al primer golpe de vista.

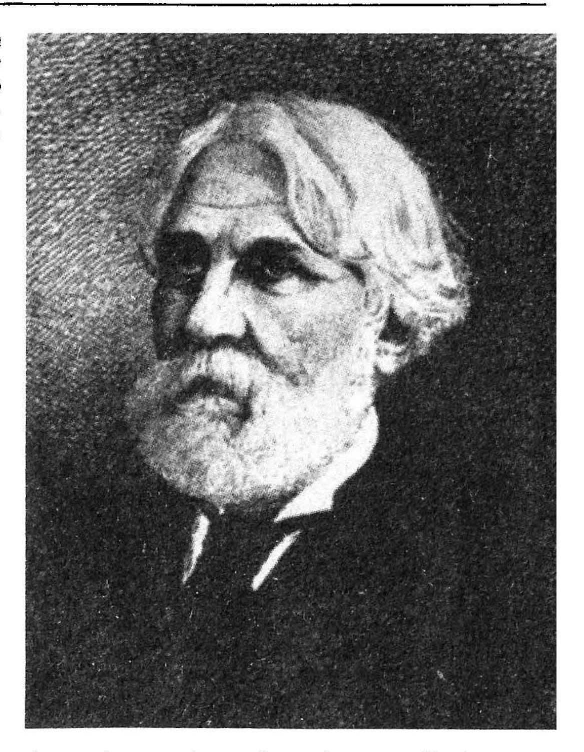
«En cuanto se le veía —escribe en sus *Recuerdos*— se comprendía que Dostoyevski era un joven extremadamente nervioso e impresionable. Era delgaducho, rubio, y no alto; su tez tenía un color enfermizo. Sus pequeñas pupilas grises corrían de un objeto a otro con inquietud, y sus labios lívidos sufrían breves contracciones.»

¡Alabado sea Dios! Conoce casi a todo el mundo. ¿Pero de qué le van a hablar? ¿De qué les hablará? ¿Sabrá aparecer a la altura de su fama? ¿Sabrá discernir entre la burla disimulada y el cumplido sincero?

Está molesto, estirado, altanero; no piensa sino en huir lo más pronto posible, regresar a su habitación mal alumbrada, irrespirable por el olor del tabaco, atestada de libros y papeles. ¡Estar solo, estar solo!... Sin embargo, volverá a visitarlos.

Mijaíl Mijailovich, hermano de Dostoyevski, en la época en que contrajo matrimonio. ▶





El escritor ruso Iván Turgueniev (1818-1883). Grabado de la época, por B. Mannfield.

«Dostoyevski venía con frecuencia por la noche —escribe la señora Panaieva—. Su timidez desapareció; incluso se mostraba bromista, entablaba discusiones con todo el mundo y, por terquedad, contradecía a sus interlocutores.»

Reflejo de tímido. Ataca por temor a que le ataquen. Se engríe por temor a que le rebajen. Cree ser brillante y resulta insoportable. Se cree ingenioso y sólo es maligno y tonto. Cree moverse con gracia aristocrática, pero se oyen sus pesadas botas de campesino.

Los pequeños cofrades caen como una nube de tábanos sobre esta presa fácil. Le zahieren, le hostigan con minúsculos pinchazos.

«Turgueniev, sobre todo, era un maestro en este juego. Discutía con Dostoyevski con la única finalidad de exasperarle». *(Recuerdos,* de Mme. Panaieva).

El desdichado se enfadaba, tomaba a pecho el asunto, exageraba sus opiniones hasta lo absurdo y todos los circunstantes se reían. Era una moda literaria entretenerse en las burlas, las maledicencias, las cábalas íntimas y los complots de camarillas. Dostoyevski se asfixiaba en esta atmósfera cerrada.

«No lo cuente, pero ¿sabe lo que dice Fulano de usted? A propósito, no se fíe de Fulana...»

¡Bueno! La cosa está clara: ¡todos le envidian! Hasta Bielinski no le quiere ya, puesto que juega a las cartas en vez de hablarle de *Pobres gentes*.

Y Fiodor Mijailovich exclama:

«¿Cómo puede un hombre inteligente dedicar aunque sólo sean diez minutos a un pasatiempo tan ridículo como las cartas?... Verdaderamente, nada diferencia la sociedad de los funcionarios de la de los literatos: se aficionan a las mismas distracciones estúpidas.»

Pero Bielinski le observa con el rabillo del ojo y le dice en voz baja a Nekrasov, su compañero de juego:

«¿Qué le pasa a Dostoyevski? Está diciendo tonterías ¡y con cuánto tesón!»

«Cuando le contaban a Bielinski que Dostoyevski se consideraba como un genio —escribe la señora Panaieva—, se encogía de hombros y decía: "¡Qué desgracia!" Dostoyevski posee un talento indudable y si, en vez de trabajar, se imagina que es un genio, no progresará. Es absolutamente necesario que se cuide. Todo esto proviene de una extremada tensión nerviosa.»

«Un día —prosigue la señora Panaieva— Turgueniev me contó delante de Dostoyevski que había encontrado en provincias a un hombre que se consideraba un genio; y describió magistralmente los rasgos ridículos del personaje. Dostoyevski se puso pálido como una sábana; huyó antes del final de la historia. Entonces, dije a los presentes: "¿Por qué atormentan ustedes así a Dostoyevski?..."»

Dostoyevski se ha escapado de los grandes y claros salones. Se apresura, corre por las calles dormidas. Entra en su habitación, se arroja sobre el sofá para rumiar más a gusto su despecho, su rabia.

¡Ser ridiculizado por esta chusma de salones, por estas raspaduras de la olla literaria! ¡Que le ataquen, pero no con zancadillas y pellizcos!

¡Qué ridículo ha estado esta noche! La señora Panaieva se ha reído de él. Una oleada de sangre le acude a las mejillas. Ve su lindo rostro de tez mate, grandes ojos negros y sonrisa burlona. Le da náuseas pensar que esta criatura admirable sea la mujer de Panaiev. Se merece más. ¿Qué merece? ¿A quién se merece? ¿A él? El espejo le muestra la imagen de un hombrecillo de rostro terroso, de cabellos descoloridos. ¡Qué feo es! ¡Qué triste está!

Con refinamiento de conocedor, exagera su desesperación. Se entrega al juego. Le faltaba una pasión desgraciada para completar su infortunio. La tiene ya. Ha tocado el fondo de la angustia humana.

«Estuve seriamente enamorado de la señora P.», escribe a su hermano.

Todo es hermoso en esta mujer. Su rostro, su alma, su vida... Hija del actor Brianski, se educó a sí misma. A los dieciocho años se enamoró de Panaiev y se casaron secretamente. La madre de Panaiev, que se había opuesto a este matrimonio, cambió de parecer más tarde.

«La madre de Panaiev —cuenta Bielinski— amenazó a su hijo con suicidarse; sin embargo, sigue viviendo, y es muy probable que entierre a su hijo y a su nuera.»

La joven Avdotia Panaieva escribe de un modo encantador. Bromea superficialmente. Posee la gracia y el ingenio de que carece Dostoyevski. ¿Y si se le declarara? ¿Y si le escribiera versos, como Suchkov, uno de sus admiradores? Nunca se atreverá.

Asqueado de sí mismo y de los demás, buscará el olvido en el libertinaje. Previamente, se lo avisa a Bielinski, que le riñe para guardar las formas y le recomienda una castidad moderada.

Dostoyevski se siente secretamente halagado por haber causado alguna preocupación a su amigo. Lo mismo que si se fuera de expedición, Dostoyevski se enfrenta con el mundo de la carne.

«¡Ah! Estas Claras, estas Minas, estas Marianas, ¡cuánto han embellecido! —escribe a su hermano—. Me cuestan un ojo de la cara.»

Pretende ser un voluptuoso profesional, un libertino con suerte, pero es muy posible que en cuanto regrese a su casa, se espante de lo que ha hecho y se enjuague la boca para librarse de un perfume que le asquea.

«En mis conversaciones con él (de 1846 a 1849), nunca le he oído decir que estuviese apasionadamente enamorado de alguien, ni siquiera que le gustara alguna mujer», escribe uno de sus amigos, el doctor Yanovski.

No habla de la que ama porque la admira. ¿Y las otras? No habla de ellas porque las desprecia. Todos los viernes visita a los Panaiev; siempre encuentra allí al horrible Annenkov, que es, invariablemente, de la misma opinión que su interlocutor; al imponente Sologub, con su monóculo clavado en el ojo; al despreciable Turgueniev, posando de gentilhombre; a toda la pandilla de rivales suyos; todo el círculo de *Los Anales de la Patria,* todos «los nuestros».

Y de nuevo, sufre y se indigna, de nuevo «eructa burradas» que circularán de salón en salón.

Un dia, la señora Panaieva le ve salir corriendo del despacho de Nekrasov:

«Iba pálido como un muerto y no podía meter el brazo en la manga del abrigo que le sostenía el criado. Por fin, le arrancó de las manos el gabán y se precipitó por la escalera. Entré en casa de Nekrasov y le hallé muy irritado.

»—¡Dostoyevski se ha vuelto loco! —me dijo Nekrasov con una voz que temblaba de emoción—. ¿Quién le ha contado esa leyenda?; pretende que recito a todo el que quiera oírlo unos versos infames, que me acusa de haber compuesto, alusivos a él...»

En realidad, no se trataba de una leyenda.

Por su parte, cuenta Pavlovski que, una tarde, Ogariev, Bielinski y Herzen se habían reunido en casa de Turgueniev para jugar a las cartas. Por una ocurrencia que dijo uno de ellos, todos se echaron a reír. En aquel preciso momento se abrió la puerta: en el umbral apareció Dostoyevski, miró a los invitados, palideció y se retiró.

Al cabo de una hora, Turgueniev se lo encuentra en el patio, paseando de arriba a abajo, lívido, deshecho y destocado, a pesar del frío y del viento.

«¿Qué le pasa a usted, Dostoyevski?»

«¡Dios mío! ¡Esto es insoportable! En cualquier sitio que me presente se ríen de mí. ¡He visto muy bien cómo se echaron ustedes a reír al verme!...»

Por todas partes se ríen de él. Y él ignora qué puede causar esa risa. ¿No basta el talento para imponer respeto? ¡Ah! ¡Si se pudiera publicar lo antes posible *Pobres gentes*! Los elogios de la prensa cerrarían el pico a esta nidada de pajarillos dañinos. Pero la edición se retrasa. La censura no acaba de dar la autorización.

«Es una desgracia —escribe Dostoyevski a su hermano—, la censura no da señales de vida... La novela es inofensiva y, sin embargo, la arrastran de una oficina a otra, y no sé cómo terminará todo esto...»

4. La caída

El 15 de enero de 1846 el almanaque de Nekrasov, *La Recopilación de San Petersburgo,* publica *Pobres gentes.* Bielinski hace un elogiosa crítica de la novela en *Los Anales de la Patria:*

«Provocar la risa y llegar al alma del lector, obligarle a sonreír a través de sus lágrimas, ¡qué habilidad y qué talento!...»

Pero no le siguen sus colegas de la prensa.

«*Pobres gentes* ha aparecido el 15 —escribe Dostoyevski a Mijaíl—. ¡Si supieras, hermano mío, cuántas injurias desenfrenadas la han acogido por todas partes!... No es una crítica lo que he leído en *la Ilustración,* sino una serie de imprecaciones. En *La Abeja del Norte,* ni el diablo sabe qué es lo que han publicado sobre mí. Pero recuerdo los comienzos de Gogol y todos sabemos cómo acogieron a Pushkin. Hasta el público está fuera de sí.

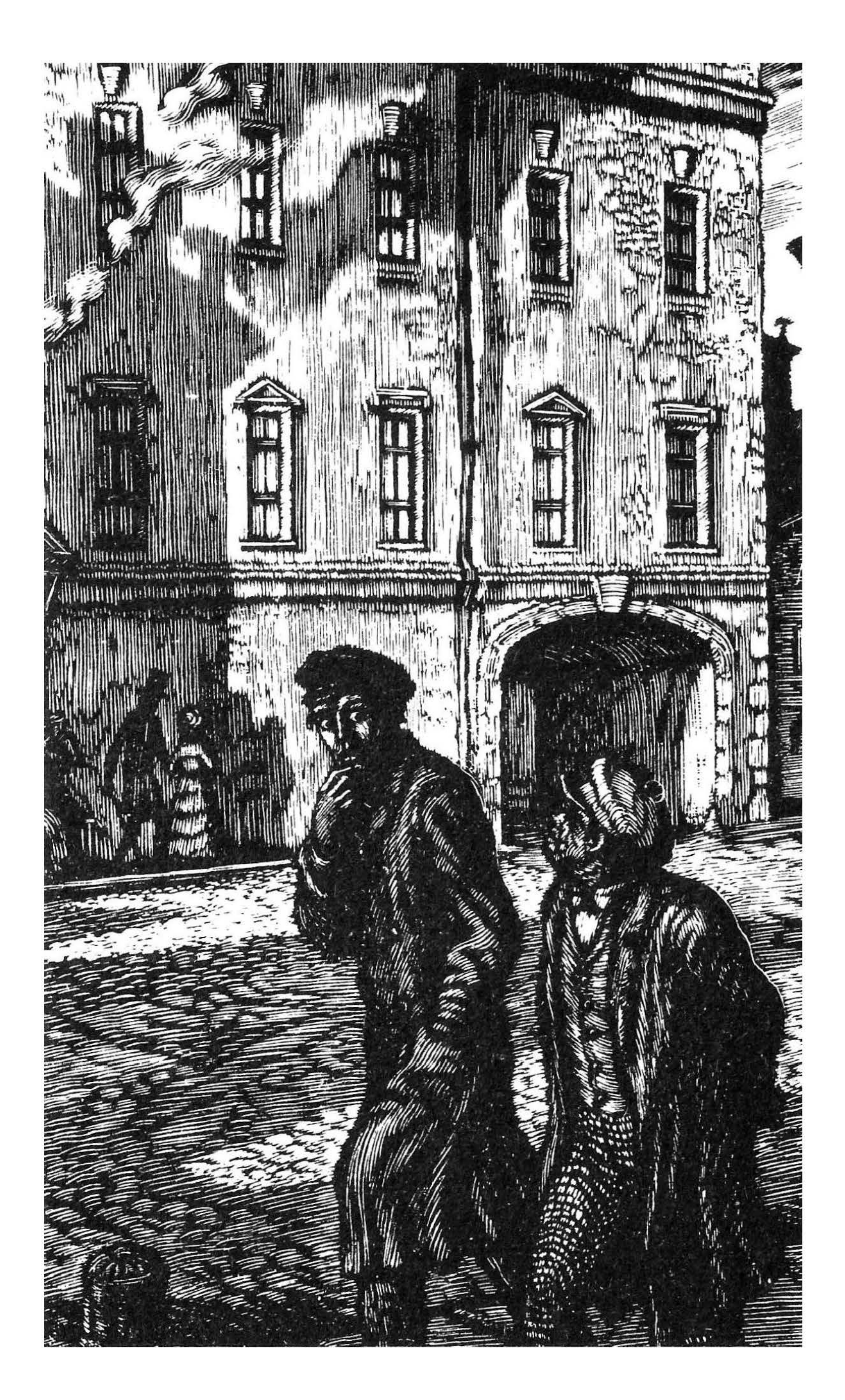
»Las tres cuartas partes de los lectores me arrastran por el lodo, pero una cuarta parte (quizá menos) me alaba con entusiasmo. Se han entablado terribles debates. Me injurian, me injurian, me injurian, y, ¡sin embargo, me leen! ¡Ah! Les he arrojado un hueso que roer. Lo roerán, pues; están trabajando por mi fama, esos imbéciles... Pero, en compensación, ¡qué elogios suelo oír, hermano mío! Figúrate que todos los nuestros, incluso Bielinski, estiman que he sobrepasado con mucho a Gogol... Hallan en mí una fuente original (Bielinski y los demás) en el sentido de que procedo por análisis y no por síntesis, es decir, que trabajo en profundidad y que, disociando los átomos, lo descubro todo. Gogol, en cambio, lo toma todo tal como se presenta, y por eso es menos profundo que yo...»

¡Qué sencillo es todo ello! He aquí a Dostoyevski animado de nuevo. Le critican, le halagan, se ocupan de él. Su libro va a separar a los amigos y a los enemigos verdaderos. Dos campos. Tropas abnegadas. Un terreno vacío. Las escaramuzas ya no son posibles. ¡Ah! ¡Qué hermosa guerra!...

Sin esperar a que se publicara *Pobres gentes,* Dostoyevski había comenzado otra novela, *El doble.* Las cartas que escribe a su hermano están llenas de alusiones a la nueva «obra maestra».

«Iakov Petrovich Goliadkin (el héroe de *El doble*) va afirmando su personalidad. Un verdadero canalla. No se sabe qué pensar de él. No

Grabado para la novela de Fiodor Dostoyevski El doble. *La obra no obtuvo el éxito que el autor esperaba.* ▶



quiere avanzar bajo el pretexto de que no está preparado... Se niega a terminar su recorrido a través del libro antes del mes de noviembre» (8 de octubre de 1845).

«Goliadkin va por un camino magnífico Será mi obra maestra.» (16 de noviembre de 1845).

«Goliadkin es diez veces superior a *Pobres gentes*. Los nuestros dicen que no se ha escrito nada semejante desde *Las almas muertas*, que es una obra genial, y qué sé yo cuántas cosas más...» (1 de febrero de 1846).

Y, en efecto, algunos capítulos que Dostoyevski leyó a «sus amigos» les produjeron una impresión enorme:

«Bielinski —cuenta Grigorovich— se hallaba sentado frente al autor, y pescaba cuidadosamente al vuelo sus menores palabras; a ratos no podía ocultar su admiración, y repetía que sólo Dostoyevski era capaz de semejante finura psicológica.»

Aún en 1877, Dostoyevski, a la vez que reconocía los puntos débiles del libro, escribía:

«La idea era bastante bella, y nunca he desarrollado un tema tan profundo en el transcurso de mi carrera.»

He aquí la historia:

El funcionario Goliadkin, odioso a fuerza de tanta timidez y de tanto eclipsarse penosamente, se encuentra un buen día con su doble:

«El señor Goliadkin reconoció en seguida a su visitante nocturno. El visitante nocturno era él, él mismo, el señor Goliadkin en persona, otro señor Goliadkin, pero idéntico en todo al auténtico; en una palabra, era lo que se llama un doble en toda la acepción de la palabra.»

El doble es tan arribista, cínico, viscoso, burlón, cobista y malvado como el verdadero señor Goliadkin es modesto, estúpido y honrado. Este personaje maléfico no tarda en acaparar la identidad del señor Goliadkin, en robarle sus relaciones, en hacerle perder la estimación de sus jefes, en suplantarlo, aniquilarlo, en reducirlo al estado de una sombra desconsolada. Los dos Goliadkin no podían existir uno al lado del otro. El más fuerte mató al más débil. El malvado mata al bueno. Y todo vuelve a entrar en orden.

Este largo relato lo tituló Dostoyevski «poema». Más tarde, hablará de esto como de una «confesión». Y, en efecto, era una confesión que no supieron ver sus contemporáneos bajo la anécdota hofmanniana.

Goliadkin es el eterno intruso, el eterno extraño, el indeseable. «Estoy solo y ellos están todos juntos.»

Este desgraciado que penetra en el salón de Andrei Filipovich, donde todo el mundo le es hostil, que siente converger sobre él todas las miradas burlonas de los presentes, que trata de justificarse, de imponerse, se turba, pierde la cabeza, quiere irse y no puede decidirse a ello, ¿no es en realidad el autor en persona en lo más intrincado de los cenáculos literarios?

Y cuando Goliadkin ha llevado a cabo todos los ultrajes, cuando se escapa de la casa iluminada para correr a lo largo de las avenidas, «huyendo de sus enemigos, de su persecución, de la granizada de papi-

rotazos que le está destinada», ¿no es en Dostoyevski en quien pensamos? ¿No es a Dostoyevski a quien evocamos en esta «noche de noviembre, horrible, húmeda, brumosa, lluviosa, nevada, llena de fluxiones, catarros, escalofríos, anginas y diversas fiebres; en una palabra, llena de todos los regalos que hace noviembre a San Petersburgo»?

Sí; estos regresos humildes de Goliadkin son los suyos, este alivio de Goliadkin cuando vuelve a su oscura habitación después del fasto del baile es también el de Fiodor Mijailovich y las angustias de Goliadkin ante la joven beldad Clara Alsufievna son las que él experimentó ante la Seniavana o ante la señora Panaieva.

«El señor Goliadkin estaba lívido y completamente desamparado. Parecía que un repentino cansancio se hubiera apoderado de él. Apenas podía moverse.»

¿Y el otro, el falso Goliadkin, el «usurpador», como lo llama Dostoyevski?

¡Pues bien! También éste es Dostoyevski. El Dostoyevski del éxito, el Dostoyevski mundano, que se atrae los cumplidos, que busca las amistades y lucha contra su propia naturaleza. Se afirma el desdoblamiento de la personalidad. Por un lado, el auténtico Fiodor Mijailovich, humilde, triste, irritable; por otro, el Fiodor Mijailovich mimado por el éxito, que se yergue, se pavonea, ataca a izquierda y derecha. Y el auténtico Fiodor Mijailovich desprecia a su despreciable sosia. Se da cuenta de que este doble puede derrotarlo. Teme dejarse atrapar por los encantos de una gloria fácil. Teme ceder a esta gente que no le perdona que sea lo que es. Teme no ser ya él mismo. Cuando desaparece el verdadero Goliadkin, «los gritos estridentes, inhumanos, de sus enemigos le acompañan». Y su repugnante sosia queda dueño del campo.

La idea del doble persiguió a Dostoyevski durante toda su vida. El castigo del criminal es, en primer lugar, la escisión de su personalidad. Aparece un doble, se materializa. Un doble que es él, y que no es él. Un doble que es su horrible caricatura, el espejo deformante en el que su rostro humano se llena de pústulas, se hincha, se hunde, muestra todos los signos exteriores de una vida interior maldita.

El Raskolnikov de *Crimen y castigo* se reconoce en el infame Svidrigailov: «¡Claro! ¿No le dije que había un punto en común entre nosotros?»

En *El adolescente*, Versilov está sujeto al mismo desdoblamiento que Goliadkin: «¿Ve usted? Me parece exactamente que me desdoblo... Sí, me desdoblo en pensamiento y tengo miedo. Es como si surgiese un sosia a su lado; usted es inteligente, razonable, y el otro invariablemente quiere cometer cualquier absurdo en su lugar, a veces incluso quiere dar una broma...»

El Stavroguin de *Los poseídos* se encuentra en Piotr Stepanovich, el agitador revolucionario: «Me río de mi mono», le dice. Y el otro, un poco después, le contesta: «Soy un bufón, pero no quiero que usted, que es mi mejor mitad, lo sea.»

Y, cuando Stavroguin habla del diablo, no es menos explícito: «No creo en él. Aún no creo en él. Sé que él soy yo mismo bajo diferente

aspecto; sé que me desdoblo, que hablo conmigo mismo». (Este pasaje fue suprimido por Dostoyevski en la edición definitiva).

En su delirio, Iván Karamazov ve al diablo. Y este diablo es él, es la sombra que lleva consigo: «Al injuriarte, me injurias —dice Iván—. Tú eres yo, aunque con otra facha... Pero escoges precisamente mis pensamientos más necios.»

Y también: «Todo lo que había de estupidez en mí, todo lo que he digerido y eliminado como una basura desde hace mucho tiempo, me lo traes como una novedad. ¿Cómo ha podido producir mi alma un bellaco de tu especie?...»

El criado Smerdiakov también es una parodia del joven Iván Karamazov: «En su alma se había instalado el payaso Smerdiakov.»

«En todos los hombres —ha dicho Baudelaire— hay dos postulantes simultáneos; uno se dirige a Dios y el otro a Satanás.»

Esta idea, que expresó plenamente en sus obras de madurez, la estropeó Dostoyevski en *El doble,* porque no supo vencer la influencia de Gogol. *El doble* no solamente se ha inspirado en *La nariz,* de este escritor, sino que es una imitación suya, un ejercicio escolar en el cual hay frases enteras de Gogol que destacan y nos llaman la atención.

La obra de Gogol es la historia de un funcionario cuya nariz se desprende y empieza a vivir con una vida completamente independiente. La novela de Dostoyevski es la de un funcionario cuya alma se desdobla hasta el punto de que las dos partes adquieren una individualidad total.

El capítulo segundo de *La nariz* comienza con estas frases:

«El funcionario Kovaliev se despertó por la mañana temprano e hizo "brrr" con los labios... Kovaliev se estiró y ordenó que le trajeran un espejito que se hallaba en la mesa. Deseaba contemplar un grano que le había salido, la tarde anterior, en la nariz.»

Y *El doble* comienza así:

«Eran cerca de las ocho de la mañana cuando el consejero titular Iakov Goliadkin se despertó tras un largo sueño, bostezó, se estiró y finalmente abrió los párpados... Saltó de la cama y corrió inmediatamente hacia un espejito redondo que se hallaba en la cómoda. ¡Sería terrible —se dijo el señor Goliadkin— que me hubiera salido un grano en pleno rostro!...»

Y el paralelo puede seguirse a través de toda la novela. Aún más, la obra de Dostoyevski está repleta de expresiones tales como: encontrarse de narices, darse en la nariz, meter su nariz en alguna parte, mostrar la punta de la nariz, etc.

Al corregir su obra con miras a una nueva edición, Dostoyevski trató de confundir las huellas. Por eso, para despistar, tuvo que arrancar de su texto el mayor número posible de «narices». Fue un verdadero destrozo.

Pero no bastó para salvar *El doble.* Sigue siendo una novela «al estilo de...», aunque genial.

A lo largo del relato, uno saluda los personajes, vuelve a hallar los tics y reconoce las bromas de Gogol. Hasta Dostoyevski reconoció su error en cuanto apareció Goliadkin:

«He aquí lo que me enoja y me irrita —le escribe a Mijaíl el 1 de abril de 1846—. Los nuestros, con Bielinski a la cabeza, están descontentos de mí a causa de Goliadkin. Su primera reacción fue una admiración sin reservas, un tumulto, un rumor y una serie de discusiones. Su segunda reacción fue la crítica.

»En efecto, todos, de común acuerdo —es decir, los nuestros y el público—, encuentran que Goliadkin es aburrido y flojo, y que lo he estirado hasta el punto de dejarlo prácticamente ilegible...

»En lo que a mí se refiere, esto me ha desanimado momentáneamente. Poseo un defecto terrible: un orgullo, una vanidad sin límites. Sólo la idea de haber estropeado una obra que podía haber sido grandiosa se me hace intolerable. Goliadkin me asquea. He terminado apresuradamente varios pasajes... Todo esto me hace la vida infernal y he caído enfermo de desesperación.»

En realidad, la crítica fue muy severa:

«Ni siquiera comprendo cómo han podido permitir que aparezca esta novela —escribe Aksakov—. Rusia entera conoce a Gogol —casi de memoria— y he aquí que el señor Dostoyevski se apropia y repite íntegramente las frases de Gogol. Después de robar algunos jirones del admirable vestido del artista, Dostoyevski se hace con ellos un atavío y se presenta audazmente al público.»

Y hasta Bielinski disminuye sus elogios, duda y se esquiva:

«Es probable que el autor de *El doble* no haya adquirido aún el tacto, la medida y la armonía indispensables; por eso muchos lectores le reprochan, con razón, cierta lentitud...»

Dostoyevski siente que pierde la simpatía del público. Quiere recuperarla lo más pronto posible. Para esto debe escribir, de prisa, de prisa. ¿Pero qué?

Es un cuento largo. *El señor Projarchin* presenta el tipo de un avaro exaltado y sórdido. Después de la muerte del viejo, se descubren rollos de monedas de oro en su colchón. Es una escena atroz: la gente se tira a coger el oro y tropieza con el cadáver. «De pronto, y de un modo totalmente inesperado, cayó de la cama, con la cabeza para abajo, dejando ver sólo dos pies delgados y azules, erguidos como los troncos de un árbol calcinado.»

En este inocente e inútil cuento, la censura poda enérgicamente:

«Una parte de *Projarchin* ha sido terriblemente desfigurada. Estos señores han prohibido la palabra "funcionario", y Dios sabe por qué... Todo lo que era vivo se ha desvanecido. Sólo ha quedado el esqueleto de lo que hice», escribe Fiodor Mijailovich a su hermano.

Bielinski acoge muy mal la nueva obra de su protegido:

«Brillan en ella algunas chispas de talento, pero entre tales tinieblas que esas luces no permiten distinguir nada. No ha sido la inspiración, ni una labor seria, lo que ha producido este relato, sino algo distinto, cómo decirlo... quizá cierta afectación, cierta pretensión...»

La *Novela en nueve cartas*, redactada por Dostoyevski en una noche para *El Contemporáneo*, es una especie de esgrima epistolar sostenida entre dos canallas, y tampoco encuentra el favor del crítico.

«Con gran sorpresa mía —escribe Bielinski a Turgueniev—, me ha molestado la correspondencia entre estos dos bellacos. Apenas he podido terminar de leerla. Y todo el mundo es de mi opinión.»

Dostoyevski está enloquecido con tantos fracasos consecutivos. Se busca. Se pierde en artículos sin trascendencia. Acepta la colaboración de la revista humorística *Zuboscal*, cuyo anuncio anónimo ha redactado él mismo. «Este anuncio ha tenido resonancia. Esto me recordó el primer folletín de Lucien de Rubempré», escribe Dostoyevski.

El editor Kraievski le anticipa dinero y le mete prisa para la entrega de sus obras.

«Pago todas mis deudas por medio de Kraievski, y mi único deseo es trabajar para él sin descanso este invierno, con el fin de no deber ya a nadie un solo *copeck* cuando llegue el verano...»

Se pone a trabajar en dos novelas cortas: *Las patillas afeitadas* y *Las cancillerías suprimidas*.

«A ambas las anima una tragedia vibrante, y, te lo digo de antemano, están extraordinariamente condensadas», escribe a su hermano el 1 de abril de 1846.

Pero en octubre de 1846 le comunica que ninguno de los dos relatos se publicará:

«Lo he abandonado todo, porque no era sino la repetición de lo que ya dije. Ahora, nuevos pensamientos, más originales, vivos y claros, exigen de mí que los exprese sobre el papel. Escribo otra novela corta y el trabajo va lo mejor posible.»

Y, en otra carta, fechada en 1847:

«Pronto leerás *Nietochkа Niezvanova*. Se trata de una confesión, lo mismo que Goliadkin, aunque en otro tono, de otra forma... Estoy escribiendo *La patrona*. Va resultando superior a *Pobres gentes*. Por otra parte, es del mismo género. La inspiración que brota de mi alma hace correr la pluma sobre el papel.»

Nietochka Niezvanova no se publicará hasta 1849.

La protagonista es una niña educada por un padrastro borracho que se considera poseído por el genio de la música y una madre enferma, en un mundo «cuyo horizonte está limitado por las paredes grises de una habitación baja».

«Nietochka —escribe Dostoyevski—, en la edad en que los niños derrochan todas sus fuerzas hacia fuera», concentraba en ella «las impresiones del exterior». La niña se alimenta de sueños, se sumerge en la «niebla de una vida desordenada». Admira a su padrastro porque tiene talento y porque es «digno de compasión».

«¡Soy una nulidad!», exclama el músico un día. Y al día siguiente: «Soy un genio». En realidad, presenta una singular mezcla de arrogancia y humildad. «Le gustaba, en cierto modo, sentirse perseguido», explica el autor.

Nietochka odia a su madre, porque se figura que esta criatura quejumbosa impide al artista consagrarse a su arte.

Este odio mezclado de compasión, este amor mezclado de desprecio, los había experimentado Dostoyevski respecto a su padre, durante

su infancia. A la menor ocasión, se liberaba de ello y se lo cargaba a sus personajes. Se confesaba a través de ellos.

La madre de Nietochka muere en circunstancias trágicas, y su padre se vuelve loco. Recoge a la niña un príncipe melómano, que es el retrato del conde Vieligorski.

El príncipe tiene una hija, Katia, pequeña, autoritaria, caprichosa, reservada, a quien «todos los de la casa mimaban y acariciaban como si fuese un tesoro». Después de haber mostrado un desprecio total por la intrusa, después de haberla torturado recordándole que es huérfana y que posee un «vestido malo», Katia se enamora de Nietochka.

Entre las dos niñas se establece un afecto apasionado, un tanto erótico, con charlas en la cama, pellizcos, besos, juramentos y enfados:

«Me daba cuenta de que no podías vivir sin mí. Entonces pensaba: "¡Espera, voy a torturarla!"»

Y también:

«Voy a besarla, me decía, y a pellizcarla hasta que se muera.»

Este carácter femenino ardiente y desgarrado vuelve a describirlo Dostoyevski en *La patrona,* que se publicó mucho antes que *Nietochka Niezvanova.*

Un joven sabio, Ordinov, apartado del mundo por sus meditaciones religiosas, alquila una habitación en casa de un viejo un poco mago, de barba filosófica y mirada ardiente. Este viejo vive con una criatura bellísima, de quien Ordinov se enamora perdidamente.

Pero el joven es exaltado, febril: su pasión por la misteriosa Catalina se ve a través de la temblorosa bruma del delirio. Continuamente tiene la sensación de estar soñando; luego cree despertar en un mundo hostil, pero puede que esté despierto cuando cree soñar, o que sueñe cuando cree estar despierto. Y el lector vacila con él entre el mundo onírico y el mundo real.

Ordinov oye un cuento de hadas, y luego la voz que lo narraba muere en un murmullo, «pero el cuento de hadas continúa en alguna parte...».

De pronto, se abre la puerta, y unos labios cálidos se posan sobre los suyos. Un segundo después, Catalina cae ante los iconos y se acusa de un crimen. Es una demente a quien Murin, el mago, disputa el amor de Ordinov.

¿Dónde está lo real? ¿Dónde lo falso?

Esta novela corta termina con la huida del viejo y de la joven.

El relato se inspiró, indudablemente, en *La terrible venganza,* de Gogol, donde un mago, secretamente enamorado de su hija, Catalina, aplica toda su ciencia de las apariciones, mixturas y maldiciones a apartarla de su marido.

Todo es igual, incluso la tempestad sobre el Dniéper, en la obra de Gogol, se convierte en tempestad sobre el Volga en un relato de Catalina a Ordinov.

Y sin embargo, no se trata de una simple imitación literaria.

Ordinov, el pensador, cuyos estudios «le convierten en un niño frente a la vida corriente» y «que aguanta las maldades y las groserías de

sus compañeros, ninguno de los cuales le perdona su carácter extraño y solitario», es Dostoyevski. La pasión del joven protagonista por Catalina es la de Fiodor Mijailovich por la señora Panaieva, separada de él por la barrera de las conveniencias.

«Tengo veintisiete años, y nunca he visto a nadie... Créamelo, ninguna mujer, nunca, nunca he tratado a ninguna. Y pienso, todos los días, que llegará un momento en que encontraré a alguien», escribió Dostoyevski en *Las noches blancas*.

Este arte de visionario sólo podía despistar a la crítica contemporánea, apasionada por el realismo y las reivindicaciones sociales.

Bielinski está fuera de sí:

«No sé si le he dicho —escribe a Annenkov— que Dostoyevski ha publicado una novela, *La patrona*. ¡Es la peor de las necedades!... Cada una de sus nuevas obras es una nueva caída... Nos hemos equivocado terriblemente con el genio de Dostoyevski... Yo, el primero de los críticos, he sido un tonto rematado... Acabo de leer *Las confesiones* de Rousseau, y a través de ellas siento la mayor repugnancia por ese señor, que tanto se parece a Dostoyevski y cuya convicción es que todo el género humano le envidia y le persigue...»

Y el análisis que Bielinski hace en *El Contemporáneo* es una severa excomunión:

«En toda la novela, no hay ni una palabra, ni una frase sencilla y viva. Todo es rebuscado, tenso, enfático, artificial y falso.»

Esta violenta crítica debió de aterrar a Dostoyevski.

«Este es el tercer año de mi carrera literaria —escribe a Mijaíl— y estoy viviendo como en la niebla. No veo la vida ni tengo tiempo para sobreponerme. Mi arte se pierde por falta de tiempo. Me gustaría detenerme. Me han forjado una celebridad sospechosa: no sé hasta cuándo durará este infierno: ¡la pobreza, el trabajo apresurado! ¿Cuándo conseguiré la paz?...»

En realidad, durante este periodo de producción apresurada y deslucida se vio envenenada la existencia de Dostoyevski por pequeñas preocupaciones, ínfimas traiciones y mezquinas ruindades. Conoció las humillaciones de la pobreza: el alojamiento sin pagar, los anticipos que han de ser reintegrados, el hecho de tenerse que doblegar a las amistades influyentes; en fin, tuvo que pasar por todo el calvario de las pobres gentes.

El carácter excepcional de los grandes infortunios consuela a aquellos sobre quienes recaen. Pero los fastidios diarios roen, pisotean, ablandan y destruyen a un ser, sin que ni siquiera piense en liberarse con un grito. El término medio es ingrato. Y para Dostoyevski más que para cualquier otro.

Pierde, una por una, todas sus amistades literarias.

Bielinski no le perdona las decepciones que le causa. Con cada libro, el viejo crítico se separa un poco más de Fiodor Mijailovich. Pero los motivos de la separación sobrepasan el dominio del arte. *Visarión el arrebatado* odia y ataca también con empeño enfermizo al hombre que hay tras el escritor.

Dos morales se hallan frente a frente. Y, rápidamente, se hacen irreconciliables. El Bielinski «nuevo estilo» coloca la ciencia, el progreso social y la dignidad del individuo en el primer plano de sus preocupaciones intelectuales. «Descansa su alma» viendo construir una línea férrea.

«Desde el principio de nuestras relaciones —escribe Dostoyevski en el *Diario de un escritor*— me quiso de todo corazón y se dedicó, muy ingenuamente, a convertirme a sus ideas... Le he conocido cuando ya era socialista entusiasta y, desde un principio, quiso convertirme al ateísmo... Por ser socialista, se veía obligado a destruir las enseñanzas de Cristo... Sólo permanecía la clara figura de Dios-Hombre, su altura moral, su belleza sobrenatural y generadora de milagros. Pero, Bielinski no se detuvo, en su fogoso arrebato, ante este invencible obstáculo, como lo hizo Renan.»

En 1871, la indignación de Dostoyevski no se había calmado todavía. Escribe a Strajov:

«Este hombre ha injuriado a Cristo delante de mí... Pero, al injuriarle, nunca se preguntó: "¿A quién pondremos en su lugar? ¿Nosotros mismos?" No, nunca pensó en esto. ¡Estaba demasiado satisfecho de sí mismo!... ¿No es una prueba de su estúpida vanidad?»

Y en otro sitio:

«Usted me dice que tuvo talento. En absoluto. Juzgó a los tipos de Gogol muy superficialmente, con descuido; lo único que le gustaba en él era el que hubiese "denunciado algo". Aquí, durante cuatro años, he releído sus críticas. Echó abajo a Pushkin, cuando éste sacrificó su género ficticio y publicó *Bielkin* y *El árabe*. Renegó del final de *Eugenio Onieguin*. Y, además, fue el primero en propagar la leyenda del Pushkin superficial.»

Pasándose de un extremo a otro, Dostoyevski no reconoce el menor valor en quien antes llamaba «noble corazón». Odia todo lo que Bielinski adora: el arte útil, las lucubraciones caseras de grandes programas humanitarios. Ahora adora todo lo que odia Bielinski: la imagen del Dios-Hombre, el arte libre.

No admite que le juzgue un ser que no puede comprenderle. No admite que cierto auditorio se interese aún por las conversaciones de este demente, poseído del deseo de «pisotear todo lo que existió, de rebajarlo con gritos de ira, escupitajos, muecas de desprecio...»

Todos los que gravitan en el orbe del crítico son considerados por Fiodor Mijailovich como enemigos. Y, en primer lugar, Turgueniev, gigante de pulgares cortos, señor blando y refinado, que procura ser ingenioso para mantenerse en forma. ¡Ah! Bielinski le conquistó para su causa. Le ha llenado la cabeza con su occidentalismo, su socialismo y su ateísmo mal digeridos.

«Personalmente, nunca me gustó», escribió Dostoyevski refiriéndose a Turgueniev, olvidando que había dicho al día siguiente de conocer al escritor: «Estuve a punto de enamorarme de él.»

Y Turgueniev afirmó lo siguiente: «Me odiaba ya cuando sólo éramos dos jóvenes autores en el umbral de nuestra carrera literaria, y sin que yo mereciera en absoluto su odio.»

¿No recordaba ya Turgueniev al *Caballero de la Triste Figura,* los piques de salón, el asunto del cuadro y mil otras maniobras destinadas a exasperar a su rival?

La enemistad de Turgueniev y de Dostoyevski empezó en la fecha de la publicación de *El doble.* Un poco más tarde, Fiodor Mijailovich rompe con Nekrasov:

«Te diré —escribe a su hermano— que, sintiéndolo mucho, he tenido que enfadarme de verdad con *El Contemporáneo,* en la persona de Nekrasov. Me reprocha el haber entregado dos cuentos a Kraievski, a quien debo dinero, y no haberle anunciado que he dejado *Anales de la Patria.* Creyendo que no obtendría de mí un cuento en un plazo tan breve, me dijo groserías y cometió la torpeza de exigirme la devolución del dinero anticipado. Le he tomado la palabra y le he prometido reembolsarle el dinero para el 15 de diciembre... Es un asunto desagradable... Ahora propagan el rumor de que estoy enfermo de orgullo... Nekrasov se prepara a criticarme en firme. En cuanto a Bielinski, es un hombre tan débil que, incluso en sus juicios literarios, cambia de opinión como de camisa...»

Mientras tanto, nuevos escritores principian su carrera. Dostoyevski ha dejado de ser el joven prodigio de *Pobres gentes.* Ha producido ya varios libros que asombraron y decepcionaron al público. No es ni un autor novel ni un autor que ha llegado a la cumbre. No despierta en el público ni curiosidad simpática ni el respeto de una fama establecida. Está en el descansillo de espera, patalea y se enerva oyendo a los que suben detrás de él. Se habla de ellos. Son muchísimos. Se aproximan a él. ¿Perderá la ventaja que tenía sobre ellos? ¡Todo su porvenir malogrado! ¡El despertar después del primer incienso de la gloria! ¡Verdaderamente, esto es una estupidez!...

«Una muchedumbre de autores jóvenes acaba de revelarse —escribe a Mijaíl—. Algunos son rivales míos. Entre éstos, los más notables son Herzen y Goncharov. El primero ha publicado algo; el segundo, nada. Les alaban terriblemente. Pero aún estoy agarrado a la cuerda. Y espero que para siempre...»

¡Para siempre! Escribe esto con el fin de tranquilizar a Mijaíl. Pero, en realidad, teme equivocarse. Duda de sí mismo. ¿No le queda ya nada que decir? ¿Tendrán razón Bielinski y su pandilla al decir que no posee ningún talento? ¿Valdría más quizá que desapareciese?

Mas no. Si aún no ha demostrado de lo que es capaz, es porque trabaja en malas condiciones materiales. La pobreza no es clima adecuado para la inspiración. Se encuentra falto de dinero. Y eso le mata. De una carta a otra, esta idea vuelve con obstinación:

«¡Qué terrible es tener que trabajar para vivir! Mi trabajo no resiste la exigencia del apremio...»

«He gastado exactamente 4.500 rublos desde nuestra separación, y he vendido mi mercancía por anticipado, por valor de 1.000 rublos...»

«En cuanto a mí, siempre lo mismo. Ni un *copeck.* Deudas. Escribo y no veo el final de mi trabajo. Me siento torturado por el aburrimiento, la apatía y la espera febril de algo mejor...»

«El sistema de la deuda continua que preconiza Kraievski es la señal de la esclavitud y de la servidumbre literaria en general...»

«Si no hubiera gente buena en este mundo, estaría perdido... Vivo muy pobremente, y desde que me separé de ti he gastado 250 rublos de plata y 300 rublos para pagar mis deudas... Nekrasov me ha hecho la más sucia de las jugarretas obligándome a devolverle 150 rublos de plata...»

¡El dinero, el dinero, siempre el dinero! No sabe ganarlo, no sabe emplearlo, no sabe conservarlo. Se apresura. Toda la vida se apresurará. No se encuentra en su casa en este mundo. Necesita cambiar de aires.

Empieza por cambiar de casa. Una vez, dos veces, tres veces. Una manía de mudanzas le pasea de un extremo a otro de San Petersburgo.

Busca nuevos amigos. Los Bieketov, los Maikov, el doctor Yanovski. Junto a éstos, se siente seguro. Estos le quieren, no le envidian ni se burlan de él. En el salón literario de los Maikov ve bailar a las parejas jóvenes y también baila él.

Sin embargo, ¿a qué riña, a qué malentendido se refiere la carta del 14 de mayo de 1848, dirigida a la señora Maikova, disculpándose?

«Me doy cuenta de que les dejé ayer en un momento de ira, que les he parecido mal educado... Temo que me juzguen arrebatado (reconozco haberlo sido), brutal y guiado por alguna extraña segunda intención... Compréndame: de constitución débil y nerviosa, aguanto difícilmente las preguntas de doble sentido...»

No, las reuniones amistosas, las pequeñas comidas entre compañeros, que organiza en el Hotel de Francia, y los cumplidos de sus parientes no disipan su desesperación. Cae enfermo de los nervios y de agotamiento. El doctor Yanovski se encarga de cuidarle. Dostoyevski le visita todas las mañanas, y, muy pronto, se establece entre ellos una duradera amistad. Terminan incluso compartiendo una misma casa.

El mal de Dostoyevski es extraño. Al aproximarse la noche le embarga la angustia. Siente «horrores místicos».

«Es el temor más doloroso que se pueda sentir de algo que no podría precisar —escribe Dostoyevski en *Humillados y ofendidos*—, de algo que no concibo, que no existe en el orden normal de los acontecimientos, pero que puede, indudablemente, realizarse en cualquier momento...»

Ciertos hechos, ciertos detalles de la vida corriente toman a sus ojos un sentido favorable o terrible. Se pierde en un bosque de presagios. Cree que está tuberculoso o loco. Lee libros de medicina. La frenología de Gall le apasiona. Exige que el médico estudie cuidadosamente las protuberancias de su cráneo.

Un día del mes de julio de 1847, Yanovski se encuentra en la calle con Fiodor Mijailovich. Dostoyevski, con el rostro lívido y la mirada vidriosa, anda vacilante, sostenido por un escribano del ejército. Acaba de sufrir un violento ataque epiléptico. Yanovski le lleva a su casa en coche y le hace una sangría. La sangre brota, espesa y negra como tinta: «¡Estoy salvado, estoy salvado!», grita Dostoyevski.

Otra vez, el mismo Yanovski se encuentra con un Dostoyevski ridículo, descuidado, destocado, que va del brazo de un militar.

En cuanto ve a su amigo, Dostoyevski exclama, señalando al desconocido: «¡Aquí está!... ¡Este es el que me salvará!...»

Va a visitar a su hermano. Piensa irse a Italia. Desea un choque que le libere de su pasado, de su presente, de sí mismo.

«Me estoy debatiendo como un pez bajo el hielo.»

¿Y si se tirase bajo las ruedas de un coche? ¿Si se arrojara al agua?

¿No sería preferible cualquier cosa a este fastidio en el cual se va hundiendo todos los días? ¿Para qué existe? ¿Qué espera?

«¿Sabe usted lo que significa no tener adónde ir?», dice Marmeladov en *Crimen y castigo*.

Dostoyevski experimenta la horrible sensación de «no tener ya nada que vivir». El camino por donde va es un callejón sin salida. Ve ya ante sí el muro infranqueable. Unos pasos aún y no podrá adelantar más.

Segunda parte

5. El rebelde

Las campañas de 1812-1814 llevaron a los soldados rusos al corazón de Europa. Rápidamente, los oficiales de los cuerpos de ocupación conocieron de cerca la cultura occidental y quedaron «seducidos por su conquista». Los países, cansados de la tiranía militar de Napoleón, se despertaban a una vida social nueva. Las organizaciones secretas se multiplicaron en Francia, en Italia y en Alemania: *Charbonneries, Tugendbund*... El regreso del ejército ruso al hogar se señaló con la creación de sociedades, reconocidas en un principio, y después, clandestinas: *Unión del Norte, Unión del Sur, Unión Eslava,* compuestas por nobles y por altos funcionarios. Se crearon diferentes programas de acción que comprendían la abolición de la servidumbre, la supresión de los castigos corporales y la reacción contra el régimen —ferozmente conservador— de Alejandro I.

Sin embargo, Alejandro I no se mostraba hostil a la liberación de los siervos, pero temía las consecuencias de una liberación repentina.

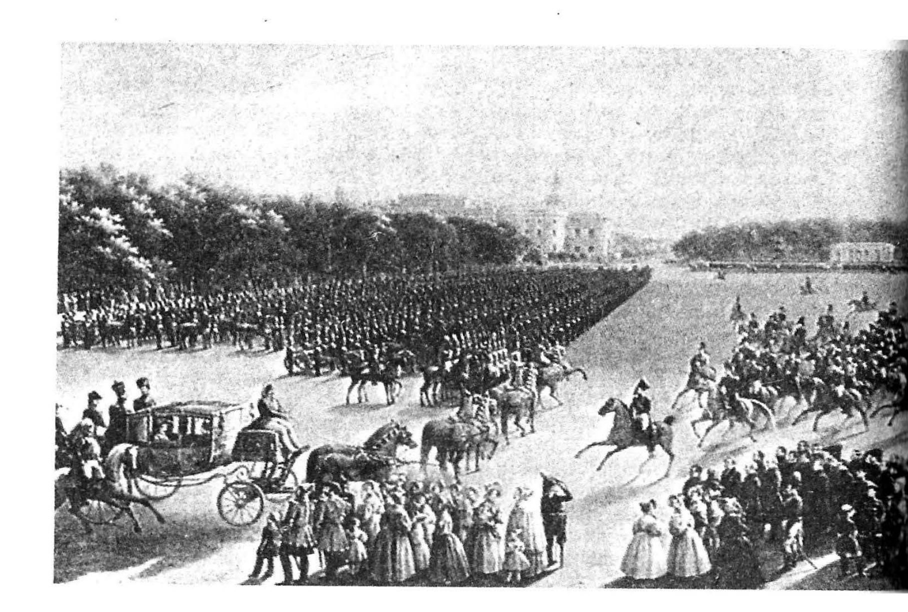
Con el advenimiento de Nicolás I, los grupos de la oposición desencadenaron un movimiento insurreccional que se propagó hasta el ejército y terminó con el luctuoso levantamiento del 14 de diciembre de 1825. La guardia imperial descubrió a los «decembristas»; ahorcaron o enviaron a Siberia a los dirigentes. Pero, aunque la conspiración había fracasado, la agitación social no se había extinguido. El zar comprendía la urgencia de las reformas exigidas por los decembristas. Sin embargo, quería realizarlas él mismo, prohibiendo cualquier intervención de la nobleza revolucionaria en la política del Imperio. De ahí que se pusieran en estudio las cuestiones campesinas y, simultáneamente, se instituyera una vigilancia activa de la policía en torno a los intelectuales, tanto de altos como de bajos vuelos.

Por eso, aunque el nuevo soberano había afirmado su «modernismo occidental» y su interés por la suerte de los *mujiks,* no dejó por ello de representar ante los ojos de la *intelligentsia* la opresión arbitraria, las vejatorias sospechas y el absolutismo retrasado. «No se dejaba respirar a las ideas», dijo el historiador Kikin. Pero nunca se habían tenido tantos deseos de pensar como en aquella época. Se pensaba por los que no pensaban. Se pensaba contra los que impedían pensar. Se pensaba en soledad, en grupos, en la habitación, en los salones, en la calle... Se pensaba, pero se denigraba el pensamiento abstracto.

«Los hombres del cuarenta» despreciaban la metafísica, y su atención se dirigía sobre las exigencias inmediatas del pueblo. «El espíritu de

nuestra época —escribe Bielinski en 1842— es tal, que la mayor fuerza creadora sólo puede asombrar momentáneamente... si se imagina que la tierra no es digna de ella, que su sitio está en las nubes, que los sufrimientos y las esperanzas seculares del pueblo no deben turbar sus visiones poéticas ni sus contemplaciones misteriosas.»

Los occidentalistas y los eslavófilos son igualmente sospechosos al poder. Los occidentalistas estiman que Rusia es un país atrasado, cuya regeneración sólo podría conseguirse con una serie de reformas importantes, siguiendo el ejemplo de las grandes naciones de Europa. En cambio, los eslavófilos opinan que el régimen instaurado por Pedro el Grande es una burda copia de los regímenes europeos y que es preciso volver al espíritu de la época moscovita. Sueñan con una Iglesia independiente del Estado, con una Rusia verdaderamente rusa, estrictamente rusa, encerrada en sus fronteras, sacando sólo de sí misma sus instituciones. El único punto común entre los adversarios es su descontento; lo cual no es despreciable. Los libros circulan clandestinamente. Los estudiantes se atiborran leyendo a George Sand, a Fourier y a Louis Blanc. Cada cual va hacia el pueblo sin saber nada de éste. Cada cual crea con la imaginación falansterios transparentes abarrotados de hombres felices, corteses y simpáticos. Todos se enternecen con la idea de un reparto de bienes entre todas las clases. La economía política se tiñe de poesía. La revolución pierde su olor a carnicería. El progreso científico se alía con los dogmas de la religión ortodoxa. La conspiración llega a ser casi un deber cívico para la juventud universitaria.



Los nobles formaban los grupos «decembristas», mientras que los grupos de los «años cuarenta» se componían de funcionarios, estudiantes, periodistas, escritores y comerciantes. La pequeña burguesía se hallaba en plena fermentación moral. No se trata de una revolución *por* el pueblo, sino *para* el pueblo.

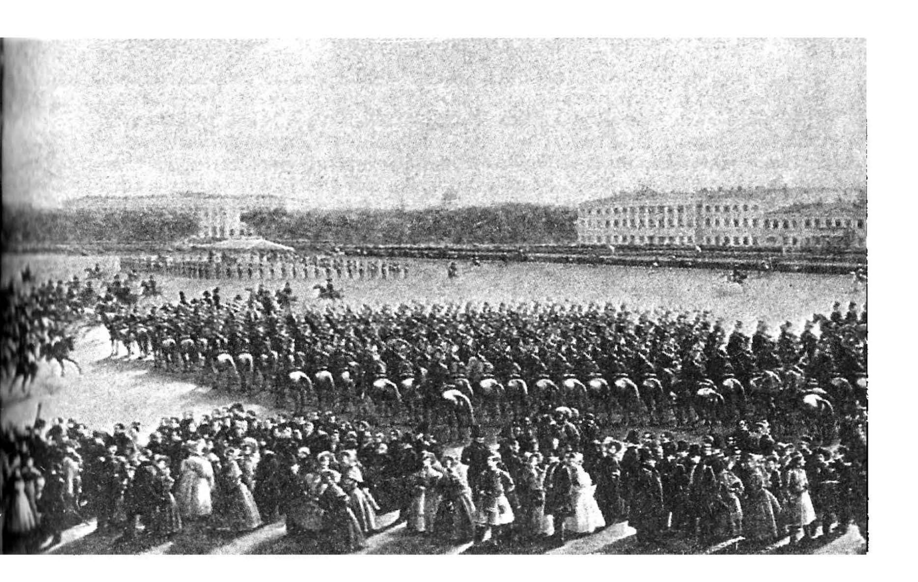
Uno de estos grupos conspiradores lo había fundado un ex-estudiante, funcionario del Ministerio de Asuntos Exteriores, Petrachevski. Aunque pertenecía a la Administración, Petrachevski usaba barba negra de corte etiópico y un sombrero de ala ancha «estilo conspirador».

Dostoyevski lo conoce en el mes de mayo de 1846.

El complot

Es preciso dejar transcurrir un año para ver aparecer a Fiodor Mijailovich en los «viernes» de la asociación, por curiosidad. La casita de tablones, cuyas ventanas están decoradas por un borde de encaje de madera, le encanta. Una escalera, bamboleante y que chirría —como debe ser en tales casos—, conduce al segundo piso. Una lamparilla de aceite de linaza hace danzar unas luces extrañas que mueren, más arriba, en la noche.

El zar Nicolás II en el Campo de Marte, acompañado de su séquito. Museo del castillo de Peterhof.





Charles Fourier (1772-1837). Biblioteca Nacional, París.

Amueblan la modesta habitación un sofá tapizado de cretona, algunas sillas viejas y una mesa. Sólo una vela alumbra este decorado cuidadosamente destartalado. Porque Petrachevski es un muchacho adinerado, pero terriblemente sensible al ambiente. No admite que se pueda hablar del pueblo en un alojamiento burgués. ¿Y puede uno figurarse una conspiración fomentada en pleno día, o a la luz de los candelabros?

En realidad, no se trata de conspiración. Aún no han llegado a eso. Los amigos de Petrachevski van a su casa para discutir las últimas noticias políticas y literarias. Se echan sobre el sofá, en las sillas, se desabrochan los uniformes, toman té y fuman en largas pipas de cazoleta minúscula.

Allí se hallan Saltykov-Schedrin, Kaidanov, los hermanos Maikov, Plesheiev, Miliutin, Durov, Deboux, Spechniev y otros más.

«No formábamos una sociedad organizada —cuenta Akjamurov, en sus *Notas*—. En el transcurso de estas reuniones, no se estudiaba ningún programa concreto, sino que se criticaba el régimen y se lamentaba la situación por la que atravesábamos.»

Otro *petrachevtsy*, Kusmin, afirma que «cualquier injusticia, cualquier abuso del poder, opresión o disposición absurda rebelaba profundamente el alma de cada uno de nosotros».

Y Bogoslov escribió: «La única idea común era una reacción contra los juegos de cartas y las charlas de salón.»

Todo esto era muy inocente. Fiodor Mijailovich pudo darse cuenta de ello desde la primera visita. Los invitados le parecieron jóvenes, entusiastas y simpáticos. La asociación poseía una biblioteca de «obras prohibidas», cuya lectura interesaba a Dostoyevski. Además, experimentaba la necesidad de unirse a un grupo, engañar su soledad, adquirir una convicción —buena o mala— que le permitiese vivir. Volvió de vez en cuando. Disfrutaba con aquellas interminables charlas. Naturalmente, todo iba mal y era preciso renovarlo todo. Pero... ¿cómo?

Los *petracheutsy* no se ponían de acuerdo sobre las modalidades de ejecución del sistema socialista francés. Akjamurov consentía en dejar un zar sobre el trono de Rusia, pero degollando su poder con una Constitución. Spechniev era partidario de la acción directa. Petrachevski chapoteaba en las teorías de Fourier sin vislumbrar nada concreto para el porvenir. En cuanto a Dostoyevski, permanecía escéptico. Reconocía la generosidad de esos espejismos humanitarios, pero no admitía que pudieran aclimatarse en Rusia. Según él, los rusos debían volverse hacia su propia historia y sacar de ella una enseñanza saludable. La comunidad de bienes, la asociación y la garantía mutua existían desde hacía mucho tiempo en el pueblo, y el desarrollo de estas instituciones valía más que las fantasías de Saint-Simon y de su escuela. «Decía —cuenta Miliukov— que la vida en una comuna ícara o en un falansterio le parecía más horrible y más repugnante que los trabajos forzados.»

Han querido hacer de Dostoyevski *un revolucionario*. En realidad, nunca lo fue. «Nunca encontré nada más absurdo —contestó a la comisión investigadora— que el concepto de un gobierno revolucionario de Rusia. Todos los que me conocen, conocen también mis ideas sobre este punto.»

No era un trastorno lo que deseaba, sino una adaptación. No soñaba con una transformación social, sino con una evolución razonable. «El pueblo ruso no marchará por las huellas de los revolucionarios europeos», declara Dostoyevski. Y lee a sus compañeros *El aislamiento*, de Pushkin:

Veré, ¡oh amigo!, al pueblo por fin liberado,
Pues un gesto del zar acabará con la esclavitud...

Sí, la abolición de la servidumbre, el relajamiento de la censura y la supresión de los castigos corporales, todo esto había de llegar del zar. «Para el pueblo —escribió Dostoyevski— el zar encarna al pueblo mismo, sus ideas, su fe y sus esperanzas.»

Entre el monarca y sus súbditos no existen relaciones de amo a esclavo, sino relaciones de padre a hijos. Matar este amor es matar a Rusia. Sin embargo, fomentar este amor, dirigirlo, es trabajar por el bienestar de todos. Es preciso esperar. Es preciso «creer».

Pero pasan los meses y los campesinos no han sido liberados aún; y la vigilancia de la policía se acentúa.

En muchos distritos, los *mujiks* se levantan contra su señor. De doce asesinatos de señores por sus siervos en 1846 se pasa a dieciocho en 1848; y los veintisiete levantamientos de las «masas rurales» en 1846 suben a cuarenta y cinco en 1848. Casi la mitad de los siervos de Vitebsk se rebelan y marchan sobre San Petersburgo. A mitad de camino, los detiene la fuerza armada.

Los ecos de la revolución de 1848 en Francia estremecen la existencia del pequeño círculo. Dostoyevski pierde confianza.

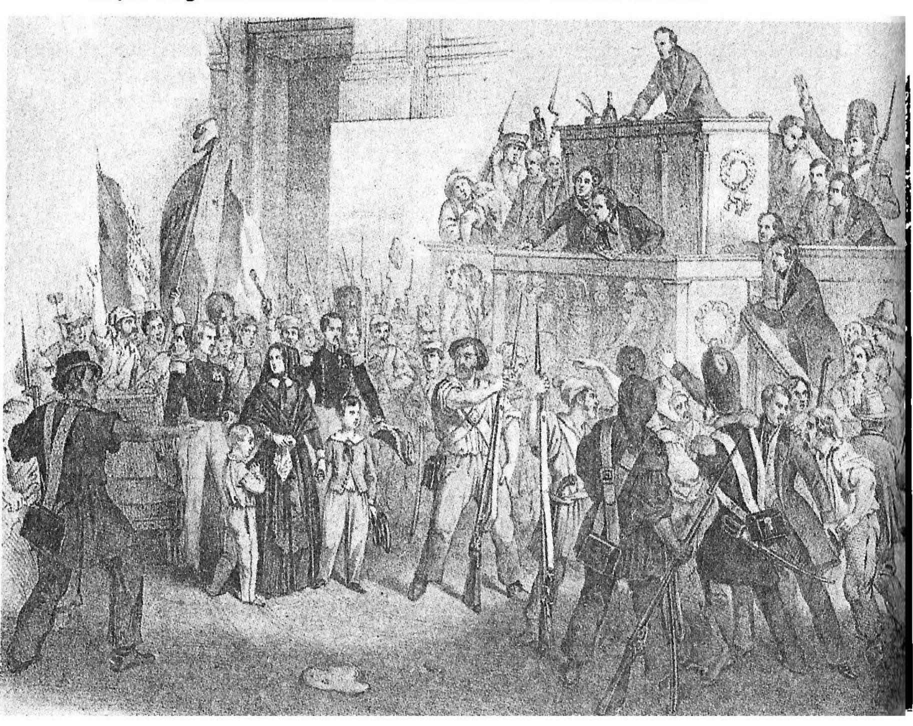
«¿Qué hacer si fuera imposible liberar sin rebelión a los campesinos?», pregunta alguien.

«¡Pues bien! ¡Entonces habría que rebelarse!», exclama Fiodor Mijailovich. Dostoyevski se ha vuelto muy impresionable. Sus fracasos literarios y su agotamiento nervioso le desarman frente a los acontecimientos. Varias veces toma la palabra para condenar la crueldad de los señores o el rigor de la disciplina militar.

«Aún le estoy oyendo contar —escribe Deboux— cómo azotaron a un oficial del regimiento de Finlandia.»

Semionov Tan-Chanski confirma el incidente: «En esos momentos, Dostoyevski era capaz de bajar a la plaza con una bandera roja...»

La cámara de diputados francesa en su sesión del 24 de febrero de 1848, según un grabado conservado en la Biblioteca Nacional de París.



Fiodor Mijailovich acepta redactar «actas de acusación» y leerlas en las reuniones del grupo. Pero esta promesa no se cumple. Todo lo más, Dostoyevski se limita a declamar páginas de Dierjavin, Pushkin y Gogol.

En esto, su hermano Mijaíl, que ha dimitido de su cargo, llega a San Petersburgo. Lo presentan al «conspirador en jefe». La opinión de Mijaíl es idéntica a la de Fiodor Mijailovich.

Este Petrachevski es un charlatán excéntrico, un comediante enredador. Sus propias ideas le sobrepasan. Es preciso actuar, y él se limita a vaticinar. Un detalle curioso: Petrachevski ha tratado de edificar un falansterio en el bosque que forma parte de su finca, pero los *mujiks* —que no han leído a los socialistas franceses— queman el edificio símbolo de su dicha futura.

Por su parte, Durov, el poeta místico, ha formado un grupo, al margen de los *petrachevtsy.* Para este visionario suave y testarudo, el socialismo se junta con el cristianismo. Dostoyevski llegó a decir a la comisión investigadora que Durov era «religioso hasta hacer el ridículo». Sin embargo, Palm, Plesheiev y el mismo Fiodor Mijailovich se unen a él.

La sociedad de San Petersburgo estaba al corriente de estas reuniones nocturnas y no les concedía ninguna importancia. El senador Lebediev, en sus *Notas,* trata a estos jóvenes de «charlatanes» y «niños conspiradores», y sus actuaciones sólo son para él «bromas escolares». En 1845, una obra satírica sobre el fourierismo, titulada *Los dos egoísmos,* presenta a Petrachevski bajo el nombre de Petuchevski, y a Aksakov bajo el nombre de Bikakov. El teórico del nihilismo, Bakunin, le escribe a Herzen que estos grupos son totalmente inofensivos y están completamente desarmados.

Pero, entre toda esta actitud de jóvenes timoratos e inútiles, se va destacando poco a poco la figura enigmática de Spechniev. Tiene un hermoso rostro femenino, delgado, de gruesos labios y grandes ojos rodeados de ojeras. Una espesa cabellera ensortijada le cae sobre los hombros. Es partidario de la acción directa y acepta las consecuencias de ello. Todos los medios son buenos para derribar el poder. No le asustan ni los motines, ni el tiroteo, ni los crímenes políticos. Cuando le detuvieron, encontraron entre sus papeles una fórmula de juramento revolucionario: «Yo, el abajo firmante, acepto las obligaciones siguientes: cuando el comité dirigente decida que es hora de sublevarse, me comprometo, sin reservas, a tomar parte abiertamente en la sublevación y en la lucha, habiéndome provisto previamente de armas de fuego o armas blancas...»

Este ser misterioso —a quien Dostoyevski llamará su «Mefistófeles»— ejerció una influencia verdaderamente maléfica sobre Fiodor Mijailovich. Dostoyevski odia a Spechniev por su ironía glacial y su ateísmo declarado. Y, sin embargo, no puede sustraerse a la extraña influencia de este muchacho. Spechniev tiene aspecto de no estar completamente vivo. Hay en él una decisión infernal y una arrogancia desesperada que desaniman la simpatía. No se le puede querer. Sólo puede uno combatirlo o someterse a él. Y Dostoyevski se somete con tristeza, asco

y temor. En un momento de apuro o de cobardía, le pide prestados quinientos rublos, y el recuerdo de esta deuda le tortura. Dostoyevski se vuelve mohíno, malhumorado y pendenciero. Cuando el doctor Yanovski le dice que se trata de un decaimiento pasajero, le contesta: «No, esta disposición no me abandonará nunca, y continuará atormentándome durante mucho, mucho tiempo: le he pedido dinero a Spechniev... Ahora estoy con él, sí, estoy con él... Nunca podré devolverle esta cantidad, y, por otra parte, él no aceptaría un reembolso en dinero; así es este hombre. ¿Comprende usted ahora que tengo un Mefistófeles a mi lado?»

¡Un Mefistófeles!... Involuntariamente se piensa en esos demonios, en esos dobles que pululan en la obra de Dostoyevski y que son la imagen informe de sus héroes. Indudablemente, Dostoyevski vio en el revolucionario Spechniev el término repugnante de su propio liberalismo. Fiodor Mijailovich deseaba —cuando más— mejorar la suerte del campesino, revisar las leyes de la censura y atraer la atención del zar sobre la gran miseria de su patria; y estas mismas ideas, en un Spechniev, se traducen en una llamada a la rebelión y a la matanza. Lo que está apenas indicado en uno, en el otro llega hasta lo monstruoso, hasta lo absurdo. Y, sin embargo, no hay solución de continuidad entre ellos. Dostoyevski es el comienzo de Spechniev. Dostoyevski guía a Spechniev. Spechniev es Dostoyevski desfigurado. Spechniev es el castigo de Dostoyevski. Dostoyevski «no quiso esto». No hubiera aceptado la revolución rusa. Sus generosas ideas han servido de etiqueta a una parodia sangrienta e inútil. También su obra tuvo su doble, su imitador.

«Todo lo que he digerido y eliminado como una basura hace mucho tiempo, me lo traes como una novedad. ¿Cómo ha podido mi alma producir un bellaco de tu especie?...»

Sería preciso retroceder, romper con este temible compañero. Pero Dostoyevski se encuentra cogido en el engranaje. Experimenta el vértigo de lo irreparable. Se pierde con la consciencia terrible de su responsabilidad. Es él quien le propone a Spechniev fundar una asociación restringida, de cuatro a seis miembros todo lo más. Spechniev acepta. Hablan de montar una imprenta clandestina y propagar libelos incendiarios entre la población. Filipov diseña los planos del aparato. Encargan las diferentes partes de éste a diversos fabricantes de San Petersburgo.

Más tarde, instalaron la máquina en casa de uno de los conspiradores. Por milagro no la descubrieron cuando hicieron la investigación.

Dostoyevski no se limita a preconizar la constitución de una sociedad secreta en torno a Spechniev, sino que trata de reclutar adeptos. En el mes de marzo de 1849, va a visitar al poeta Apolon Maikov, se queda hasta muy tarde en su casa y acepta acostarse en el pequeño sofá que está frente a la cama de su compañero. Apenas han empezado a desnudarse los dos amigos, Dostoyevski aborda la propaganda revolucionaria:

«Petrachevski —dice— es un imbécil, un titiritero, un charlatán, y nunca realizará nada serio, pero algunos familiares suyos, más activos que él, han organizado un asunto del cual Petrachevski no sabe nada; y están muy decididos a no admitirle en él.»



El zar Nicolás I, por Franz Krüger. Galería de Arte Moderno, Dresde.

Se trata de la conspiración «Spechniev, Filipov, Dostoyevski y compañía». Maikov se niega a adherirse al nuevo grupo.

«Le demostré —escribe Maikov a Viskovatov en una carta— la ligereza y el riesgo de esta empresa, y que todos iban a una catástrofe segura. Además —y éste era mi argumento principal— los dos somos poetas, es decir, gente desprovista de sentido práctico, no sabemos desenvolvernos en nuestros propios intereses, y precisamente la actividad política exige un sentido práctico muy desarrollado.

»Vuelvo a ver —prosigue Maikov— a Dostoyevski, sentado como un Sócrates moribundo frente a sus discípulos, con el cuello de su camisón desabrochado, y empleando toda su elocuencia para explicarme la finalidad sagrada de su idea, el deber que teníamos de salvar a nuestra patria y no sé cuántas cosas más...»

Al despedirse de Maikov, al día siguiente por la mañana, Dostoyevski le rogó que guardara el secreto de su entrevista.

Sin embargo, desde el 27 de febrero de 1848, en las oficinas de la III Sección —creadas por Nicolás I para «cuidar de que la tranquilidad y los derechos de los ciudadanos no sean turbados por un poder personal»— no se ignoraba que en casa del «comunista» Petrachevski se reunían todos los viernes «colegiales, librepensadores y estudiantes universitarios».

El general conde Orlov, jefe de la guardia, encarga a Liprandi, funcionario del Ministerio del Interior, que indague e intervenga en este



asunto. Durante casi un año, Liprandi busca al espía ideal, el cual, empleando su propia fórmula, «debe poseer una instrucción igual a la del círculo donde ha de entrar... y, además, se colocará por encima de los prejuicios...». Termina por descubrir esta rara perla en la persona de Antonelli.

Este Antonelli —hijo de un pintor de origen italiano— es rubio, de nariz grande, ojos claros y vivos y modales obsequiosos de vendedor ambulante. Ha estudiado en la Universidad de San Petersburgo. Es funcionario del Estado. Acepta la misión que le confían, con la única condición de que su nombre no figure en los expedientes.

El 11 de marzo de 1849, Antonelli aparece por primera vez en los viernes del grupo. Se siente un poco tímido, un poco molesto, dentro de su chaleco escarlata que llama la atención de todos. Reparte cigarros



Procesión en Kursa, *obra del pintor ruso Ilya Repin (1844-1930). Las nuevas formas de vida de la sociedad industrial no habían penetrado en Rusia.*

de procedencia extranjera. Toma parte en las conversaciones, formula ideas liberales y se esfuerza en provocar alguna diatriba contra el gobierno o contra la Iglesia.

«¿Para qué viene aquí?», pregunta Kusmin a Bogosoglo. Y éste le contesta:

«Bueno, ya sabe usted que Mijaíl Vasilievich (Petrachevski) se halla dispuesto a acoger y a colmar de atenciones al primero que se presente.»

A partir de aquel día, Antonelli se convirtió en huésped asiduo de Petrachevski. Incluso asiste a las reuniones organizadas en casa de otros miembros de la asociación. Al regresar a su casa, anota cuidadosamente todo lo que ha visto y oído durante la reunión de turno y sus informes se transmiten al Ministerio del Interior, donde Liprandi los centraliza y estudia.

Sin embargo, los cargos contra los *petracheutsy* son aún muy leves. Divagaciones abstractas, críticas inconscientes... Antonelli se decepciona: ¿desconfían de él los conspiradores, o realmente no son sino inofensivos colegiales?

Un día, Dostoyevski visita a Durov, y éste le entrega una copia de la famosa carta de Bielinski a Gogol, de la que hemos hablado anteriormente. Plesheiev la envía desde Moscú. Fiodor Mijailovich enseña este documento a Palm, Mombelli e Ivanov, y promete a Petrachevski que lo leerá en uno de sus viernes.

Nos hallamos en el mes de marzo de 1849. El 15 de abril cumple su promesa. Más tarde, Dostoyevski se defenderá de haber aprobado el contenido de esta misiva llena de odio: «El que me ha denunciado —contestó a la comisión investigadora—, ¿puede decir con cuál de los dos corresponsales estaba yo más unido?... Ahora, le ruego que considere las particularidades siguientes: ¿podía yo haber leído el artículo de un hombre con el que había reñido por una cuestión de ideas (esto no es ningún misterio; mucha gente lo sabe), presentándolo como un breviario, como una fórmula que debiera seguir cada cual?... Lo he leído esforzándome en no marcar ninguna preferencia por uno u otro corresponsal...»

¿Cómo explicar la actitud de Dostoyevski, prestando su voz y su talento a la prosa de un «enemigo»? Indudablemente, el documento de Bielinski expresa muchos pensamientos frente a los que Dostoyevski se mostraba hostil: los ataques del viejo crítico contra el misticismo, contra la Iglesia y contra el emperador no podían obtener su asentimiento. Pero, en cambio, la carta contenía una vehemente protesta contra la servidumbre y una exaltación del papel que desempeña el escritor, lo cual coincidía con las opiniones de Dostoyevski y justificaba que hubiese dado publicidad a la carta.

Antonelli escuchaba cómo caían las frases que condenaban a Dostoyevski y a sus auditores:

«La Iglesia se presenta como una jerarquía, es decir, como una personificación de la desigualdad, como una cortesana del poder, como una enemiga, como una destructora de la fraternidad entre los hombres... En la mayoría de los casos, nuestro clero sólo se distingue por sus barrigas salientes, por su pedantería escolástica y por su bárbara descortesía...

»No hablaré del panegírico que le reserváis al amor del pueblo ruso por sus soberanos. Os diré esto sencillamente: este panegírico no ha hallado la menor aprobación en nadie...»

Alrededor de Dostoyevski, los jóvenes juran, se ríen, aplauden... Basta con esto. Mentalmente, termina Antonelli su informe.

Las reuniones siguientes no son menos provechosas para el agente del Ministerio. Por ejemplo, en una cena en casa de Spechniev, Dostoyevski asiste a la lectura del *Relato de un soldado,* de Grigoriev, «novela subversiva dirigida contra el ejército y contra el gobierno».

Algunos días antes, habían organizado una comida en honor de Charles Fourier, en casa de uno de los conspiradores, Evrapeus. Dos-

toyevski no pudo tomar parte, pero la reunión resultó muy animada. Petrachevski, muy en forma, había terminado su alocución con estas palabras: «Hemos condenado a muerte a la sociedad actual; ahora se trata de ejecutar el veredicto.» En cuanto al pequeño Akjamurov, había exigido la abolición de la familia, de la propiedad, del Estado, de las leyes, del ejército, de las ciudades y de las iglesias. Después de esto, se había vuelto a sentar, con la satisfacción del deber cumplido.

Antonelli llena su expediente con todos estos datos concretos, y el general conde Orlov transmite el asunto a Nicolás I. Al leer estos documentos, el emperador debió de acordarse de los «decembristas» a quienes tuvo que exterminar el mismo día de su advenimiento. Había ahorcado y deportado a los jefes de la rebelión. Y he aquí que sus descendientes se presentaban de pronto ante él. ¿Nunca terminaría de luchar contra el envenenamiento producido por las ideas occidentales? Por temor a ver renacer los motines de 1825, exagera la importancia del complot y medita un castigo ejemplar: «Lo he leído todo —escribió al margen del informe—; el asunto es grave; pero aunque sólo fueran charlatanerías, no dejaría por ello de ser menos criminal e intolerable. Es preciso detenerlos, como me aconsejas. Hazlo, en nombre de Dios, y que su voluntad se cumpla.»

Orlov toma sus disposiciones y procede en consecuencia.

El 22 de abril, el comandante de la guardia divisionaria, Tchudinov, recibe la orden «de detener a las cuatro de la madrugada a Fiodor Mijailovich Dostoyevski, ingeniero retirado y escritor».

El 22 de abril es viernes. Fiodor Mijailovich ha ido a casa de Petrachevski, donde ha proyectado la fundación de un periódico por acciones. Regresa a su casa a las cuatro de la madrugada, cansado y empapado por una llovizna fría. Se desnuda. Se acuesta. Y pronto se duerme. Pero al cabo de una hora, un ruido de voces y un tintineo de sables turba su sueño. Abre los ojos. La lámpara está encendida. Ante él se hallan el inspector de policía del distrito, un teniente coronel con grandes charreteras y un soldado:

«Levántese... Por orden...»

Dostoyevski se queda estupefacto.

«Permítame...»

«Vístase, estamos esperando...»

El teniente coronel tiene ademanes agradables y voz suave. Dostoyevski se tranquiliza. Sólo puede tratarse de un malentendido. Se lo llevarán, le interrogarán y le soltarán en el acto. ¿Qué crimen ha cometido para temer que le encierren?

Mientras se viste, los intrusos examinan sus libros y sus papeles, los seleccionan cuidadosamente y los atan con una cuerda. Un policía se mete en el hogar y hurga en la ceniza de la estufa con la pipa de Dostoyevski. Un suboficial se sube en una silla para encaramarse sobre la estufa, pero resbala y se cae al suelo. El inspector percibe en la mesa una moneda de cinco *copecks* abollada.

«¿Será falsa?», pregunta Dostoyevski.

«Habrá que verlo», gruñe el inspector.

Y pone los cinco *copecks* junto con las demás pruebas del delito. Todos salen de la habitación revuelta. Un coche espera ante la puerta. La patrona y el portero menean la cabeza viendo a su inquilino que se hunde en el coche junto a estos militares. El coche se pone en marcha en el turbio amanecer. Las calles están desiertas. Hace frío.

La prisión

Al patio de la III Sección llegan coches, se vuelven y se detienen. De ellos bajan los inculpados cogidos en las cuatro esquinas de San Petersburgo. Los identifican y los reparten por las salas. A la entrada de cada habitación hay soldados presentando armas. Los rostros están pálidos, tristes y adormilados. Dostoyevski reconoce a algunos amigos. En primer lugar a su hermano Andrei:

«¿Qué haces aquí?»

Los separan.

Un funcionario ministerial agrupa en torno suyo a los conjurados: en la mano tiene una lista con sus nombres. En el principio de la hoja, Dostoyevski lee estas palabras escritas con lápiz: «Agente del asunto, Antonelli.»

Ese mismo día, Mijaíl va a visitar a Miliukov. Mijaíl está a punto de desfallecer.

—¿Qué le pasa a usted? —pregunta Miliukov.

—¿Cómo? ¿No está usted enterado?

—¿De qué?

—Han detenido a mi hermano Fiodor.

—¿Qué dice usted? ¿Es posible? ¿Cuándo?

—Esta noche... Han registrado su casa... Se lo han llevado... Han sellado la puerta de su piso...

—¿Y los demás?

—Petrachevski y Spechniev están detenidos... No sé si hay alguien más... En cuanto a mí, me detendrán mañana, si no lo hacen hoy...

—¿Por qué cree usted eso?

—Han detenido a mi hermano Andrei... No sabe nada... Nunca estuvo en casa de ellos... Se han equivocado y se lo han llevado en mi lugar...

Deciden dar una vuelta por casa de sus amigos. Todos han sido detenidos en sus domicilios y sus puertas están selladas.

El general conde Orlov le escribe a Nicolás I: «Tengo el honor de informar a Su Majestad que se ha efectuado la detención, y que se han entregado a la III Sección treinta y cuatro personas con todos sus papeles.»

El 23 de abril, a las once de la noche, los detenidos son trasladados a la fortaleza de Pedro y Pablo.

Esta fortaleza había sido edificada por Pedro el Grande, el cual, en 1718, mandó encerrar allí a los miembros de la conspiración del zarevich Alexis. En uno de aquellos bastiones es donde fue encarcelado, in-



Fortaleza de Pedro y Pablo, en San Petersburgo.

terrogado y atormentado hasta la muerte el zarevich Alexis, culpable de no haber aprobado las ideas de su padre. Durante el reinado de Anna Ivanovna, se construyó una prisión especial en la fortaleza, que recibió el nombre de «revellín de Alexis», lo que constituía un extraño homenaje a la memoria del emperador Alexis Mijailovich. Quien primero ocupó el revellín fue la princesa Tarkánova, supuesta hija de la emperatriz Elisabeth Petrovna y pretendiente al trono de Rusia. Los «decembristas» fueron igualmente huéspedes del revellín Alexis. Y veinticinco años más tarde, las sombrías bóvedas de los calabozos acogieron el pequeño rebaño de los *petracheutsy*.

En realidad, los conjurados de 1849 quedaron divididos en dos grupos. Unos fueron colocados en las celdas de la fortaleza. Y los otros, considerados como «los criminales más importantes», fueron encerrados en el revellín. Dostoyevski formaba parte de este último grupo.

El revellín es un edificio triangular, de un piso, y cuyos muros exteriores bañan las aguas grises del Neva. Hay un jardincillo para el paseo de los condenados. Y un largo pasillo, con diecinueve puertas. El eco de los pasos repercute de bóveda en bóveda. Densa oscuridad. Confiscan los vestidos de los *petracheutsy* y les entregan, a cambio, el uniforme de los presos: camisa y pantalón de tela de saco y bata de grueso paño militar. Así vestido, Dostoyevski entra en su celda.

El local es relativamente espacioso: seis metros de largo por tres y medio de ancho. Una cama de campaña, con colchón y almohada rellenos de paja, una mesita, un taburete, una jarra para el agua y una vela de sebo, fijada junto a la ventana. Eso es todo.

Hay un fuerte enrejado en la ventanilla, cuyos cristales están pintados con tiza. Un trapo oculta la mirilla que hay en la puerta, y que se llama «ojo» en la jerga especial de los presos. Esta puerta se abre cinco veces al día: a las siete, para el té; a la diez, para la inspección; a las doce, para el almuerzo (un plato de sopa y un trozo de carne), y por la noche, para la cena; finalmente, al terminar el día, el guardián viene para encender la vela y se retira.

Entonces llega la calma, el enorme silencio de las piedras y del espacio. No se oyen los ruidos de la ciudad. Hasta los pasos de los centinelas parecen venir de otro mundo, de otra época. Se respira un olor húmedo de baldosas enmohecidas. La llama de la vela disminuye, vacila y muere. Y, de pronto, cae la noche, como un muro, como la muerte.

Dostoyevski se sobresalta, se lleva las manos a las sienes. ¡Basta ya! Es preciso dormir. Es preciso dormir a cualquier precio. Sin embargo, su espíritu trabaja con febril lucidez. ¿Es desgraciado? No. En lo más vivo de su pena, experimenta un alivio que no se atrevería a confesar a nadie. Hace ya tiempo que reconocía la necesidad de una catástrofe. Era necesario desviar el curso de esta vida vacía, inútil y estropeada. El arresto y la prisión le salvan de su existencia monótona. La gravedad de su infortunio le aparta del resto de los humanos. Por fin, es «excepcional». Por fin es «irresponsable». Puede descansar, respirar. El destino trabaja por él. Ya no depende de él que sea un gran hombre o una babosa. Se encuentra en manos de Dios.

«¡Qué injusta fue su deportación!», le dirán treinta años más tarde. Y él replicará: «No, fue justa. El pueblo ruso nos hubiera condenado. ¿Y quién le dice que, quizá, el Todopoderoso no haya querido enviarme a presidio para que yo aprenda allí lo que importa más y sin lo cual no se sabría vivir?»

Durante dos meses y medio, les fue prohibido a los prisioneros escribir a sus parientes y recibir el menor correo.

Algunos de los *petrachevtsy* soportaron muy mal el encarcelamiento preventivo.

Grigoriev tuvo una neurastenia típica.

Kateniev se volvió loco y tuvieron que trasladarlo al hospital, donde murió poco después.

Yastriembski pensó en el suicidio: «Permanecí en el revellín desde el 23 de abril hasta el 28 de diciembre —escribe en sus *Recuerdos*— y, si hubiera tenido que estarme allí más tiempo, sin duda alguna hubiera perdido la razón.»

Petrachevski, también muy quebrantado, escribió una queja inverosímil dirigida a la comisión: no le dejan dormir dando golpecitos contra la pared, lo que le hace perder la memoria. Unos cuchicheos que le llegan de todos los rincones de su celda matan en él la representación de su personalidad, así como las nociones de tiempo y lugar.

En cuanto a Akcharumov, después de sacar un clavo de su cama, lo afila para matar el tiempo. «Tan pronto me colocaba delante de la ventana, tan pronto me paseaba de arriba a abajo en mi jaula. A menudo, me arrodillaba en el suelo y, ocultando mi rostro entre las manos, hablaba en voz alta y lloraba; luego, de un salto, me ponía en pie y volvía a la ventana.»

Andrei Dostoyevski, que fue detenido por error el mismo día que su hermano, es puesto en libertad el 6 de mayo de 1849; Mijaíl Dostoyevski, encarcelado en lugar de Andrei, no sale en libertad hasta el 24 de junio. «No sólo no ha cometido ningún crimen contra el gobierno, sino que se esforzó por prevenirlos», dice el informe.

En el mes de junio se produjo un gran cambio en la vida de los presos: les autorizaron a leer libros, escribir y recibir cartas.

«Querido hermano, he sido indeciblemente feliz leyendo tu carta —escribe Fiodor Mijailovich el 18 de julio de 1849—. La he recibido el 11 de julio. Por fin, estás en libertad. Me figuro lo dichoso que te habrás sentido volviendo a ver a tu familia... Me dices que no pierda el ánimo. No lo pierdo. Naturalmente, me aburro y estoy asqueado, pero ¿qué hacer?... En general, el tiempo pasa de un modo desigual; a veces, demasiado de prisa; otras, demasiado lentamente. A veces, hasta siento que estoy como acostumbrado a esta vida, y que todo me es indiferente... Actualmente, los días son hermosos y esto me infunde un poco de alegría. Pero, bajo un cielo lluvioso, el calabozo tiene un aspecto lúgubre. No pierdo el tiempo: he planeado tres cuentos y dos novelas... En la naturaleza humana hay una sorprendente vitalidad. Verdaderamente, nunca hubiera creído que fuese tanta; sin embargo ahora lo sé por experiencia.»

Asombra esta milagrosa serenidad cuando se piensa que Dostoyevski ignoraba su suerte y no podía comunicarse con ninguno de sus compañeros. La soledad le agrada. Se encuentra mejor que nunca. Se oye vivir. Los recuerdos de su infancia y la esperanza de una próxima liberación le consuelan de la cama pequeña y dura, de la desagradable vela de sebo y de los pasos del centinela en los sonoros pasillos de la prisión.

Durante su cautiverio compone *El pequeño héroe,* cuento impregnado de poesía sentimental y tímidamente voluptuoso. En espera del veredicto, el inculpado narra el despertar del instinto sensual en un niño. El relato no se publicó hasta 1857.

Sin embargo, pasan las semanas y la carta que Dostoyevski escribe a su hermano el 27 de agosto es menos animosa que la primera.

«De mí no puedo decirte nada seguro. Siempre la misma ignorancia en lo que concierne a nuestro asunto. Mi vida es tan monótona como antes; pero de nuevo me han permitido pasearme por el jardín, en el que hay diecisiete árboles. Es una dicha para mí. Otra dicha: me han permitido tener una vela por la noche... ¿Quieres enviarme algunas obras de historia? Sería magnífico. Pero aún mejor sería una Biblia *(los dos Testamentos).* No puedo decirte nada bueno acerca de mi salud. Hace casi un mes que vivo de aceite de ricino... Las hemorroides me hacen sufrir cada vez más, y en el pecho siento un dolor que no sentía antes. Sobre todo por la noche, mi impresionabilidad aumenta. Tengo interminables pesadillas, desde hace poco; me parece que vacila el suelo bajo mis pies como si estuviera en el camarote de un barco...»

Y el 14 de septiembre de 1849: «Estoy bastante mal: el estómago me tortura y las hemorroides también. ¿Cuándo terminará todo esto? Ahora llegan los días más penosos de otoño y, con ellos, se acrecienta mi hipocondría. Las nubes cubren el horizonte; sin embargo, el pedacito de cielo azul que percibía desde mi celda me garantizaba la salud y el buen humor.»

En realidad, se le ha agotado la resistencia. La soledad total en que vegeta le destruye lentamente. Para distraerse, se comunica con Filipov, su vecino de celda, dando golpecitos en la pared. Está cansado de pensar y de no ver nada. Tiene la impresión de hallarse bajo una campana neumática y se va formando el vacío por encima de él, no puede respirar, se ahoga... ¿Es un hombre como los demás? Ya no puede situarse en el tiempo, en el espacio. Ya no sabe si sueña o si está despierto. Cuando era niño, depositaba todas las noches sobre su mesilla de noche un papelito concebido de la siguiente manera: «Puede que hoy caiga en sueño letárgico; no me enterréis antes de tantos días.»

Está aletargado. Realmente, está enterrado. Ya no existe.

Tardan en las investigaciones. Se multiplican los interrogatorios. Interrogan a los inculpados, uno por uno. De vez en cuando, un oficial acompañado de un guardia entra en la celda, hace que el condenado se ponga sus vestidos de calle y se lo lleva a través de los largos pasillos mal alumbrados, hasta la salida. Atraviesan el patio. Entran en la «Casa Blanca», donde se halla la comisión investigadora.

Esta comisión se componía de cinco miembros: el príncipe Gagarin; el jefe de los guardias, Dubelt; el príncipe Dolgoruki; el general Rostovtzev y el general Nobokov, comandante de la fortaleza, que presidía. Acusan a Dostoyevski de haber tomado parte en reuniones donde se criticaron las actuaciones del gobierno y las instituciones de la censura y de la servidumbre, de haber leído la carta de Bielinski a Gogol que «contenía injurias contra la Iglesia ortodoxa y contra el poder supremo», y de haber asistido a la lectura del *Relato de un soldado*, de Grigoriev, novela cuyo «texto es escandaloso».

Los miembros de la comisión tratan de hacer caer en la trampa a Fiodor Mijailovich recurriendo a la suavidad. (Es la lucha de Raskolnikov contra el juez Porfirio.) «El emperador os perdona si nos contáis lo sucedido», dice Rostovtzev. Fiodor Mijailovich se calla. Entonces, el general salta de su silla, y abandona la sala de sesiones gritando: «No puedo ver más a Dostoyevski.»

Continúa la instrucción. Dostoyevski no niega los hechos: «Pero ¿quién no sería culpable, si se inculpara a cada cual por sus más íntimas ideas, por lo que se ha dicho en un reducido y benévolo círculo de camaradas?...»

La lectura del *Relato de un soldado* «tuvo lugar de un modo completamente inesperado... La impresión producida fue nula...».

En cuanto a la misiva de Bielinski, Dostoyevski reconoce haber obrado «a la ligera», dándole una publicidad que no merecía. Afirma que su «liberalismo se traduce solamente por el deseo de ser útil a la patria».

«Nunca fui socialista —dice también—, aunque me haya gustado leer obras referentes a los problemas sociales.»

No sacan de él la menor acusación contra sus compañeros de infortunio. Al contrario, se compromete a sí mismo, en su afán de apresurar la liberación de su hermano Mijaíl: «Les digo esto porque mi hermano conoció a Petrachevski por mediación mía, y yo soy el único responsable de esta amistad, así como de la desgracia de mi hermano y de su familia... Esta detención es un tremendo castigo para él, porque es menos culpable que ninguno.»

A los miembros de la comisión investigadora se les hace muy difícil definir jurídicamente un crimen que no ha sido consumado. ¿Basta la intención revolucionaria para condenar la actividad del pequeño grupo? ¿Existió realmente intención revolucionaria en estos liberales charlatanes y enredadores? ¿Dónde termina la evolución y dónde empieza la revolución?

La instrucción del proceso dura seis meses; 232 personas —acusados y testigos— son interrogadas oralmente o por escrito. A pesar de las reiteradas afirmaciones de Liprandi, la comisión termina por reconocer la inocencia de los inculpados:

«Ni la estrecha y perspicaz vigilancia que ejerció Liprandi sobre las actuaciones de Petrachevski, ni los numerosos interrogatorios de las personas detenidas... han permitido descubrir la existencia de una sociedad de propaganda organizada», se constata finalmente en la decisión del 31 de agosto.

De todos modos, el ministro del Interior exige un nuevo examen del asunto y, esta vez, la comisión investigadora admite la necesidad de castigar a los miembros del complot: «La comisión estima que los hechos descubiertos merecen por sí mismos la atención del gobierno...»

El 30 de septiembre de 1849, el «caso Petrachevski» es sometido al tribunal militar. Una comisión especial, compuesta de seis miembros civiles y de seis generales, estudia la responsabilidad de los veintiocho jóvenes culpables de crimen contra la seguridad del Estado.

El 16 de noviembre, la comisión bipartita condena a siete de los presos a la deportación y a otros quince a ser pasados por las armas. Los seis restantes son puestos en libertad.

Pero la instrucción no queda ahí. Contrariamente a todas las reglas del procedimiento judicial, el emperador transmite el asunto a la Auditoría General, que juzga según los estatutos de la ley marcial. Después de esto, le sugiere al emperador que conmute el castigo por trabajos forzados. La sentencia final está redactada así:

«Dostoyevski... Por haber alimentado proyectos criminales, por haber divulgado la carta del literato Bielinski, etc., es condenado a ocho años de trabajos forzados en Siberia.» Nicolás I escribió al margen del documento: «Para cuatro años, y después como soldado de filas.» Pero exige que este acto de clemencia se mantenga secreto.

El patíbulo

El 21 de diciembre de 1849, los presos no saben aún nada del castigo que les ha sido impuesto. Ya no les interrogan. Y no les explican nada. ¿Irán a ponerlos pronto en libertad?

El 22 de diciembre, a eso de las seis de la mañana, los jóvenes se despiertan por un rumor de pasos que se acercan. Ordenes. Ruido de tacones. El tintineo de una vaina de sable dando contra una pierna. Una llave gira dentro de la cerradura. La puerta se abre. Un oficial de guardias y el inspector de la prisión entran en la celda y entregan sus trajes civiles a los condenados. Luego, uno por uno, conducen a los *petrachevtsy* hacia la salida.

Apenas franqueado el umbral, el aire helado azota a Dostoyevski en pleno rostro. Está tiritando. Mira el neblinoso amanecer. En el patio hay una fila de coches de alquiler. Piafan los caballos de los guardias. Se oye un ruido de cascos y de arneses. Uniformes azules corren de derecha a izquierda. Empujan a los condenados hacia los coches. «Uno por coche», exclama una voz. Una guardia se instala en la banqueta, junto a cada preso. Cuando todos están colocados, se oye una breve orden y el convoy se pone en marcha, escoltado por la caballería, con los sables desenvainados. ¿Adónde los conducen? ¿Les van a leer el veredicto del tribunal militar? Pero ¿cómo explicar entonces este interminable trayecto, este rodeo?

«¿Adónde vamos?», pregunta Spechniev al guardia que le acompaña. «Nos está prohibido decirlo», contesta el otro.

Una capa de escarcha empaña los cristales de las portezuelas. Parece que están atravesando el Neva, porque los cascos de los caballos patinan sobre el suelo de madera de uno de los puentes. ¿Y no es la pedregosa calzada de la Liteinaia esto que suena ahora bajo las ruedas del coche? Spechniev quiere limpiar el vaho blanco de los cristales. Pero el guardia le detiene:

«No haga eso; si no, me darán una paliza.»

Después de tres cuartos de hora de camino, las berlinas se detienen por fin y se abren las portezuelas.

La inmensa plaza de armas del regimiento Semenovski. Ha nevado durante la noche. Encima de los cuarteles amarillos, los tejados están completamente blancos, completamente nuevos y humean suavemente. Una muchedumbre densa se ha colocado a ambos lados: comerciantes barbudos con cuellos de piel, mujeres con los pañuelos anudados bajo la barbilla, estudiantes con gorras, funcionarios con escarapelas, tres o cuatro mil personas en total.

En el centro, una tarima de pino rodeada de una empalizada. Las tropas están dispuestas formando un cuadrado ante este patíbulo. Más allá, tres piquetes apostados en la tierra. Los coches se vacían uno por uno. Dostoyevski reconoce a Spechniev, sereno y despreciativo, según costumbre; a Grigoriev, enfermo de pánico, y a Petrachevski. Se lanza hacia ellos, los abraza.

«¡En fila!», grita una voz imperiosa.

Un sacerdote, vestido de negro, llevando la cruz y el Evangelio, se coloca a la cabeza del cortejo, y los condenados le siguen. Van entumecidos. Tropiezan en la nieve blanda.

—¿Qué nos van a hacer? —pregunta uno de ellos en voz baja.

—Nos van a leer el veredicto... Todo el mundo a trabajos forzados...

—¿Para qué están ahí esos postes, entonces?

—Nos van a atar... Quizá, nos fusilarán...

—¡Figuraos!

Los veinte jóvenes desfilan ante las tropas y suben la pequeña escalinata del patíbulo. El oficial de plaza procede al llamamiento de cada uno de los condenados y los reparte siguiendo un orden misterioso, nueve del lado derecho de la plataforma y once del lado izquierdo. Detrás de cada condenado se sitúa un guardia. Al pie de la tarima, el grupo de generales profusamente condecorados se pavonean en la plaza, dándose gran importancia.

Dostoyevski se halla junto a Mombelli. No está muy inquieto. No tiene la sensación de pertenecer al mundo en que se está desarrollando esta espectacular "ceremonia". Se encuentra en otra parte. De pronto, experimenta la necesidad de contarle a su vecino el tema de un cuento que ha pensado en la cárcel.

Pero unos gritos le interrumpen:

—¡Atención!

—¡Quítense los sombreros!

Nadie se mueve. Los condenados no han comprendido que esas palabras se dirigían a ellos. Unas voces se levantan entre el grupo de los generales: «¡Quítense los sombreros! Van a leer la confirmación de la sentencia.»

Los *petrachevtsy* obedecen por fin. Están descubiertos, con este frío que les aprieta las sienes y les hace llorar.

El cielo es de un gris límpido. En la abundante nieve, los pasos de los jóvenes han dejado grandes hoyos. En sus zapatos brillan capas de escarcha. El guardia de servicio les echa su aliento caliente en la nuca.

El auditor aparece en el centro del patíbulo y, con voz monótona, rápidamente, lee el texto de la sentencia. Va enumerando, para cada uno, los crímenes de que es culpable y termina la exposición de los motivos con estas sencillas palabras: «Condenado a pena de muerte.»

Petrachevski, Mombelli, Grigoriev, Akchamurov... Nueve veces ya, el auditor ha pronunciado la sentencia. Añade: «Dostoyevski..., condenado a pena de muerte.»

Fiodor Mijailovich se estremece como si le sacaran de un sueño. «La pena de muerte.» En este momento, el sol atraviesa la niebla e ilumina la cúpula dorada de la iglesia Semenovski, en la que hay unas placas de nieve.

«¡No es posible que nos fusilen!», exclama Dostoyevski.

Pero Mombelli, por toda contestación, le muestra un carro cubierto con un toldo.

La tela marca vagamente la forma de los ataúdes. (En realidad, era un montón de ropas.)

Dostoyevski no comprende aún. Maquinalmente, observa una verruga sobre la mejilla de un guardia, el reflejo de un botón de cobre. Mira —lo recordará toda la vida— cómo dobla el auditor su papel por los dobleces, cómo se lo mete en el bolsillo y se pellizca la oreja con la punta de los dedos, bajando lentamente los escalones del cadalso...

En seguida, un *pope* le sustituye. Con voz emocionada pronuncia un sermón sobre el texto de San Pablo: «La redención del pecado es la muerte.» Explica a estos desdichados que nada termina aquí abajo, y que una eterna bienaventuranza espera a los que saben arrepentirse. Luego, les da a besar el crucifijo; sólo Shaposhnikov, un hombre del pueblo, pide confesarse. Por lo demás —detalle curioso que nadie ha notado al principio—, el sacerdote ha disipado sus últimas esperanzas: ¿Quién se atrevería a asociar la Iglesia con una comedia?

Pero el castigo es desmesurado con relación al delito. «No he merecido esto.» Nadie ha merecido esto. La injusticia engrandece a estos miserables, que tiritan en el centro de la plaza sobre una plataforma de madera. Los eleva al rango de los mártires. Y ellos se dan cuenta. Y sienten con todo su corazón la voluptuosidad del sacrificio inútil. «El asunto por el que nos habían juzgado, los pensamientos y las aspiraciones que nos llegaban al alma, no suscitaban en nosotros ninguna sensación de arrepentimiento; pero nos parecía que nuestro suplicio nos purificaría, en cierto modo, y que, gracias a él, muchos pecados nos serían perdonados», escribió Dostoyevski en el *Diario de un escritor*. Sí, esta causa,

sobre la que habían discutido a tontas y a locas, confrontando sus frívolos ensueños, pavoneándose, denigrando unas cosas y burlándose de otras, he aquí que les parece ahora sagrada, porque van a morir por ella.

El sacerdote ha bajado de la tarima. Dos hombres se acercan a los condenados: los verdugos, hopalandas. Suena el clarín. Los tambores repican en los campos, y este redoblar fúnebre repercute en los muros de los cuarteles. Disminuye y renace, obsesionante, ensordecedor, interminable... Los conjurados se han puesto de rodillas. Por encima de sus cabezas, los verdugos rompen espadas como símbolo de caducidad. Después, los revisten con vestidos blancos de tela de saco, con mangas largas y capuchas.

Atan a los tres primeros, Petrachevski, Mombelli y Grigoriev, a los postes, y los verdugos les bajan las capuchas sobre los ojos. Una orden tajante. Tres pelotones salen de las filas y se alinean delante de los condenados.

Dostoyevski cierra los ojos. Es el sexto en la orden de ejecución. Está en el próximo turno. Dentro de cinco minutos estará atado a estos mismos postes. Una horrorosa angustia le embarga. No se deben perder estos cinco minutos. Hay que emplearlos lo mejor posible, extraer de ellos toda su esencia y toda su secreta alegría antes de caer en la noche. Divide en tres partes el tiempo que le queda para vivir. Dos minutos para decir adiós a sus amigos. Dos minutos para reflexionar. Un minuto para mirar por última vez el mundo.

Pero ¿sobre qué reflexionar, hacia dónde mirar? Tiene veintisiete años; está plenamente convencido de su fuerza y de su talento; y de pronto... la muerte. Existe, está vivo y, dentro de tres minutos, no será nada, o será otra cosa o alguien distinto. Aún mira la cúpula de la catedral. Y no puede apartar los ojos de esta cúpula deslumbrante de oro y sol. Le parece que, de un segundo a otro, estará sólo en presencia de esta tranquila luz. Formarán una sola cosa. El se convertirá en esta claridad, en esta calma. Se sumergirá en lo desconocido. Un miedo convulsivo le sobrecoge: «¿Y si no muriese?... Si me fuera devuelta la vida... ¡Qué eternidad!... ¡Y todo esto sería para mí!... ¡Oh!, entonces se transformaría cada minuto en un siglo, no perdería ni uno solo, llevaría la cuenta de todos mis momentos para no gastar ninguno a la ligera!...» *(El idiota)*.

Mientras tanto, los soldados cargan sus fusiles y apuntan. El silencio hace daño. Un grito: «¡Fuego!», y estos cuerpos van a desplomarse sobre el suelo con una dejadez ridícula. Se los llevarán. Y los sustituirán por otros tres. Pero... ¿por qué no disparan?

Con una sangre fría perfecta, Petrachevski levanta su capucha para ver lo que ocurre. Un ayuda de campo agita su pañuelo. Tocan a retreta. Los verdugos desatan a Petrachevski, Mombelli y Grigoriev y los vuelven a llevar a la tarima.

El auditor se acerca de nuevo y lee, tartamudeando atrozmente, el indulto:

«Habiendo merecido los culpables la pena de muerte, según la ley, son indultados por la clemencia infinita de Su Majestad el emperador...»

Los trabajos forzados, el destierro... La alegría cae como un mazo sobre Dostoyevski. ¡Salvado! ¡Qué importa todo lo demás! Veinte años más tarde, dirá a su mujer: «No recuerdo ningún día tan feliz.» Algunos de sus compañeros, en cambio, se encuentran tan agotados por la emoción y tan asqueados por la comedia, que echan de menos la muerte a la que han escapado. Grigoriev está lívido. Le castañetean los dientes. Se ha vuelto loco.

Se dudó en un principio de que esta odiosa comedia hubiese recibido la aprobación del emperador. La verdad es que él dispuso hasta los menores detalles. Durante dos días hubo una encarnizada correspondencia entre los despachos. ¿Cuántas hopalandas blancas había que preparar? ¿Cuántos postes serían necesarios? ¿Había que cavar fosas? ¿Era preciso atar los ojos a los condenados y taparles la cara? Nicolás I quería dar una saludable lección a los «jóvenes atolondrados». Pero sobrepasó la medida. Mató el arrepentimiento, en lugar de suscitarlo.

El recuerdo de esta ejecución revivirá en los libros de Dostoyevski. «Hay hombres a los que les han leído su sentencia de muerte, a los que han dejado sufrir y después... se les ha dicho: "Váyase usted, le perdonan"», escribe en *El idiota*. En el mismo libro, el príncipe Mishkin cuenta una escena análoga en todos sus detalles a la que se desarrolló en la plaza. Y, en el *Diario de un escritor,* Fiodor Mijailovich pregunta: «¿Sabéis qué es la pena de muerte? Quien no la haya rozado no puede comprenderlo.»

No, no lo olvidará, no lo olvidará nunca. Ya los verdugos les quitan a los condenados sus hopalandas. Les ponen pellizas de piel de borrego, botas de fieltro y gorras forradas de piel. Unos herreros escalan el cadalso y se acercan a Petrachevski. Van a enviarle inmediatamente a Siberia. Alguien arroja sobre la tarima un paquete de cadenas que cae con gran ruido. Los herreros se las colocan a Petrachevski en los tobillos. Y éste, muy tranquilo, les ayuda en su trabajo. Luego, abraza a sus compañeros de infortunio y, sostenido por dos guardias, baja la escalera, arrastrando los pies con un ruido de hierros. Le suben a un coche. Una orden. Restalla el látigo. El carruaje separa a la muchedumbre, que se vuelve a cerrar en seguida tras su paso.

Los condenados están ateridos de frío. «Frótese la nariz», dice uno. «Frótese la mejilla, que la tiene helada», dice otro. Kachkin y Palm caen de rodillas y rezan:

«¡Qué buen monarca!... ¡Viva el emperador!», murmura Palm.

Más tarde, unos coches de alquiler vuelven a llevar a los condenados a la fortaleza de Pedro y Pablo.

En cuanto llegan a la prisión, un médico los reconoce con el fin de saber si sus facultades mentales han sufrido con la emoción. Luego, los condenados vuelven a sus respectivas celdas. En cuanto se encuentra solo, Dostoyevski escribe una carta a su hermano Mijaíl:

«Hermano mío, amigo querido: Todo está decidido. Me han condenado a cuatro años de trabajos forzados (creo que a Oremburgo), y luego, al servicio militar a título de soldado de filas... Acaban de decirme que nos mandan allí hoy o mañana. He pedido verte. Pero me han ase-

gurado que es imposible... Hermano mío, no estoy abatido, no me he desanimado. La vida es vida en todas partes, la vida está en nosotros y no en el mundo que nos rodea. Cerca de mí habrá hombres, y ser un hombre entre los hombres, y serlo para siempre, sea cuales fueren las circunstancias, no desfallecer, no caer, en esto consiste la vida, el verdadero sentido de la vida. Lo he comprendido. Esta idea me ha penetrado en la carne, en la sangre...

»Quizá nos volvamos a ver, hermano mío. Cuídate, procura vivir, en nombre del cielo, hasta nuestro próximo encuentro. Quizá, algún día podamos abrazarnos y recordar juntos nuestra hermosa existencia pasada, nuestra juventud y nuestras esperanzas, que en este momento extirpo de mi corazón sangrante, para enterrarlas... ¿Será posible que yo no vuelva a coger nunca la pluma? Creo que podré hacerlo dentro de cuatro años. Si no me fuese posible escribir, me moriría. Más valen quince años de cárcel y una pluma en la mano...

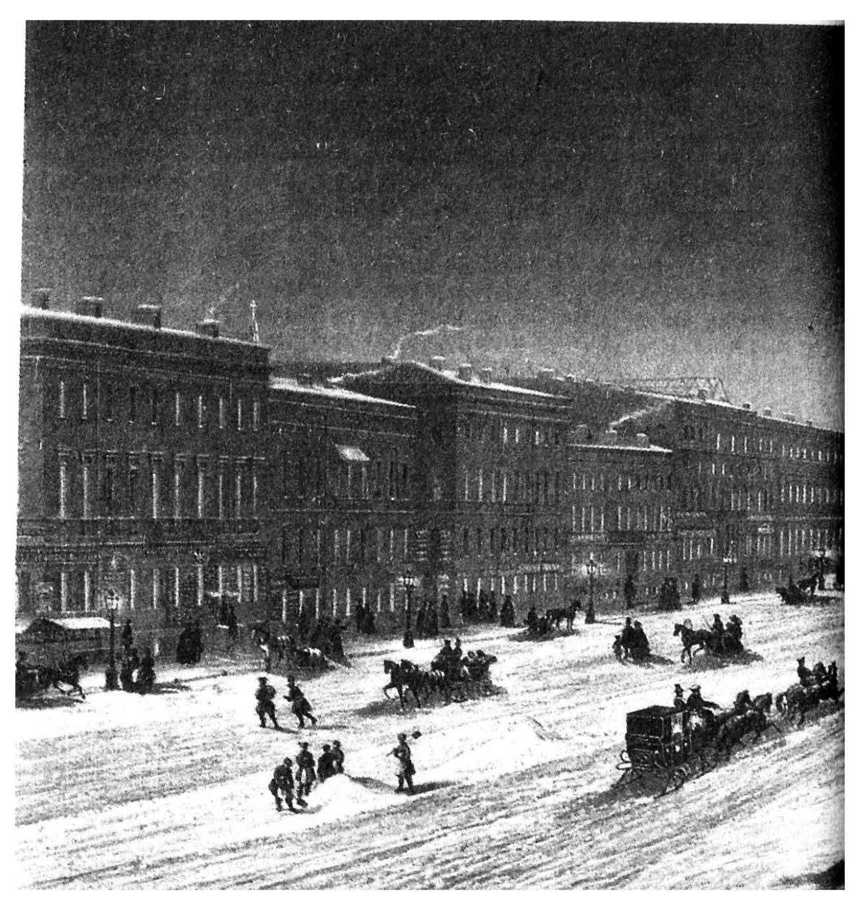
»Si alguien ha guardado mal recuerdo de mí, si me he enfadado con alguien, si he dejado una impresión desfavorable, diles cuando los veas que olviden estos agravios. No hay maldad, no hay odio en mi corazón. ¡Tendría tantos deseos de amar y de abrazar a cualquiera de mis compañeros en este momento! Cuando miro el pasado, cuando pienso en todo el tiempo que he malgastado en errores, en faltas, en futilezas, por ignorancia de la vida, una oleada de sangre invade mi corazón. Me transformaré en algo mejor de lo que soy. Ahí está toda mi esperanza, todo mi consuelo.

»¡Ah!, ¿cuándo te veré, cuándo te veré? Adiós, ¡me separo de todo, de todo lo que fue amable!... Es duro tener que abandonar todo esto. Es duro partirse en dos, romper su corazón en dos. ¡Adiós! ¡Adiós!... Pero te volveré a ver, estoy seguro de ello, lo espero.

»No cambies, quiéreme, consérvame en tu recuerdo; pensar en tu afecto será la mayor alegría de mi vida. ¡Adiós! Una vez más, ¡adiós..., adiós a todos!...»

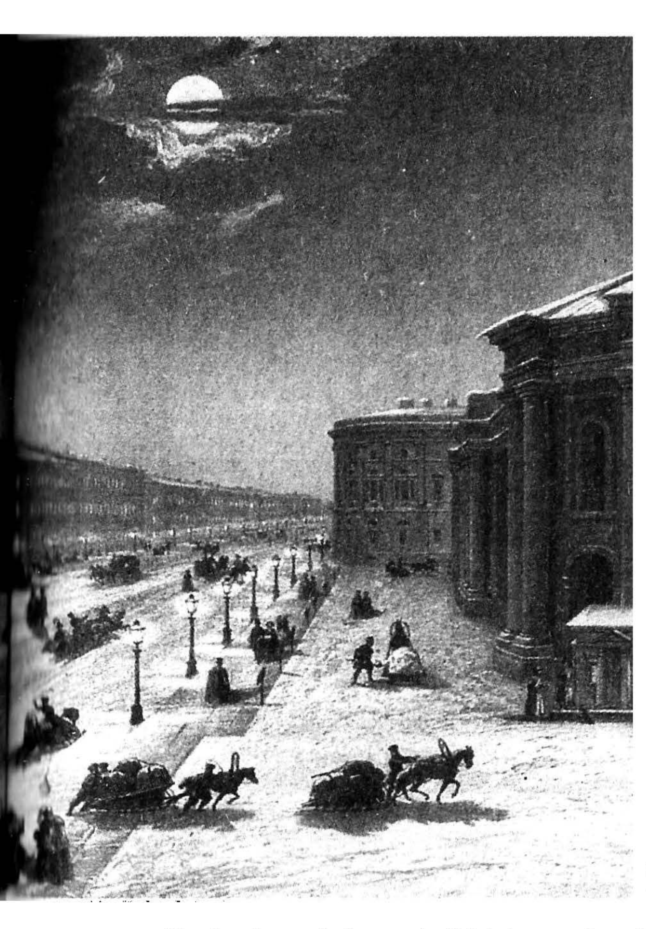
El 24 de diciembre, en la misma Nochebuena, tenían que mandar a Dostoyevski a Siberia. Su hermano Mijaíl y el escritor Miliukov consiguieron del gobernador de la fortaleza el permiso de ver a Fiodor Mijailovich antes de su partida. El encuentro tuvo lugar en una gran habitación vacía, en los bajos de la casa del gobernador. Era casi de noche. Sólo una lámpara alumbraba la estancia.

Mijaíl y su compañero llevaban esperando ya media hora cuando introdujeron a Fiodor Mijailovich y a Durov. Los dos condenados se hallaban tranquilos, aliviados, sonrientes. «Viendo la despedida de los hermanos Dostoyevski —escribe Miliukov— se hubiera dicho que sufría más el que se quedaba en San Petersburgo y no el que iba a partir pronto a Siberia, condenado a trabajos forzados. Las lágrimas turbaban la mirada del hermano mayor, sus labios temblaban nerviosamente, mientras que Fiodor Mijailovich estaba tranquilo y trataba de consolarle. "Cesa, pues, en tus lamentaciones, hermano mío —decía—. Me conoces, no bajo a la tumba, no es mi cortejo fúnebre lo que acompañas, y no son fieras los que encontraré en presidio, sino hombres, quizá me-



jores que yo, quizá superiores a mí... Y cuando salga de presidio, volveré a escribir. He experimentado muchas cosas durante estos últimos meses; veré muchas más, y más aún experimentaré allí. Habrá sobre qué escribir...”»

Este hombre que, algunos meses antes, en plena libertad, se inventaba enfermedades y padecía angustias nocturnas, se ofendía, discutía y enloquecía por cualquier nimiedad, helo aquí aceptando con apacible valor la prueba del cadalso y de la separación. Este desequilibrado físico y moral no teme cuatro años de frío, privaciones e intenso trabajo. Y esto no debe sorprendernos. Dostoyevski es el hombre de los sentimientos desmesurados. Sólo está a gusto en lo excepcional. Sólo respira bien en la tempestad. «En cuanto a mí, me he pasado la vida llevando al extremo lo que vosotros sólo os atrevíais a llevar hasta la mitad», anota Dostoyevski en las *Memorias del subsuelo.* Y añade: «Por eso quizás esté yo más vivo que vosotros.»



Vista de una de las grandes avenidas de San Petersburgo

Al cabo de media hora, el oficial de guardia volvió a llevar a los presos a sus calabozos.

A las doce de la noche en punto, soldaban en torno a los tobillos de Dostoyevski unos grillos que pesaban diez libras. Luego, Fiodor Mijailovich, Durov y Yastriembski fueron conducidos al patio. Los esperaban trineos descubiertos, unas *troikas*. A la cabeza se hallaba el coche cerrado del correo, que debía acompañarlos hasta Tobolsk. La noche era fría y clara. Un vaho gris surgía de las fauces de los caballos.

Los guardias hicieron subir a los condenados en los carruajes y se instalaron junto a ellos. Al dar la orden el correo ministerial, el cortejo se puso en marcha con un chirrido de nieve aplastada.

Mijaíl Dostoyevski y Miliukov se hallaban a la puerta de la prisión.

«¡Adiós!», les gritaron a los viajeros.

«¡Hasta la vista!», les contestaron éstos.

Las *troikas* avanzaban al trote por las calles tranquilas. Las venta-

nas de las casas estaban muy iluminadas. Detrás de los cristales había abetos con luminarias deslumbrantes y juguetes plateados. En la transparencia de las cortinas de tul surgían sombras que bailaban. Era Nochebuena. La fiesta preferida de Dostoyevski. Las gentes eran dichosas, reían, comían, bebían, acariciaban a sus hijos y pensaban en el porvenir.

Nadie sospechaba que en aquel minuto tres hombres apelotonados en *troikas* de alquiler, helados, agotados, perdidos, abandonaban San Petersburgo para ir a las casas penitenciarias de Siberia.

«Me puse a mirar con interés el San Petersburgo que atravesábamos —escribió Dostoyevski a su hermano en 1854—. Pasamos delante de tu casa. La de Kraievski estaba toda iluminada. Entonces es cuando me puse mortalmente triste. Sabía por ti que había allí un árbol de navidad y que Emilia Fiodorovna iba a llevar a los niños; me parecía que les decía adiós. ¡Cuánto los echaba de menos, y cuántas veces aún, varios años más tarde, lo he recordado con lágrimas en los ojos...!»

El viaje fue difícil. Las *troikas* estaban descubiertas. Las pellizas cortas no bastaban para proteger a los condenados contra el frío. Después de algunas paradas en los cambios de postas, el convoy se detuvo al alba, ante una pobre posada de Shliselburgo.

Arrastrando sus cadenas, soplándose en los entumecidos dedos, los jóvenes se instalaron en la sala del *tratkir* para tomar unos vasos de té. «Yo iba alegre —escribe Dostoyevski—. Durov hablaba sin parar. En cuanto a Yastriembski, veía negro el porvenir.»

El correo ministerial, que era «un viejo afable lleno de experiencia», consintió en procurar trineos cubiertos a sus prisioneros. Prometió también que se entretendría lo más posible en cada parada, y que se haría cargo de la mitad de los gastos.

El convoy reanudó la marcha en pleno día. En honor de las fiestas los cocheros se habían puesto chaquetas de paño gris alemán y cinturones de tela escarlata. Los pueblos estaban desiertos. Los tejados se hundían bajo la nieve. Sobre un cielo azul-verdoso, las ramas de los árboles estaban inmóviles, como aprisionadas en agua helada. Las etapas de diez horas agotaban a los caballos y a los viajeros. El frío se iba haciendo intolerable. En la provincia de Perm, llegó a -40 °C.

El paso del Ural fue un desastre. Hubo una tormenta de nieve. Los caballos tropezaban; los trineos se hundían. Hubo que bajar en plena noche, desprender los patines de los coches, calmar a los animales y nivelar el terreno delante de ellos. La nieve, empujada por el viento, mordía el rostro y las manos. La mala luz del fanal se balanceaba, dispuesta a morir a cada momento. «A nuestro alrededor la nieve, la tormenta... —escribe Dostoyevski—; delante de nosotros, Siberia y el misterio de nuestro porvenir; detrás, todo nuestro pasado. Era triste. He llorado.»

El 11 de enero de 1850, después de dieciocho días de trayecto, los deportados llegaron por fin a Tobolsk.

Tobolsk era, en aquella época, la estación donde se seleccionaba a los presos para repartirlos por las casas penitenciarias. Apenas llegados, los tres jóvenes fueron introducidos en los despachos de la Administración penitenciaria.

En estos sombríos locales había un grupo de escribientes que vestían el uniforme de los presidiarios y llevaban marcadas en la frente letras humillantes. Tenían las narices cortadas y las mejillas llenas de cicatrices, y escribían en los registros con caras de colegiales aplicados.

—¿Están encadenados? Preguntó el inspector de la prisión.

—Sí.

—Entonces, cachéenlos.

Les confiscaron el dinero y una botella de ron que habían comprado por el camino. Luego, los llevaron a la sala común.

«Era una habitación estrecha, oscura, fría y sucia.» Tres camas de campaña, cubiertas con sacos rellenos de paja. Un olor a carne podrida, a mugre apilada. Las penumbras rebosaban gente. Gritos, juramentos, risas. Y, cuando disminuía este rumor, se oían las pisadas del centinela detrás de la puerta.

Durov tenía las manos y los pies insensibilizados por el frío. Yastriembski tenía la punta de la nariz helada. Dostoyevski padecía de abscesos escrofulosos en la boca.

Mientras tanto, una actividad febril reinaba entre los ocupantes de la habitación. Los condenados se preparaban para la última etapa. Les ajustaban los hierros. Les afeitaban la cabeza. Les ponían las marcas de ignominia en los antebrazos y en los omoplatos. Estas señales poseían diversos y misteriosos significados: «KAT.: presidiario... SK.: deportado... SB.: presidiario evadido.»

Por cada tentativa de evasión, añadían una nueva estampilla empezando por el codo. Estos trabajos los ejecutaban los mismos presidiarios. Cumplían su misión con un gesto serio, de enfado.

Esto es demasiado. Yastriembski se lamenta en voz alta, habla de suicidio. «Pensaba en lo que hubiera dicho mi hermana —escribe— si me hubiera visto en este lugar.» Es Dostoyevski quien le consuela.

Pronto consiguen permiso para tomar un poco de té y fumar unos cigarros que Fiodor Mijailovich ha sustraído a las investigaciones del inspector penitenciario.

Fiodor Mijailovich y sus compañeros estuvieron seis días en Tobolsk. En esta ciudad vivían algunos «decembristas», liberados de los trabajos forzados, pero que cumplían en Siberia la pena del destierro: Muraviev, Annenkov, Von-Vizin... Sus mujeres se ocupaban de obras piadosas y aliviaban, en lo posible, la miseria de los presos que permanecían durante algunos días en las mazmorras municipales.

Cuando estos revolucionarios de 1825 supieron la llegada a la ciudad de los que habían creído, como ellos, en la «causa de la libertad», y que habían luchado y sucumbido como ellos, bajo los golpes de una justicia somera, se emocionaron y trataron de animarlos. Sus mujeres mandaron que les llevaran víveres y vino. Pidieron al inspector permiso para recibir a los jóvenes en su propia casa.

«Vimos a estas grandes mártires —escribirá Dostoyevski en el *Diario de un escritor*— que habían seguido voluntariamente a sus maridos a Siberia. Completamente inocentes, han soportado durante veinticinco largos años los mismos padecimientos que sus maridos.»

La entrevista duró una hora. En el momento de la separación, las mujeres de los «decembristas» bendijeron a los condenados y les entregaron a cada uno de ellos un Evangelio, única obra cuya lectura fue autorizada en presidio. Dostoyevski nunca se separó de esta reliquia.

Cuando las visitantes se hubieron retirado, Dostoyevski miró el volumen que tenía en las manos. La cubierta estaba hendida en el interior y, ocultos, había diez rublos en billetes.

El 16 de enero, Dostoyevski y Durov salieron de Tobolsk para ir a Omsk. «Tratarlos con indulgencia», especificaba la orden del gobernador de Siberia occidental.

A siete *verstas* de Tobolsk, el trineo se detuvo en el campo raso. Las señoras Von-Vizin y Frantseva habían comprado a los guardias el permiso de despedirse de sus protegidos. Esperaban, pequeñas formas perdidas en la nieve. El encuentro fue breve. Unos apretones de manos, unas palabras alentadoras:

«Hemos escrito a Omsk; se ocuparán de ustedes; procurarán aliviar su infortunio.»

Los guardias están de pie a pocos pasos y se impacientan. Es preciso partir. Las dos mujeres hacen la señal de la cruz sobre la cabeza de los condenados.

«Cristo sea con vosotros.»

Dostoyevski y Durov vuelven a montar en los trineos. El cochero chasquea la lengua, y el convoy sale, con un ligero tintineo de cascabeles, por la larga carretera blanca que conduce a la *Casa de los muertos*.

6. La deportación

El 23 de enero de 1850, después de tres días de trineo en medio de la nieve y el viento, Dostoyevski y Durov llegaban por fin al término de sus viajes.

La fortaleza de Omsk estaba rodeada de un talud en el cual había plantadas 1.500 estacas de encina. A la entrada se hallaban los edificios de la Dirección, del Servicio de Ingenieros y del Cuartel General. En segundo término había unos vetustos cuarteles, construidos con troncos mal cortados. Más allá, la cocina, el hangar y la granja. En medio del patio, un gran espacio libre servía para reunir a los presidiarios.

El comandante de la guarnición del presidio de Omsk era un temible bruto. Se llamaba Krivtzov, pero los condenados le habían apodado «Vaska ocho-ojos», porque nada escapaba a su perspicacia. Era tonto, orgulloso y cruel. La consciencia de su poder sin límites le embriagaba hasta la extravagancia. Y el vino también, pues bebía como un pozo sin fondo.

Cuando entraba en la sala, con la mirada rabiosa y la baba en los labios, los presidiarios más endurecidos se atemorizaban como chiquillos. Solía levantarse de noche para inspeccionar su lamentable ganado. De pie en el centro del dormitorio, este borracho vacilante e hirsuto reprochaba a los condenados que se hubiesen emborrachado.

«A veces —escribe Dostoyevski a su hermano— injuriaba a un condenado porque no dormía sobre el lado derecho, o porque gritaba o deliraba durante el sueño...»

El castigo era ejemplar: los vergajos.

Todos los meses, Krivtzov redactaba un informe sobre la conducta de los encarcelados y lo transmitía a la dirección.

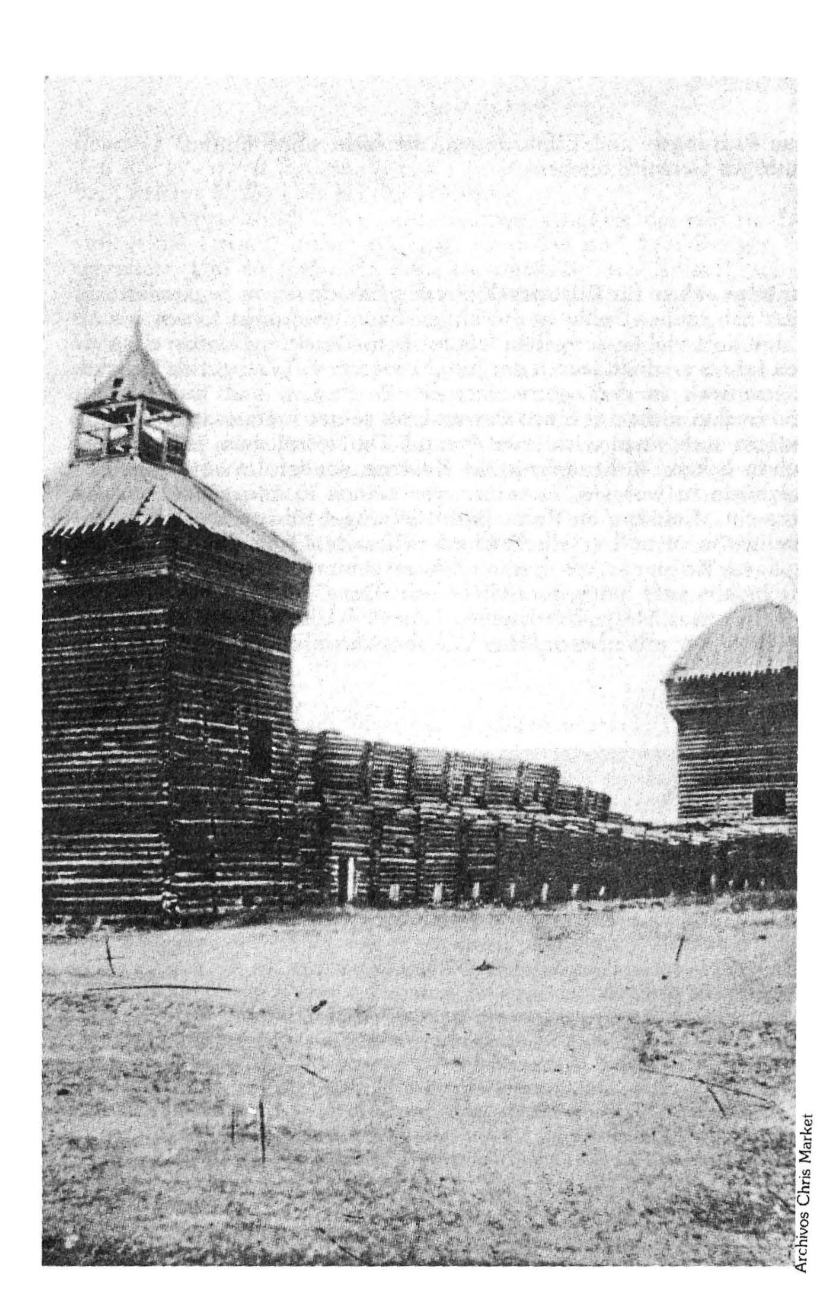
El era quien centralizaba, examinaba y juzgaba las quejas de los presos. Podía ordenar un alivio de la pena o matar a un hombre ordenándole un trabajo por encima de sus fuerzas. Mandó dar cien palos a un polaco de cincuenta años, antiguo profesor de universidad, bajo el único pretexto de que el desdichado le había declarado cuando llegó: «No somos bandidos, sino condenados políticos.»

Dostoyevski y Durov fueron presentados a Krivtzov el mismo día de su llegada al presidio. Vieron ante ellos a un hombre fuerte, hinchado, de nariz basta, ojos lagrimeantes y pesadas mejillas rojas.

—¿Cómo te llamas?

—Durov.

—¿Y tú?



Archivos Chris Market

—Dostoyevski.

—¡Suboficial!... Que los lleven inmediatamente a la casa de corrección y que los afeiten en el cuerpo de guardia, a estilo civil; es decir, media cabeza; los hierros se los cambiarán mañana... Quíteles estas ropas. Déjeles sólo la ropa interior, a condición de que sea blanca. Lo demás se venderá en la subasta. Un presidiario no tiene nada suyo. Y tened cuidado vosotros dos, ¡portaos bien!... Que no me entere de nada; si no... castigo corporal... Al menor delito que sepa, ¡los verrr-ga-jos!...

Por la tarde, el peluquero penitenciario se encargó de ejecutar las órdenes del comandante. Afeitaron a Dostoyevski media cabeza, le cortaron medio bigote y toda la barba. Esta operación, que se realizaba todas las semanas, era un verdadero suplicio, porque la navaja del peluquero estaba menos afilada que un trozo de hoja de lata. La hoja no cortaba, sino que raspaba la piel hasta hacer brotar la sangre y arrancaba de cuajo los pelos. Los hombres se retorcían sobre su taburete, aullaban y amenazaban con rebelarse.

Más adelante, un preso que poseía útiles de barbero aceptó afeitar a Dostoyevski mediante un *copeck* por sesión.

El uniforme de los presidiarios se componía de un pantalón gris, una americana entre gris y negra —con un cuadrado de tela amarilla cosido en la espalda—, una corta pelliza y una gorra de visera.

Imaginémonos por un momento a Dostoyevski, «el escritor del porvenir, el amigo de los Maikov, el enamorado de Avdosia Panaieva, vestido como un payaso, con su azulado cráneo pelado por un lado, lleno de lacios cabellos rubios por el otro, con medio bigote, con los hierros y, en torno suyo, una horda de brutos que ríen y juran.

«Nadie podía asombrar a nadie aquí», dijo Dostoyevski en los *Recuerdos de la casa de los muertos.*

Entre estos muertos vivientes, la diversidad de los crímenes sólo era comparable a la diversidad de las razas: circasianos, judíos, mongoles, ucranianos, polacos, moscovitas, ladrones, falsos monederos, asesinos, parricidas y condenados políticos...

Allí se hallaba Mijaílo, que había matado a su señor a hachazos: el *barin* había mandado raptar a la mujer del desdichado algunas horas después de la comida de bodas. Ese mismo Mijaílo había destripado a un vigilante de etapas, como consecuencia de un «malentendido». Mijaílo era un muchacho muy joven, apacible y dulce como una chica. Allí estaba Aristov, acusado de chantaje, el cual, en presidio, espiaba a sus compañeros y les procuraba *vodka* y cartas. Había también un joven montañés que, por espíritu familiar, había ayudado a sus hermanos a desvalijar a un comerciante armenio. Y estaba asimismo un bandido con galones que había asesinado a un niño de cinco años, después de haberle divertido con juguetes...

Algunos no tenían conciencia de su culpa, y nunca hablaban de ella. Otros, atormentados por el remordimiento, deseaban ardientemente

◀ *Fortaleza de Omsk.*

confiarse a alguien. Pero, entre los presidiarios, se había establecido una regla muy severa: «no se debía contar *aquello*, era inadmisible contarlo». Ponían cierta coquetería en prohibirse cualquier curiosidad. Los recién llegados comprendían pronto que sus aventuras no podían sorprender a nadie. Se estaba asqueado. Se era «duro». El estado de presidiario era considerado como un título honorífico del que cada cual se mostraba orgulloso y que era preciso merecer. La obediencia a las órdenes del personal penitenciario no se juzgaba humillante. Era el rescate de una especie de compromiso que el condenado había firmado con los poderes públicos y que reportaba ventajas a ambas partes.

«El presidio y los trabajos forzados no redimen al criminal —escribe Dostoyevski—; sólo le castigan y garantizan a la sociedad contra los atentados que podría aún cometer.»

Entre esta repugnante fauna de ladrones, delatores y asesinos fue donde pasó Dostoyevski los cuatro años más útiles de su existencia.

Al aproximarse la noche, se cerraba la puerta del dormitorio. Este dormitorio era una amplia construcción de madera, destartalada y fría. El entarimado, podrido, estaba cubierto con una gruesa capa blanda de mugre. Las ventanitas se cubrían de barro en verano y de escarcha y nieve en invierno. El techo chorreaba. Bruscas corrientes de aire corrían entre las separadas tablas de los tabiques.

«Estábamos apretados como arenques en un tonel —escribió Dostoyevski a su hermano—. Aunque pusiéramos diez troncos en la estufa, no se sentía calor (apenas si se derretía la nieve en la habitación) y sí un humo terrible. Los presidiarios se lavaban ellos mismos la ropa en las habitaciones, de manera que por todas partes había charcos; no se sabía por dónde pisar. Desde la caída de la tarde hasta el día siguiente estaba prohibido salir bajo ningún pretexto, y se ponía a la entrada de las salas un barreño para el uso que puedes adivinar; toda la noche, este olor nos asfixiaba. Todos los presos hedían como cerdos. "¿Cómo no hacer porquerías —decían— si somos seres vivos?" Dos tablas de madera nos servían de cama. Para taparnos utilizábamos los cortos abrigos que nos dejaban los pies al descubierto; toda la noche tiritábamos. Las chinches, los piojos y las cucarachas se hubieran podido pesar por arrobas...»

En cuanto se alejaban los pasos de los vigilantes por la noche, los presidiarios organizaban la velada. Bebidas, juegos de cartas, riñas. Algunos presidiarios, llamados los «taberneros», estaban especializados en el comercio del *vodka*. Tenían ayudantes que se lo procuraban «en el exterior», durante los trabajos, y lo traían a la casa en tripas de buey enrolladas alrededor de sus cuerpos. Este aguardiente era rebajado sucesivamente por todos los intermediarios de la operación. Era preciso beber una buena cantidad para emborracharse. Y esto halagaba oscuramente el amor propio de los detenidos.

Los juegos de cartas estaban prohibidos en la casa penitenciaria, pero unos presos se encargaban de vigilar en la antecámara, espiando la llegada del comandante, y respondiendo con sus espaldas de la menor distracción. Las riñas eran frecuentes, ruidosas y épicas. Algunos

condenados tenían fama por su extenso vocabulario de injurias. Alrededor de ellos se formaba un círculo. Se asistía a concursos de elocuencia a base de ordinarieces. Tenían sus campeones y los animaban con un gran estruendo de silbidos y gritos. «Más tarde me enteré —escribe Dostoyevski— de que semejantes escenas, perfectamente inocentes, se proponían sólo la diversión general.»

A veces, estallaban riñas brutales y estúpidas. Luego, los presidiarios, destrozados y embrutecidos, se dormían de costado. Y, mientras moría la luz de las velas, no había en la amplia sala sino un ruido de cadenas movidas y de ronquidos. Entre aquel olor animal, con aquel frío, en medio de aquel rumor de cuadra, trataba Dostoyevski de conciliar el sueño. Su vecino de lecho dejaba colgar su mano e, indudablemente, le registraría los bolsillos en cuanto lo creyese adormilado. A su derecha, alguien gemía en sueños. Otro tosía en el fondo del dormitorio, resoplaba y expectoraba con espantoso hipo. Y otro se levantaba y se acercaba al barreño como un sonámbulo.

Fiodor Mijailovich se sentía atenazado en medio de esta inmensa miseria. Se hallaba sumergido en esta masa de carne torturada y obtusos pensamientos.

Y, bajo su corta pelliza, que apenas le cubría las rodillas, palpaba con la mano el Evangelio que le habían dado las mujeres de los «decembristas».

Al amanecer, el tambor del cuerpo de guardia tocaba a diana. Un oficial abría la puerta del cuartel. El aire puro invadía la estancia y luchaba con el olor de este ganado sucio, levantando un torbellino de vaho lechoso al pie de las camas. Los detenidos se incorporaban sobre sus lechos, transidos y huraños. Algunos se persignaban por costumbre, otros reñían. Y una vela de sebo alumbraba la escena.

Más tarde, con lento tintineo de cadenas, los detenidos se agrupaban alrededor de los cubos de agua. Por turno, se apoderaban del cucharón, se echaban un buche de agua en la boca, se enjuagaban, se la escupían en las manos y con esta misma «agua» se lavaban la cara.

Y Dostoyevski esperaba en la fila, balanceándose sobre las piernas y soplando en sus dedos entumecidos de frío...

La comida era detestable: pan y una sopa de coles, en la que nadaban unos pedazos de carne. Los días de fiesta les daban un plato de papilla cocida y durante la cuaresma la sopa de coles con agua.

«Ni los presidiarios ordinarios podían contentarse con este régimen —escribe Dostoyevski—; pero todos realizan, dentro del cuartel, un pequeño comercio y ganan algunos *copecks*. Yo tomaba té y conseguía algunas veces, por dinero, un trozo de carne. Eso me salvó. Además, hubiera sido imposible no fumar; se hubiera uno asfixiado con esta atmósfera. Pero era preciso esconderse.»

Dostoyevski y Durov fueron acogidos con desconfianza por sus compañeros de presidio. Los recién llegados eran instruidos, nobles y, por consiguiente, enemigos.

Además, su crimen era incomprensible. ¿A quién habían matado? ¿Qué habían robado?

«Nos hubieran comido —escribe Dostoyevski— si los hubieran dejado. Y, figúrate, ¿qué defensa podíamos esperar, puesto que debíamos vivir, beber, alimentarnos y dormir con esta gente durante varios años, y ni siquiera nos daba tiempo de quejarnos por sus ofensas, por lo numerosas que eran?... "Sois señores de horca y cuchillo, nos habéis acribillado a golpes. Antes, como erais señores, hacíais sufrir al pueblo, y ahora sois menos que el último de nosotros"; éste fue el tema de sus reproches durante cuatro años.»

A Fiodor Dostoyevski le hubiera gustado ganarse la simpatía de sus compañeros, y sufría más que ninguno de ellos por su orgullo y maldad.

Sin embargo, con buena voluntad y paciencia, trata de parecérseles, de aceptar sus ideas, sus riñas y sus reivindicaciones. Pero los presidiarios estiman que se excede. Puesto que mendiga su amistad, no debe ser digno de ella.

Un día, los presidiarios, descontentos de la comida, decidieron presentar sus quejas al comandante Krivtzov.

Dostoyevski se unió al grupo.

—¿Qué haces ahí? —gritó una voz—. ¡El también ha salido de su agujero!... ¡Mirad al matador de moscas!... ¡Sin embargo, bien te comes tu propia pitanza en la cocina!...

—Pero también entre vosotros los hay que comen aparte y sin embargo se han amotinado... Nosotros también debemos, por camaradería...

—¡Bah, bah!... ¿Cómo puedes ser camarada nuestro?...

Dostoyevski se vio obligado a retirarse.

«Dos horas después de su llegada a presidio, todo recién llegado se encuentra colocado en el mismo nivel que los demás —escribe Dostoyevski—. Pero es distinto si se trata de un hombre bien educado. Por muy justo, inteligente y bueno que sea, se verá odiado y despreciado durante años enteros...»

En presidio había algunos «intelectuales» de origen polaco, condenados a trabajos forzados por su participación en la revuelta: eran el antiguo profesor Jadovski, a quien los presidiarios llamaban «el santo», porque rezaba con frecuencia; Boguslavski, apodado «el enfermo», y Tokarjevski y Miretzki, que habían sido azotados antes de ser enviados a Siberia. Pero tampoco ellos comprendían ni querían a Dostoyevski.

Exaltados por la idea del nacionalismo, odiaban a Rusia y a los rusos y se vanagloriaban proclamando constantemente este odio. Se negaban a reconocer en Fiodor Mijailovich un socialista, un demócrata o sencillamente un «pionero de la libertad». Le juzgaban débil y desprovisto de amor propio. No admitían que un hombre que había sido condenado por atentar contra la seguridad del Estado a trabajos forzados por deseo del emperador y había de soportar el destierro, el cansancio, el frío, la miseria y la odiosa promiscuidad con los presidiarios, pudiera prohibirse la menor queja contra el poder central y proclamar el poder

La vida en el presidio fue muy dura para Dostoyevski, especialmente en los primeros momentos. ▶



mesiánico de una monarquía y de un pueblo que, injustamente, habían renegado de él. Esta sumisión a las ofensas, esta apacible aceptación de los más grandes sufrimientos humanos, esta humildad, más aún, esta delectación en la humildad les irritaba. Les parecía una actitud absurda.

Y, sin embargo, Dostoyevski era sincero cuando pretendía no sentir rencor contra quienes le habían destrozado la vida. Hay golpes tan fuertes que cualquier réplica parece irrisoria. Hay misteriosas señales a las que no se puede dejar de obedecer, y que os reducen a vuestras miserables dimensiones. Os movéis, escribís, charláis y, de pronto, una mano enorme se abate sobre vosotros, una poderosa voz cubre vuestros gritos y ya no sois nada, y sois felices no siendo nada, no perteneciéndoos, dejando que algún otro actúe por vosotros, pierda o gane por vosotros y os prepare vuestro porvenir de alegría o de pena. ¡Qué necia vanidad es exigir siempre el primer papel! ¡Qué terrible imprudencia tratar siempre de vencer al destino!

Sí, a veces la presencia de Dios es tan evidente, tan terrible y tan dulce que os excluye de vuestra propia vida. Esto puede durar algunas horas, algunos días. Y luego, se siente como una mirada que se desvía, como una traílla que se afloja. Y otra vez se es responsable. Y es preciso actuar y contar sólo consigo.

Entonces comienza la verdadera tragedia del hombre.

Estos bruscos sueños en medio del tráfago de los acontecimientos, seguidos de duros retrocesos de conciencia, los conocerán todos los personajes de Dostoyevski, como los conoció él mismo. Raskolnikov, cuando mata a la vieja usurera, se siente paralizado, obligado, *disculpado,* como si obedeciera a alguien sin poder ofrecer la menor resistencia, «como si lo empujaran a ejecutarlo... Como si un cabo de su abrigo hubiese quedado pillado en el engranaje de una máquina, y le hubiese arrastrado a ello...»

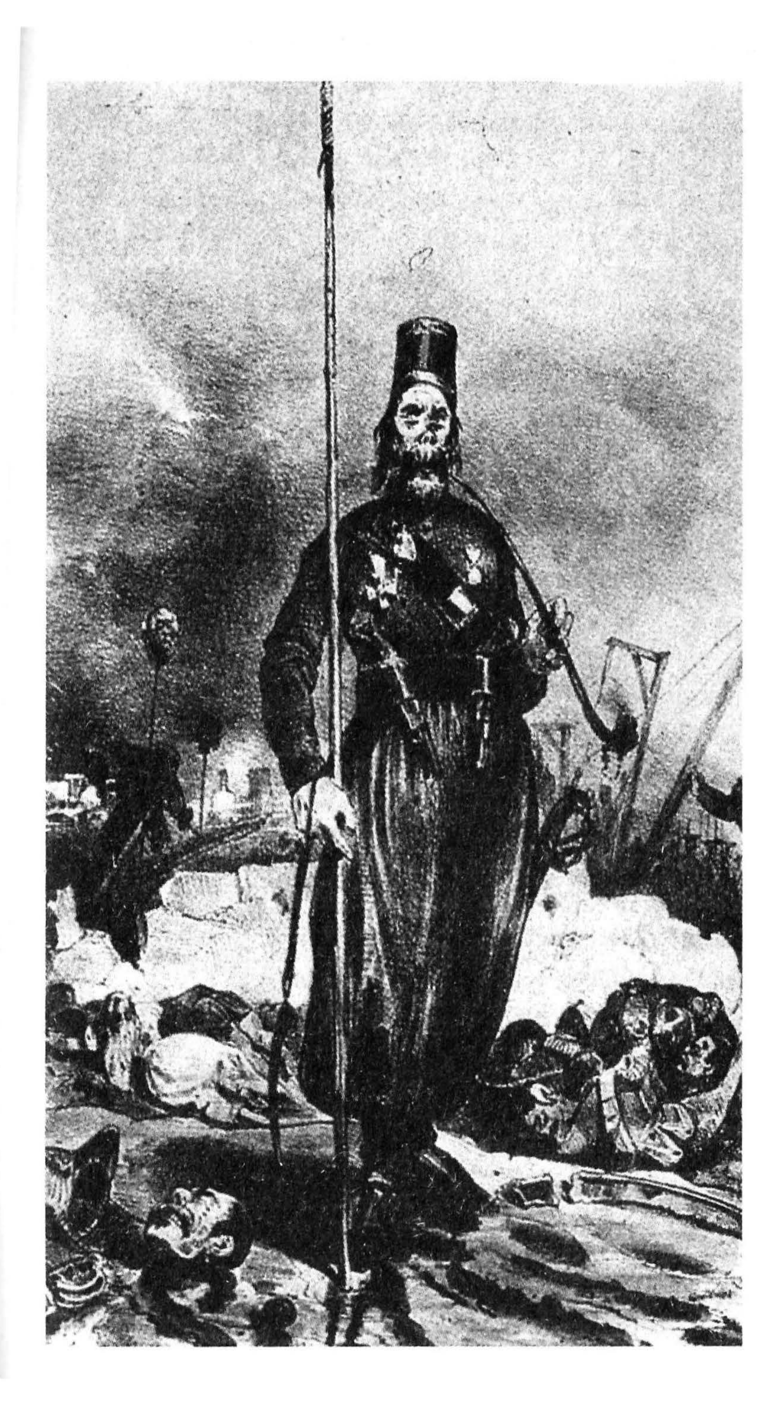
Pero, después del acto, los dientes del engranaje se separan, el individuo vuelve a afianzar los pies sobre la tierra, mueve las piernas y los brazos y, por fin, se siente libre. Libre y condenado. Ya no depende de sí mismo. Y huye sin que nadie le persiga.

Dostoyevski salió triunfante de esta prueba porque desde un principio la había admitido. Logró volver a ser él mismo, porque había renunciado a serlo durante algún tiempo. Y si ganó fue porque había aceptado perder.

Dostoyevski formaba parte de la segunda sección, compuesta de siervos y colocada bajo la autoridad militar. Esta sección se consideraba como más temible que la primera, la de las minas, y que la tercera, la de las carreteras, porque estaba sometida a la organización de los batallones disciplinarios.

«Siempre con las cadenas, siempre bajo escolta, siempre bajo llave...»

«El orden reina en Varsovia» es el título de esta litografía que alude a la opresión rusa sobre Polonia. Muchos presos políticos polacos cumplieron condena en los presidios de Siberia. Biblioteca Nacional, París. ▶



Todos los días los presidiarios iban a los «trabajos forzados». Los utilizaban para acarrear ladrillos, hacer girar la muela de un molino o triturar alabastro.

«El trabajo era duro —escribe Dostoyevski a su hermano—. Me ha ocurrido tener que trabajar, agotado ya, durante el mal tiempo, bajo la lluvia, en el barro, o bien durante el intolerable frío del invierno. Una vez, me quedé durante cuatro horas realizando un trabajo suplementario; el mercurio estaba helado; hacía más de 40 °C bajo cero; se me heló un pie.»

Su trabajo preferido consistía en transportar ladrillos desde la orilla del Irtich hasta el cuartel.

«Este ejercicio me gustaba —decía—. La cuerda que me servía para sujetar los ladrillos me aserraba constantemente los hombros. Pero me resultaba agradable pensar que así aumentaba mi fuerza muscular.»

Los primeros días sólo podía levantar seis ladrillos —con un peso de seis kilos—, después diez y, más tarde, hasta una docena.

Ante los condenados corría el río, poderoso y tranquilo. La estepa se extendía hasta donde alcanzaba la mirada. El aire era fresco. De la orilla opuesta llegaban las canciones de los kirguises. Más allá, se percibía una tienda de campaña de pieles, de la que salía el humo suavemente y una mujer kirguís que se afanaba en torno a sus carneros.

Todo hablaba de libertad, de huida, de vida sencilla y cómoda. Crecían flores en las rendijas de la ribera rocosa. Y el corazón se oprimía al pensar que todo estaba perdido.

También le gustaba a Fiodor Mijailovich barrer la nieve delante de los edificios municipales. La pala se hunde en la blanda capa y desaparece hasta el mango. Se apalanca lentamente y un cubo de polvo blanco se desprende del suelo en el extremo del viejo hierro húmedo. Y, de nuevo, la pala penetra en la deslumbrante masa. Uno puede no pensar en nada. Puede olvidar esta cadena que le liga los tobillos heridos. Y, durante un momento, puede creer que es libre. Pero ya suena la llamada, es preciso formar en filas, agachar la cabeza y regresar al cuartel para el recuento.

A veces, algún ciudadano, sintiendo compasión, se detenía al paso de los presidiarios y le daba dos *copecks* a alguno.

Las autoridades locales —excepto el comandante Krivtzov— eran favorables a Dostoyevski.

A causa de su precaria salud y también, seguramente, gracias a las diligencias de sus amigos de San Petersburgo y de Tobolsk, llamaron un día a Fiodor Mijailovich a trabajar en las oficinas de la Dirección.

Allí pasó tres meses de relajamiento y de felicidad animales. Pero el coronel Martens opinaba que un criminal político no podía ser empleado en las oficinas, y Dostoyevski regresó pronto al rebaño de sus compañeros.

Los suboficiales de servicio en el presidio eran antiguos marineros de la flota del Báltico. Habían sido degradados y enviados a Siberia porque se habían amotinado en la Escuela Naval. Al cabo de un año de destierro, los ascendieron al grado de suboficiales y los destinaron a la vi-

gilancia de los condenados encargados de trabajos menos pesados, que se realizaban en el interior de la casa penitenciaria.

A veces, «los marineritos», como los solían llamar, nombraban ellos mismos a los beneficiarios de esos favores. No dejaron de poner en la lista a Dostoyevski, tan a menudo como les fue posible. Y la Administración cerraba los ojos ante estos inocentes favores.

Un día en que Dostoyevski se había quedado en el cuartel, bajo el pretexto de «tener que realizar trabajos en el cuerpo de guardia», el comandante Krivtzov irrumpió en la habitación. Le vio acostado sobre su cama de tablas, y vociferó:

—¿Qué significa esto? ¿Por qué no está trabajando?

—¡Está enfermo! —dijo el marino de servicio.

—¡Tonterías! ¡Ya sé que lo disculpáis siempre! ¡Al cuerpo de guardia! ¡Azotadlo!...

Cuando iban a ejecutar la orden, el marino consiguió avisar al comandante de la fortaleza. Se presentó el general De Grave y prohibió públicamente al comandante Krivtzov que sometiera a los enfermos a castigos corporales.

Krivtzov, cuadrándose, colorado, hinchado y sofocado de rabia, escuchaba el sermón.

El médico-jefe del hospital penitenciario, Troitzki, tenía bastantes atenciones para el presidiario Dostoyevski. Con frecuencia le acogía en el hospital, tras un simulacro de visita, y le dejaba allí reposando durante algunos días.

Dostoyevski se ponía la bata manchada de pus y de flemas secas, el gorro de algodón basto y las zapatillas torcidas. Por todas partes, sobre las paredes y sobre las sábanas, manchas sospechosas, chinches aplastadas, huellas de vómitos, señales de cataplasmas. Un olor fétido. Por la noche se colocaba un bacín en la habitación, aunque los retretes estaban en el pasillo, a dos pasos de la puerta.

Una lamparilla alumbraba débilmente estos cuerpos torturados que trataban de conciliar el sueño. Los fustigados se quejaban con voces de niño. A veces, el suboficial enviaba a buscar al herrero: había que quitar los grillos a un muerto.

La mujer de Troitzki mandaba té a Fiodor Mijailovich, con frecuencia incluso vino y a veces el periódico francés *Le Nord.*

Estas maniobras fueron descubiertas por un compañero de Troitzki. Se envió una denuncia a San Petersburgo. Mandaron a Omsk a un consejero del tribunal de Tobolsk, pero no pudo recoger ninguna prueba concreta, y el asunto se archivó sin más trámites.

A la pregunta del consejero: «¿Ha escrito usted algo en presidio, o durante su estancia en el hospital?» Dostoyevski contestó: «Ni he escrito ni escribo nada, pero estoy reuniendo materiales que utilizaré más tarde.» «¿Dónde se hallan, pues, esos materiales?» «En mi cabeza.»

En realidad, se encontraban bajo la almohada del médico-ayudante de servicio.

Un día, hallándose un equipo de presidiarios a orillas del Irtich ocupado en deshacer una barca, el condenado Rojnovski dejó caer su ha-

cha al río. El guardián exigió que se arrojase al agua para buscarla. Rojnovski se desnudó refunfuñando, ató sus cadenas y se metió en el agua. Dostoyevski y otro compañero lo sostenían con una cuerda. Pero apareció el comandante, borracho como de costumbre:

«¡Que nadie interrumpa el trabajo! ¡Que se las arregle él mismo! ¡Soltad la cuerda!»

Ni Dostoyevski ni su camarada obedecieron. Krivtzov se puso lívido y toda la grasa de sus mejillas tembló.

«¡Al cuerpo de guardia después de los trabajos!», gritó.

Por la tarde, Dostoyevski regresó al cuartel lívido, huraño y con la boca torcida. Más tarde, en plena noche, los presos se despertaron al oír un chillido animal. Dostoyevski se retorcía en el suelo, sacudido por un ataque epiléptico, y se daba con la cabeza en la pared. Tuvieron que atarle.

¿Le azotaron efectivamente por orden del comandante Krivtzov, o el episodio que hemos referido más arriba es sólo una leyenda? Hay división de opiniones.

Azotar a un noble era un grave acontecimiento en la casa penitenciaria. Cuando azotaron al polaco Jadovski, toda la ciudad de Omsk se enteró de ello y condenó la crueldad absurda del comandante. Pero no se pudo recoger ningún informe concreto entre la población en cuanto al castigo de Fiodor Mijailovich.

«Nunca —escribe el doctor Yanovski— he oído nada semejante, ni de Fiodor Mijailovich ni de su hermano Mijaíl Mijailovich, con quien, sin embargo, abordé más de una vez el tema con toda franqueza...» (Carta a Maikov, del 12 de marzo de 1881.)

Y añade:

«Recientemente me he detenido en Ginebra y he charlado algunas horas con nuestro arcipreste A. K. Pietrov. Conocía personalmente a Dostoyevski y conoce a su viuda. Este hombre me ha dicho que había tenido con él frecuentes y sinceras conversaciones..., pero que nunca hizo Fiodor Mijailovich ante él la menor alusión a esta "cosa terrible e inolvidable."»

El barón Vrangel no es menos categórico:

«Puedo asegurar, y repito las propias palabras de Fiodor Mijailovich, que ni en presidio ni durante su servicio como soldado de filas hubo un jefe, un compañero de presidio ni un soldado que le hubiese puesto la mano encima.»

Y Amada Dostoyevski, su hija, protesta en estos términos en la redacción de *El Nuevo Tiempo:*

«No sé de dónde ha podido nacer esta absurda leyenda literaria acerca del castigo corporal que fuera infligido a mi padre en los trabajos forzados.»

Sea como fuere, es indudable que la prueba del presidio desarrolló en Dostoyevski la propensión a la epilepsia. Si el primer ataque se remonta a la muerte del padre, si el joven escritor petersburgués padeció ataques más o menos frecuentes, en la casa penitenciaria es donde el «mal sagrado» tomó su verdadera amplitud.

«Antes de su regreso de Siberia —escribe Miliukov— yo no sospechaba nada de esto; pero cuando volvió a San Petersburgo, su enfermedad no era ya un misterio para nadie.»

En marzo de 1852, el general comandante de la fortaleza de Omsk solicitó de los poderes públicos autorización para cambiar la categoría penitenciaria de Dostoyevski y Durov y liberarlos de las cadenas.

La solicitud pasó por todas las oficinas administrativas antes de llegar al emperador, que se negó a firmarla.

Y la vida siguió, cansada y monótona, y cada día se parecía al precedente, «como una gota de agua se parece a otra gota de agua».

Antes de las fiestas, llevaban a los presidiarios a los baños. La sala era exigua y estaba muy caldeada y llena de humo blanco. Unos cien presos se hacinaban allí, chapoteando en el barro, subiéndose en las gradas, salpicándose con el agua sucia y golpeándose con escobillas de abedul. Estaban desnudos, deformes y, sobre sus espaldas, ablandadas por el vapor, resaltaban las cicatrices de los azotes, moradas e hinchadas.

«Entre el vaho —escribe Dostoyevski— aparecían espaldas con costurones, cabezas afeitadas, escorzos de manos ganchudas y piernas torcidas... Pensé que, si algún día nos encontrásemos todos juntos en el infierno, éste se parecería mucho al lugar donde nos hallábamos.»

La cuaresma en presidio despertaba en Fiodor Mijailovich recuerdos de una tristeza lacerante. Volvía a verse niño, entrando en la iglesia iluminada, engrandecida por el rumor marino de los coros, y tanto su alma como su cuerpo parecían renovados por esta música solemne y por la solemne invocación de las voces y del incienso.

Antaño, compadecía a los plebeyos agrupados junto a la entrada.

«Me parecía entonces que no se rezaba en la puerta del mismo modo que en nuestros sitios, sino que se rezaba humilde y fervorosamente, con profundas genuflexiones y con la plena conciencia de su propia humillación. Y ahora me había tocado el turno de ocupar este sitio, pero en condiciones aún peores; estábamos encadenados y señalados por la ignominia; los fieles se apartaban de nosotros y parecían temerosos; nos daban limosnas, y recuerdo que eso me resultaba atrozmente agradable...»

En las grandes fiestas religiosas, los presos se ponían blusas limpias y consideraban como cuestión de honor el mostrarse muy amables con el personal penitenciario. La comida era copiosa y la servían sobre un mantel blanco.

Aquella noche, los presos estaban ya borrachos como una cuba, y magullados por los golpes. Los circasianos, que sólo bebían agua, iban a sentarse en el umbral y contemplaban con asqueada curiosidad las diversiones de aquellos borrachos. Gritaban. Cantaban. Tocaban la balalaika. Vomitaban. Organizaban interminables juergas, que ellos llamaban *maidanes*.

«Poco a poco —escribe Dostoyevski— la atmósfera de mi sala se hacía irrespirable y nauseabunda. Sin embargo, no faltaban los espectáculos cómicos, pero me sentía tan triste y experimentaba tanta compasión hacia estos pobres seres, que me asfixiaba.»

Para el tercer día de fiestas, los presos organizaban un espectáculo. El teatro se instalaba en el cuartel de la sección militar. Se reservaban algunos bancos a los suboficiales, y algunas sillas a los oficiales cuya visita se esperaba. Detrás se agrupaban los presos, de pie, sin gorro, con el rostro lleno de costurones y el cráneo pelado.

«Cada cual quería producir buena impresión a los señores y a los visitantes.»

Por fin, el modesto telón se levantaba sobre un decorado improvisado. Los presos que representaban papeles de señores y de mujeres mundanas arrastraban, como los demás, sus cadenas por el suelo. «Es para ellos (para los espectadores) una gran diversión —escribe Dostoyevski— ver, por ejemplo, a Vañka el bribón, o a Nietsvetáiev o a Bakluchin con un traje distinto del que acostumbran verles desde hace años. Es un presidiario, sólo un presidiario con cadenas que hacen ruido, y he aquí que se halla en escena vistiendo levita, sombrero hongo y abrigo como un señor.»

Después de las fiestas, la vida de presidio volvía a ser lo mismo que antes. Los días se sumaban a los días, y los meses a los meses. Fiodor Mijailovich se sumergía en un horror monótono. Nadie a quien confiarse. Para leer, sólo algún periódico francés y el Evangelio. Esta soledad era la peor tortura.

¡Si por lo menos hubiera podido estar en contacto con los suyos! Pero a los presidiarios les estaba prohibido escribirse con particulares, excepto en algunos casos excepcionales y severamente limitados.

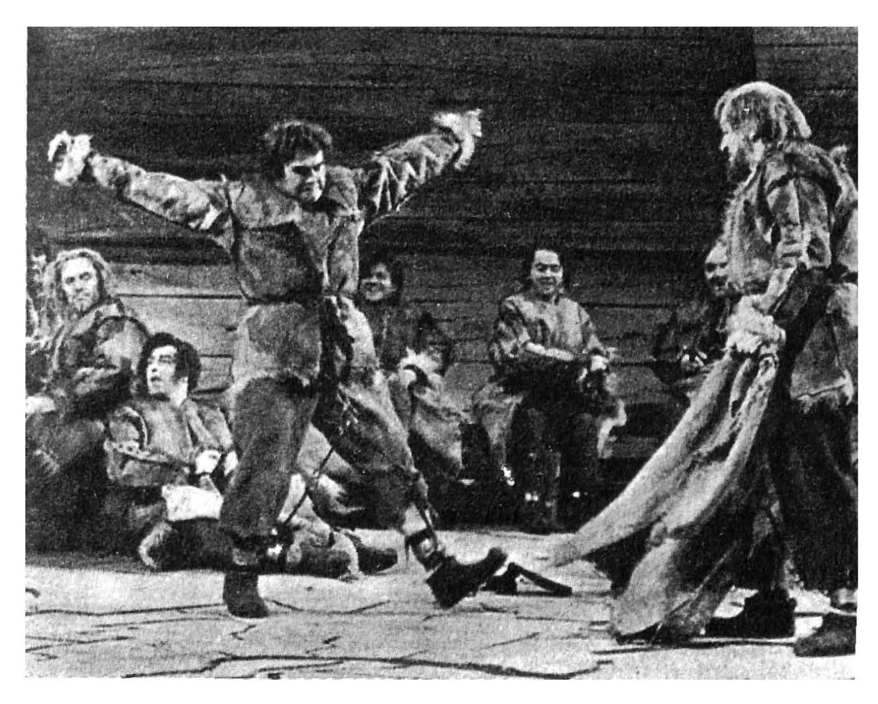
Mijaíl, por su parte, no enviaba cartas a Siberia por temor a las represalias. Estaba casado y era padre de familia. Había padecido un injusto encarcelamiento. Temía comprometerse y comprometer a Fiodor si le escribía.

Una vez fuera del presidio, Dostoyevski escribió un patético sermón a su hermano Mijaíl:

«... Ante todo, permíteme que te pregunte, en nombre de Dios, por qué no me has escrito aún ni una sola línea. ¡Nunca lo hubiera creído!... Te he enviado una carta por medio de nuestro "estado mayor". Seguramente la has recibido; esperaba contestación tuya; no he recibido nada. ¿Es posible que te hayan prohibido escribirme? Sin embargo, es una cosa autorizada, y todos los condenados políticos reciben varias cartas al año. Durov ha recibido unas cuantas... Creo que he comprendido la verdadera razón de tu silencio. No has ido, por pura pereza, a informarte a la policía, o, si has ido, te has tranquilizado en cuanto te han dicho que no se podían recibir cartas, y eso te lo habrá dicho un individuo que, probablemente, no estaba enterado.»

Más adelante, Mijaíl justificará su actitud en una carta, muy poco conocida, del 18 de abril de 1856:

«Tres meses después de nuestra separación traté de conseguir autorización para escribirte. El cielo y mi conciencia son testigos de la actividad y del interés que puse en los pasos que di. No pude conseguir nada. Me contestaban, invocando las leyes, que sería imposible mientras estuvieras en los trabajos forzados... En cuanto a la corresponden-



Una escena de la ópera La casa de los muertos, *inspirada en la novela de Dostoyevski, con música de Janáček.*

cia secreta, estaba lo bastante prevenido para no arriesgarme. Por eso resolví ayudarte en cuantas ocasiones se presentaran, pero sin exponerte —y sin exponerme yo— a las represalias que hubiera acarreado una sola línea escrita con mi puño y letra. Hermano mío, amigo mío, tengo seis hijos; me hallaba, y me hallo aún, bajo la vigilancia de la policía; ¿no crees que esta decisión fue disculpable por mi parte?»

Debemos hacer constar, sin embargo, que después de la liberación de Fiodor Mijailovich las cartas de Mijaíl no fueron más frecuentes.

El último año en presidio fue para Dostoyevski menos penoso que los primeros. Había llegado a granjearse la benevolencia de algunos presidiarios; había encontrado amigos en la ciudad y había conseguido autorización para leer algunos libros.

«Me sería difícil expresar la extraña impresión que me produjo el primer volumen, una revista... Me aferraba a las palabras, leía entre líneas, trataba de descubrir el pensamiento secreto y las alusiones al pasado; buscaba las huellas de lo que antes, en mis tiempos, turbaba y agitaba los espíritus. ¡Y qué tristeza me embargó cuando tuve que reconocer hasta qué punto era ajeno a la vida actual!...»

Las hojas de los árboles amarillean ya, la hierba se seca en las estepas; caen, rápidos, los primeros copos de nieve, revoloteando... Se

acerca la hora de la liberación. Dostoyevski está muy tranquilo. Algunos presidiarios se encuentran con él en el patio y le felicitan:

«También a vosotros os llegará un día vuestro turno», les contesta.

«¡Oh! pero no será tan pronto... ¡Aún me faltan siete años!», contesta uno de ellos, y se pone a contemplar el cielo distraídamente.

La víspera del último día, a la hora del crepúsculo, Dostoyevski, como de costumbre, dio la vuelta a la empalizada. Se despedía de aquellas estacas ennegrecidas y de las vetustas construcciones, con un sentimiento de profunda melancolía. En este recinto había matado su juventud y sus esperanzas. Iba a salir de presidio cansado, envejecido y desilusionado, y de nuevo sería preciso luchar, sufrir, vivir... ¿Para qué? ¿Para qué?

Al alba, antes de la hora de ir a los trabajos, Dostoyevski visitó las salas para despedirse de sus compañeros.

«Muchas manos callosas y duras se tendieron hacia mí. Pero los que me estrecharon la mano como camaradas no fueron numerosos. Los demás comprendían que iba a ser, dentro de un momento, otro hombre... Algunos me volvieron la espalda y se obstinaron en no contestar a mi saludo. Otros me lanzaron miradas de odio.»

Después de salir los presidiarios al trabajo, Dostoyevski se fue al taller. Unos presidiarios-herreros se encargaron de quitarle las cadenas.

Un martillo. Caen las cadenas. Dostoyevski las recoge y las mira largo rato.

«¡Vamos!... ¡Alabado sea Dios!... ¡Alabado sea Dios!...», repiten los presos.

Pero Fiodor Mijailovich no se movía. Un deseo de llorar y de gritar le formaba un nudo en la garganta.

¡Libre! ¡Libre!... Dostoyevski salió vacilando de la fragua y miró al cielo.

Dostoyevski abandonó el presidio alrededor del 15 de febrero de 1854. Pero no lo trasladaron a Semipalatinsk hasta marzo del mismo año.

Durante cerca de dos semanas vivió en Omsk, en casa de sus amigos, los Ivanov.

La señora Ivanova era hija del «decembrista» Annenkov. Se había encontrado con Dostoyevski durante su viaje a Tobolsk. Durante todo el cautiverio del escritor se las había ingeniado, junto con su marido, para aliviar sus penas y para enviarle un poco de dinero y algunos víveres.

«K. I. Ivanov fue para mí un verdadero hermano. Hizo todo lo que pudo por mí. Le debo 25 rublos en dinero.»

Fiodor Mijailovich fue enviado por etapas a Semipalatinsk, para ser incorporado en calidad de soldado al 7° batallón de línea, en Siberia.

Iban a pie por las carreteras hundidas. Durante el trayecto, un carro cargado de cables adelantó a los antiguos presidiarios. Dostoyevski y sus compañeros se encaramaron sobre los rollos. El carro avanzaba lentamente. El aire era cortante. En el fondo del cielo, unas nubes se desmoronaban silenciosamente. Fiodor Mijailovich se sentía feliz, emocionado y misteriosamente agradecido.

La triple revelación

En su poema *Los desgraciados*, Nekrasov, según propia confesión, había contado la estancia de Dostoyevski en presidio. Un condenado político de voz suave y «blancas manos» es al principio infamado por sus compañeros de cadena; pero una noche, a la cabecera de un moribundo, los intima a respetar los últimos momentos de su camarada, conquista su respeto y se convierte en el maestro de aquella gente.

Cuando Fiodor Mijailovich reapareció en San Petersburgo, Nekrasov le enseñó el poema:

«Al contrario —dijo—, yo fui el discípulo de los presidiarios.»

Sí, fue su discípulo, su alumno y la enseñanza del presidio lo marcó para toda su vida. Estos cuatro años son como el depósito secreto del que se alimentará en lo sucesivo su genio. Están colocados en el centro de su vida. La dividen en dos partes iguales. Hay un Dostoyevski anterior y otro posterior a *La casa de los muertos*. Naturalmente, las dos personalidades no son esencialmente diferentes. Pero la segunda es más rica que la primera; la segunda corona a la primera y contiene cuanto ésta prometía

Fiodor Mijailovich maldice y bendice alternativamente este «periodo siberiano». En las cartas que escribe después de su liberación, las quejas se mezclan extrañamente con fórmulas de gratitud y de humildad cristianas:

«¡Nunca estaba solo! ¡Y durante cuatro años! ¡Palabra de honor, decir que estábamos mal es poco decir!...»

«La constante meditación con la que huía de la amarga realidad no habrá sido inútil: ahora tengo deseos y esperanzas que ni siquiera vislumbraba antes...»

«Había momentos en que odiaba al primero que llegaba, fuese inocente o culpable, y lo consideraba como un ladrón que hubiese robado impunemente mi vida...»

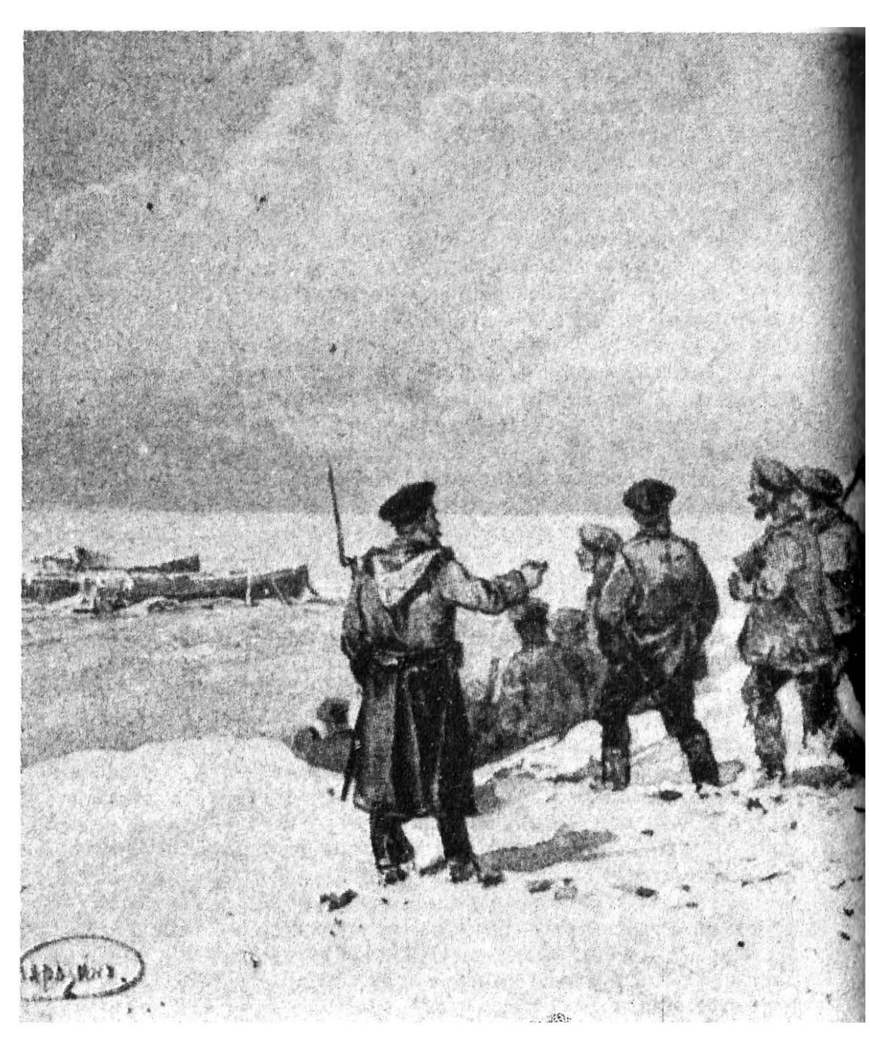
«Estoy esperando no sé qué... Me parece que pronto, muy pronto, habrá un acontecimiento decisivo, que me acerco a una verdadera crisis, que estoy maduro para un porvenir misterioso, y que se prepara algo muy dulce y muy luminoso, o quizás algo terrible, pero que, desde luego, no se puede evitar...»

«El presidio ha matado muchas cosas en mí y ha hecho que se manifiesten otras...»

«Es mi cruz y la he merecido...»

«En cuanto a esos cuatro años, los considero como una época durante la cual estuve enterrado vivo y encerrado en un ataúd. ¡Qué terrible época fue!... No tengo fuerzas para contártelo, amigo mío... Durante esos cuatro años no hubo un momento en que no sintiera que estaba en presidio...»

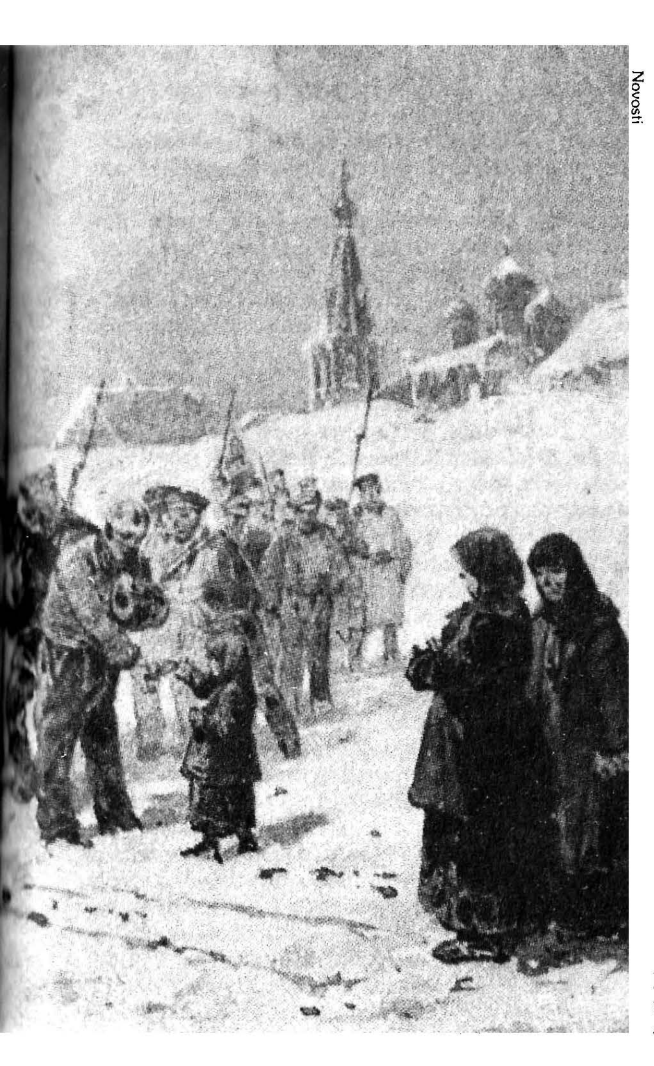
En los *Recuerdos de la casa de los muertos*, Dostoyevski ha relatado lo que fue para él la prueba del presidio siberiano. Es verdad que ha tenido el cuidado de presentarse bajo los rasgos de un tal Aleksandr Petrovich Gorianchikov, «condenado a trabajos forzados de segunda ca-



tegoría por haber asesinado a su mujer». Pero, en realidad, es su propia aventura la que cuenta con atroz claridad.

Cuando publicó su libro, las costumbres penitenciarias ya no eran las que él había conocido. Las reformas de Alejandro II trastornaron el régimen bárbaro preconizado por Nicolás I: control más estrecho del personal dirigente, prohibición de los castigos corporales... La obra de Dostoyevski criticaba, pues, un estado de cosas que se hallaba condenado por el zar en persona.

La censura autorizó la edición de los *Recuerdos* «con la única condición de que fuesen excluidas ciertas expresiones indecentes».


Novosti

La casa de los muertos, *acuarela de N. Karazine.*

Por otra parte, Dostoyevski había cuidado de enriquecer su texto con algunas notas de autor, como:

«Lo que he dicho de los castigos corporales ocurría en *mis tiempos*. He oído asegurar que todo ha cambiado o está en vías de cambiar.»

«*En mis tiempos* no sólo el comandante, sino muchos jefes subalternos, sobre todo los que habían salido de filas, empleaban esta expresión...»

No se debe creer que, con los *Recuerdos de la casa de los muertos,* trace Dostoyevski una línea bajo una suma y nos dé el total de sus experiencias. Esta magnífica obra de humana verdad, de cruel honra-

dez, es la primera aportación de cuatro años de sufrimiento y de meditación.

Dostoyevski ha visto un mundo. Lo ha descrito maravillosamente. Pero sólo ha entregado la calderilla de su tesoro. Se ha desembarazado de ella como se arroja el lastre.

Una vez que ha hecho este gesto, puede tomar altura. Puede apartarse de lo pintoresco de Siberia, olvidar aquellos cráneos esquilados, aquellos rostros surcados y las conversaciones ordinarias para no pensar más que en la inefable enseñanza del presidio. Ha contado lo que observó. Y le queda por contar lo que aprendió. Toda su vida no le bastará para llevar a cabo esta labor.

El encuentro con el pueblo, el encuentro con Rusia, el encuentro con el Evangelio. Este triple milagro tuvo lugar en una maloliente habitación, en el extremo de Siberia, en el preciso momento en que hasta los parientes del escritor le creían definitivamente perdido.

La elite culta rusa se había desarrollado apresuradamente en el siglo XIX, en el centro de un inmenso imperio, que no estaba aún preparado para recibirla. Era un producto artificial. Carecía de tradición.

En primer lugar, el grupo de los intelectuales se encuentra colocado entre dos polos igualmente poderosos. Por encima de él se halla el zar, cuya autoridad está aprobada por la Iglesia. El zar es la unidad, el poder supremo resumido en un solo ser, la más alta expresión de la vida nacional. Por debajo de él, está el pueblo; el pueblo gris, incomprensible, inconstante. Lo mismo que no se puede usurpar el poder imperial, no puede uno fundirse con el pueblo. Este y el zar son dos entidades eternas en las que no hacen mella los años, y que sacan toda su fuerza de su misma permanencia. El zar y el pueblo no se explican. Existen. Tienen su misterio. Podéis creer en ellos, porque son *diferentes* de vosotros.

Esta vertiginosa llamada de la masa es un fenómeno desconocido en Occidente. Sólo es admisible en un país donde las clases sociales son claramente opuestas. La *intelligentsia*. El pueblo. La refinada cultura de Europa. La ignorancia total de los bárbaros. Entre estos dos mundos, ninguna transición perceptible. La elite es poco numerosa, el pueblo es innumerable. A este puñado de hombres cultos lo hipnotiza la muchedumbre. Temen ser absorbidos por ella. Les gustaría comprenderla, *aprehenderla* para dominarla. Y cuanto menos la comprenden, cuanto menos la *aprehenden*, más la admiran.

Siendo niño, a Fiodor Mijailovich le habían atraído los *mujiks* de Darovoie y los enfermos del Hospital María. Más tarde, en San Petersburgo, se había interesado por el pueblo, pero desde un punto de vista completamente «materialista», exigiendo la abolición de la servidumbre, la supresión de los castigos corporales y la penetración de la cultura escolar en el campo. Desde su llegada a presidio, se manifiesta en él otra tendencia. Por fin está ante el pueblo, en el pueblo. Pero este pueblo, al que desea ardientemente incorporarse, le rechaza. Es un señor. No puede ser un *mujik*. No puede haber sido un señor y convertirse luego en *mujik*.

Acepta este rechazo con tristeza, pero sin rencor. Durante cuatro años, vive aislado entre estos hombres que no son de su raza. Durante cuatro años se inclina sobre este abismo que no quiere absorberle. Se ve rodeado de brutos. Sufre a causa de la grosería, de la tontería y de la maldad de éstos.

«Puesto que somos seres vivos, ¿cómo no hacer porquerías?»

Pero, poco a poco, descubre un alma en ellos.

«En los trabajos forzados —escribe a su hermano— terminé por encontrar hombres, hombres verdaderos, caracteres profundos, poderosos y bellos. Oro bajo la basura.»

Esta revelación le seduce, le obsesiona. El pueblo no es inteligente, ni está instruido. El pueblo son todos los que trabajan con sus manos, todos los que no reflexionan, son todos los que se contentan con sentir. El pueblo es la expresión de la vida orgánica rusa. Un *mujik* es, en primer lugar, un niño. Conserva la ingenuidad completamente lozana, la verdad de la infancia. No le llegan ni la cultura, ni los prejuicios sociales, ni las mentiras científicas. Está cerca de Dios. Posee, sin saberlo, el secreto de la vida según Dios. Ir hacia el pueblo es ir hacia Dios.

Esta idea la desarrollará Dostoyevski en sus novelas y en sus diario, volviendo sobre ella varias veces. Recordemos al campesino Marei. El pequeño Fiodor, enloquecido por un grito («¡el lobo!») corre hacia Marei, le agarra de una manga y éste le toca los labios con su grueso dedo manchado de tierra y le tranquiliza suavemente:

«¡Cristo sea contigo!...»

«¡Qué extraordinario pueblo! —escribió Dostoyevski en su carta del 22 de febrero de 1854—. No he perdido el tiempo. Si no he estudiado a Rusia, conozco, sin embargo, al pueblo ruso; pocos lo conocen como yo...»

A este pueblo ruso, Dostoyevski le reservará pronto un papel verdaderamente mesiánico. Por el momento, se contenta con amarle y con humillarse ante él.

Algunos años más tarde —cuenta Pertz—, un día en que Dostoyevski se hallaba en casa de los Suslov, un joven médico le reprochó sus ideas místicas sobre el porvenir de Rusia.

«¿Quién le ha dado el derecho de hablar así en nombre del pueblo ruso?», exclamó por fin el doctor.

Dostoyevski, con gesto brusco, se remangó el pantalón sobre sus tobillos, en los cuales era aún visible la señal de los grillos.

«Este es mi derecho», dijo.

Esta idealización del pueblo, este desprecio de la cultura, son tanto más vivos cuando se tiene en cuenta que Dostoyevski se encuentra aislado del mundo intelectual. No recibe cartas. No lee libros. El Evangelio es su único alimento moral, y el Evangelio es ya el triunfo del corazón sobre el espíritu. La meditación de la Biblia fue para Dostoyevski de una gran importancia. Todas sus obras, toda su existencia, llevarán en lo sucesivo el reflejo de la doctrina evangélica.

¿Qué son sus novelas de la segunda época sino historias de apóstoles contemporáneos, tocados por la gracia, precipitados hacia la duda,

vueltos a pescar, olvidados, recuperados, impulsados hacia la sabiduría inefable...?

El estudio de los textos sagrados desplaza las líneas de perspectiva en el universo de Dostoyevski. Las alegrías y los sufrimientos de sus criaturas ya no serán estrictamente terrestres. Sus novelas constarán de dos niveles. En el primero transcurrirá la vida diaria, con sus preocupaciones, envidias, tiquismiquis, pequeñas cuestiones de calderilla. En el segundo se desarrollará el verdadero drama del hombre: la búsqueda de Dios, la búsqueda del nuevo ser.

Que un estudiante haya asesinado a una vieja usurera, que un hijo odie a su padre hasta el punto de desearle la muerte, que un bruto se lamente ante la puerta atrancada de su mujer, todo esto es accesorio para el desarrollo de la acción: la verdadera tragedia es puramente moral, sublimizada. Ocurre en lo más elevado del alma. Las únicas dichas, las únicas desgracias que cuentan no son manifestaciones de este mundo. No es la riqueza, el confort, el rango social y la unión apacible en el matrimonio lo que desean estos héroes desencarnados. No desean nada de este universo. Desean lo infinito, la certidumbre. Quieren poseer a Dios.

«¡Dios me ha torturado toda mi vida!», exclama Kirilov en *Los poseídos*. Y esta tortura divina fue la de Dostoyevski.

Fiodor Mijailovich nunca conoció la fe tranquila, el amor sencillo, cuyo disfrute no cesó de ansiar. Quiere creer. Pero una lucidez demoníaca le retiene al borde de la gracia. Se interroga. Interroga los textos. Discute en vez de aceptar sencillamente.

«De mí le diré —escribe a la señora Von-Vizin, después de su liberación— que soy un hijo del siglo, un hijo de la incredulidad y de la duda, y (lo sé muy bien) lo seré hasta la tumba. Qué terribles tormentos me causa ahora esta sed de creer que es tanto más fuerte en mi alma cuanto más numerosos son los argumentos contrarios. Y, sin embargo, Dios me envía a veces minutos de completa serenidad. En estos momentos es cuando me hice una profesión de fe en la que todo es claro y sagrado. Esta profesión de fe es muy sencilla; hela aquí: creer que no hay nada más hermoso, profundo, simpático, razonable, valiente ni perfecto que Cristo. No solamente no hay más que esto, sino que —me lo digo con celoso amor— no puede haberlo. Mejor aún: si alguien me hubiera probado que Cristo está fuera de la verdad, y si estuviera *realmente* probado que la verdad está fuera de Cristo, hubiera preferido estar con Cristo antes que con la verdad.»

Dostoyevski adopta esta desconfianza hacia la doctrina oficial de la Iglesia sin conocer nada de Kierkegaard, ni de Overbeck. Para él, nunca se llega a adquirir definitivamente la fe. Hay que defenderla constantemente contra el enemigo, contra uno mismo.

Extasis divino hostigado por la duda. Desesperación metafísica sacudida por el fanatismo. La amenaza es el precio del objeto amenazado. La fe es un riesgo. La Iglesia, con sus reglas bien establecidas, sus confesiones y sus absoluciones, disminuye este riesgo. La Iglesia es la fe puesta al alcance de cualquiera. La Iglesia es el confort en la creencia.



N. Cirani

Disputa sobre la religión, *de V. G. Perov.*

Pero Dostoyevski odia todo lo que es confortable. Quiere luchar solo. Quiere encontrar su camino.

«Mi cántico de alabanza —escribe también— ha pasado por el fuego de la duda.»

Este cántico de alabanza será, de hecho, toda su obra. O más bien, su obra verdadera no empezará hasta las primeras notas de este cántico.

Semipalatinsk

Semipalatinsk era un poblado asiático en el que acampaban caravanas de camellos. Las casas, de un piso, estaban construidas con vigas. Las ventanas daban a patios interiores para que los transeúntes no sintiesen la tentación de contemplar a las mujeres musulmanas que trabajaban en las habitaciones. Las puertas eran bajas, a fin de permitir al jefe de familia cortar más cómodamente la cabeza de los intrusos que penetraban en su morada. Largas empalizadas de madera bordeaban las calles, que no estaban alumbradas por la noche. Ni una calle empedrada, ni un árbol, ni un matorral. Arena. Arena seca ardiente en la que se hundía uno hasta los tobillos. A cada soplo del viento, se levantaba la arena en torbellino y azotaba el rostro. Con las primeras lluvias, se transformaba en barro grisáceo, espeso, que se endurecía rápidamente.

Siete mezquitas flanqueaban una iglesia de piedra y el cuartel del batallón de línea que estaba allí de guarnición. Una farmacia administrativa. Una escuela primaria. Una mercería en la que se podían comprar clavos, perfume e incluso alimentos. Pocos libros, un servicio postal irregular, algunos periódicos que circulaban de mano en mano; la soledad y el olvido total propios del desierto.

De cinco a seis mil habitantes formaban la población de la pequeña ciudad: comerciantes tártaros, soldados, funcionarios...

Más allá del distrito cosaco, los pastores kirguises se albergaban en sus tiendas de pieles.

La localidad contaba más de cien años de existencia. La fortaleza se había edificado hacia 1718. No había cambiado mucho desde la fecha de su construcción.

A menudo, hordas de bandidos kara-kirguises organizaban *razzias*. Se daba la alarma y salían las tropas a rechazar lo mejor que podían los asaltos de los khanes rebeldes.

Desde su llegada a Semipalatinsk, Dostoyevski fue incorporado a la 1.ª sección del 7.º batallón de línea en Siberia.

El servicio en el ejército siberiano era duro. Los soldados pasaban el día entero haciendo la instrucción: marcha, manejo de armas, revistas y desfiles. Por la noche, los enviaban a montar guardia en algún rincón perdido, en los rincones de la estepa todos estos ejercicios y velas agotaban a Fiodor Mijailovich:

«He llegado aquí en el mes de marzo —escribe a su hermano— sin saber casi nada de los ejercicios militares, y, sin embargo, hacia el mes de julio pasaba revista como los demás, y conocía mi obligación tan bien como ellos... Para aprender, es preciso cansarse. No me quejo: es mi cruz y la he merecido.»

El batallón se componía de siervos analfabetos, soldados de oficio y condenados al destierro. El nivel intelectual de la guarnicíónn casi no era superior al del presidio. Dostoyevski conoció de nuevo la sala maloliente, las riñas, el sueño en común, el despertar al alba...

El vecino de cama de Dostoyevski era un soldado de diecisiete años: Katz. Fiodor Mijailovich le tomó cariño, ganó su confianza, le propuso constituir una caja común. Iban por turno a hacer compras en la ciudad, o a buscar coles y papilla a la cocina. También por turno se cepillaban la ropa y se limpiaban los cinturones. Con sus ahorros, Katz compró un *samovar*. Con frecuencia, Dostoyevski sustituía con algunas tazas de té las detestables comidas del refectorio. La comida del batallón era peor que mala. El gasto oficial de subsistencia era de cuatro *copecks* por cabeza. Pero, de estos cuatro *copecks*, el comandante de la compañía, el furriel y el suboficial de turno retenían un *copeck* y medio. Estos minúsculos fraudes reportaban a sus autores una cantidad de 744 rublos al año. Todo el mundo lo sabía en Semipalatinsk. Pero a nadie se le hubiera ocurrido indignarse por ello.

Con infinita paciencia, Dostoyevski se dedicaba a conquistar la simpatía de sus camaradas. Les ayudaba en sus trabajos. Compartía con ellos los víveres que adquiría fuera. Incluso les prestaba dinero. Sus su-

periores estaban contentos de él. Por intercesión de unos amigos de Omsk, finalmente le autorizaron a alojarse en la ciudad.

Alquiló una habitación, cerca del cuartel, en casa de la viuda de un soldado. La vetusta *isba* estaba colocada de través en la arena. Detrás de la casa había un jardincillo de poca importancia, con su pozo de un sistema muy arcaico para sacar el agua. Dostoyevski ocupaba una habitación baja de techo y muy oscura. Los muros estaban embadurnados de arcilla y adornados con grabados en madera. Una banqueta circular, una cama, una mesa, una silla y un cajón, que hacía las veces de una cómoda, la amueblaban. Cerca de la puerta, una gran estufa rusa. Un cuadrado de tela separaba esta habitación del resto de la casa. Fiodor Mijailovich pagaba cinco rublos mensuales por el alojamiento, la comida y el lavado de la ropa. Pero la viuda ganaba un poco más, gracias a sus dos hijas, a quienes servía de alcahueta.

—«¡Ah!, *barin* —decía—, de todos modos hubieran terminado por acostarse con un escribiente de batallón o con un suboficial por dos pasteles o una libra de nueces. Mientras que con ustedes, los señores, es un buen negocio para ellas y un gran honor...»

El 20 de noviembre de 1854, el joven barón Vrangel llegó a Semipalatinsk para cumplir sus funciones de procurador. Tenía veintidós años. Su correcto y bello rostro lo enmarcaban negras patillas. Su uniforme encargado en San Petersburgo era de una elegancia rebuscada. El aristócrata se asustó al llegar a esta sórdida provincia, que distaba varios millares de *verstas* de la capital. ¿Qué iba a ser de él durante dos años en el fondo de este burgo medio perdido en las arenas, entre estas gentes ignorantes, sin más distracción que la caza o la pesca?

Caravana de camellos en las estepas del Asia Central rusa.



Antes de su partida de San Petersburgo, había recibido la visita de Mijaíl Dostoyevski, que le había entregado un paquete de libros para su hermano. El barón Vrangel sólo conocía a Fiodor Mijailovich por sus obras. Además, por una extraña coincidencia, se hallaba en la plaza Semenovski cuando la «ejecución» de los *petracheutsy*. En aquella época era aún estudiante.

«Vi —escribe en sus *Memorias*— cómo subían y bajaban del cadalso unas siluetas, cómo ataban a unos postes plantados en tierra unos hombres vestidos con blusas blancas, cómo los desataban y luego venían unas *troikas* a recogerlos; después, la plaza quedó vacía; la muchedumbre se había dispersado persignándose y bendiciendo la clemencia del emperador.»

Después de una visita protocolaria al gobernador, el barón Vrangel envió a su criado en busca de Dostoyevski.

Fiodor Mijailovich recibió al servidor con desconfianza. ¿Quién era este barón Vrangel? ¿Qué quería de él? El título de procurador no le decía nada. No obstante, aceptó la invitación de ir a tomar el té con él.

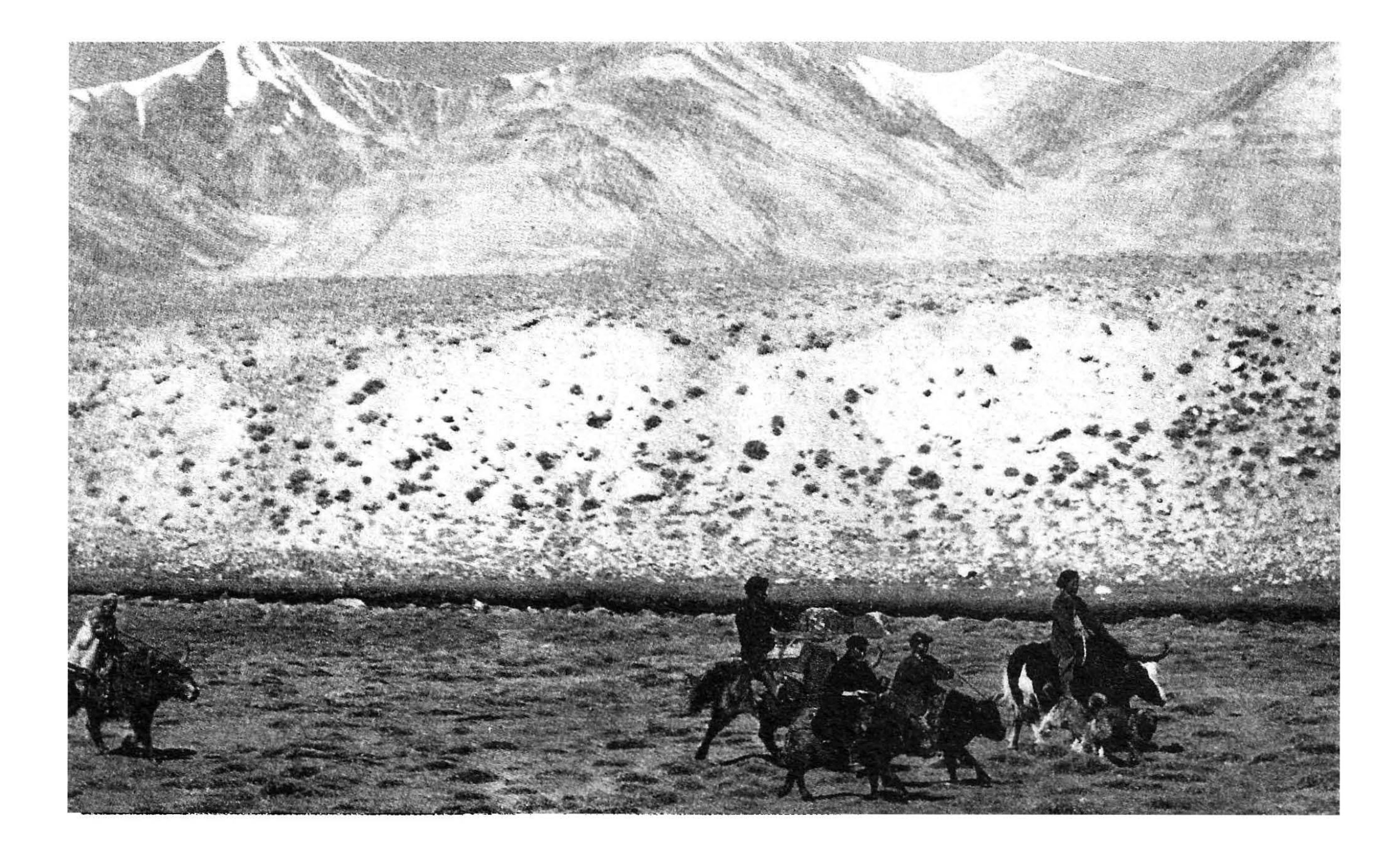
A la hora convenida, el barón Vrangel vio entrar en su habitación a un soldado vestido con un capote gris con cuello rojo. El hombre iba algo encorvado. Sus brazos le colgaban a lo largo del cuerpo. Su rostro era lívido; y su gruesa nariz, cubierta de pecas. Sus ojos de un gris acerado miraban rectamente, con dramática tristeza. Los rubios cabellos tenían la longitud reglamentaria. El desconocido parecía enfadado, inquieto. Esperaba una explicación. Cuando el barón Vrangel le dijo que había visto a su hermano en San Petersburgo y le hubo entregado la carta y el paquete de Mijaíl, el rostro de Dostoyevski adquirió una expresión de gratitud infantil. Se relajó, se abandonó y pidió permiso para leer en el acto el correo. Y, mientras leía, las lágrimas acudían a sus ojos.

Vrangel, que acababa de recibir una importante correspondencia, abrió a la vez algunos sobres, recorrió algunas cuartillas... Sus padres y unos amigos le escribían desde San Petersburgo. Este recuerdo de una vida dichosa le oprimía el corazón. ¡Qué solo se encontraba de pronto frente a este extraño! Allí se hallaban los dos, en el extremo de Siberia, lejos de todo lo que amaban, lejos de cuantos podían comprenderlos, solitarios, olvidados, perdidos...

Renunciando a todo orgullo, el barón Vrangel, procurador de Su Majestad, se echó a llorar y se arrojó en los brazos del soldado de filas Dostoyevski. Acababa de nacer una gran amistad.

«El destino me ha hecho conocer a un hombre asombroso —escribe Vrangel a sus padres—, tanto por sus cualidades afectivas como por las intelectuales: se trata de nuestro joven y desdichado escritor Dostoyevski. Le debo muchas alegrías, y sus palabras, sus consejos y sus ideas me han fortalecido para toda mi vida. En nombre del cielo, haced por enteraros, mi querido padre, si habrá una amnistía.»

Los años transcurridos en Semipalatinsk no hicieron sino aumentar los deseos de Dostoyevski de volver a San Petersburgo y olvidar los duros días de destierro en las áridas estepas. ▶



Y también:

«¿Será posible que este hombre admirable esté destinado a perecer aquí, como un simple soldado? Sería atroz. Estoy triste y sufro por él. Le quiero como a un hermano, y le respeto como a un padre.»

Hizo más que quererle y respetarle: trató por todos los medios de alegrar su existencia.

La sociedad de altos funcionarios de Semipalatinsk había acogido con los brazos abiertos a este joven noble, de facciones puras, gestos elegantes y trajes impecables. Se supo, desde el primer día, que le acompañaba un ayuda de cámara, que había alquilado un piso grande y un coche, y que su paga de procurador le permitía vivir a todo tren. Los hombres decían gravemente que pertenecía a una familia aristocrática y que se le anunciaba un brillante porvenir. Las señoras se volvían locas por él. Las muchachas reconocían en sus facciones las del novio de sus sueños.

Después de haber visitado a toda la colonia provinciana, el barón Vrangel se esforzó en presentar a Dostoyevski a sus nuevos conocidos. La empresa era delicada. Nadie ignoraba que había estado en presidio. Además, llevaba un feo uniforme gris de cuello rojo, que desentonaba hasta en las fiestas más humildes. Trataron de explicar al barón que nunca había sido recomendable frecuentar a un presidiario y que un procurador debía cuidar más que nadie la elección de sus relaciones. Pero Vrangel no quiso prestar oídos a estos consejos. Insistió tanto, que el general Spiridonov, gobernador militar, aceptó recibir a Dostoyevski en su propia casa:

«¡Bueno, bueno!... Tráelo —le dijo—, pero que venga en confianza, con su uniforme de diario.»

El general Spiridonov era un buen hombre, cordial, generoso y hospitalario. No tardó en reconocer el gran valor de Fiodor Mijailovich y le rogó que fuera a visitarle «tan a menudo como quisiese».

Ante este ejemplo, que procedía de la más alta escala de la jerarquía, todos los salones de la ciudad abrieron sus puertas al antiguo presidiario.

El jefe del batallón, Bielijov, que no hacía mucho ordenaba al soldado Dostoyevski que le leyese los periódicos, no perdía ninguna ocasión para invitarle a su mesa. La mujer del teniente Stiepanov declamaba sus poemas ante Dostoyevski y le rogaba que se los corrigiese. El coronel Mesaroch, jugador desenfrenado, organizador de la música militar de Semipalatinsk, no podía ya pasarse sin Fiodor Mijailovich. La túnica gris del escritor y el uniforme rutilante del procurador figuraban en todas las reuniones.

Sin embargo, Dostoyevski iba a disgusto a las invitaciones de las notabilidades militares y civiles de Semipalatinsk. Se aburría mortalmente en estos salones de provincia y prefería charlar hasta muy tarde con su nuevo amigo. En cuanto terminaba el servicio, acudía a casa del barón Vrangel, se instalaba en una butaca, se desabrochaba el cuello del uniforme y encendía una pipa. En aquella época pensaba escribir *El sueño del tío, Sieló Stepanchikovo* y los *Recuerdos de la casa de los muer-*

tos. Estaba muy alegre. Tarareaba melodías de opereta, le contaba a su joven amigo algunos episodios de su próximo libro y lanzaba jocosas exclamaciones cuando Adán, el «ayuda de cámara-sastre-cocinero», traía a la habitación una cacerola llena de sopa de pescado.

Este Adán era un borracho mugriento y tristón, de cabeza gorda, piernas torcidas y nariz aplastada. A menudo, iba a sentarse bajo la ventana y cantaba con voz temblona un aire tan triste y arrastrándolo tanto, que los dos amigos, después de avisarle varias veces, le echaban un cubo de agua sobre la cabeza.

Después de quitar la mesa, Fiodor Mijailovich se entretenía en discutir sobre literatura con Vrangel. Le recitaba *Las noches egipcias*, de Pushkin, o trozos de *Las almas muertas*. Le suplicaba que dejara sus «libros de profesor» para inclinarse hacia la poesía. Con frecuencia, también le hablaba de sí mismo. Evocaba su infancia, la amistad que profesaba a su hermano Mijaíl, sus comienzos literarios... Pero evitaba cualquier alusión al proceso de los *petracheutsy*.

Por fin, ya avanzada la noche, Fiodor Mijailovich regresaba a su *isba* ahumada, encendía una vela de sebo y se ponía a escribir.

Los *Recuerdos de la casa de los muertos* fueron compuestos, en parte, en esta casucha de tablones, con la mala luz de un cabo de vela. Fuera, la noche era tranquila. Se oía ladrar a un perro. La viuda se revolvía sobre su colchón, detrás de la cortina, y gemía en sueños.

Al cabo de algunos momentos, apartaba las cuartillas y dejaba la pluma. No podía trabajar con la calma deseable.

«No podía hacer nada —escribió a Maikov—. Cierta circunstancia, cierto acontecimiento que esperaba hace mucho tiempo, ocurrió por fin, y me trastornó, me absorbió totalmente. Era dichoso, me sentía completamente incapaz de trabajar.»

¿Cuál era esta «circunstancia»? ¿Cuál era este «acontecimiento»?

7. María Dimitrievna Isaieva

Incluso antes de la llegada de Vrangel a Semipalatinsk, Fiodor Mijailovich había trabado ya conocimiento con la familia Isaiev.

María Dimitrievna Isaieva era una mujer de unos treinta años, minada por la tuberculosis, rubia, seca, de rasgos menudos y labios gruesos. Con la menor emoción, la sangre le afluía a las mejillas y sus pupilas se encendían con mirada febril. Era nerviosa y de exaltación enfermiza. Su padre, el señor de Constant, hijo de un emigrado francés, dirigía un lazareto en Astrakán. Las tres hijas del señor de Constant habían recibido una esmerada educación en el colegio. Iban al baile de la nobleza, y María sabía bailar «el paso del chal» con una gracia encantadora. Le enorgullecían sus éxitos y soñaba con abandonar las desiertas orillas del mar Caspio para conquistar un puesto en la buena sociedad. Creyó que hacía una buena boda casándose con el joven maestro Isaiev. Pero a este pobre hombre que no era ni tonto ni malo le gustaba beber ilimitadamente.

Después de haber perdido sus colocaciones una tras otra, terminó por caer, con su mujer y su hijo, en Semipalatinsk. Pero allí, lo mismo que en otros sitios, sus repugnantes orgías hicieron que le despidieran de la escuela.

Sin sueldo fijo y sin ninguna esperanza precisa, el antiguo profesor ahogaba en el alcohol el remordimiento que sentía por su vida fracasada. Su mujer, con su orgullo exacerbado por el infortunio, trataba de ocultar a los ojos del mundo la lamentable miseria de su hogar. Remendaba, lavaba y arreglaba la casa durante todo el día. Frente a la población provinciana, feroz y hambrienta de chismes, María representaba la comedia de la dignidad satisfecha y del bienestar conyugal. Mientras tanto, su marido —ocioso, vencido, charlatán— se arrastraba desde la mañana hasta la noche por la población... Fue en casa del comandante Bielijov donde se encontró con Dostoyevski. Los dos hombres simpatizaron bastante misteriosamente. ¿Qué atractivo podía encontrar Fiodor Mijailovich en la compañía de este borracho? ¿Le compadecía quizá? Pero también es probable que adivinase en él un magnífico material para sus novelas. De este borrachín lagrimeante —que peroraba durante horas enteras sobre el destino humano, sobre las enseñanzas de Cristo, sobre el bien y el mal y sobre la cultura y la barbarie— se acordará Dostoyevski para describir la inolvidable figura de Marmeladov en *Crimen y castigo;* Marmeladov, el funcionario despedido, cuya mujer está tísica, cuya hija se prostituye, y que bebe para alcanzar los últimos límites de la pena:



María Dimitrievna Isaieva, mujer de carácter dulce y tierno, atrajo el interés del escritor desterrado, un interés que acabaría convirtiéndose en amor.

«¿Crees, mercader, que tu media botella me ha aliviado?... Es tristeza, tristeza lo que he buscado en el fondo de este vaso, tristeza y lágrimas...»

Así como Marmeladov lleva a su casa al estudiante Raskolnikov, Isaiev presenta Dostoyevski a su mujer. Pero la entrevista fue más cordial que en la novela. A la señora Isaieva le encantó conocer a un hombre mundano, con quien podía hablar de literatura, recepciones, política y del baile del chal.

Sintió amistad por el soldado Dostoyevski, se compadeció de sus penas y le demostró su afecto. Sin embargo, según la opinión del mismo Vrangel, no se enamoró verdaderamente de él:

«Ella sabía —escribe Vrangel en sus *Memorias*— que era epiléptico y pobre; y decía que no tenía ningún porvenir.»

¿Cómo este soldado de línea, de rostro basto, cutis bilioso y cabellos cortos, hubiera podido seducir a una criatura que sólo soñaba con lujosos ambientes y «galanterías a la francesa»?

Por el contrario, Dostoyevski quedó definitivamente conquistado por María Dimitrievna. Era la primera vez que una mujer le escuchaba hablar con aquel aire de ternura vagamente sensual. Era la primera vez que una mujer le contestaba en tono dulce, retardado, como de cómplice. Ambos eran seres magullados por el destino, perdidos para el mundo. Los sueños de ambos se habían fundido ante una realidad sin alegría. Para los dos, el porvenir no significaba nada. Dostoyevski creyó que la compasión de la señora Isaieva era un amor naciente.

Sin embargo, no se atrevía a declararse a la mujer de su amigo. Pero multiplicaba sus visitas, las atenciones y las alusiones. Pronto se estableció entre ellos una amistad emocional y desesperada. Esta renunciación voluntaria exasperaba el deseo del escritor. Apenas dormía. No trabajaba. Todos los días, el barón Vrangel aguantaba las apasionadas confidencias de su compañero. Dostoyevski le suplicaba que le acompañara a casa de los Isaiev.

«Pero aquel ambiente no me era simpático —escribe Vrangel— a causa del marido.»

La señora Isaiev tenía un hijo de ocho años, Pavel, al que llamaban familiarmente «Pacha». Era un chiquillo negro y vivo como un mono. Dostoyevski aceptó darle clases, lo que fue un nuevo pretexto para las entrevistas con la madre.

¡Ah! ¡Si estuviera libre! ¡Si estuviera libre!... Se embriagaba con proyectos absurdos, se desolaba, se negaba a oír los sabios consejos de Vrangel, y afirmaba que jamás en la vida amaría como amaba entonces.

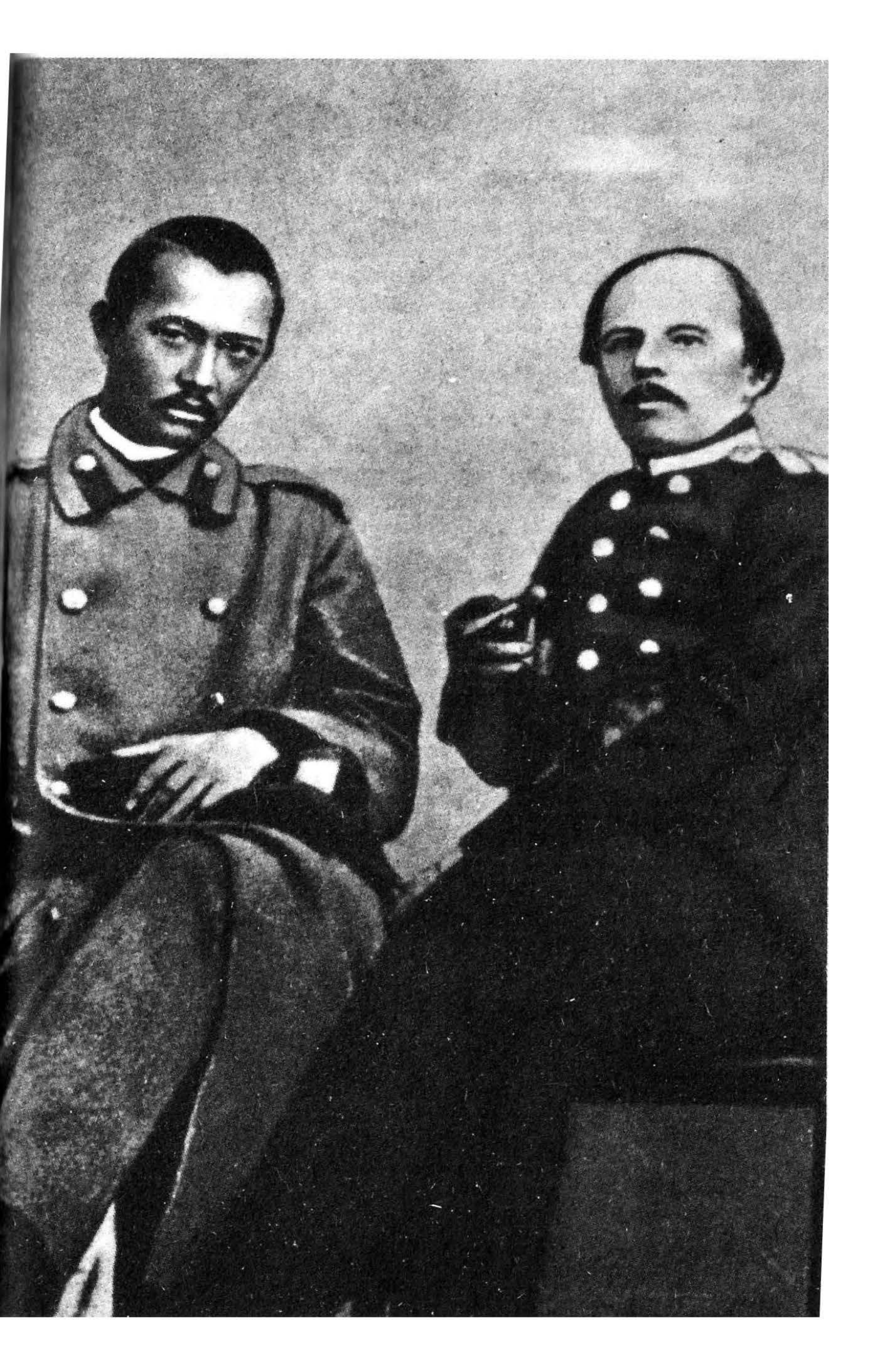
Poco a poco, María Dimitrievna se dejaba conquistar por el ardor de su pretendiente de basto uniforme. La envanecía este homenaje, la turbaba y hasta se mostraba tímida. Volvía a encontrar un poco de la exaltación que había conocido en los bailes de su juventud. Una febril impaciencia la consumía. Los dos enamorados se agotaban con la espera, se embriagaban con su nobleza, vivían una especie de novela enfermiza y silenciosa, cuyo desenlace les parecía imposible.

El 12 de marzo de 1855, el ayuda de campo Ajmatov llegó a Semipalatinsk portador de un sensacional mensaje: el emperador Nicolás I había fallecido el 18 de febrero del mismo año, a las doce y veinte de la tarde.

La población musulmana de Semipalatinsk acogió con indiferencia esta noticia. Pero los «funcionarios intelectuales», quienes en su mayoría habían padecido con el régimen, exteriorizaron una gran agitación. Se hablaba de la dulzura iluminada, de la inteligencia humanitaria del nuevo emperador. Se sopesaba la importancia de las próximas reformas. Fiodor Mijailovich recobraba la esperanza.

Fue con Vrangel al funeral celebrado en honor de aquel que le había mandado a Siberia. En la iglesia, en torno a Dostoyevski, los rostros

Fiodor Dostoyevski en 1858. ▶



afectaban una gran expresión de dolor. «Pero —comentaba Vrangel— nadie lloraba.»

Desde los primeros días del verano, el calor se hacía insoportable en Semipalatinsk. La arena quemaba los pies a través de las suelas. La temperatura era de 40 °C.

El barón Vrangel decidió alquilar una casa de campo —la única casa de campo de la región— que se hallaba en los alrededores de la ciudad. Se llamaba «El Jardín de los Cosacos». Era un gran edificio de madera, de techo roto y suelo hundido, pero situado en un inmenso parque adornado de fuentes vivas y estanques. Una pradera descendía en suave cuesta hasta las orillas del Irtich.

Dostoyevski y Vrangel decidieron plantar flores a lo largo de las avenidas.

«Conservo —escribe el barón Vrangel— un recuerdo muy exacto de Fiodor Mijailovich, cuando me ayudaba a regar los nuevos brotes. Estaba sudando; se había quitado el capote de soldado; sobre la piel no llevaba más que una blusa cuyo color rosa estaba ajado por haberla lavado mucho; en su cuello se balanceaba una cadenita, de basta labor, traída no sé de dónde, y formada por perlitas de cristal azul. De ella colgaba un curioso y pequeño reloj plateado en forma de media luna.»

Los dos amigos llevaban una vida apacible en «El Jardín de los Cosacos». Se bañaban, fumaban, leían periódicos viejos y montaban a caballo. Pero Dostoyevski era un mal jinete y se reía él mismo de su torpeza.

Trataron también de amaestrar a las culebras que pululaban en la terraza. Las alimentaban con leche. Las acostumbraban a no temer la presencia humana.

Un día, unas señoras de Semipalatinsk fueron a visitar a los «gentileshombres-campesinos» y, al verlos rodeados de serpientes, huyeron espantadas. En lo sucesivo, ningún intruso se atrevió a aventurarse hasta aquel retiro.

Mientras tanto, las semanas transcurrían y la pasión de Dostoyevski por María Dimitrievna no dejaba de aumentar. Iba con frecuencia a casa de los Isaiev, y «cada vez volvía de allí en una especie de éxtasis».

Se piensa involuntariamente en las veladas que solía pasar Fiodor Mijailovich años antes en el salón de los Panaiev. La señora Panaieva, como ahora María Dimitrievna, tenía para él un inaccesible atractivo. Ambas eran casadas. Las dos le recibían en sus casas. A las dos las amó con la certeza de no poder llegar a ser jamás su amante.

Conocemos mal la vida sexual de Dostoyevski hasta su regreso a Rusia. ¿Era un ser frígido? ¿Era apasionado? Chukovski, interrogado sobre este particular por la señora Kachina-Evreinova, le contestó:

«Para mí es completamente cierto que Nekrasov y Dostoyevski no podían pasarse sin mujeres ni siquiera una semana.»

Sin embargo, el doctor Yanovski, el amigo de Dostoyevski en su juventud, afirma:

«Nunca le oí decir que estuviera apasionadamente enamorado de alguien, ni siquiera que amase a una mujer.»

Y Riesenkampf escribe en sus *Memorias:*

«Le eran indiferentes las mujeres, casi sentía antipatía por ellas.»

En realidad, a Dostoyevski no se le ha conocido ninguna relación con mujeres antes de su matrimonio. Parece ser que su instinto sexual se desarrolló bastante tarde. Este hombre enfermo, nervioso e imaginativo, admiraba de lejos a las mujeres, las temía oscuramente, las deseaba quizá, pero se reprochaba casi su deseo.

Las heroínas de sus primeras novelas, excepto Nietochka, son pálidas y literarias. Les falta carne, sangre, presencia. Son de un hombre que no ha *amado.*

Este extraño aplazamiento, esta complacencia por las situaciones turbias, por los afectos pasajeros, por las *insatisfacciones* sensuales, caracterizan toda la juventud de Dostoyevski. Este impaciente busca el tormento de la espera, este casto se deleita rozando el adorable peligro del pecado. Lo mismo que sus héroes, acepta vivir para lo imposible.

De todos modos, el desenlace del extraño idilio de Fiodor Mijailovich tuvo lugar antes de lo que él esperaba.

Le habían conseguido a Isaiev el puesto de adjunto al Tribunal de Kuznietz. Kuznietz era un burgo situado a setecientas *verstas* de Semipalatinsk. La separación era inevitable. Esta noticia desconsolaba a Dostoyevski. «¡Y ella lo ha aceptado sin protestar; esto es lo que me indigna!», gemía.

Desesperado y furioso, paseaba por la habitación como un sonámbulo. De vez en cuando, se detenía para explicarle al barón Vrangel que su vida estaba arruinada y que sólo deseaba la muerte. Luego, volvía a dar sus siniestros paseos.

Vrangel trató de consolarle, pagó las deudas de los Isaiev y se ocupó de organizar su partida. Vrangel y Dostoyevski iban a acompañar a los viajeros «un trecho del camino» en su berlina. Los Isaiev, que no tenían bastante dinero para pagar un coche cómodo, habían alquilado una pequeña *tieliega* descubierta.

El día fijado, el barón Vrangel invitó al maestro y a su mujer a tomar un champaña de despedida, y aprovechó la ocasión para emborrachar copiosamente al desdichado Isaiev. Después de esto, le propuso que subiera con él a la berlina, lo que aceptó inmediatamente el borracho, que apenas podía tenerse en pie. En cuanto a Fiodor Mijailovich, se instaló en la *tieliega* entre María Dimitrievna y «Pacha». Esta solución contentó a todos.

Los dos coches avanzaron lentamente. Isaiev se había dormido sobre el hombro del barón Vrangel. Fiodor Mijailovich y María Dimitrievna se hablaban en voz baja. La noche de mayo, clara y perfumada, pesaba apenas sobre las copas de los pinos. Un claro de luna lechoso alargaba la carretera. Y la tranquila belleza del decorado añadía más tristeza a los que la contemplaban. Finalmente, el convoy se detuvo al borde del camino. Había llegado la hora de la separación.

El borracho roncaba en su rincón. El pequeño Pavel farfullaba en sueños. María Dimitrievna y Dostoyevski se arrojaron uno en brazos del otro. Lloraban, se persignaban, juraban no olvidarse, escribirse...

El barón Vrangel cogió al marido por debajo de los brazos, y lo arrastró desde la berlina a la *tieliega,* sin que aquél abriese los ojos. María Dimitrievna y «Pacha» subieron junto al borracho. El cochero fustigó a los caballos, y la *tieliega* se perdió en una nube de polvo. Aquello había terminado.

Mientras tanto, Dostoyevski permanecía inmóvil en medio de la calzada, con el rostro inclinado hacia el suelo, y las lágrimas le corrían por sus mejillas grises. Vrangel se acercó a su amigo, le cogió la mano y le llevó, sin decir palabra, a la berlina.

Los dos compañeros no regresaron a Semipalatinsk hasta las primeras claridades del alba. Dostoyevski se encerró en su habitación y paseó de un lado a otro hasta la mañana. Después, se fue al campamento de verano para hacer la instrucción. Al regresar, se acostó sin comer y sin beber y se puso a fumar pipa tras pipa mirando fijamente al techo.

El 4 de junio, Dostoyevski escribió a la señora Isaieva:

«Si supiera usted hasta qué punto me siento solo aquí... En verdad, esto me recuerda el momento en que me detuvieron, en 1849, y me enterraron vivo en una celda, habiéndome arrancado previamente de todo lo que me era amable y alegre. ¡Me había acostumbrado tanto a usted! Nunca consideré nuestra amistad como una amistad corriente, pero, ahora que me veo privado de usted, comprendo muchas cosas de mí mismo. He vivido cinco años fuera de la sociedad, solo, no teniendo ni siquiera a quién abrir mi corazón. Usted, en cambio, me acogió como a uno de los suyos... ¡Cuánto les hice sufrir con mi carácter agriado! Y, sin embargo, ustedes me amaban los dos. Comprendo todo esto, lo siento, no carezco de corazón. Es usted una mujer asombrosa, posee un alma excepcional, de una bondad infantil. Ha sido usted mi hermana. El solo hecho de que una mujer me haya alargado la mano marca una fecha en mi existencia. Por la noche, en las tinieblas, a la hora en que antes me confiaba a usted, me invade una tristeza tal que, si me fuera fácil llorar, lloraría, y seguramente no me juzgaría usted ridículo. Ahora vivo completamente solo. No sé dónde meterme. Aquí todo me aburre. ¡Qué vacío!...»

Y la verdad es que Dostoyevski pierde todo entusiasmo por el trabajo; pierde la alegría e incluso el sentido común. Bajo el pretexto de que Vrangel está enamorado de una mujer de treinta y cuatro años, madre de seis hijos, y que vive a cuatrocientas *verstas* de Semipalatinsk, compara su suerte con la de su amigo. Se lamenta de este doble infortunio. Interpreta los menores sueños de los dos. Experimenta temores y alegrías injustificados. Busca talismanes. Termina incluso por visitar a una vidente que predice el porvenir por medio de unas judías.

Las noticias de Kuznietz eran malas.

María Dimitrievna se quejaba de su soledad, de su pobreza, de la inveterada borrachera de su marido, de los chismes de la pequeña ciudad... Su único placer consistía en charlar con el nuevo amigo de Isaiev, un joven y encantador maestro, serio y bueno.

A Dostoyevski le torturan unos celos absurdos. ¿Quién es este joven maestro? ¿Ama ella realmente a este desconocido? ¿Ha olvidado el

pasado? Las cartas llegan a ser como libros. Dostoyevski sólo vive esperando el correo. Pierde el apetito. Adelgaza. Padece ataques nerviosos.

El barón Vrangel decide ayudarle y organiza una entrevista con la señora Isaieva en Zmiev, pequeña ciudad situada a mitad de camino entre Semipalatinsk y Kuznietz.

Avisan a María Dimitrievna mediante una carta la fecha y el lugar de la cita.

Pero las autoridades militares prohibían a los soldados viajes de tal importancia. El barón Vrangel usó, pues, de un subterfugio. Contó por todas partes que Dostoyevski había sufrido un ataque epiléptico, y que necesitaba quedarse en casa todo el día para reponerse. El médico del regimiento, Lamotte, que formaba parte del «complot», confirmó la declaración del joven. El criado Adán recibió la orden de cerrar los postigos y de prohibir la entrada a quien fuese. Y a las diez de la noche, cuando todas las luces estaban apagadas, la berlina de Vrangler llevó a los dos amigos a Zmiev.

«No rodábamos, sino que volábamos como el huracán —escribe Vrangel—, pero mi pobre amigo Fiodor Mijailovich no se daba cuenta de ello. Aseguraba que avanzábamos a paso de tortuga y no dejaba de meterle prisa al cochero.»

¡Ay! En lugar de la señora Isaieva, Dostoyevski y Vrangel no hallaron en Zmiev más que una carta suya. Se disculpaba por no poder acudir a la cita. Pero su marido estaba gravísimo y ella no podía separarse de él.

El regreso fue siniestro: trescientas *verstas* recorridas en veintiocho horas apenas, arriesgándose a ser declarado desertor, y todo esto para nada. Afortunadamente, nadie se había dado cuenta de la ausencia de ambos amigos.

Sin embargo, el barón Vrangel no pierde el ánimo. Poco tiempo después, pide autorización para marcharse con Dostoyevski a pasar unos días en Zmiev, «en casa de unos amigos ingenieros». Le conceden el permiso. El ayuda de cámara de Vrangel le confecciona a Dostoyevski una levita de corte elegante. Es la primera vez que el ex presidiario viste un traje civil. Los dos amigos se ponen en camino, con la certeza de que sus esfuerzos serán recompensados.

De nuevo la noche clara, la calzada llana, sin huellas y sin guijarros. La *troika* se desliza en un paisaje de sueño. De pronto, a cinco *verstas* de la ciudad, divisan una aurora sangrante en el cielo. Los campesinos están quemando la hierba de otoño. El fuego arde como una ola luminosa, escupe chispas, serpientes y estrellas ardientes que vuelven a caer muy lejos y prenden otros incendios. Los caballos se espantan y pasan al galope delante de la hoguera.

Por fin, llegan a las minas de plata de Zmiev. Las casitas de los obreros rodean la fábrica. Más allá, las villas de los ingenieros y de los altos funcionarios. Y, al fondo, el río.

En cuanto llegan, Dostoyevski escribe a María Dimitrievna rogándole que se reúna con él lo más pronto posible.

Pero transcurren cinco días sin que María Dimitrievna dé señales de vida.

Es preciso regresar a Semipalatinsk. Es preciso volver a la monótona vida del cuartel. Es preciso esperar. Esperar. Esperar siempre. Dostoyevski tiene los nervios agotados.

El 14 de agosto de 1855, Fiodor Mijailovich recibe por fin carta de Kuznietz. El marido de María Dimitrievna ha muerto, tras una larga enfermedad. Ella cuenta lo que fue aquella agonía y aquel entierro miserable. No poseía bastante dinero y tuvo que pedirlo prestado en casa de unos amigos para costear el coche fúnebre de los pobres. Un desconocido le había enviado tres rublos. Y ella había aceptado la limosna.

Dostoyevski está aterrado. Sentía verdadera simpatía por el borracho. Y, sin embargo, un extraño alivio y una asquerosa y mezquina alegría se despiertan en su alma. Ha caído el último obstáculo. María Dimitrievna es libre. Podrá casarse con él. Apenas formulado este pensamiento, le embarga la indignación. Piensa que se burló con frecuencia del desdichado y que a menudo maldijo su presencia en la casa. ¿Habrá quizá deseado secretamente su muerte? Lo cierto es que la muerte ha llegado. Lo mismo que llegó una vez para el padre de Fiodor Mijailovich. Y de nuevo se siente responsable. De nuevo es culpable, con una culpabilidad al margen de todas las leyes.

Vrangel se halla con una misión en Biesk. Dostoyevski le escribe una carta enloquecida para rogarle que le envíe algún socorro a la señora Isaiev, y le ruega que finja obrar por propia iniciativa:

«Le devolveré a usted ese dinero, naturalmente, pero no muy pronto... Sólo que no quiero que me lo agradezcan cuando no me lo merezco, puesto que he cogido el dinero en el bolsillo de otro, con la intención de devolverlo, es cierto, pero en un plazo indeterminado.»

Suplica a su amigo que añada algunas palabras al envío de la cantidad, cuidando no herir el ulcerado orgullo de la viuda:

«Hay que tener mucho cuidado con una persona que os debe algo. María Dimitrievna es susceptible. Siempre tiene la impresión de que la tratan desatentamente y que con una especie de familiaridad se trata de hacerle pagar el favor que se le ha hecho.»

«Le he contestado que los 25 rublos eran envío de usted y no mío —le escribió más adelante a Vrangel—. ¡Ah! ¡Dios mío, qué mujer!... Es lástima que usted la conozca tan poco...»

La esperanza de un próximo desenlace exaspera aún más su amor. Se lo cuenta a su hermano Mijaíl:

«Escúchame bien, amigo mío. Hace mucho tiempo que quiero a esta mujer y sé que ella puede amarme. No sabría vivir sin ella, y, en cuanto mejoren un poco mis condiciones, nos casaremos. Sé que no se negará.» Algunas semanas más tarde, afirmó:

«A distancia, nos hemos hecho promesas, juramentos. Me ama y me lo ha demostrado.»

En realidad, la desdichada nunca estuvo más indecisa que en el momento en que le prometía su mano. Sin apoyo y sin recursos, le conmueve la activa compasión de Dostoyevski. Pero no le ama. Es pobre.

Está enfermo. Entonces, las buenas lenguas de Semipalatinsk enteran a Fiodor Mijailovich de que la señora Isaieva piensa casarse con otro. Y, en efecto, Dostoyevski nota en el tono de las últimas cartas de su «novia» cierta reticencia que le espanta.

«¿Qué hacer —le escribe María Dimitrievna— si se presentase un hombre de cierta edad, con buenas cualidades, una colocación segura y me pidiese en matrimonio? ¿Qué contestar?»

Le pide consejo como a un amigo. Esta maniobra sutil desarma a Dostoyevski.

No puede, sin ser considerado egoísta, obligar a María Dimitrievna a que rompa con este hombre honorable y adinerado para casarse con él, el ex presidiario, el soldado, el desecho. Pero no puede admitir tampoco que ella se decida a casarse con otro, ya que le ama a él, puesto que a pesar de todo sigue amándole.

María Dimitrievna no ha vislumbrado por su propia voluntad la posibilidad de esta unión con un extraño. Son las comadres provincianas las que le han instado a ello. Se han aprovechado de su ausencia, Dostoyevski está seguro de ello. Han explotado la debilidad de la viuda. Y no puede defender su suerte junto a ella más que con algunas líneas escritas sobre una hoja de papel.

Cada minuto, cada segundo puede fijar ahora su destino, y él está allí, solitario, impotente, privado de recursos, entre gente que no le comprende. Sin embargo, sabe muy bien que no sobrevivirá a una ruptura definitiva.

Vrangel ha regresado a San Petersburgo.

«Me moriré si pierdo a mi ángel —le escribe Dostoyevski—. O bien me arrojaré al Irtich. Tengo derechos sobre ella, derechos, ¿entiende usted?... Por el amor de Dios, escríbale usted una carta a Kuznietz, explíquele claramente, minuciosamente, todas mis esperanzas. Sobre todo, si cabe confiar en mi porvenir. Dígale todos los detalles del asunto, y ella pasará rápidamente de la desesperación a la confianza... Pero, ¿quizá no sepa usted cómo escribirle? Es muy fácil. Mire: "Fiodor Mijailovich me ha transmitido su saludo... Como sé que usted participa en todo lo que se refiere a él, me apresuro en alegrarla: hay tan buenas noticias, tales esperanzas para él..."»

¡Ah!, si pudiera por lo menos lograr graduación en el ejército. Suplica a Vrangel que interceda en favor suyo. Mientras espera, envía a la señora Isaieva una carta loca, en la cual alternan las amenazas con las humildes quejas y las protestas de amor. Después de dos años de pasión muda y diez meses de separación, no puede pasarse sin ella. Conseguirá una amnistía. Abandonará los poblados siberianos. Escribirá. «Puedo incluso publicar de incógnito.» Ganará dinero, mucho dinero. Les sacará de la miseria, a ella y a su hijo.

La respuesta de la señora Isaieva le tranquiliza un poco. Ella le asegura que había querido sencillamente «probar» el amor de Fiodor Mijailovich porque estaba celosa. Fiodor Mijailovich no puede contener su alegría: se enternece, se acusa de brutalidad, vuelve a recobrar la esperanza...

La calma dura poco. En las cartas siguientes, María Dimitrievna le habla del joven maestro que su marido le presentó. Alaba su carácter y su inteligencia. En cuanto a ella, «no puede hacer feliz a un hombre». Fiodor Mijailovich y ella son «dos desventurados» y, seguramente, «sería mejor tanto para el uno como para el otro...».

Dostoyevski, exasperado, se juega el todo por el todo. Una vez pone el pretexto de una enfermedad para evadirse de Semipalatinsk, pero se ve obligado a retroceder. Consigue por fin un permiso legal. Y el encuentro tiene lugar.

María Dimitrievna se retuerce las manos, solloza, implora al Señor, pero termina confesando que está enamorada del joven maestro Viergunov. Dostoyevski ataca a su rival para defender su propio deseo. Ella tiene veintiocho años; él, veinticuatro. Ella es una mujer de valía, instruida, comprensiva. El es un muchacho de Siberia, apenas instruido, mal retribuido, ingenuo y vanidoso como un pavo. ¿Es éste un marido que pueda convenir a María Dimitrievna? ¿La comprenderá? ¿Será bastante fuerte para protegerla? La juventud de este hombre inexperimentado es su único adorno. ¿Y más tarde?... ¿No sufrirá con su grosería? ¿No echará de menos el afecto de este otro que se encuentra ante ella implorándola que reflexione por última vez?

María Dimitrievna se halla desamparada. Esta calurosa defensa la enternece, casi la seduce. Murmura: «No llores, no te entristezcas, no me he comprometido todavía... Tú o ningún otro.»

Dostoyevski vuelve a animarse y va a buscar al seductor. Viergunov no se muestra a la altura de la situación. Desde las primeras palabras, se echa a llorar. «Llorar, eso es lo único que sabe hacer», escribirá Dostoyevski.

Al cabo de dos días, después de convencer a la joven pareja, Fiodor Mijailovich regresa a Semipalatinsk. Desde allí envía a ambos una patética misiva insistiendo en su punto de vista. Pero los dos enamorados han vuelto a ponerse de acuerdo, y poco más tarde recibe una indignada contestación de María Dimitrievna y una carta de Viergunov llena de injurias.

«Me ha ocurrido lo mismo que al Gil Blas del arzobispo de Granada, cuando dijo la verdad», anota Dostoyevski con melancolía.

Todo está perdido. Acepta su derrota con cierta delectación tétrica. De nuevo, llega al fondo del infortunio. De nuevo, se ve precipitado en la noche. Es en aquel momento cuando nace en él la idea del sacrificio total.

No puede ser el marido de esta mujer, pero aún puede vigilar su felicidad.

Se exalta pensando en esta caballeresca actitud. Se inventa una misión sagrada de ángel de la guarda. Le rechazan, ¡pues bien!, asombrará al mundo por su clemencia y por la delicadeza de su corazón. Desde ahora es el amigo de estos dos seres que le han herido. Inicia las gestiones necesarias para colocar al hijo de la señora Isaieva en el cuerpo de cadetes, en Siberia. Alerta a sus amigos de Omsk y de San Petersburgo para que activen la concesión de un socorro a la joven viuda. Di-



Soldados de la caballería rusa del siglo XIX. *Biblioteca Nacional, París.*

rige una súplica inverosímil al barón Vrangel: le pide «de rodillas» que procure una plaza mejor y con más sueldo al futuro marido de María Dimitrievna.

«¡Todo esto lo hago por ella, sólo por ella!... ¡Con tal de que no se vea en la miseria!... Puesto que se casa con él, es preciso por lo menos que tengan dinero... Ahora, me resulta más querido que un hermano; no es pecado pedir para él lo que sea, ¡se lo merece!...»

De esta compasión del amante traicionado por su rival, hace Dostoyevski el tema principal de *Humillados y ofendidos.*

«Te he traicionado y me has perdonado todo —dice la heroína—; y sólo piensas en mi felicidad...»

Asimismo, el príncipe Mishkin de *El idiota,* aunque ama a Nastasia Filipovna, la deja irse con Rogojin y sostiene con su rival amistosas relaciones.

Parece que la aventura ha terminado virtualmente para Dostoyevski, lo mismo que para sus héroes.

Pero un golpe teatral vuelve a poner en pie la cuestión. El 20 de octubre de 1856, Fiodor Mijailovich es nombrado alférez. Este ascenso

le asegura un puesto honorable, una paga normal y, sobre todo, la posibilidad de una amnistía total y el regreso a Rusia. Dostoyevski recobra las esperanzas y renueva su petición de matrimonio.

El 24 de noviembre consigue un permiso para hacer un viaje a Kuznietz. Llega en magnífica disposición de ánimo, trastornado por la alegría y seguro de su éxito. Defiende su causa. Cita cantidades y fechas. María Dimitrievna se contagia de este entusiasmo. Están hechos el uno para el otro. No pueden dejar de casarse. ¿Pero dónde encontrarán dinero? Necesitan por lo menos 600 rublos. Dostoyevski tiene un plan. Apenas de vuelta en Semipalatinsk, le escribe a Vrangel:

«Si una *circunstancia* no me lo impide, estaré casado antes de Carnaval. Usted sabe con quién. Hasta ahora, me ama. Me ha dicho que sí... No tardó en perder la ilusión por su nueva chifladura. Lo supe ya este verano por sus cartas... ¡Oh! ¡Si supiera usted qué mujer es!... No tengo un céntimo. Según los cálculos más exactos y más rigurosos, necesito en total 600 rublos de plata. Tengo la intención de pedírselos prestados a K... [Kovriguin]. Pero, con el próximo correo, escribo a Moscú, a mi tío, que es rico y más de una vez ha ayudado a mi familia, y le pido 600 rublos de plata. Si me los da, se los devolveré en seguida a K.»

Para tener la seguridad de conseguir de su tío los 600 rublos, Dostoyevski decide pedir a su hermana Varvara que interceda por él:

«Amiga mía, hermana mía, no objetes nada, no te entristezcas por mí, no puedo dejar de hacerlo. Es, sin duda alguna, la mujer que me conviene. Tenemos la misma instrucción y nos comprendemos... Tengo treinta y cinco años; ella, veintiocho... Ya sé que tu primera pregunta, como corresponde a una buena hermana que ama a su hermano y se preocupa de su suerte, será: "¿De qué vivirás?", pues, indudablemente, mi sueldo no bastará para los dos... Ya me las arreglaré. Conozco a un hombre rico y bueno con el que sostengo una excelente amistad; pienso pedirle un préstamo... Pero es preciso devolverle ese dinero. Por eso tengo la intención de dirigirme a mi tío, escribirle, contárselo todo y pedirle 600 rublos... Te enviaré por correo la carta. Te lo lo suplico, entrégasela tu misma *cuando esté de buen humor* y explícaselo todo.»

El 23 de enero de 1857, el capitán Kovriguin, empleado en la fábrica de Loktevsk, envió los 600 rublos que Dostoyevski le había pedido prestados.

El 27 de enero, éste consiguió un permiso de dos semanas para ocuparse de los preparativos de su matrimonio. Escribe a su hermano pidiéndole que le mande ciertas cosas indispensables: un vestido, un sombrero, mantilla de terciopelo, pañuelos de batista fina (media docena) y dos gorritos, con cintas azules a ser posible. Siente que sus hermanos, hermanas, tías y tíos estarán de acuerdo en desaprobar esta unión. Pero no le importa. Antes de la ceremonia va a casa de un médico, que le tranquiliza plenamente sobre su estado de salud.

Por fin, el 6 de febrero de 1857, en la iglesia ortodoxa de Kuznietz, el alférez Dostoyevski se casa con María Dimitrievna Isaieva.

Inmediatamente, el joven matrimonio se pone en camino hacia Semipalatinsk, donde Dostoyevski debe reintegrarse al servicio.

Pero la tensión nerviosa de estos días ha sido demasiado fuerte. Las bruscas alternativas de esperanza y de desconsuelo, las dificultades y la prisa han agotado el organismo del escritor. Durante un desfile en Barnaul, sufre un terrible ataque epiléptico. Y María Dimitrievna, la recién casada, asiste a la insoportable escena.

Dostoyevski, vencido por la enfermedad, se retuerce entre estertores, mueve las manos como un demente... De la boca, contraída, sale una espuma amarilla. Una repentina contracción le aprieta la garganta. Se ahoga. Está a punto de morir. Y ella espera ante él helada de miedo y asco.

¿Cómo podrá amar a este ser misterioso que, de pronto, se convierte en un animal, nada más que un animal? Su primer matrimonio la había atado a un borracho, que regresaba a casa despeinado, sudando, vacilante, que olía a vino y vomitaba a escondidas; su segundo matrimonio la vincula a este enfermo que rueda por el suelo, aúlla y se asfixia como un poseído. También esta vez su luna de miel termina en una repugnante farsa, y sus tímidos sueños se desvanecen ante la repulsiva realidad.

Un médico, llamado con urgencia, declara sin disimulos que se trata de un ataque epiléptico y le ordena un prolongado reposo.

La pareja pasará cuatro días en Barnaul, en casa de un amigo complaciente. Dostoyevski se siente abrumado por su nuevo infortunio. Sin saberlo, ha engañado a su mujer. Creyendo salvarla de una existencia miserable, le ha impuesto una vida aún más miserable; ha matado toda esperanza de amor entre ellos y, sin embargo, tendrán que vivir juntos, soportarse, mentir y fingirse afecto.

María Dimitrievna es demasiado orgullosa para reconocer ante los demás su error.

«No sólo —escribe a su hermana— mi marido, tan bueno, tan inteligente y tan enamorado de mí, me ama y me mima, sino que también sus parientes me respetan.»

El 20 de febrero de 1857, Dostoyevski y su mujer regresan a Semipalatinsk. Inmediatamente, es preciso buscar un piso, procurarse dinero y organizar la vida matrimonial. En esto, María Dimitrievna cae enferma de agotamiento. Para colmo de mala suerte, anuncian una revista del general de brigada. Toda la ciudad está en conmoción. Pero, poco a poco, renace la calma. María adorna el alojamiento de Dostoyevski, crea un ambiente de confort en torno a este ser que ha conocido todas las miserias, seduce a la pequeña ciudad de Semipalatinsk y termina organizando en su casa una especie de salón literario, donde incluso se habla el francés.

A finales de mayo, Fiodor consigue un permiso de ocho semanas por motivos de salud, y se instala en los alrededores de Semipalatinsk.

Mientras tanto, su hijastro Pavel ha sido admitido en el cuerpo de cadetes de Omsk. El matrimonio vive modestamente. El ordenanza Vasili asume las funciones de cochero, lacayo y cocinero. Dostoyevski descansa, engorda un poco y sólo piensa en su futura obra.

8. El escritor soldado

En Semipalatinsk, durante el primer año de su servicio, la vida militar impide a Dostoyevski dedicarse a su obra. Más tarde, su amor por María Dimitrievna ocupa exclusivamente su espíritu. Escribe poco y a disgusto:

«Amigo mío, he estado tan trastornado durante este último año, y tan torturado, que me era imposible trabajar.»

Esta afirmación parece excesiva, puesto que continúa tomando notas para *La casa de los muertos* y piensa en una novela cómica:

«Estoy componiendo una novela cómica, pero hasta ahora sólo he escrito episodios sueltos.»

En 1855, Dostoyevski rima laboriosamente una oda sobre la muerte de Nicolás I, que le condenó a trabajos forzados. Dirige el poema a la emperatriz Alejandra Fiodorovna:

Todo ha terminado... El no existe ya. Le venero tanto,
que no me atrevo a pronunciar su nombre con mis labios
pecadores.
Testigos de su reinado serán sus obras inmortales.
Como una tierra huérfana, Rusia ha prorrumpido en sollozos.
Presa de temor y de horror, se ha quedado inmóvil como
un témpano.
Pero tú, tú sola, has perdido más que todos los demás...

Hay un centenar de versos en el mismo tono. Este enfático trabajo fue seguido, en 1856, de un segundo poema, esta vez en honor de la coronación de Alejandro II.

Hacia ti, fuente de todas las clemencias,
fuente de santa humildad,
se elevan las oraciones del pueblo ruso...

Veremos más adelante cuál fue la suerte de estas súplicas disimuladas.

En la espera, Dostoyevski se dedica a diversos proyectos, como escribir un artículo sobre el arte y dedicárselo a la princesa María Nikolaievna, presidenta de la Academia Artística. Esta alta protección hubiera bastado con toda seguridad para vencer los rigores de la censura: «Quiero pedir autorización para dedicarle mi ensayo y publicarlo anónimamente.»


J. L. Charmet

La subida al trono imperial ruso de Nicolás II —que en este retrato aparece junto a la zarina Alejandra Fiodorovna y sus tres hijas mayores, Olga, Tatiana y Marija— permitió concebir a Dostoyevski nuevas esperanzas de perdón.

En realidad, pronto abandona esta idea por otra: *Las cartas provincianas,* que pretende ser una crítica literaria de autores contemporáneos. Para ello, se dedica a ponerse al corriente de las últimas obras publicadas.

«Turgueniev me gusta por encima de todo —escribe a Maikov—, pero es lástima que un talento tan grande se descuide tanto. Me gusta mucho L. Tolstoi, pero me parece que no escribirá mucho (después de todo, puedo equivocarme)... Nuestras mujeres de letras escriben... como mujeres de letras, es decir, de un modo inteligente y amable, pero se apresuran demasiado en decir lo que sienten. Por favor, explíqueme us-

ted por qué una mujer de letras nunca es una artista exigente consigo misma.»

Dostoyevski se ve obligado a abandonar el proyecto de *Las cartas provincianas* porque carece de materiales: no hay periódicos y hay pocos libros. «Así es —escribe a su hermano— como muere todo en mí: mis ideas, mi carrera literaria...»

Piensa editar también una revista y componer una novela sobre la vida siberiana. Pero, mientras tanto, Mijaíl se ha acordado de una novela corta que Dostoyevski había escrito hacía ocho años, en el revellín de Alexis: *El pequeño héroe*.

Dostoyevski no estaba satisfecho de su trabajo y, en la primera carta que dirigió a su hermano después de salir de presidio, le había rogado que no enseñara a nadie el manuscrito. Mijaíl pasó por alto esta prohibición y, cuando juzgó que había llegado el momento de probar suerte, presentó el texto de *El pequeño héroe* a *Los Anales de la Patria*. En seguida le comunicó su gestión a Fiodor Mijailovich y esperó ante sus reproches. Pero, con la sola palabra «publicación», había perdido Dostoyevski toda lucidez crítica.

¿Sería posible que, al cabo de ocho años, fuera a leer su prosa impresa, volver a entrar en el mundo de las letras y reanudar el contacto con el pasado?... Un alud de preguntas cae sobre su hermano y sobre el varón Vrangel:

«¿Por qué no han publicado aún mi cuento infantil? ¿Han negado la autorización? Dime, por favor (te lo suplico), ¿han pensado seriamente en imprimirlo? Y, si es éste su propósito, ¿por qué no lo han hecho ya? Y, si no lo han intentado, ¿por qué no lo intentan? Reconoce conmigo que la suerte de este pequeño trozo (el cuento infantil) puede interesarme desde varios puntos de vista.»

Se impacienta. Vuelve a hallar en sí la feliz exaltación del principiante. Se está jugando toda su carrera. La publicación de *El pequeño héroe* abriría el camino tanto tiempo cerrado. Si se ve admitido nuevamente en el mundo de las letras, no temerá el porvenir. Escribirá. ¡Tiene tantas cosas que escribir! No le bastará toda su vida para prodigar el tesoro de sus meditaciones.

Por fin, en el mes de agosto de 1857, *El pequeño héroe* aparece en *Los Anales de la Patria*. El relato está firmado con seudónimo: *M.-Y.*

Mijaíl pide a su hermano que le mande urgentemente la nueva novela de que le ha hablado en sus cartas. Querría presentarla en un periódico que está en vías de creación, *La Palabra Rusa*. Seguro del buen resultado, ha solicitado en la dirección de este periódico un anticipo de 500 rublos para Fiodor Mijailovich, comprometiéndose a entregar el manuscrito de la obra antes de finales del año 1858. Pero, mientras tanto, Fiodor Mijailovich había entrado en relación con Plesheiev, uno de los miembros del complot de San Petersburgo, que se había librado del presidio y sólo padeció las más leves penas de la deportación y de la incorporación como soldado de línea en la guarnición de Oremburgo.

En 1856, Plesheiev había aceptado colaborar en el periódico del editor Katkov: *El Mensajero de Rusia*. Aquel mismo año, Dostoyevski, ins-

tigado por su antiguo compañero, prometió a Katkov una novela y recibió 500 rublos como anticipo.

Sin embargo, estos dos planes de publicación, el de *El Mensajero de Rusia* y el de *La Palabra Rusa*, molestaban mucho a Dostoyevski. Sólo quería *debutar* con una novela de la que estuviese plenamente satisfecho. Pero el libro en el que pensaba desde hacía años seguramente no hubiera resistido una labor apresurada.

«En lo que concierne a mi novela —escribe a su hermano— le ha ocurrido (me ha ocurrido) una aventura muy desagradable; he aquí por qué: he decidido, he jurado que, de aquí en adelante, no publicaré nada que no haya meditado y madurado convenientemente, y que no publicaré nada a fecha fija (como antes), bajo el pretexto de que me lo han pagado por adelantado... Por eso, al comprobar que mi novela está tomando unas proporciones gigantescas, que la voy construyendo admirablemente y que es preciso, absolutamente preciso (a causa del dinero), terminarla rápidamente, me ha entrado la duda. Me he visto obligado a estropear un argumento sobre el que estaba meditando desde hace tres años, para el cual había acumulado gran cantidad de documentos (ni siquiera puedo ordenarlos yo solo por lo numerosos que son), y que había realizado en parte, ya que había anotado un gran número de escenas y de capítulos diversos. Más de la mitad del trabajo estaba terminado en borrador. Pero me daba cuenta de que no terminaría en limpio, ni siquiera esta mitad, para la fecha en que necesitaré el dinero... Por eso, toda la novela y todas las notas las tengo guardadas ya en un cajón...»

Después de renunciar a la idea de la novela, Dostoyevski se pone a trabajar en dos relatos de menor importancia: *El sueño del tío* y *La aldea de Stepanchikovo*. Pero no le satisface su trabajo:

«No me gusta —escribe a su hermano, refiriéndose a *El sueño del tío*—, y me resulta triste pensar que debo presentarme de nuevo ante el público en tan malas condiciones. Imposible escribir lo que uno desea; hay que escribir aquello en que nunca se hubiera pensado si no se necesitara dinero. Tengo que inventar novelas cortas para ganar dinero. Y esto es, ¡ay!, tan penoso...».

El sueño del tío es una especie de pesada bufonada que tiene por tema central el casamiento forzado de un viejo. En *La aldea de Stepanchikovo*, Dostoyevski presenta a un aventurero, Opiskin, que se las da de liberal desgraciado, y que envuelve sus ideas con gran cantidad de frases huecas, de enternecimientos calculados, de lágrimas y de suspiros. Se ha pretendido que Opiskin no era sino la caricatura del crítico Bielinski. Y, en efecto, parece ser cierto. De todos modos, este desvergonzado gozador de la vida, este Tartufo del socialismo, este hábil impostor del librepensamiento, este demonio hipócrita, es ya un anticipo de los demonios de la gran época, *Los poseídos*.

Dostoyevski dirá en 1873:

«Escribí este relato en Siberia, después de los trabajos forzados, con la única idea de abrirme paso de nuevo en la carrera literaria y con un excesivo temor de la censura... Por eso inventé, en contra de mi vo-

luntad, una pequeña historia de una inocencia celestial y de una notable ingenuidad.»

El sueño del tío se publicó en 1859 en *La Palabra Rusa*. En cuanto a *La aldea de Stepanchikovo*, a consecuencia de un malentendido con *El Mensajero de Rusia*, se publicó en *Los Anales de la Patria*.

Por lo demás, es preciso decir que la novela no tuvo el éxito que se merecía. El público y la crítica habían olvidado a Dostoyevski. Le habían borrado de la actualidad. Pertenecía a otra época, a otro mundo. Para él no se trataba ya de proseguir una carrera interrumpida, sino de volver sobre sus pasos, de partir otra vez desde cero, de reconquistar uno por uno, duramente y con paciencia, a los lectores y a los amigos que había perdido.

A pesar de las deudas, de los encargos urgentes y de la incertidumbre que tenía aún respecto a su destino, vuelve a emprender la lucha con una valentía que asombra.

Lo primero que necesita es abandonar el ejército y Siberia. Las etapas de esta marcha hacia la libertad son tan conmovedoras, en su sobria precisión, como un diario de a bordo.

Ya en 1855, compone Dostoyevski un primer poema, del que se habló antes, dedicado a la emperatriz. El general Gastfort se entera de ello y solicita para su autor el grado de suboficial, «con el fin de estimular su buena conducta y su aplicación, teniendo en cuenta además los sinceros remordimientos que experimenta por los grandes errores de su juventud».

Este primer galón le es concedido a Dostoyevski en noviembre de 1855.

En 1856, Fiodor Mijailovich escribe otro poema, esta vez en honor de Alejandro II, y se lo entrega al general Gastfort, que asistirá a las fiestas de la coronación. Además, envía una copia de esos versos al barón Vrangel y le ruega que los transmita a su muy alto destinatario.

«Tomad nota de esto», es la orden del general Sujozaniet, a quien Gastfort ha presentado la instancia de Dostoyevski.

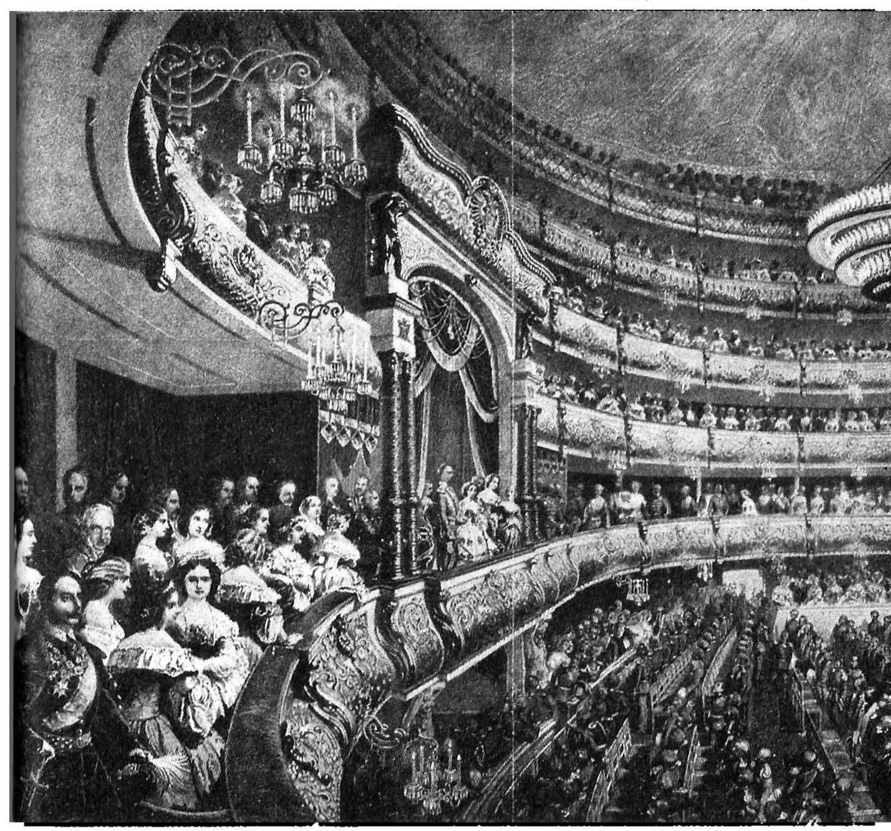
Sin esperar a este triste resultado, Fiodor Mijailovich intenta, en el mes de marzo de 1856, una atrevida gestión junto al general de Ingenieros Totleben. Los hermanos Totleben habían sido compañeros suyos en la Escuela de Ingenieros. Desde entonces, el antiguo «conductor» Totleben se había distinguido en el sitio de Sebastopol, ganando así la benevolencia imperial y recibiendo el título de conde.

«Antes trataba mucho a esta persona —escribe Dostoyevski a Vrangel—. Su hermano es mi amigo de la infancia. Algunos días antes de mi detención, me lo encontré y nos dimos la mano cordialmente. ¡Quizá no me haya olvidado!»

Y a Totleben le escribe una larga carta, obra maestra de habilidad y de humildad.

«Temo que al lanzar una ojeada sobre mi firma, sobre mi nombre, que usted ha olvidado seguramente —aunque antes (hace mucho tiempo) tuve el honor de que me tratase—, temo, digo, que usted se enoje contra mí y contra mi insolencia, y que aparte usted esta misiva sin leer-

Mary Evans Picture Library



Dostoyevski recurrió a todos sus amigos influentes para conseguir el perdón y poder volver a San Petersburgo. En la imagen, el Bolshoi de Moscú.

la... Me ofendería usted creyendo que ignoro la distancia que nos separa. He tenido demasiadas experiencias desdichadas en mi vida para no reconocer esta diferencia...»

Prosigue, contándole su detención, su partida y su existencia en el presidio:

«Sé que me condenaron por ideas, por teorías. Pero las ideas, las convicciones, se modifican, y hasta el hombre se modifica con el tiempo. ¿Y por qué debo sufrir por lo que ya no existe, por lo que ha cambiado en mí; por qué sufrir por mis antiguos errores, puesto que ahora los reconozco como tales errores? Deseo hacerme útil. Es duro, teniendo cierta fuerza moral y una cabeza sobre los hombros, verse torturado por la inactividad... Mi único pensamiento es abandonar el ejército y lograr un empleo civil, no importa en qué lugar de Rusia, e incluso, en el peor de los casos, aquí. Quisiera que se me concediera el derecho de

publicar. Tengo la seguridad de que, sólo con esto, podría ser útil... Sé que al escribir esta carta he cometido una nueva falta contra el reglamento. Pero usted es indulgente y confío en ello.»

Totleben era aún más que indulgente: era activo. Con gran rapidez, consiguió que el gran duque Nicolás en persona se encargase de defender los intereses de Dostoyevski cerca del Ministerio de la Guerra.

El 1 de octubre de 1856, Fiodor Mijailovich fue promovido al grado de alférez. Seis meses más tarde, recibió de nuevo sus derechos nobiliarios:

«De nuevo me ha devuelto el monarca mis derechos a la nobleza. Esto significa que mi culpa me ha sido totalmente perdonada.»

Finalmente, el 16 de enero de 1858, Dostoyevski solicitó el retiro por motivos de salud. Este asunto tardó en resolverse cerca de un año. El 18 de marzo de 1859, una orden imperial concedía a Dostoyevski la licencia para dejar el ejército y regresar a Rusia. Sin embargo, se le prohibía vivir en San Petersburgo o en Moscú. Se le fijaba Tver como lugar de residencia. Además, el 7 de mayo de 1859, le fue ordenado al gobernador de aquella ciudad que organizara una vigilancia secreta en torno al ex-presidiario.

Esta importante noticia no la recibió Fiodor Mijailovich oficialmente hasta cuatro meses después de la firma imperial. Mientras, se impacienta y se dispersa en innumerables proyectos. Piensa reunir en dos tomos sus relatos, componer una gran novela...

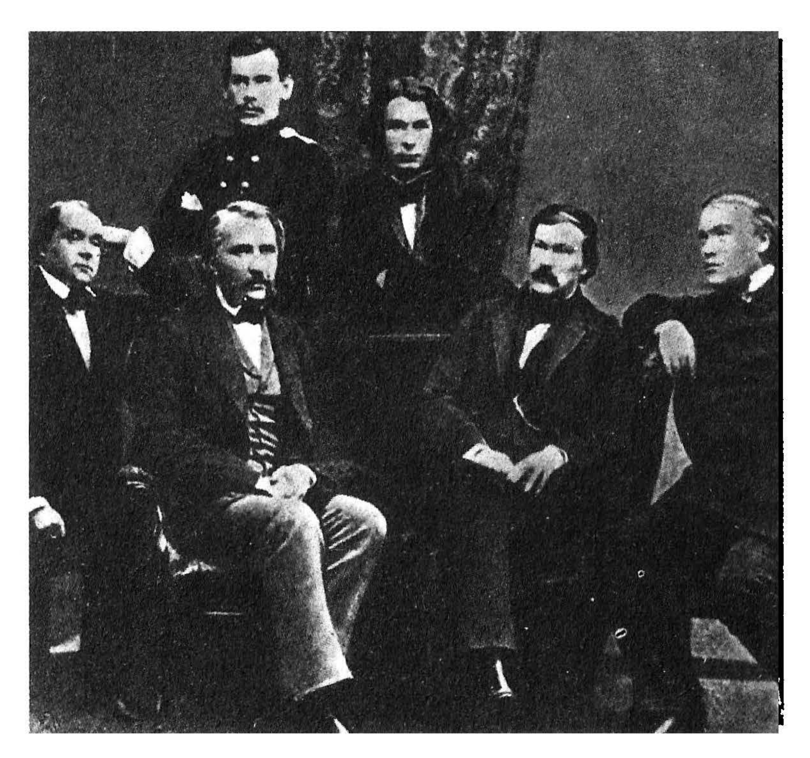
«No dejas de repetirme —escribe a su hermano— que Goncharov, por ejemplo, ha cobrado 7.000 rublos por su novela, y que Turgueniev, por su *Nido de hidalgos* (lo he leído por fin; es magnífico), ha recibido de Katkov (a quien pido 100 rublos por entrega) 4.000 rublos; es decir, 400 rublos por entrega. Amigo mío, sé muy bien que escribo peor que Turgueniev, pero no tanto, y además espero llegar a escribir tan bien como él. ¿Por qué, entonces, a pesar de mi pobreza, debo aceptar sólo 100 rublos mientras Turgueniev, que posee 2.000 *almas,* consigue 400? Mi penuria me obliga a apresurarme y a escribir para ganar dinero; por consiguiente, me obliga a estropear mi obra.»

Más que nunca necesita ese dinero. Menos que nunca sabe cómo procurárselo. Los gastos del viaje son considerables. ¿Y de qué vivirá en Tver? Pide un anticipo al editor Kucheliev. El editor le envía 1.000 rublos, que muy pronto, según la expresión de Dostoyevski, «se derriten como la cera». Después de pagar las deudas, apenas le queda con qué pagar el trayecto hasta Kazan. Suplica a su hermano Mijaíl que le envíe 200 rublos a su nombre, a dicha ciudad: «Sálvame otra vez.»

Por fin, el 30 de junio, recibe un billete de pasaje provisional, número 2.030, autorizándole a salir de Semipalatinsk.

«Me marcho mañana, a las 5», escribe a su hermano Mijaíl el 1 de julio.

Se despide de sus amigos. Regala a su antiguo comandante unos retratos, libros, piezas de vajilla, unas butacas, una mesita, su uniforme, su sable y sus charreteras. Y, así, el 2 de julio de 1859 abandona Semipalatinsk, donde ha vivido más de cinco años.



De izquierda a derecha Goncharov, Turgueniev, Tolstoi, Grigorovic, Druzinin y Ostrovski.

El viaje fue largo y penoso. Los Dostoyevski se detuvieron en Omsk, para recoger al hijo de María Dimitrievna, alumno en el cuerpo de cadetes. Pasaron tres o cuatro días en aquella ciudad.

Fiodor Mijailovich aprovechó esta parada para volver a ver a los amigos que le habían socorrido durante los años que estuvo en presidio. Incluso visitó la casa penitenciaria. Y, ante la valla de estacas, delante de la gran puerta cerrada, se detuvo con profundo recogimiento.

Finalmente, después de otra parada de dos días en Tiumen, los viajeros llegaron a los bosques del Ural. La carretera era mala. Hacía calor. Los caballos tiraban con dificultad, rodeados de una nube de moscas. El *tarantas* chirriaba con cada esfuerzo. De pronto, en un recodo del camino, atisbó Dostoyevski un poste indicador coronado por un águila bicéfala: la frontera entre Europa y Asia. El cochero paró el vehículo, y todos se apearon.

El momento era solemne. Esta misma línea imaginaria, que Dostoyevski había atravesado diez años antes, volvía a encontrarla ahora ante sí. Encadenado y enfermo, había partido hacia el presidio. Durante todo su cautiverio, sólo había vivido para este minuto en que volvería a pisar

de nuevo el suelo ruso. Y ahora, en efecto, se realizaba su sueño. Fiodor Mijailovich se descubrió, se persignó y dijo sencillamente:

«El Señor me ha otorgado por fin que vuelva a ver esta tierra prometida.»

Cerca del poste indicador se hallaba la casucha de un guardafronteras mutilado. Dostoyevski le llamó, sacó de su equipaje una botella de licor y unos vasos, y los que pasaban de un mundo a otro brindaron con el que quedaba en su puesto. Después, Dostoyevski, su mujer y su hijastro fueron al bosque a coger fresas.

Tver

Cuando los Dostoyevski llegaron a Kazán, sólo disponían de 120 rublos de plata.

Los 200 rublos que Mijaíl había prometido enviar a esta ciudad no habían llegado aún a su destino. Sólo al cabo de diez días pudo cobrarlos Fiodor Mijailovich en la lista de correos.

Habiendo salido de Semipalatinsk el 2 de julio de 1859, los Dostoyevski no llegaron a Tver hasta el 19 de agosto del mismo año.

Pero no será en Tver donde Fiodor Mijailovich hallará el descanso tan deseado. La ciudad es gris, fea, excesivamente provinciana.

«Estoy bloqueado en Tver —escribe Dostoyevski a Vrangel— y me encuentro peor aquí que en Semipalatinsk. La ciudad es sombría y fría; los edificios son de piedra; no hay animación alguna; ni siquiera se encuentra una biblioteca. Es una verdadera cárcel.»

Alquila un piso amueblado en la misma casa donde antaño viviera Pushkin. Su hermano mayor va a pasar algunos días junto a él, y Dostoyevski recobra la esperanza. Pero, después de la partida de Mijaíl, vuelve a sumergirse en melancólica impaciencia:

«Te has ido y de sobra sé que no hemos vuelto a conocernos como hubiera sido preciso, que no nos hemos abierto por completo el uno al otro, que no nos hemos descubierto...»

Está solo. Se aburre. Tiene la impresión de que está desperdiciando un tiempo valioso. El gobernador de la ciudad, conde Baranov, le invita a su casa. La mujer de Baranov es prima del príncipe Sologub. Dostoyevski se había encontrado con ella, tiempo atrás, en los salones literarios de San Petersburgo. Este recuerdo del pasado exaspera aún más su impaciencia. No puede quedarse quieto. Necesita San Petersburgo. No puede vivir lejos de San Petersburgo. Las múltiples cartas que dirige a Vrangel no tratan de otra cosa. ¿A quién es preciso dirigirse, al príncipe Dolgoruki, al conde Totleben, al conde Baranov, o a Timachev, para conseguir del zar la autorización para instalarse en su añorada ciudad?

En septiembre, Vrangel visita a Fiodor Mijailovich, pero no acierta a darle un consejo eficaz.

En octubre, el conde Baranov aconseja a Dostoyevski que presente su petición al emperador. El gobernador se encarga de transmitirle al



Retrato del zar Alejandro II con algunos de los oficiales de su estado mayor. En 1861 concedió la emancipación a los siervos.

monarca la carta por medio del conde Adlerberg. Dostoyevski vacila, pero termina enviando dos instancias: una a Totleben y la otra a Alejandro II. El 4 de octubre le escribe a Totleben:

«Hace ya un mes que estoy aquí, y no sé cuándo ni cómo terminarán estas dificultades. Me es imposible vivir lejos de San Petersburgo. Soy epiléptico. Necesito cuidarme seria y radicalmente. Tengo un hijastro; necesito educarle y subvenir a las necesidades de mi mujer... Sálveme una vez más... Si le hablara usted de mí al príncipe Dolgoruki, quizá consiguiera usted que activara la resolución de mi asunto. Toda mi esperanza la tengo puesta en usted.»

Y el 19 de octubre, el conde Baranov remite la carta de Dostoyevski al emperador:

«Majestad, sólo de vos dependen mi destino, mi salud y mi vida. Permitidme que vaya a San Petersburgo para consultar a los médicos. Devolvedme la libertad y dadme la posibilidad, al recobrar la salud, de ser útil a mi familia y también, de un modo o de otro, a mi patria...

»Que Vuestra Graciosa Majestad me perdone también mi segunda petición, y que se digne concederme un favor especial ordenando que mi hijo político, Pavel Isaiev, de doce años de edad, ingrese, por cuenta del Estado, en un liceo de San Petersburgo... Así haríais posible la dicha de su madre, que enseña todos los días a su hijo a rezar por la prosperidad de Vuestra Majestad Imperial y de su ilustre familia.

»Majestad, sois como el sol que brilla sobre los buenos y sobre los malos. Habéis causado ya la felicidad de millones de vuestros súbditos; sed también la providencia de un pobre huérfano, de su madre y de un desgraciado enfermo, cuyo destierro no ha sido levantado, y que está dispuesto a sacrificar inmediatamente su vida por el emperador, el bienhechor del pueblo...

»Con mis sentimientos de veneración profunda y de abnegación ardiente e infinita, me atrevo a aseguraros que soy el más fiel y más agradecido súbdito de Vuestra Majestad Imperial.

F. M. Dostoyevski.»

Esta carta, que puede parecerle servil a un occidental, sólo es para Dostoyesvski la expresión natural de su confianza en el zar. Se sitúa ante él como un niño. Se queja a él, como un hijo desdichado a su padre. Y no hay un solo ruso que no comprenda ni apruebe esta actitud. Cuando en mayo de 1849 detuvieron y encerraron en la fortaleza de Pedro y Pablo al revolucionario Bakunin, el emperador Nicolás I le envió el siguiente mensaje con el conde Orlov, que corrobora lo dicho anteriormente:

«El emperador me envía junto a usted. Me ha ordenado lo siguiente: "Dile que me escriba *como un hijo le escribiría a su padre espiritual.*"»

Y Bakunin, el nihilista profesional, el oponente de todas las tradiciones, el apóstol de la destrucción universal, se inclina ante la voluntad del soberano y redacta su confesión:

«Sí, señor; me confesaré a vos como a un padre espiritual, de quien espera el hombre la absolución, no aquí, sino en el otro mundo. Ruego a Dios que me pueda inspirar palabras sencillas, sinceras, sin malicia y sin adulación, dignas de hallar acceso al corazón de Vuestra Majestad.»

Y es que ni siquiera el pudor cohíbe las relaciones entre el zar y sus súbditos.

En el original de la instancia de Dostoyesvski, el príncipe Dolgoruki anotó de su puño y letra la frase siguiente: «El emperador ha ordenado: en lo referente a Pavel Isaiev, comunicarlo a quien incumbe. En cuanto a Dostoyevski, su petición está ya aceptada.»

Mijaíl Bakunin (1814-1876). ▶





Pintura que representa una escena ciudadana junto al Palacio de Invierno de San Petersburgo. Castillo de Peterhof.

Sin embargo, el 25 de noviembre de 1859 es cuando recibe el gobernador de Tver el aviso oficial de la decisión imperial. ¡Qué retraso! Y es que, a veces, es más terrible patalear en el umbral del Paraíso que ser arrojado a los infiernos.

«Hablaremos del pasado —escribe Dostoyevski a Vrangel—, de aquella época en que se vivía tan bien, de Siberia, a la que he llegado a amar ahora que la he abandonado...»

Para soportar este alejamiento, o más bien esta proximidad de la dicha, hubiera sido necesario que Fiodor Mijailovich hallase algún consuelo junto a su mujer. Pero María Dimitrievna estaba enferma. Y la enfermedad acusaba aún más su carácter agrio, caprichoso y envidioso. Nunca había amado a Dostoyevski. Se había casado con él en un periodo de exaltación romántica. No se perdonaba el haberse equivocado respecto a él. Dostoyevski era pobre. Era feo. Era endeble. Era ridículo. Su misma bondad resultaba extrañamente insoportable. ¿Y no era también insoportable que la «gente bien» le tomara afecto, le invitara y le colmara de atenciones?

Entre los dos esposos no hay sino desgarradoras escenas, confesiones agrias y reproches mezquinos.

¿Le ha confiado María Dimitrievna (como pretende Amada Dostoyevski) que le ha engañado, después de su casamiento, con el maestro Viergunov? La anécdota es verosímil, pero ningún documento corrobora esta afirmación. Dostoyevski es extremadamente discreto en lo que se refiere a su vida íntima. Apenas si hace alusión a ella en su carta a Vrangel, del 22 de septiembre: «¿Qué decirle de mí? He tomado sobre mí unas cargas familiares y las arrastro.»

«No éramos felices juntos», escribió también en 1865, en una carta de la que volveremos a hablar.

Su trabajo tampoco le procura la tranquilidad que busca: «Me es imposible trabajar tranquilamente a causa de las continuas visitas.»

Los ataques epilépticos son cada vez más frecuentes. Las hemorroides le hacen sufrir cruelmente. Sin embargo, con un valor extraordinario, corrige las pruebas de *La aldea de Stepanchikovo* y revisa las notas de *Recuerdos de la casa de los muertos*. También piensa corregir sus obras de juventud con miras a una nueva edición:

«Verán por fin lo que es *El doble*. ¿Cuándo voy a corregir *El doble*, si no lo hago ahora? ¿Por qué dejar perder una magnífica idea, un personaje —superior por su importancia social— que he sido el primero en descubrir y presentar al público?»

En cuanto a *Recuerdos de la casa de los muertos*: «No son brutos, comprenden cuánta curiosidad puede despertar semejante artículo en los primeros números del periódico... No creas que presumo. Es que sé perfectamente el interés y el alcance de mi artículo, y quiero conseguir lo que se me debe.»

El término *artículo*, empleado por Dostoyevski para hablar de los *Recuerdos de la casa de los muertos*, indica de sobra que la obra se le había presentado primero bajo modestas dimensiones, y que fue sólo al escribirla cuando la desarrolló en la medida que conocemos.

«Empezaré a escribir *Recuerdos de la casa de los muertos* después del 15 [octubre]. Me duelen los ojos: no puedo trabajar con la luz de las velas; me es absolutamente imposible.»

Aproximadamente en 1850, el prudente Mijaíl había instalado una fábrica de cigarrillos. Estos cigarrillos se vendían en coquetones estuches, acompañados de sorpresas. Al principio, el éxito de esta mercancía fue inmenso, pero decreció rápidamente, y el antiguo ingeniero-poeta pensaba ya en liquidar su empresa con importantes pérdidas. (En realidad, no la liquidó hasta 1861.) Su experiencia comercial le autoriza a llevar los asuntos de Fiodor Mijailovich. Pero éste se impacienta sin motivo, y las contestaciones de Mijaíl abundan en protestas irritadas:

«No comprendo, amigo mío, por qué te preocupas y te excitas tanto. Has trabajado, has escrito una novela y me la has entregado. Bueno, está bien: estate tranquilo y espera el resultado, si es que tienes confianza en mí...» (2 de octubre de 1859).

«Hoy he recibido una nueva bomba tuya, querido amigo mío» (3 de octubre de 1859).

Por fin, el 2 de noviembre, Dostoyevski recibe una carta de Totleben que le tranquiliza mucho. El príncipe Dolgoruki no se opone a su regreso a la capital.

El 25 de noviembre de 1859, el gobernador de Tver recibe un papel, que encabeza la III Sección:

«El emperador ha aprobado graciosamente la petición bajo la única condición, sin embargo, de que la vigilancia secreta establecida en torno a Dostoyevski se mantenga en San Petersburgo...»

Ya los amigos de Dostoyevski le han encontrado un piso en San Petersburgo, se lo amueblan y contratan a una cocinera.

Dostoyevski hace en tren el viaje de Tver a la capital.

En el andén de la estación, sus hermanos Mijaíl y Nicolai, el escritor Miliukov y algunos conocidos le esperan y le hacen alegres señas. El tren se detiene. Dostoyevski salta del estribo.

—¡Ya está aquí!

Gritos, risas, abrazos:

—¡Diez años! ¡Hace diez años!

«No había cambiado físicamente —escribe Miliukov—; su mirada era incluso más atrevida que antes; y parecía no haber perdido nada de su energía.»

BIBLIOTECA SALVAT DE GRANDES BIOGRAFIAS

1. **Napoleón,** por André Maurois. Prólogo de Carmen Llorca.
2. **Miguel Angel,** por Heinrich Koch. Prólogo de José Manuel Cruz Valdovinos.
3. **Einstein,** por Banesh Hoffmann. Prólogo de Mario Bunge.
3. **Bolívar,** por Jorge Campos. Prólogo de Manuel Pérez Vila. (2.ª serie.)
4. **Gandhi,** por Heimo Rau. Prólogo de Ramiro A. Calle.
5. **Darwin,** por Julian Huxley y H. B. D. Kettlewell. Prólogo de Faustino Cordón.
6. **Lawrence de Arabia,** por Richard Perceval Graves. Prólogo de Manuel Díez Alegría.
7. **Marx,** por Werner Blumenberg. Prólogo de Santos Juliá Díaz.
8. **Churchill,** por Alan Moorehead. Prólogo de José M.ª de Areilza.
9. **Hemingway,** por Anthony Burgess. Prólogo de Josep M.ª Castellet.
10. **Shakespeare,** por F. E. Halliday. Prólogo de Lluís Pasqual.
11. **M. Curie,** por Robert Reid. Prólogo de José Luis L. Aranguren.
12. **Freud (1),** por Ernest Jones. Prólogo de C. Castilla del Pino.
13. **Freud (2),** por Ernest Jones.
14. **Dickens,** por J. B. Priestley. Prólogo de Juan Luis Cebrián.
15. **Dante,** por Kurt Leonhard. Prólogo de Angel Crespo.
16. **Nietzsche,** por Ivo Frenzel. Prólogo de Miguel Morey.
17. **Velázquez,** por Juan A. Gaya Nuño. Prólogo de José Luis Morales Marín.
18. **Pasteur (1),** por René J. Dubos. Prólogo de Pedro Laín Entralgo.
19. **Pasteur (2),** por René J. Dubos.
20. **Luis XIV,** por Ragnhild Hatton. Prólogo de Víctor L. Tapié.
21. **Bolívar,** por Jorge Campos. Prólogo de Manuel Pérez Vila.
21. **Einstein,** por Banesh Hoffmann. Prólogo de Mario Bunge. (2.ª serie.)
22. **Russell,** por Ronald Clark. Prólogo de Jesús Mosterín.

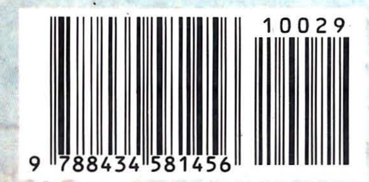
23. **Rembrandt,** por Christopher White. Prólogo de Josep Guinovart.
24. **Julio César,** por Hans Oppermann. Prólogo de Agustín García Calvo.
25. **García Lorca,** por José Luis Cano.
26. **Edison,** por Fritz Vögtle. Prólogo de Manuel Toharia.
27. **Verdi,** por Charles Osborne. Prólogo de José Luis Tellez.
28. **Chaplin,** por Wolfram Tichy. Prólogo de Carlos Barbáchano.
29. **Dostoyevski (1),** por Henri Troyat. Prólogo de Joaquín Marco.
30. **Dostoyevski (2),** por Henri Troyat.
31. **Falla,** por Manuel Orozco.



DOSTOYEVSKI

Pocos escritores han sabido penetrar en el alma humana como lo ha hecho Fiodor Dostoyevski, y son menos aún los que han conseguido crear, a partir de este conocimiento, obras literarias de valor tan universal. Porque sus personajes no son otra cosa que nuestros propios pensamientos, las ideas más bajas y las más sublimes que anidan en nuestro universo interior. Mezquindad, ternura, generosidad, crimen, perversión se funden en los seres patéticos que encontramos en sus obras, volcados hacia una vivencia interior, hacia su propia individualidad. Dostoyevski decía que la realidad supera ampliamente todas las creaciones de la imaginación más viva, y ciertamente, su propia vida, rica en acontecimientos –pequeñas y grandes desgracias, alegrías milagrosas, desesperaciones desmesuradas–, es una auténtica novela.

Henri Troyat, miembro de la Academia Francesa, consigue penetrar en el alma atormentada de Dostoyevski y en la de sus personajes, poniendo al descubierto las múltiples tramas que las unen.



10029
9 788434 581456